
Los misterios de Merlín 1
Licencia para Conjurar
Autora bestseller del USA TODAY
Kim Richardson

LICENCIA PARA CONJURAR

LOS MISTERIOS DE MERLÍN, LIBRO 1

KIM RICHARDSON

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas o lugares reales se utiliza con fines ficticios. Los demás nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Licencia para conjurar, Los misterios de Merlín, libro 1
Copyright © 2026 por Kim Richardson
Diseño de portada de Kim Richardson
Diseño de portada por Kim Richardson
Editado por Ana Desiree Baehr

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Bruja en libertad condicional
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

1

Así no era como me había imaginado mi primer día como Merlín con licencia: sangrando, en llamas y gritándole a un gnomo.

En mi defensa, diré que el gnomo empezó.

Había atravesado un campo de hierba alta para ahorrar tiempo. Aún no tenía coche, ya ves. Gran error. Ni siquiera vi al pequeño cabrón hasta que chilló y me lanzó algo en llamas a la cara.

Nueces de fuego. No *las suyas*: nueces de verdad, empapadas en aceite, prendidas en llamas y lanzadas como mini-molotovs.

Ahora tenía la ceja izquierda chamuscada. Fantástico. Nada dice "agente de campo competente" como una ceja medio quemada. Pero bueno, las primeras impresiones nunca han sido lo mío.

El dolor me atravesó la frente mientras el olor a pelo quemado se me metía por la nariz.

—¡Ay! Ya te he pedido perdón—, le grité al diminuto pirómano, que respondió haciéndome un corte de mangas con ambas manos.

Luego lanzó tres nueces en llamas más en rápida sucesión.

Fue entonces cuando me invadió la ira.

—¡He dicho que pares!, grité y extendí la mano.

La magia brotó, demasiado rápida y descontrolada, y antes de que pudiera detenerla —no es que pudiera hacerlo—, vetas de niebla violeta y negra salieron disparadas de mis dedos y alcanzaron al gnomo de lleno en el pecho.

Él soltó un chillido de sorpresa y luego explotó en una fina nube de ceniza.

Me quedé mirando el lugar donde había estado, con los dedos aun temblando y la magia crepitando débilmente en mis palmas.

—Mierda.

No era mi intención aniquilarlo. Solo quería que dejara de lanzarme aperitivos incendiarios a la cara. El viento cambió de dirección, soplando cenizas de gnomo por mi cara, en mis ojos y, por supuesto, en mi boca.

Tosí. Escupí. Intenté ahuyentarlas con la mano. Demasiado tarde.

—Oh, vamos. ¿Acabo de inhalar gnomo?. Oh, sí. —Genial. Jodidamente genial.

Me limpié la cara con la manga, di dos pasos atrás y miré a mi alrededor en busca de testigos. Nadie parecía haberme visto vaporizar a un gnomo. Bien.

Pasándome una mano por el pelo, ahora chamuscado, respiré hondo y seguí caminando, con *mucho* cuidado esta vez.

El pueblo estaba a solo media milla de distancia. Quizá si actuaba con normalidad, nadie se daría cuenta de las ligeras marcas de quemaduras en mi chaqueta ni del leve olor a homicidio mágico que se aferraba a mí.

Seguí caminando y no maté ni pisé a ninguna otra criatura hasta que llegué a un cartel torcido clavado en un poste de valla podrido y medio cubierto de musgo.

PUERTA DE LA HORCA

No lo habría visto en absoluto si el viento no hubiera soplado justo en el momento adecuado. La energía, *la magia,* me recorrió la piel. Uno de esos glamours propios de los pueblos pequeños: no lo ves a menos que lo busques. Y yo lo estaba buscando. Los humanos no lo verían. Nuestras ciudades estaban encantadas de una forma que les resultaba invisible.

Pero yo lo vi. La gente como yo podía verlo.

Gallows Gate no aparecía en ningún mapa. Tenías que tomar el camino equivocado, pasar el árbol que olía a ozono y a muerte, y cruzar un puente de piedra que parecía que se derrumbaría en cualquier momento.

Nadie se ofrecía voluntario para ir a Gallows Gate. Era donde las carreras profesionales iban a morir.

Nadie era enviado a esta ciudad paranormal en particular a menos que fuera para ser castigado, puesto a prueba o convenientemente apartado de la línea de fuego.

El expediente oficial de Merlín lo llamaba "un distrito de contención mágicamente sensible". El resto de nosotros lo llamábamos una zona de vertido sobrenatural con una tasa de homicidios superior a la media y gatos familiares inusualmente sarcásticos.

Naturalmente, yo encajaba a la perfección.

Técnicamente, me habían asignado una misión de campo. Oficial. Firmada por la propia directora Lysandra Sorell. Extraoficialmente, parecía una ejecución encubierta: —Puesto avanzado remoto, carga de trabajo mínima, no se requiere refuerzo.

Traducción: Esperamos que fracases. Discretamente.

Sí, no había mucho cariño entre el Grupo Merlín y yo. No ayudaba que apenas hubiera aprobado las pruebas para obtener mi licencia, pero lo había hecho. Lo conseguí. Y ahora estaba aquí.

Si fracasaba aquí, no sería solo un descenso de categoría. Sería la prueba de que yo era un error. De que todo lo que susurraban a puerta cerrada era cierto.

Apreté con fuerza la correa de mi bolso. No era momento para ponerse sentimental. Tenía que concentrarme: en el trabajo y en por qué estaba aquí.

Merlins… eso era lo único que siempre había querido ser. Los Merlins eran como el FBI del mundo paranormal. Más concretamente, sus siglas significaban: Red de Inteligencia de la Liga de Respuesta a la Aplicación de la Ley Mágica. Nos llamaban cuando algo sobrenatural se salía de control. Cambiaformas rebeldes, vampiros sedientos de sangre, traficantes de maleficios ilegales, contrabandistas de perros del infierno. Si algo se movía en la noche e infringía la ley al hacerlo, éramos nosotros quienes aparecíamos, lo deteníamos y lo arrestábamos. A ser posible, antes de que muriera nadie.

Mis botas chapoteaban en la grava mojada mientras cruzaba el puente y el bosque me engullía tras densas cortinas de niebla y pinos. El aire olía a cedro y azufre, y casi podía sentir cómo la magia cambiaba, como si supiera que yo no pertenecía a ese lugar. Al menos había dejado de llover.

Me ajusté la correa de la mochila y seguí caminando hacia una hilera de edificios torcidos. Las tiendas con letreros descoloridos tenían porches cubiertos de musgo.

El primer edificio por el que pasé parecía una oficina de correos abandonada. El segundo era una librería sin letrero, con las ventanas llenas de frascos con dientes humanos o de animales, no lo sabía, y no pensaba preguntar.

Las tiendas se alineaban a ambos lados de la calle, con los escaparates repletos de frascos de pociones, manojos de hierbas y tomos agrietados que parecían que iban a morderte si los tocabas. Runas de protección descoloridas brillaban tenuemente en las puertas, la mayoría de ellas medio rotas o vibrando con magia inestable. Sobre una de las tiendas colgaba torcido un cartel pintado a mano que decía: *Maldiciones al instante.*

Otro, al otro lado de la calle, parpadeaba mágicamente entre ¿NECESITAS UN HEXO DE AMOR? y NOS HACEMOS CARGO DE TUS FAMILIARES (SIN PREGUNTAS).

Gallows Gate no solo era extraño. Apestaba a magia y a algo más, algo oscuro que no lograba identificar.

Para un humano, este lugar podría pasar por un pueblo destartalado que el tiempo se había olvidado, pero si pudieras ver más allá de los glamours, si fueras uno de los nuestros, verías la ciudad real. Vampiros arrastrando pesadas bolsas de basura llenas de lo que parecían sospechosamente partes de cuerpos, una madre gato lobo gritando a su hijo por perseguir a un gremlin con un palo, y un ogro discutiendo con el letrero de su propia tienda porque no dejaba de cambiar de tipo de letra.

La ciudad vibraba con magia salvaje y reglas antiguas. Supongo que toleraba a los Merlins del mismo modo que se tolera la gripe: algo indeseable, pero ocasionalmente necesario.

Dos hombres estaban de pie frente a un pub con un letrero que decía —The Goblin's Flask, mirándome pasar con un disgusto apenas disimulado. Uno se inclinó hacia el otro, con una voz lo suficientemente alta como para que se oyera.

—Es ella. La nueva Merlín.

El otro resopló.

—No durará ni un día.

—Le va a pasar lo mismo.

Casi me doy la vuelta. Casi les pregunto qué, exactamente, iba a pasar, pero no lo hice. Estaba cansada y solo quería encontrar la casa y averiguar en qué demonios me había metido.

Mis botas golpeaban los adoquines mientras caminaba por la plaza del pueblo. Las tiendas estaban cerrando y, mientras lo hacían, uno a uno, fijaban la mirada en mí. Las conversaciones se detuvieron. Las cabezas se giraron.

No saludaban ni sonreían, simplemente… me miraban.

Seguí adelante, ignorándolos, cuando algo me llamó la atención. Había unos cuantos carteles grapados a un poste torcido. El de arriba decía: ¿HAS VISTO A AIDAN? Debajo: DESAPARECIDA — KAYLEE. Ambos mostraban fotos borrosas y ampliadas de adolescentes.

Al seguir adelante vi a una mujer de pie en la esquina de una acera agrietada, fumando algo que brillaba con un tenue color verde. Su larga trenza blanca le caía por la espalda como una cuerda y llevaba una capa que parecía haber visto tres siglos y se negaba a ser sustituida.

Levantó la vista cuando pasé, mirándome desde el borde de una manzana de tiendas de ladrillo medio abandonada.

—¿Eres la nueva Merlín? —preguntó, con una voz ronca como si hubiera fumado casi toda su vida.

Me detuve.

—Depende. ¿Es una pregunta capciosa?

No sonrió, solo me miró fijamente con su ojo nublado.

—Nadie me dijo que íbamos a tener otra.

—Entonces somos dos.

Se extendió un largo silencio. Carraspeé.

—¿Qué le pasó al último Merlín que estuvo aquí?

Le había hecho esa misma pregunta a la directora Lysandra Sorell cuando me asignaron a este lugar y no había obtenido más que un largo silencio como respuesta.

La mujer seguía mirándome fijamente, y por el leve olor a vinagre y la energía fría que desprendía, supe que era una bruja. Una bruja oscura.

—¿Qué tipo de bruja eres?— preguntó—¿Blanca u oscura?.

Ah. La pregunta importante. Pensé en no decir nada, pero como este iba a ser mi nuevo hogar durante Dios sabe cuánto tiempo, no quería empezar con una mentira.

—Ninguna de las dos.

La bruja arqueó las cejas y soltó una bocanada de humo verde.

—Mentirosa.

Allá vamos. Suspiré por la nariz.

—Soy una hechicera arcana.

Tres… dos… uno…

Los ojos de la bruja se abrieron como platos y, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se alejó —no, corrió— por la calle.

La miré fijamente mientras se alejaba.

—Qué lugar tan acogedor.

Pero no me sorprendió. Así es como reaccionaba la mayoría de la gente cuando les decía lo que era.

Cuanto más me adentraba en la ciudad, más extraña se volvía. Los hechizos de protección zumbaban débilmente en el aire. No eran de los buenos. Eran del tipo que se lanzan cuando algo no deja de volver. Los edificios estaban torcidos de una forma que me hacía doler la cabeza y la gente, la poca que vi, me observaba desde detrás de cortinas o ventanas abiertas.

Bien. No estaba allí para hacer amigos. Estaba allí porque el Grupo Merlín necesitaba un lugar donde dejarme. Un lugar tranquilo, apartado y donde nadie se diera cuenta si fracasaba, lo cual, con franqueza, era exactamente lo que ellos querían.

O tal vez no se trataba solo de mí. Quizás esta gente tenía miedo de algo o de alguien. Fuera lo que fuera, los tenía a todos nerviosos,

y estaba bastante segura de que tenía mucho que ver con el motivo por el que estaba allí.

Pero primero tenía que averiguar dónde me iba a quedar. Mi hogar lejos de casa. Bueno, en realidad no. Ahora mismo no tenía hogar, así que este pequeño y extraño pueblo era mi hogar por defecto.

Saqué mi teléfono y volví a leer el mensaje de la asistente de Lysandra, Imogen.

Imogen: *Te alojarás en el número 13 de Morrow Street*

Guardé el móvil en el bolsillo y seguí caminando. Al parecer, ya estaba en esa calle. Simplemente no me había dado cuenta, probablemente porque ninguno de los edificios tenía números visibles, y la señal de tráfico parecía haber sido roída por algo con dientes muy afilados.

Recorrí con la mirada la hilera de edificios hasta que mi vista se posó en una casa de dos plantas escondida tras una valla torcida y medio ahogada por la maleza. El revestimiento era un mosaico de pintura descascarillada y manchas de humedad, y el musgo se aferraba al tejado. Una de las ventanas de la planta superior estaba completamente rota y la otra simplemente había desaparecido. El porche se hundía por el centro, con las tablas combadas y astilladas, como si hubieran dejado de intentar sostener a nadie.

Sí. Ese era el lugar.

Se encontraba al final de una estrecha calle sin salida, escondida tras el velo de sauces llorones y una valla de hierro. Aparcado en la entrada había un viejo Ford F-100 blanco y azul, desgastado y oxidado, pero aún en pie. Al parecer, ese era el coche… o la camioneta de la empresa.

Me ajusté la bolsa de viaje y me dirigí hacia la puerta. Los escalones del porche crujieron bajo mis botas al subirlos. La puerta principal se alzaba ante mí, de madera negra, tallada con antiguos símbolos que palpitaban débilmente cuando toqué el pomo. Estaba protegida: pesada, antigua y amarga. Una protección al nivel de Merlín, profundamente arraigada, destinada a mantener alejado todo lo que no perteneciera allí.

Había una placa oxidada clavada en el revestimiento, apenas colgando. A través de la suciedad, las palabras aún eran visibles:

ESTACIÓN MERLÍN — PUERTA DE LA HORCA

Alguien había tachado —*Merlín* con una gruesa línea. Por supuesto que lo habían hecho.

Apoyé la palma de la mano contra la puerta. El hechizo chisporroteó bajo mi piel, poniéndome a prueba y percibiendo que no era el tipo de bruja para la que había sido creado.

Bien.

Dejé que mi magia se elevara, lenta y aguda, hasta que el mundo a mi alrededor se difuminó. Los hilos arcanos se hicieron visibles: tejidos con fuerza y vibrando con magia de refuerzo. Las brujas normales ni siquiera los verían, y mucho menos los tocarían.

Pero yo no era una bruja normal. Ni por asomo. Mi magia consistía en el trenzado de hilos, y eso les aterrorizaba.

Deslicé mi poder suavemente, enganchando un hilo tras otro. No lo rompía, *lo deshacía*. El entramado del amuleto se aflojó mientras su estructura se iba debilitando con cada tirón.

Los sigilos brillaron una vez en señal de protesta y luego se apagaron.

Clic.

La cerradura cedió. El hechizo se disolvió.

Abrí la puerta y murmuré:

—Protocolo de Merlín, y una mierda.

Dentro olía a polvo, moho, hierbas secas y algo vagamente floral —popurrí, tal vez. El aire era denso, como si no se hubiera respirado en mucho tiempo.

—Hogar, dulce hogar— suspiré. Además, no tenía ningún otro sitio adónde ir que no fuera esta vieja casa sucia y maloliente.

Dejé caer mi bolsa justo en la entrada. Ni fiesta de bienvenida, ni iluminación cálida. Solo suelos fríos, polvo y un aroma persistente a libros de hechizos mohosos.

Muy apropiado.

Cerré la puerta de una patada y exhalé con fuerza. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Me habían enviado aquí para que fracasara. Todo el mundo lo sabía. Joder, probablemente hasta habían montado una quiniela en la sede central y se suponía que a mí no tenía que importarme. Ese era el trato. Aceptaría el trabajo, fingiría que no me molestaba y mantendría la cabeza gacha.

Pero sí me importaba.

No porque quisiera su aprobación. No exactamente. Sino porque, en el fondo, bajo toda esa coraza, todavía quería creer que podía importarle a alguien. Ser *algo* más que una advertencia con una hermosa cabellera.

Quizá este lugar pudiera ser eso. Quizá no.

A la gente como yo no nos esperaba un final feliz. Nos utilizaban, nos olvidaban y nos enterraban. Aun así… una parte estúpida de mí esperaba que este lugar fuera diferente. Que quizá aquí pudiera hacer algo que importara y que incluso esta vez no me miraran como si fuera una maldición andante a punto de estallar.

Aun así, ahora estaba aquí.

Saqué la placa del bolsillo. Una gran *M* rodeada de plata —el emblema oficial del Grupo Merlín— con mi nombre grabado debajo: *Rhea Morven*.

No era precisamente llamativa, pero sí lo suficientemente oficial.

La mayoría de los Merlín ni siquiera llevaban una. Normalmente bastaba con el título para que la gente se alterara.

Conmigo no funcionaba así. Supongo que pensaron que nadie me tomaría en serio sin una placa brillante que me representara.

Decidida, avancé. Cada tabla del suelo crujía en señal de protesta. El salón a la izquierda tenía una chimenea llena de cenizas frías y dos sillones, uno apolillado y el otro con unas marcas sospechosas de arañazos y la estantería de grimorios susurró cuando pasé junto a ella.

El despacho estaba al fondo, tal y como decía el informe de la misión. Era pequeño, solo había un escritorio y una estantería alta. Una pila de expedientes yacía intacta en el estante, pero lo que realmente me llamó la atención fue el escritorio.

Más concretamente, la máquina de escribir que había encima.

Era vieja. Negra. De esas con teclas redondas plateadas y una cinta que parecía recién cambiada.

Además… estaba escribiendo por sí sola.

Clic-clac. Clic. Pausa. Clic-clac.

Me quedé paralizada.

—¿Qué demonios?.

La máquina de escribir volvió a hacer clic y luego cobró vida con un zumbido. Las teclas se pulsaban sin que nadie las tocara mientras la cinta de tinta se movía.

Tap. Tap-tap.

Me acerqué lentamente, más por curiosidad que por miedo. La página comenzó a llenarse de palabras.

BIENVENIDA, Merlín RHEA MORVEN. TU PRESENCIA HA SIDO REGISTRADA.

Arqueé una ceja.

—Así que eres la versión mágica de los mensajes de texto, ¿eh?.

La máquina de escribir volvió a hacer clic.

SEGUIRÁN LAS INSTRUCCIONES. NO INTENTES DESMONTARME.

Me incliné para ver mejor. No tenía intención de hacerlo.

SERÁS OBSERVADA.

Eso era menos tranquilizador, pero no me sorprendía. Como dije, el Grupo Merlín quería que fracasara, de eso estaba segura, y tenía la sensación de que, con mi primer intento, volvería a quedarme en la calle.

La máquina de escribir volvió a escribir en una nueva línea.

CENTRAL DE DESPACHOS DEL GRUPO MERLÍN — CORRESPONDENCIA OFICIAL

A: AGENTE DE CAMPO RHEA MORVEN (EN PERÍODO DE PRUEBA)

CASO N.º 001: INCIDENTE DE GATEBURN ESTADO: SIN RESOLVER

—No estás perdiendo el tiempo, ¿eh?.

El papel se desplegó aún más.

ASIGNACIÓN INICIAL: REVISAR EL EXPEDIENTE DEL CASO G-17-B.

CÓDIGO: EL INCIDENTE DE GATEBURN.

AGENTE DE CAMPO ANTERIOR: EVANDER FENWICK. PARADERO DESCONOCIDO.

SE ESPERA RESISTENCIA LOCAL.

Me quedé mirando el mensaje. *—Antiguo agente de campo: paradero desconocido.* Era una forma de decir *que había desaparecido sin dejar rastro*.

Apareció otro mensaje, esta vez más lento, línea a línea, como si estuviera pensando entre pulsación y pulsación.

INFORME DE PERSONAS DESAPARECIDAS

SUJETOS: L. THORNE, A. BLACKMANE, K. VIRELITH

CLASE: PARANORMAL

ÚLTIMA UBICACIÓN CONOCIDA: LÍMITE BOSQUITOSO, CORDILLERA ESTE

PERÍODO DE TIEMPO: CATORCE DÍAS

La máquina de escribir se detuvo y luego tecleó una última línea:

EVALUACIÓN DE CAMPO: ALTO RIESGO. BUENA SUERTE.

Me quedé mirando la página.

Tres seres paranormales desaparecidos, todos ellos en las últimas dos semanas. Y apostaba a que esos dos folletos junto a los que acababa de pasar eran de Aidan Blackmane y Kaylee Virelith.

Mi corazón se aceleró. Ya estaba. Una vez que empezara el trabajo, no habría vuelta atrás.

James, en la sede de Merlín, me había advertido que no lo aceptara.

—No lo hagas. Así es como se deshacen de ti, me había dicho. —Es un suicidio. Ningún Merlín ha durado nunca en ese lugar.

No se equivocaba.

Pero no podía dar marcha atrás, porque no se trataba solo de demostrarles que se equivocaban. Se trataba de demostrar que podía hacerlo, que era más de lo que esperaban. Y, en el fondo, sabía que lo era.

Además, era la única oferta que había recibido, así que no es que tuviera opciones. Podría haber dicho que no, pero me habrían revocado la licencia. Y sin ella, no era un Merlín. No era nada.

Suspiré. En voz alta.

¿Había resistencia local?. Hasta ahora, un gnomo me había hecho un corte de mangas y una bruja con cigarrillos que brillaban en la oscuridad me había acusado de mentir.

Parecía bastante probable.

Entonces apareció una última línea, acompañada de un *pitido* final:

INTENTA NO MORIR

Me quedé mirándola. Qué graciosa. Luego me dejé caer lentamente en la polvorienta silla que había junto a ella.

—Bueno, dije sin dirigirme a nadie en particular, —esto va a ser un asco.

Bienvenidos a Gallows Gate.

2

Después de tragarme mi última barrita de proteínas con un vaso de agua del grifo que probablemente no habría pasado ninguna inspección sanitaria en la última década, intenté retocarme la ceja chamuscada con un lápiz y alisarme el pelo. Luego cogí mi abrigo y me dirigí a Gateburn, la escena del supuesto crimen.

Según la máquina de escribir (tenía que ponerle un nombre pronto), Gateburn no era solo un lugar. Era un incidente. Algo que necesitaba ver con mis propios ojos.

Y como Gallows Gate no era precisamente una metrópolis extensa, solo tardé unos treinta minutos en llegar a pie hasta el límite oriental. Ni señales, ni vallas, solo un camino de tierra que se interrumpía bruscamente y un muro de árboles que no parecían muy receptivos a los visitantes.

Para un humano normal, solo habría sido un bosque con pájaros, quizá unos cuantos mapaches, lo de siempre. Pero yo no era normal. En cuanto me acerqué, lo sentí, palpitando en el aire como un segundo latido. Magia —densa, extraña y antigua—, del tipo que no te da la bienvenida. Del tipo que recuerda cosas.

Así que, naturalmente, me adentré en él.

El bosque se tragó la luz casi de inmediato. Los árboles se apretujaban, habiendo crecido demasiado juntos y altos para sentirse a gusto. Aún podía ver el sol descendiendo bajo el dosel,

pero calculé que en una hora estaría completamente oscuro. Y créeme, no te conviene estar aquí fuera por la noche. No cuando puedes sentir que el aire cambia como si algo te estuviera observando y el viento no sopla como debería.

Se oyó un zumbido cerca de mí. No del tipo de los mosquitos, de los que debería haber estado cubierto, en lo profundo de los bosques del norte de Connecticut en agosto. No. Por extraño que parezca, no había insectos. Raro. Este zumbido era diferente. Un latido de energía, de magia.

Seguí adelante con cuidado: sin sendero, sin camino, solo el zumbido constante de la magia bajo mi piel y el crujido ocasional de las hojas secas bajo mis botas. De vez en cuando, oía algo moverse: demasiado grande para ser una ardilla, demasiado silencioso para ser una persona, lo que significaba que era otra cosa.

Un pulso se extendió bajo mi piel. Frío. Agudo. Familiar de una forma que no debería serlo.

Me detuve y miré a mi alrededor.

Por un segundo, el bosque brilló, como si dos capas del mundo intentaran coexistir en el mismo espacio. Luego llegó el calor, una sacudida en la base de mi columna vertebral y un hormigueo en los dedos. Mi magia brotó a la superficie, sin que yo la invitara.

Y así, sin más, pasó.

El resplandor se desvaneció y el bosque se quedó en silencio. ¿Pero el latido? Eso se quedó. Constante y extraño, como si alguien hubiera dejado el grifo mágico abierto demasiado tiempo y ahora todo el lugar se estuviera inundando.

Ah. Sabía lo que era esto.

Ya había estado cerca de fisuras antes, pequeños desgarros en el Velo entre los reinos, la capa que protege nuestro mundo de los monstruos que quieren entrar. Pero esto no era un desgarro. Era una herida. Algo había arañado el tejido del mundo y lo había dejado sangrando mientras la energía en bruto se filtraba en el bosque, antigua e inquieta y demasiado consciente de que yo estaba allí.

—Bueno, hola —le dije, limpiándome las palmas en los vaqueros —. Eres nuevo aquí. Igual que yo.

El incidente de Gateburn no fue solo un fallo en el campo mágico local. Fue una ruptura, un agujero en el Velo que separaba este mundo de los monstruos del otro lado, pero eso no explicaba las personas desaparecidas. ¿Se habían adentrado allí? ¿O algo las había arrastrado a través de él?

—¿Quién demonios eres? —dijo una voz grave y enfadada a mis espaldas.

Mierda. Ni siquiera había oído acercarse a nadie.

Primer strike, Rhea.

Me giré lentamente, ya molesta porque alguien se me hubiera acercado a escondidas.

Y entonces lo vi… y me quedé sin poder parpadear.

Que el caldero me ayude.

El hombre que estaba a unos tres metros de distancia parecía recién salido de un campo de batalla o de un mito, quizá de ambos. Era alto y de hombros anchos, con ese físico que te hacía pensar que podría levantar un coche o atravesar una pared de un puñetazo sin siquiera sudar. Rondaba los treinta y tantos, quizá cuarenta y pocos. Era difícil saberlo con toda esa energía y esa intensidad que desprendía.

Llevaba unos días sin afeitarse, lo que le daba ese aspecto rudo y áspero que no ayudaba en absoluto a mi situación. Especialmente con la forma en que sus ojos dorados se clavaban en los míos: brillantes, sin exagerar, como brasas.

Tenía el pelo negro recogido en una coleta baja, pero a la luz del sol poniente percibí destellos cobrizos, casi bronceados, como si algo ardiera justo bajo la superficie. Su piel estaba bronceada, y luego estaban los tatuajes, marcas oscuras que se extendían desde el borde del cuello y las mangas. No eran decorativos. Parecían antiguos, como si significaran algo.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Te he hecho una pregunta —repitió, con una voz grave y retumbante mientras daba un paso hacia mí.

Crucé los brazos.

—Y no creo que vaya a responderla.

No me gustaba su actitud, el gruñido en su voz, ni la forma en que me miraba como si fuera la persona que más odiaba en el mundo.

Parpadeó, visiblemente desconcertado. Solo un instante. Luego volvió a fruncir el ceño.

—Esta es mi tierra. Estás entrando sin permiso. Podría hacer que te echaran.

—Buena suerte con eso.

Levanté la barbilla.

—Soy la nueva Merlín asignada a Gallows Gate. Estoy aquí investigando el incidente de Gateburn y las personas desaparecidas. Así que, a menos que seas uno de ellos…. Dejé la frase en el aire.

Apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—¿Te ha enviado la Junta de Merlín?.

Vaya. Su tono era definitivamente de burla.

—Sí—dije con tono seco—. Siento decepcionarte.

No respondió. Se limitó a mirarme como si fuera un problema andante que aún no había decidido cómo resolver.

La tensión se extendió entre nosotros. Densa, crepitante e incómoda. Sentí unas ganas tremendas de darle un puñetazo… o de besarlo. Posiblemente ambas cosas.

En lugar de eso, metí las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Así que, a menos que tengas un cadáver que mostrarme o una razón para bloquear una investigación de Merlín, te sugiero que te apartes.

Sus ojos dorados se encendieron. Por un segundo, me pareció ver un resplandor de calor en su piel, como si el aire a su alrededor no supiera si arder u obedecer. Extraño. Nunca había visto eso antes.

Pero él no se movió. En cambio, dijo:

—No deberías estar aquí.

—Y, sin embargo— dije con una sonrisa forzada —, aquí estoy.

Se me ocurrió una idea. Si esta era *su* tierra, ¿significaba eso que él era responsable de la ruptura? ¿La había provocado él? ¿Y qué era él? Desprendía todo ese aire de alfa taciturno, pero no se trataba de energía de hombre lobo. No. Era otra cosa.

Recurrí a mi magia y dejé que se extendiera hacia él, finos hilos arcanos que se desprendían de mi interior y se estiraban hacia fuera como siempre hacían cuando intentaba sondear a alguien. Pero en el momento en que lo tocaron, se replegaron como si hubiera agarrado un cable con corriente. No era humano. No era un brujo. No era nada que yo reconociera.

Fuera lo que fuera, su magia lo envolvía como una armadura: pesada, controlada e intocable. O bien era lo suficientemente poderoso como para bloquearme, o bien los de su especie eran así de naturaleza, envueltos en secretos por defecto.

En cualquier caso, no me gustaba eso. Ni un ápice.

Me miró como si fuera algo que se hubiera quitado de la suela de la bota.

—¿Qué tipo de pelo es ese? —preguntó de repente, frunciendo el ceño.

Fruncí los labios.

—El normal.

—Es rojo. Un rojo llamativo—. Entrecerró los ojos como si me estuviera estudiando. —¿Es natural?.

¿Cuál era su problema?

—Sí— respondí un tanto molesta —Me lo dejé crecer así. ¿Por qué? ¿Vas a presentar una queja por el color de mi pelo?.

No respondió. Solo se quedó mirándome un poco más, como si no estuviera seguro de si hablaba en serio o simplemente era rara.

Me apoyé las manos en las caderas.

—Escucha, si ya has terminado de criticar mi pelo, quizá puedas decirme algo útil. ¿Qué demonios está pasando aquí fuera?.

Sus ojos se desviaron de mí, hacia el bosque que había detrás.

—No deberías estar aquí.

—Sí, ya me di cuenta por la cálida bienvenida. ¿Te importaría dar más detalles?.

No respondió de inmediato. El brillo dorado de sus ojos se atenuó un poco mientras apretaba la mandíbula.

—Algo está mal con el límite. Lo has notado. ¿Verdad?.

Así que él también lo *había* percibido. No respondí.

Él siguió hablando de todos modos.

—Empezó a latir hace dos semanas, cada día con más fuerza. Sea lo que sea lo que se está filtrando… no es de aquí.

Di un paso lento hacia delante.

—¿Has visto algo? ¿A alguien?.

Su expresión vaciló.

—No.

No le creí.

—Hay tres personas desaparecidas, dije —. Aidan Blackmane. Kaylee Virelith. L. Thorne. ¿Los conoces?.

Un músculo se le tensó en la mandíbula.

—Sé quiénes son. Chicos de por aquí, por lo que sé.

—¿Y qué? ¿Crees que simplemente se adentraron en el bosque y desaparecieron?.

—No lo sé—, dijo en voz baja. Volvió a mirar más allá de mí, como si pudiera *ver* la ruptura palpitando tras los árboles. Quizá podía.

—¿Vives por aquí?, le pregunté.

—Protejo esta tierra, dijo, y había algo definitivo en ello, como el tipo de respuesta que no invitaba a más preguntas.

Por supuesto, le hice una de todos modos.

—Protegerla ¿de qué?.

Sus ojos dorados volvieron a posarse en los míos.

—De cosas como tú.

Qué grosero.

Sonreí, lentamente y con desdén.

—Ni siquiera me conoces.

—Sé lo suficiente— dijo, dando un paso hacia delante —. Hueles a magia inestable.

No me inmuté, pero me apetecía hacerlo.

—Tú tampoco hueles precisamente a ropa limpia.

Por un segundo, algo chispeó entre nosotros: volátil, agudo, ardiente. Luego se dio la vuelta sin decir nada más y se adentró de nuevo entre los árboles, desapareciendo en la penumbra como si nunca hubiera estado allí.

Mis dedos se curvaron a los lados, con la magia aun hormigueándome. Qué descaro tenía este tipo. Nunca me había

visto antes y ya me odiaba a muerte. Eso era obvio. ¿Qué demonios le pasaba, de todos modos? Por muy bien que le quedaran esos vaqueros —un trasero *muy* bonito—, era un auténtico imbécil.

Pero yo no había venido aquí para que me acosaran desconocidos atractivos y taciturnos. Había venido a investigar las desapariciones.

Había averiguado algo, claro, pero no lo suficiente.

Pero volvería.

Y la próxima vez, obtendría respuestas, le gustara o no.

3

Caminé todo el camino de vuelta hasta la estación de Merlín con mis botas crujiendo sobre la grava y el bosque cerrándose a ambos lados.

Y, por supuesto, no podía quitarme de la cabeza a ese maldito desconocido tan atractivo.

Lo intenté. De verdad. Centrarme en el caso, en los adolescentes desaparecidos, en la ruptura literal del Velo que acababa de ver porque eso, objetivamente, era más importante que un idiota de ojos dorados, genéticamente bendecido y con complejo de territorialidad.

Pero no. Cada vez que intentaba concentrarme en los chicos, *él* se colaba de nuevo en mi cerebro como un virus engreído y musculoso.

Maldita sea.

Culpé a mis hormonas. Hacía más de un año que no tenía una cita—ni sexo— y mi cuerpo estaba claramente en modo traición. Quizá no era tan guapo en realidad. Quizá solo era la mandíbula o la forma en que parecía capaz de doblar acero con las manos desnudas, todo sudor y músculos… preferiblemente desnudo.

No. No engañaba a nadie. Estaba buenísimo. Objetiva y pecaminosamente bueno.

Sin embargo, había algo sutilmente peligroso en él, como si estuviera reprimiendo esa parte de sí mismo que no quería llevarse bien con los demás. No era un lobo. Lo sabría. Tampoco era un hada, y definitivamente no era un vampiro. Su magia era demasiado… arraigada. Demasiado densa. Como piedra y fuego envueltos en secretos.

Fuera lo que fuera no era humano, pero era algo. Uno de los nuestros. Y eso lo convertía en un aliado potencial… o en un problema muy grave.

Llegué a la Estación Merlín, subí los escalones deformados y empujé la puerta para abrirla. Seguía sin haber llave. No hacía falta. Los Merlín no dependían de llaves. Dependían de protecciones lo suficientemente fuertes como para desintegrar a cualquiera lo bastante tonto como para intentar entrar.

Por supuesto, yo había desmantelado dichos hechizos antes, así que tendría que volver a tejerlos. Más tarde.

En ese momento, tenía un trabajo que hacer. Adolescentes desaparecidos. Una misión potencialmente amañada por un director que quería que fracasara y un guapo guardia forestal con una excelente estructura ósea que nublaba mi juicio.

Prioridades.

Dejé caer mi bolso y me dirigí a la oficina de la parte de atrás. Mi estómago gruñó a mitad del pasillo, fuerte y hambriento. Lo ignoré. Lo único que había comido hoy era una barrita proteica que sabía a serrín mezclado con cacahuetes. Prácticamente podía oír cómo me gritaba una pizza recién salida del horno con masa de ajo y pepperoni tan grasiento que podría recubrir un caldero.

Concéntrate.

La máquina de escribir descansaba en silencio sobre el escritorio, a la espera. Se me ocurrió una idea.

—¿Puedes mostrarme imágenes de los niños desaparecidos?— No tenía ni idea de si podría, pero iba a intentarlo. —L. Thorne, A. Blackmane, K. Virelith.

Clic.

La máquina cobró vida con un repiqueteo y comenzó a escribir. Un segundo después salió la primera imagen en blanco y negro:

Luke Thorne. Sonriente, con el pelo rapado. Quizás quince años, dieciséis como mucho. Tenía el tipo de sonrisa de alguien a quien la vida aún no había puesto a prueba.

—Bien— murmuré, levantando la página.

A continuación, apareció una segunda foto. Aidan Blackmane. Pelo revuelto y una mirada vacilante, como si no se fiara del todo de la cámara.

Luego, la tercera.

Kaylee Virelith. Una hada, si tuviera que adivinar por el aura que se desprendía tenuemente de la foto. Pómulos marcados, un aro en la nariz y esa mirada segura de sí misma que decía que no se dejaba pisotear por nadie.

Niños. Solo eran niños. Y llevaban desaparecidos *dos semanas*.

En mi trabajo, eso solía significar una cosa: cadáveres, no rescates. Si no los encontrabas en las primeras cuarenta y ocho horas, las probabilidades bajaban rápidamente. La magia podía alargar ese margen, claro, pero también podía cerrarlo. Violentamente.

Me quedé mirando sus rostros.

Luke. Aidan. Kaylee.

Se me oprimió el pecho. No era sentimental, pero verlos impresos así, en blanco y negro y ya a medio camino de convertirse en un recuerdo, me afectó de otra manera. Si había la más mínima *posibilidad* de que aún estuvieran vivos, tenía que encontrarlos.

No solo porque fuera mi trabajo ni porque toda mi carrera pendiera de un hilo, sino porque eran los hijos de alguien. Lo eran todo para alguien.

Y si no lo hacía, no sería más que otro Merlín que apareció y fracasó.

Dejé las fotos con cuidado sobre el escritorio y apreté las palmas contra la madera, para centrarme.

Concéntrate, Rhea. Sin distracciones. Ni el desconocido atractivo, ni el nudo en el estómago, ni las mil formas en que esto podría salir mal.

Solo una misión: encontrar a esos niños, pase lo que pase.

Acababa de empezar a clavar las fotos en el tablón de corcho combado que había detrás del escritorio cuando alguien golpeó la puerta principal con tanta fuerza que hizo vibrar el marco.

Tres golpes. Secos. Como si quienquiera que estuviera ahí fuera no creyera en las cortesías y no tuviera ni pizca de paciencia.

Gruñí.

—¿Has vuelto para regañarme?

Solo había pasado media hora desde que vi al gruñón desconocido. Y el hecho de que se presentara donde yo me alojaba no me sentaba nada bien. Fuera guapo o no, no me gustaba.

Caminé con paso firme por el pasillo y abrí la puerta, lista para soltar un bien elaborado

—¿Qué demonios quieres?.

En cambio, lo que me encontré fue… un torbellino.

No era el desconocido. Una mujer irrumpió como si fuera la dueña del lugar. De unos cincuenta y cinco años con rizos grises y salvajes apenas contenidos por un pañuelo morado, llevaba una capa remendada que olía a salvia, tierra de tumba y té hervido, mientras agarraba una tetera de latón con una mano como si fuera un arma. Echó un vistazo rápido a la habitación, murmuró algo en latín y luego hizo un sonido *seco* con la lengua.

—Oh, que el caldero nos ayude— dijo. —Este lugar huele a moho y a caca de ratón.

No se equivocaba. Arqueé una ceja.

—Lo siento. ¿Te conozco?

Su aura era todo luz, flores y naturaleza: una bruja blanca. Y una muy poderosa, si tuviera que adivinar.

—No, no me conoces —dijo con brusquedad—. Pero yo lo sé todo sobre ti, Rhea Morven.

Abrió mucho los ojos.

—Vaya, mira nada más. Tu pelo es tan rojo como la sangre fresca.

Nunca me habían dicho eso antes. Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Sabes quién soy?

—Oh, sí.

Sus ojos azules se suavizaron, solo un poco.

—Hechicera arcana. Linaje Morven. Eso explica la nube de tormenta sobre tu cabeza.

Una pausa. Su mirada me recorrió como si intentara ver dentro de mi cabeza.

—Conocí a tu madre. Sé lo que hay detrás de ese linaje.

Me estremecí por dentro y mantuve una expresión neutra. Ni loca iba a dejar que viera que había tocado un punto sensible, porque lo había hecho. No me gustaba lo mucho que parecía saber sobre mí. Sobre mi linaje. La mayoría de la gente, una vez que se enteraba, se mantenía a distancia. Era más seguro así. Más limpio. Me había pasado la mayor parte de mi vida siendo evitada, siendo objeto de cuchicheos. Sin amigos íntimos ni invitaciones. Solo yo, mi madre y un apellido que traía consigo más sombras que respeto. Así que si esta mujer sabía quién era yo en realidad… la pregunta no era *cómo* lo sabía. Era si era una amiga, una enemiga o simplemente otra persona esperando que yo fracasara.

La bruja esbozó una pequeña sonrisa torcida.

—Te enviaron aquí para que fracasaras. ¿No es así?

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Empezamos con fuerza.

Ella sonrió radiante.

—No tienes ni idea.

Y entonces —porque al parecer una lunática no invitada no era suficiente— una segunda mujer se coló detrás de ella.

No irrumpió. Ella… se deslizó.

Alta, con curvas y glamurosa. Ni idea de cuántos años tenía en realidad: ¿trescientos? ¿Cuatro? Tenía ese aire atemporal y sin edad de los vampiros. Pero si tuviera que adivinar basándome solo en su aspecto, diría que rondaba los treinta y tantos o los cuarenta y pocos. Su espesa melena castaña oscura le caía por los hombros en ondas brillantes, sin un solo mechón fuera de lugar. Ojos como vino añejo, oscuros y profundos. Sus labios eran rojo sangre y se curvaban como si estuviera permanentemente divertida. Tenía ese tipo de presencia que te hacía sentarte más erguido, aunque no quisieras. Y, sí, ya tenía ganas de odiarla, solo un poco.

Por el olor a sangre vieja y la energía fría que desprendía, supe que era una vampiresa. No había duda.

Contrariamente a las creencias populares *de los humanos*, los vampiros podían pasear a plena luz del día como cualquier otra persona. No, no se convertirían en cenizas. Eso era más bien cosa de demonios.

La vampiresa me echó un vistazo de arriba abajo y sonrió sin mostrar los dientes.

—Selene du Vire— dijo, con una voz que sonaba como cuchillos de terciopelo —.Estoy aquí para supervisar el desastre.

Abrí la boca.

—¿Qué desastre?.

—Tú.

La bruja mayor resopló y ya se estaba poniendo cómoda en la cocina. Abrió un armario, resopló al ver el contenido y empezó a sacar hierbas de sus bolsillos sin fondo.

—Ni siquiera hay un hechizo de protección en la ventana— exclamó. —¿Qué *hizo* aquí el último Merlín? ¿Tejer a ganchillo con hilo de demonio?

—No lo sé —dije, tratando de controlar mi enfado, pero sin conseguirlo apenas—. Ha desaparecido. Se le da por muerto.

Selene pisó con cuidado una tabla suelta del suelo y arqueó una ceja.

—No me sorprende. Evander era un poco raro y tenía un gusto horrible para la ropa. Estuvo soltero todo el año que estuvo aquí. Le importaban más sus libros que socializar con la gente. No se puede confiar en la gente que lee libros.

Las miré a ambas entrecerrando los ojos. La forma en que se comportaban, como si conocieran muy bien la Casa, me indicaba que habían estado aquí antes. Muchas veces. Probablemente podría obtener algunas respuestas de ellas, lo cual era bueno.

—Bueno, ya en serio. ¿Quiénes son?

—Marla Brennan— dijo la bruja, aún ocupada echando sal por encima del hombro mientras le daba una charla a una planta en maceta en la esquina.

—Bruja. Forense local. Me especializo en asuntos relacionados con los difuntos, mágicos y de otro tipo. Y, sí, eso incluye a los idiotas que creen que pueden burlar a la muerte con hechizos de Glamour y sangre de cabra.

Selene se señaló a sí misma.

—Como puedes ver solo por mi belleza, soy toda vampiro. Antigua ejecutora del Acuerdo Lunar. Ahora dirijo tres clubes nocturnos, viñedos en Francia e Italia, y una bodega más antigua que todo tu linaje. Probablemente el doble de valiosa, también.

—Claro —dije lentamente—Y las dos están aquí porque…

Marla asomó la cabeza por detrás de la puerta de un armario.

—Porque oímos que el pobre incauto al que habían enviado ya estaba aquí, y somos unas curiosas.

—Y… —Selene pasó un dedo por la mesa del comedor, que en ese momento estaba sepultada bajo torres de libros y papeles sueltos, y que, a juzgar por las huellas, el último Merlín había utilizado claramente como una extensión de su despacho. Puso cara de asco y se limpió el polvo de los dedos.

— Porque alguien en este pueblo tiene que asegurarse de que no te coman antes del desayuno. A ser posible, sin estropearme los zapatos.

Me echó un vistazo de arriba abajo.

—Cara bonita y un cabello que dice: "Pruébame y sangrarás". Lo respeto.

—El té está listo, anunció Marla, sacando tazas de un armario como si lo hubiera hecho cientos de veces antes. Sí, conocía bien este lugar.

—Y díganme —dije, observándolas a ambas como si fueran a jugarme una mala pasada—. ¿Llevan mucho tiempo en Gallows Gate?

—Generaciones— respondió Marla.

Se acercó a la mesa, hizo un gesto con la mano y, con un suave crepitar de energía, los libros y los papeles se levantaron, flotaron y volaron hacia el despacho, apilándose ordenadamente sobre un armario. Un instante después, la tetera y tres tazas desparejadas

flotaron desde la cocina y aterrizaron con un suave tintineo sobre la mesa, ahora despejada.

—Siéntate.

Esperé a que ellas lo hicieran antes de sacar la silla más cercana a la puerta principal. Una vieja costumbre, por si acaso tenía que salir corriendo.

—¿Y tú?

Pregunté, mirando a la vampiresa.

Selene se echó su largo y espeso cabello por encima de un hombro.

—Tengo más de cien...

—Trescientos —la interrumpió Marla.

Selene le lanzó una mirada fulminante.

—Así que llevo mucho tiempo por aquí.

—Ya lo sabemos —murmuró Marla, dando un sorbo a su té.

Selene suspiró dramáticamente.

—Llevo sesenta años atrapada aquí. Prefiero las ciudades. Hay mejor selección de sangre— me guiñó un ojo —. Pero no te preocupes. No eres mi tipo.

La miré fijamente.

—Qué suerte tengo.

Volví a centrar mi atención en el caso.

—¿Qué sabes del tipo que es dueño de la propiedad cerca de Gateburn?.

La expresión de Selene se agudizó.

—¿Pelo negro? ¿Ojos dorados? ¿Un culo que te dan ganas de morder?.

—Sí.

Marla dio un sorbo a su té.

—Un tipo de fiar. Aunque yo no me metería con él.

—Entonces ¿él *es* el casero? —Quería asegurarme de que no hubiera empezado nuestra "no amistad" con una mentira.

—Sí —confirmó Marla.

—Un casero muy guapo al que me encantaría hincarle el diente— añadió Selene, dedicándome una sonrisa que dejaba entrever un ligero destello de colmillo.

No se equivocaba. Era guapo, pero seguía siendo extraño.

—¿Cómo es?

Marla dejó la taza sobre la mesa.

—Se llama Eryk Drakmir. Es muy reservado. Lleva aquí más tiempo del que la mayoría recuerda. Ya vivía en Gallows Gate cuando mi familia se mudó aquí, y yo entonces solo era una niña— miró dentro de su taza —. Y no ha envejecido ni un solo día.

Eso me indicaba que o bien era un cambiaformas con un don increíble… o algo aún más raro.

—Es el dueño del bar local —informó Selene, examinándose las uñas con indiferencia—. Se mantiene al margen la mayor parte del tiempo, pero tiene un pequeño círculo. Conocidos. Muy unidos. Leales, extrañamente leales, si me preguntas.

Me incliné hacia ella.

—¿Qué tipo de ser paranormal es? ¿Un hada oscura?

Era lo único que se me ocurría. Tenía pinta de meterse en líos, de esos letales.

Marla negó con la cabeza.

—Nunca lo dice. Y ahora que lo pienso, siempre esquiva la pregunta. Me miró fijamente—. No creerás que está metido en lo de esos niños desaparecidos, ¿verdad?.

Quizá. La verdad era que no lo sabía. Y hasta que no estuviera segura de poder confiar en estas dos, no diría más de lo necesario.

Selene negó con la cabeza.

—Eryk no. Él es más bien un… guardián, si acaso. Distante, claro. Pero ha ayudado a este pueblo más que la mayoría.

Eso era interesante. Sobre todo, viniendo de una vampiro.

Había algo en él, más allá de los ojos dorados, más allá del poder que bullía justo bajo su piel. Parecía… antiguo. No en años, sino en peso. Como si el mundo hubiera intentado enterrarlo, pero hubiera fracasado.

Me levanté, me acerqué a la máquina de escribir y cogí las copias en blanco y negro que me había dado antes. Volví y las dejé sobre la mesa.

—¿Y estos tres? ¿Qué me puedes decir de ellos?.

Marla se quitó las gafas de lectura que llevaba colgadas de un cordón alrededor del cuello y se inclinó, entrecerrando los ojos para mirar las fotos como si fueran manchas de tinta.

—Los he visto por aquí. Normalmente iban en grupo. Esa…— asintió hacia la foto de Kaylee— vino a mi laboratorio una vez preguntando por unos hechizos de Glamour bastante cuestionables.

—Es una adolescente— comentó Selene y tomó la foto con delicadeza, golpeando la esquina con su uña rojo sangre.

—Todos preguntan por hechizos de Glamour de dudosa reputación.

Esperé.

Marla suspiró y se recostó en la silla.

—No sé mucho más que eso. Pero si quieres respuestas, tendrás que ir directamente a los padres.

—¿Nombres?, pregunté, mientras buscaba mi bolso. Saqué una pequeña libreta y un bolígrafo.

Marla me miró.

—Los tres niños tienen un padre o una madre en el consejo.

Eso me hizo detenerme.

—¿Los tres?

Sí, había oído hablar del consejo de aquí. Algunas comunidades paranormales se las arreglaban con un jefe o un sheriff, quizá un alcalde, alguien que estableciera las normas y mantuviera la paz. Pero Gallows Gate no era como la mayoría de los sitios. Tenían un consejo.

Selene asintió, con una expresión más severa.

—En parte, por eso hemos venido.

Miró a Marla y las dos intercambiaron una mirada.

—No es solo que los niños hayan desaparecido. Es el hecho de quiénes son sus padres.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué iba a importar eso?

La verdad era que no tenía ni idea de a qué se referían. Pero la forma en que lo dijeron —en voz baja y con tensión— hizo que algo inquietante se retorciera en mis entrañas. Si esos chicos eran hijos del consejo, eso lo cambiaba todo. Los adolescentes desaparecidos

ya eran un problema. ¿Adolescentes *importantes* desaparecidos? Ese tipo de cosas no acababan en vigilias a la luz de las velas. Acababan en sangre.

Marla se levantó de golpe, con la taza suspendida detrás de ella.

—Porque, mientras hablamos, la sala del consejo probablemente se haya convertido en una maldita arena de gladiadores.

—¿Sala del consejo? —repetí.

—El antiguo juzgado de Thicket Drive —dijo Selene mientras se levantaba—. Están jugando a la política mientras la ciudad arde. Te sugiero que vayas allí y pongas fin a este lío antes de que lo haga otra persona, y con mucha menos delicadeza.

—Alguien va a morir —dijo Marla, ahora con total seriedad—. Y si eso ocurre, no quedará ningún pueblo que proteger.

Maravilloso. Sabía que este día iba a ser increíble.

Y algo me decía... que esto solo acababa de empezar.

4

Me sorprendió encontrar las llaves de la vieja camioneta todavía en el contacto. Ni amuletos, ni hechizos protectores, ni siquiera una triste runa tallada en el salpicadero. Solo… las llaves. Ahí, sin más. Como si este no fuera un pueblo plagado de cosas que dan sustos, atacan o lanzan maldiciones por la noche.

Lo que más me sorprendió fue ver a Marla y a Selene abrir la puerta del copiloto como si hubieran tenido pensado venir conmigo desde el principio. Sin embargo, la camioneta solo tenía un asiento corrido, lo que significaba que las tres íbamos a ir *muy* apretadas.

Marla se acomodó en el asiento del medio con un gruñido y me lanzó una mirada inexpresiva.

—¿Qué? Tengo problemas en las rodillas.

Claro. Porque eso lo explicaba todo.

Selene se subió a su lado, con toda su elegancia y fría indiferencia, como si viajar en una camioneta oxidada fuera algo habitual para ella. Cruzó las piernas y se ajustó el dobladillo de su abrigo de terciopelo como si estuviera sentada en primera fila en la ópera, y no sobre un vinilo agrietado y pegado con lo que parecía cinta adhesiva. Bueno, *era* cinta adhesiva.

Así que, como la Merlín responsable que intentaba ser, metí la marcha y salí del camino de entrada en busca de Thicket Drive, que, al final, estaba a solo tres minutos.

Tres confusos minutos de paradas y arranques, llenos de carreteras sinuosas que parecían diseñadas por alguien ebrio de hidromiel y polvo de hadas, dos giros perdidos, un camino de entrada que confundí con una carretera y las agresivas indicaciones de Marla (—*¡Ahí!* ¡A la izquierda! ¡No, *a la izquierda!*), finalmente llegamos al aparcamiento del antiguo juzgado, que estaba abarrotado.

—No hay más sitio para aparcar, dijo Marla, sin molestarse en ocultar el tono de reproche en su voz—. Deberíamos haber venido antes.

Tenía razón. Aun así, resistí el impulso de echarla de la camioneta.

En lugar de eso, eché un vistazo al aparcamiento abarrotado, divisé un trozo de césped cerca del borde y giré el volante con fuerza. Los neumáticos chirriaron mientras subía a medio camino por el bordillo y me detenía en un ángulo muy ilegal, pero muy eficaz.

—Listo— dije, apagando el motor—. Aparcado.

Esperaba algún grito de horror, tal vez incluso un *¡No puedes hacer eso!.* En cambio, ambas mujeres se deslizaron fuera de la camioneta con sonrisas idénticas, como si acabara de ganarme mi primera insignia de mérito en Supervivencia en Gallows Gate.

Vaya. Empezaban a caerme bien estas dos, aunque Selene oliera un poco a sangre seca y Marla tuviera la paciencia de un gremlin.

Salté del vehículo, con mis botas crujiendo sobre los guijarros y contemplé el edificio que teníamos delante.

El viejo juzgado se alzaba como si intentara recordar una época mejor, tal vez de hace un siglo, antes de que la pintura se descascarillara, el techo se hundiera y las enredaderas se apoderaran de un lado. Estaba construido con piedra gris, ventanas altas arqueadas por el paso del tiempo y columnas que habían visto días mejores.

Desde dentro llegaban voces, voces fuertes. Discutían. Gritaban.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Esto no iba a ser un debate civilizado con té y canapés. Iba a ser sangre y garras si alguien no lo detenía.

Cogí mi bolso de mensajero, me aseguré de que mi teléfono estuviera dentro y cerré la puerta.

—¿Listas?, pregunté, mirando a mis compañeras.

Selene se ajustó las mangas, con los ojos brillantes.

—Siempre.

Marla se crujió los nudillos.

—A ver si podemos evitar una masacre.

Fantástico.

Porque lo que todo Merlín recién nombrado y sin preparación quiere hacer el primer día es entrar en una sala llena de gente enfadada y poderosa con intereses personales y dientes afilados.

Qué divertido.

Me ajusté el bolso y me dirigí hacia la puerta principal mientras Marla y Selene me flanqueaban como si fuéramos una especie de equipo de asalto improvisado. Fue… raro. No raro en el mal sentido. Solo inesperado.

La gente no solía caminar a mi lado, al menos no por mucho tiempo. O se asustaban, se volvían en mi contra o mantenían la distancia después de descubrir lo que era. Ese era el patrón. Mi patrón. Rhea Morven: una señal de alerta andante certificada.

Pero ahí estaban. Tan cerca que podía sentir la capa de Marla rozando mi manga y percibir el aroma del caro perfume de Selene —algo picante y antiguo que probablemente costaba más que mi sueldo mensual.

Aún no se habían largado. Solo eso era… inquietante. Reconfortante. Maldita sea, no sabía cuál de las dos cosas.

Mantuve la mirada al frente y carraspeé como si importara. Esto no tenía que ver conmigo ni con mi trauma infantil, ni con mis problemas de abandono, ni con mi maldita estirpe. Se trataba de tres niños desaparecidos, de desentrañar un lío de secretos del consejo y, tal vez, solo tal vez, de evitar una guerra de territorios mágicos antes de la cena.

Llegué a la puerta principal y la abrí. Dentro, el ruido nos golpeó antes incluso de que la puerta se cerrara detrás de nosotros. Gritos. No solo gritos humanos normales, sino gritos paranormales. Tenían

esa cualidad especial, en capas, de demasiados egos, dientes, garras y la magia justa para hacer parpadear las lámparas.

La sala de reuniones, o sala de audiencias, como se llamaba en otros tiempos, estaba abarrotada. Y no solo llena, sino a rebosar de magia y tensión, y de ese tipo de ambiente sobrenatural que hacía que el aire se sintiera demasiado denso para respirar. La esencia a sangre y clavos de olor se me metió por la nariz. Vampiros. Luego, pelaje y almizcle. Hombres lobo. Si a eso le sumas el leve cosquilleo eléctrico del Glamour, el suave crepitar de los hechizos residuales y la opresiva presión de tantas firmas mágicas, tienes el equivalente sensorial a que te metan en un ascensor caluroso con todos los estereotipos sobrenaturales imaginables.

Paranormales de todo tipo llenaban las filas de bancos de madera deformados y se apiñaban contra la pared del fondo, hombro con hombro: vampiros con elegantes chaquetas de cuero, cambiaformas con franela descolorida y vaqueros, trolls con la piel como piedra agrietada y brujas con su magia zumbando justo bajo la piel. La energía de la sala no era solo tensa. Estaba *cargada*, como si una sola palabra equivocada fuera a desencadenar una reacción en cadena de maldiciones y garras.

Al entrar, el ruido se atenuó durante medio segundo.

No fue exactamente silencio, pero sí una pausa lo suficientemente larga como para que la notara. Los sentí. Docenas de ojos se deslizaron en mi dirección, evaluándome, sopesándome, juzgándome.

Enderecé la espalda y fingí no sentir el juicio trepando por mi nuca como dedos helados. Estaba acostumbrada a que me miraran, pero no… a estar rodeada.

Entonces lo sentí.

Una mirada me impactó de forma diferente. No era de sospecha ni de curiosidad, sino más intensa… más ardiente.

Me volví hacia ella, más por instinto que por otra cosa, y lo vi.

El desconocido del bosque. Eryk.

Estaba de pie cerca de la pared del fondo, a media sombra junto a una ventana abierta. El mismo pelo negro, los mismos ojos dorados. Llevaba una camisa oscura sin cuello, con algunos botones

abiertos y las mangas remangadas. Tenía los brazos cruzados y me estaba mirando.

Su expresión era indescifrable hasta que, por un breve instante, algo destelló en su rostro. ¿Reconocimiento? ¿Sorpresa? ¿Una chispa de algo más?

No tuve oportunidad de averiguarlo, porque tan pronto como lo capté, él giró la cabeza y miró hacia otro lado, como si yo no hubiera estado allí en absoluto.

Típico.

Me quedé de pie cerca del fondo de la sala, justo al entrar por la puerta, manteniéndome fuera de la zona de impacto por si alguien decidía empezar a lanzar maldiciones.

La larga mesa al frente de la sala tenía seis sillas, y todas estaban ocupadas en ese momento. Todos parecían estar a dos segundos de lanzarse sobre la mesa. Seis especies, seis formas diferentes de enfado.

—Ese es el consejo —murmuró Marla a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y la voz baja—. Y no, no siempre se llevan bien.

Una mujer con la piel como el granito dio un fuerte golpe con la palma de la mano contra la mesa, haciendo vibrar las placas de plata con los nombres que tenía delante.

—¡Tu hijo siempre fue el imprudente!

Su voz ronca resonó por toda la sala. Llevaba el pelo gris acero trenzado hacia atrás, y unas cuentas de madera talladas tintineaban alrededor de sus gruesas muñecas. A mí me parecía todo un troll.

—No culpes a mi hija por esto, Thorne. Es una troll. Lleva toda la semana ayudándome a reconstruir el puente del norte. No estaba por ahí con esos chicos.

—Esa es Brunika Stonejaw —susurró Marla—. La representante de los trolls. Evita que el pueblo se desmorone, literalmente. No te metas con ella a menos que quieras que te caiga una roca encima del coche.

Un hombre alto con un abrigo negro como la tormenta se inclinó hacia delante apoyándose en los codos, con una calma imposible.

Tenía las manos enguantadas y cruzadas, pero sus colmillos asomaban mientras sonreía, con un poco demasiada cortesía.

—Bueno, alguien con su fuerza atrajo a nuestros chicos hasta allí. ¿Quién fue entonces? ¿Tú?

—Cassian Thorne —dijo Selene detrás de mí, con un tono casi admirativo—. Es el representante de los vampiros. Un cabrón guapísimo. Lleva contratos de sangre en el bolsillo como otra gente lleva chicles.

—Ya basta.

La voz resonó en la sala como un disparo, haciendo que todos prestaran atención. Provenía del hombre del asiento central, el alfa, sin duda. Era obviamente algún tipo de hombre lobo. Todo músculo, cuello grueso, una cicatriz a lo largo de la mandíbula, cabello plateado que le rozaba los hombros. Llevaba una gabardina de cuero agrietada y miraba con ira a la fila de miembros del consejo como si fueran cachorros que se hubieran alejado demasiado de la guarida.

—Hombre lobo, supongo ¿Y actualmente dirige este circo?.

—Sí, el magister principal —confirmó Marla—. Torren Blackmane.

Volví a recorrer la mesa con la mirada, grabándome cada rostro en la memoria.

A la izquierda de Torren había una mujer descalza en la sala, vestida con una túnica de color verde oscuro y dorado. Sus ojos brillaban, pasando del color avellana al ámbar y viceversa mientras observaba a los demás, con una expresión indescifrable.

—Maeva Reed, representante de los cambiaformas —añadió Marla, al darse cuenta de mi mirada—. Te calará en medio segundo, pero tardarás una semana en saber qué está pensando.

—Y ese guapo diablo es Thalen Virelith —susurró Selene con un suspiro, con la mirada fija en un hombre con una túnica plateada que brillaba y orejas puntiagudas—. Un hada. Nunca da una respuesta clara. No te molestes en intentarlo.

Su rostro, demasiado bonito, recorrió la sala como si estuviera aburrido en un recital de poesía.

Y, por fin… el que no había dicho ni una sola palabra.

Abrigo oscuro, anillos de obsidiana en cada dos dedos, cabello peinado hacia atrás, con las sienes lo suficientemente canosas como

para parecer distinguido, no viejo. Y unos ojos —uno verde pálido, otro gris tormenta— que apenas parpadeaban.

Entrecerré los ojos. Estaba tranquilo mientras la mayoría de los demás prácticamente se gruñían entre sí. Bebió un sorbo de té como si tuviera todo el tiempo del mundo y luego juntó las manos. Imperturbable. Sereno. Había algo en él que parecía… frío. Controlado.

—¿Quién es ese? —pregunté en voz baja.

Marla ni siquiera miró.

—Lucien Vexley. Representante de las brujas. Bastante nuevo en el consejo, pero sabe cómo manejarse en una sala. Siempre educado. Siempre… sereno.

Demasiado sereno, en mi opinión. Pero nadie me había preguntado.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Selene con tono burlón, inclinándose como si fuera a compartir secretos de Estado—. Eryk no puede dejar de mirarte.

Me giré lentamente y, sí, seguía allí. El desconocido del bosque. En el mismo sitio, con los mismos brazos cruzados, los mismos ojos salpicados de oro clavados en mí como si fuera un rompecabezas cuya forma no le gustara. No se había movido desde que entré, pero ahora su mirada se había agudizado, como si hubiera decidido algo y no le gustara ni un ápice. El calor que desprendía era prácticamente visible. ¿Cómo podía sentirlo desde tan lejos? Ni idea, pero podía.

De alguna manera, su mirada me resultaba… personal. Como si me estuviera evaluando para una pelea.

Y sí, mi estómago dio una pequeña vuelta traicionera. Aunque nunca lo admitiría.

—Eso no es *mirar* fijamente— le dije—.Eso es fulminar con la mirada. Hay una diferencia.

—Mmm —ronroneó Selene a mi lado, con una sonrisa en los labios—. Si esa es su cara de enfadado, quiero ver la de feliz. Preferiblemente sin camiseta. O desnudo. Soy flexible.

Luché contra el calor que me subía por el cuello.

—No es mi tipo.

—Oh, por favor, dijo ella con un resoplido —. Es el tipo de todo el mundo. Vi las chispas cuando se miraron, no mientas. Lo noté desde el otro lado de la maldita sala del tribunal.

Ladeó la cabeza, con los ojos brillantes.

—¿Qué le hiciste? ¿Pisaste sus rosas? ¿Le diste una patada a su perrito?.

—No— dije entre dientes—. Pisé su terreno.

—Ah.

Selene asintió con aire sabio.

—La ofensa definitiva.

Volví a echar un vistazo. Eryk seguía mirándome como si fuera un problema que no podía esperar a resolver con violencia o algo mucho más complicado.

—Apuesto a que huele a humo y a pecado— continuó Selene, casi tartamudeando —. Apuesto a que su sangre sabe a whisky con canela. Caliente, oscura y deliciosa.

La miré.

—No estás ayudando.

—No estoy intentando ayudar. Estoy intentando disfrutar de la vista.

Claro.

—Ah, llega el nuevo Merlín —dijo una voz masculina.

Me giré justo cuando la sala se quedó en silencio. El llamado Lucien me dedicó una sonrisa fría e indescifrable, como las que los políticos perfeccionan ante el espejo.

Eso fue todo lo que hizo falta. Como fichas de dominó, el resto de la sala siguió su mirada.

Todas y cada una de las cabezas se giraron. Todas. Y. Cada. Una. Si, *todas*…

Mi espalda se tensó bajo el peso de las decenas de ojos. Sentí que se me enrojecía la cara, y el cuello también, como si acabara de entrar en un foco de atención que no había pedido. Ese tipo de atención te ponía los pelos de punta y hacía que tu cerebro gritara buscando una salida.

Y justo cuando parecía que no podía ir a peor...

Mi estómago decidió rugir justo en ese momento. Y muy fuerte.

Claro que sí.

Genial. Ahora era el Merlín hambriento con los modales sociales de una zarigüeya en medio del tráfico.

Pero no me inmuté. No me derrumbé. En cambio, eché los hombros hacia atrás y levanté la barbilla como si me importara un comino, lo cual era mentira, pero nadie tenía por qué saberlo. No aquí. No ahora.

Era un Merlín, estaba aquí para hacer un trabajo, y tenía la intención de terminarlo.

Di un paso adelante.

—Rhea Morven. Merlín asignada a Gallows Gate.

Dejé que mi voz resonara. Con confianza. Controlada. Sin rastro de la falta de sueño ni del hecho de que casi hubiera aparcado sobre las petunias de alguien.

—Sé que todos están preocupados. Lo entiendo. He venido aquí para decirles que voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para encontrarlos.

Aún podía sentir la mirada de Eryk sobre mí. Maldita sea, el tipo era implacable, pero mantuve mi atención en los miembros del consejo.

Brunika se burló.

—¿Y qué puedes hacer *tú* que no hayamos intentado ya?.

Selene murmuró a mis espaldas: Para empezar, tú tienes un cerebro que funciona.

Dejé que las palabras quedaran en el aire, como un cebo. A veces no era lo que la gente decía, sino cómo lo decía.

Thalen Virelith se levantó con la inquietante quietud que solo un hada podía lograr. —Kaylee Virelith— dijo en voz baja. —Es mi hija.

Su voz no transmitía emoción alguna, solo un tono frío como el viento lejano sobre el hielo.

—Se suponía que debía estar en casa horas antes de que los demás desaparecieran.

A continuación, Cassian Thorne asintió bruscamente, con las manos enguantadas cruzadas pulcramente delante de él.

—Luke Thorne. Mi hijo. Tampoco volvió a casa. Su tono era tranquilo, pero vi un destello en sus ojos. Dolor. O furia. Es difícil

saberlo con los vampiros.

Y entonces Torren se puso de pie, con la silla chirriando contra el suelo de piedra.

—Aidan Blackmane. Mi hijo. Estaba con Luke y Kaylee la noche que desaparecieron—. Apretó la mandíbula con tal fuerza que parecía que se le iba a romper —.Y si alguien aquí cree que puede echarle la culpa a mi familia, que se lo piense dos veces.

Los tres. Vampiro. Hombre lobo. Hada.

Hijos del Consejo, tal y como me había dicho Marla. Maldita sea, esto se iba a poner feo rápidamente.

Dejé que el silencio se prolongara durante medio segundo y luego di un paso adelante.

—Como dije, haré todo lo que pueda para recuperarlos.

No me conocían, pero lo decía en serio. Encontraría a esos chicos.

Torren me miró fijamente a los ojos.

—Contarás con toda nuestra colaboración— dijo con voz ronca pero firme —. Me encargaré de ello.

—Gracias— asentí.

Pero su oferta me pareció poco convincente. Y por la forma en que no dejaba de mirar a un grupo de hombres corpulentos entre la multitud, tuve la sensación de que estaba llevando a cabo su propia investigación.

—Los niños llevan desaparecidos más de dos semanas —gruñó la concejala troll, volviendo a llamar mi atención hacia ella—. ¿Dónde están? ¡No pueden haberse esfumado sin más! ¿Y dónde demonios está Evander? ¿Le ha pasado algo? ¿Nos ha abandonado?

—No lo sé— dije con sinceridad. Sí, el hecho de que el último Merlín estuviera desaparecido era una complicación.

Brunika frunció los labios.

—¿No lo sabes?.

La irritación me quemó en las entrañas, pero me la tragué.

—Acabo de llegar. Necesito algo de tiempo.

Brunika se inclinó hacia delante, con ambas manos apoyadas en la mesa como si se estuviera conteniendo para no lanzarla. Su rostro se torció en un gesto de enfado.

—Puede que estos chicos no tengan más tiempo —gruñó—. Mientras tú te orientas, ellos podrían estar muriendo.

Tenía razón, pero ¿qué demonios se suponía que debía responder a eso?

—¿En cuántos casos como este has trabajado?

Preguntó Lucien con indiferencia, pero había algo punzante detrás de la pregunta. Como si ya estuviera dudando de mis capacidades.

Mierda.

Podría haber mentido. Debería haberlo hecho, pero algo en esta ciudad, el maldito Velo de política y secretos, me decía que lo descubrirían en un santiamén.

—Ninguno —dije, aclarando la garganta—. Este es mi primero.

Lucien arqueó una ceja.

—¿Tu primer caso de persona desaparecida o tu primer caso… en general?.

Le miré a los ojos y sentí cómo se me tensaba la espalda.

—El primer caso como Merlín con licencia.

Un instante de silencio atónito cayó sobre la habitación como un hechizo que había salido mal.

Entonces... *¡crack*!

La tensión se rompió. Ya no era solo el consejo. Los habitantes del pueblo, alineados contra las paredes, apiñados en cada banco chirriante y suspendidos en la galería de arriba, estallaron en un caos silencioso.

—¿Es novata?

—¿Nos han enviado a una novata?

—Esto es un error. Tiene que serlo…

—Esto es una broma.

—Están sacrificando a nuestros hijos por motivos políticos.

—¡Que manden a otro!

Las palabras me golpearon más fuerte de lo que esperaba. Como puñetazos. Como un fracaso que aún no me había ganado.

Sentí cómo me subía el calor por el cuello. Podía sentir cada par de ojos clavándose en mí: la desconfianza, la incredulidad, el pánico apenas contenido de personas que acababan de darse cuenta de

que su última esperanza tenía la forma de un desastre pelirrojo con chaqueta de cuero.

Se me secó la boca mientras permanecía allí rígida, tratando de no pestañear. Tratando de no derrumbarme.

Marla no dijo nada. Selene parecía ligeramente divertida, como si esto se estuviera volviendo *chistoso*.

Pero yo solo intentaba respirar para superar ese momento y no salir corriendo por la puerta gritando.

Bienvenida a Gallows Gate, Rhea.

Prueba de fuego. Y todo el maldito pueblo acaba de encender la cerilla.

Sin presión.

5

No pregunté si Marla y Selene necesitaban que las llevara a casa. Después de todos los gritos y susurros en el juzgado, salí a hurtadillas por la puerta lateral como una delincuente tratando de esquivar a la turba del pueblo. Ya había tenido suficiente por un día. Más que suficiente.

¿Fue profesional? Probablemente no. Pero en ese momento, no me importaba.

Todas esas acusaciones y culpas no iban a aportarme nada nuevo sobre el caso. No esta noche. Había asistido a la reunión del consejo y conocido a los padres y los había visto a punto de saltarse el uno al otro las yugulares mientras yo intentaba no desmayarme por la tensión de segunda mano.

Estaban a flor de piel. Conmocionados y ni remotamente dispuestos a ayudar, lo que significaba que tendría que hablar con ellos uno a uno, con suerte cuando no estuvieran a punto de cometer un homicidio en una sala pública.

Pero ya era tarde, estaba oscuro y me moría de hambre.

Cogí una hamburguesa y unas patatas fritas de boniato del único restaurante que seguía abierto a esas horas —Greasy Cauldron—, el tipo de sitio que servía la comida en bolsas de papel marrón grasientas y te llamaba *cariño*. Las patatas estaban saladas hasta la saciedad. Perfectas.

Para cuando entré en el camino de grava de Merlín Station, prácticamente temblaba de agotamiento. Cerré la puerta principal de una patada y dejé caer mi bolso con un fuerte golpe.

Me desplomé sobre la diminuta mesa de la cocina, devoré la comida como un mapache hambriento y, de repente, dejé de comer a mitad de la hamburguesa.

No podía comer más. Se me había quitado el apetito.

La resaca emocional de la reunión del consejo aún se aferraba a mi piel como el humo. Había venido aquí con la esperanza de un nuevo comienzo, de empezar de cero. Pero, al parecer, Gallows Gate no creía en eso de empezar de cero.

Hoy, mi linaje no me había condenado, pero el hecho de ser novata sí. No había demostrado nada, era el novato Merlín al que habían arrojado en medio de una tormenta sin chaleco salvavidas, y ahora todo el mundo en la ciudad lo sabía.

Aun así, no estaba aquí para caer bien. Estaba aquí para resolver un caso, y eso era precisamente lo que iba a hacer.

Primero, necesitaba quitarme este día de encima como si fuera sangre seca y suciedad.

Metí la hamburguesa a medio comer en la nevera, cogí la bolsa de viaje que había dejado en el suelo al llegar y subí las escaleras con paso pesado en busca de un baño y una cama.

El pasillo crujió mientras pasaba por delante de tres habitaciones antes de elegir la última a la derecha, sobre todo porque no olía a humo de pipa viejo ni a queso rancio y porque tenía la ventana más grande. Entré en un pequeño dormitorio iluminado por la luz de la luna y encendí la luz.

Era… acogedor en un sentido un poco siniestro y abandonado. Me venía perfectamente.

La cama estaba encajada contra la pared del fondo, cubierta de sábanas viejas y mohosas que quizá alguna vez habían sido blancas, pero que ahora parecían manchadas de té y otras cosas en las que no quería pensar. Había dos mesitas de noche que no eran iguales, una cómoda con un cajón abierto que colgaba como una mandíbula rota y un pequeño armario con la puerta agrietada.

Dejé caer mi bolso sobre la cama y me acerqué al armario. Dentro encontré una pila de sábanas cuidadosamente dobladas y un par de bolas de naftalina que habían perdido las ganas de vivir. Pero bueno, unas sábanas limpias eran unas sábanas limpias.

Arranqué el viejo edredón y desmonté la cama, tirando las mantas que olían a rancio a un rincón. Cinco minutos más tarde, la tenía hecha con sábanas limpias y una colcha que no parecía sacada de una película de terror.

Respiré hondo. Olía ligeramente a lavanda.

Pequeñas victorias.

Siguiente parada: el baño.

El que estaba al final del pasillo era anticuado pero funcional, con una gran bañera con patas, un lavabo de porcelana antiguo y un espejo agrietado que hacía que mi reflejo pareciera unos diez años más traumatizada de lo que me sentía. Abrí el grifo del agua caliente, eché un poco de esas sales de baño de lavanda baratas con las que siempre viajaba y dejé que se llenara.

Me quité la ropa, haciendo una mueca de dolor al sentir lo doloridos que tenía los hombros. Me sentía como si hubiera estado cargando ladrillos cuesta arriba todo el día, y no solo intentando evitar que un pueblo maldito se destrozara a sí mismo.

El vapor del agua caliente me rodeaba los tobillos mientras probaba la temperatura. Perfecta.

Me metí despacio y con cuidado, medio esperando que el grifo chillara o que la bañera se hundiera a través del suelo, pero no pasó ninguna de las dos cosas. Pequeñas bendiciones. Me sumergí en el agua hasta que me cubrió las clavículas, y suspiré profundamente, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante una semana.

—Oh, qué bien —gemí, echando la cabeza hacia atrás—. Por fin.

El calor se filtró en mis músculos, aliviando los dolores de la columna y los hombros nudo a nudo. No era solo un baño. Era terapia, magia y salvación servidas en agua caliente con burbujas con aroma a lavanda.

Sumergí la cabeza, me empapé el pelo y lo froté como si pudiera quitarme de la cabeza toda la tensión del juzgado. Probablemente

no era posible, pero valía la pena intentarlo. Luego cogí la pastilla de jabón y empecé con el resto de mi cuerpo, frotando para quitarme la suciedad, las miradas y las dudas susurradas.

Y sus ojos. Esos ojos dorados, enfadados y demasiado intensos.

Eryk Drakmir. Ese hombre —o lo que fuera que fuera— me había mirado como si hubiera entrado en su casa y me hubiera meado en el suelo. Pero yo no había hecho nada todavía. A menos que el mero hecho de estar cerca de él contara como tal.

¿Por qué esa mirada? ¿Por qué ese calor? ¿Y por qué, que el caldero me ayude, me había revuelto el estómago como a una adolescente estúpida? Tenía treinta y tres años, era una mujer hecha y derecha. No debería estar reaccionando así.

Cerré los ojos y me hundí más hasta que solo mi nariz y mis ojos asomaban por encima de las burbujas.

Esto estaba bien. Yo estaba bien. Desnuda, dolorida, mágicamente agotada.

Y entonces...

—¡Dios mío!.

Grité y me giré, llevándome los brazos al pecho, aunque todavía estaba a medio salir del agua.

De pie en la puerta, a través de la maldita puerta cerrada, había un hombre.

Un hombre casi transparente.

Parecía que acababa de salir del plató de una película de gánsteres de los años veinte, con un traje de tres piezas, pantalones a rayas, un chaleco oscuro y una camisa blanca. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y era guapo, de esa forma demasiado engreída para su propio bien. Como el tipo de hombre que coquetearía contigo mientras te hurta la cartera.

Excepto que… brillaba tenuemente.

—¡Maldita sea! —Se dio la vuelta tan rápido que la corbata casi le atravesó la cabeza—. ¡No he visto nada! ¡Lo juro por mi tumba! Que, para que conste, está dos manzanas al oeste, bajo un olmo llorón.

Chillé y agarré la toalla del toallero como si fuera un escudo, con el corazón a mil.

—¡Eres un fantasma!.

—Bingo— respondió él, sin apartar la vista de la pared—. Muerto. Hace un siglo y contando, pero intento que no resulte raro.

—¡¿En serio?!

Levantó las manos.

—Eh, tranquila. Llevo usando esta bañera para mi baño existencial nocturno desde la Ley Seca. No ha venido nadie aquí en días. No esperaba compañía, y menos aún del tipo que respira, está vivo y se agarra a una toalla.

Di un paso atrás, aferrándome a mi toalla.

—¿Quién demonios eres?

No le tenía miedo al fantasma, no. No era mi primer encuentro con uno, pero estaba desnuda.

Se giró a medias, cuidando de mantener la mirada hacia el cielo.

—Mortimer Callahan. Morty, para los amigos. Antiguo… empresario mágico. Actual fantasma residente y guía turístico a regañadientes de este magnífico establecimiento.

—Joder —murmuré, apretándome más la toalla—. Nadie me dijo que iba a compartir esta casa con un fantasma sin respeto por los límites.

—No son problemas de límites —replicó él—. Solo… falta de práctica en el protocolo de los fantasmas. Mira, te dejo con tus burbujas.

—Espera. Ya puedes darte la vuelta.

Lentamente, el fantasma llamado Morty se dio la vuelta por completo.

—Mucho más guapa que el último Merlín, dijo con un guiño.

Lo miré con expresión impasible, sin soltar la toalla, como si fuera mi tabla de salvación.

—Los halagos no te llevan a ninguna parte conmigo, Casper.

Morty jadeó, llevándose la mano al pecho como si le hubiera dado una bofetada.

—Uf. Golpe bajo. Ese tipo era un aficionado.

Entrecerré los ojos.

—Claro. Bueno, Morty. Empecemos por lo obvio. ¿Qué estás haciendo aquí exactamente? No pareces ser un plomero que decidió trabajar a medianoche.

Se acercó, sin deslizarse, un poco más, con los brazos cruzados y el peso desplazándose como si aún tuviera caderas. Qué raro.

—Soy un fantasma de la estación vinculado al puesto de Merlín: esta casa, esa máquina de escribir, los amuletos, todo eso. Llevo aquí desde 1927. Hice una especie de juramento para ayudar al Merlín al que destinaran a este lugar. Servir y soltar sarcasmos, sobre todo. También preparo un té estupendo, si no te importa que la taza traquetee un poco.

—¿Así que eres como… el personal de apoyo de la Estación Merlín?

—Exactamente.

Hizo una reverencia teatral.

—Asistente post mortem y, de vez en cuando, intruso en la bañera.

Exhalé y me senté en el borde de la bañera, con la toalla aún bien envuelta.

—Dijiste algo sobre el último Merlín. ¿Cómo se llamaba?.

—Evander Fenwick— dijo Morty, con la voz ligeramente cambiada, más grave y seria—. Entró aquí hace aproximadamente un año. Era de los callados. Listo, pero bebía más de la cuenta. Tenía una forma de ver las cosas que los demás no veían, pero… era muy reservado. No me dejaba ayudarle mucho.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—¿Paranoia? ¿Demonios personales? Ni idea. Desaparecía durante días, murmurando algo sobre fallos en los escudos y grietas en el Velo. Apenas dormía. Creo que se estaba acercando a algo. O quizá algo se estaba acercando a él.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con la presencia fantasmal de Morty.

—¿Cuándo desapareció?.

Morty apretó los labios.

—Hace unos diez días. Salió una noche después de una tormenta eléctrica especialmente fuerte y no volvió.

—¿Ninguna señal? ¿Ninguna nota? ¿No te dijo nada sobre adónde iba y por qué?.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Solo su abrigo seguía en el perchero y su diario había desaparecido. No se le ha vuelto a ver desde entonces.

Fruncí el ceño. Diez días. Eso fue justo cuando se rompió el Velo… y los niños desaparecieron.

—¿Lo sabía el consejo?.

Morty resopló.

—Sí, por eso te han llamado.

Me levanté y cogí una toalla limpia para secarme el pelo, asimilando todo.

—Así que tengo niños desaparecidos, un Merlín desaparecido, un consejo sospechoso y ahora un fantasma sarcástico como compañía.

Morty sonrió.

—Suena como el comienzo de una novela de misterio.

—O el final de mi carrera, murmuré, dirigiéndome con paso pesado hacia la puerta.

—Anímate— me gritó.—. Tienes un cabello estupendo y no gritaste tanto cuando te pillé desnuda.

—Cállate, Morty.

No di un portazo al salir del baño. Sobre todo, porque no quería parecer que estaba discutiendo con un fantasma mientras llevaba una toalla puesta.

Pero me detuve a mitad de camino hacia el dormitorio.

—Espera.

La cabeza de Morty asomó por la pared como una burbuja flotante.

—¿Sí?.

—Dijiste que llevas aquí desde los años veinte. ¿Eso significa que has visto a todos los Merlín que han pasado por este lugar?.

Flotó el resto del camino hasta entrar, con las manos en los bolsillos de sus pantalones fantasmales y una ceja levantada.

—Claro que sí. Algunos eran brillantes. Otros… no tanto. A uno se lo comió su propio homúnculo. Historia real.

—Evander —dije, ignorando esa imagen—. Dijiste que era reservado, que era muy callado. ¿Mencionó *algo* sobre en qué estaba trabajando antes de desaparecer?

Morty descendió flotando hasta quedar suspendido justo por encima del suelo, con una expresión inusualmente seria.

—Cosas sueltas. Estaba obsesionado con el Velo, decía que se estaba debilitando, que se estaba agrietando por algunas partes. Creía que alguien había estado manipulando magia antigua, cosas que no se habían tocado desde que se fundó Gallows Gate.

Interesante.

—¿Mencionó quién?.

—No dio nombres, pero solía discutir con alguien cuando creía que nadie le escuchaba. Normalmente a altas horas de la noche, en su estudio.

Lo archivé en mi memoria.

—¿Dijiste que llevaba un diario?.

Morty sonrió.

—Sí, pero no está aquí. Al menos, no en la Casa.

—Probablemente se lo llevó consigo cuando desapareció, dije, más que nada para mí misma.

—Es muy posible— Morty se rascó la cabeza—. Lo único que dijo fue: "Si quieren encontrar la verdad, tendrán que buscar donde empezó todo".

Fruncí el ceño.

—¿Qué demonios significa eso?.

—Era un Merlín. Son así.

Morty se inclinó hacia mí, sonriendo de nuevo.

—Pero escuché algo jugoso unos días antes de que desapareciera.

Me animé.

—Sigue.

—Una noche vino un hombre al porche. No lo vi, pero lo oí. Tenía una voz grave. Pulida, como si hubiera ensayado cada frase. Dijo algo así como: “Estás jugando a un juego peligroso, Fenwick. Retírate, o no te gustará lo que hay detrás de esa cortina.”

Me quedé paralizada.

—¿Cortina?.

Morty asintió.

—Eso es lo que dijo. Evander le dijo que se largara del porche antes de convertirlo en un tritón. Discutieron, el desconocido se marchó y nunca volvió.

—¿Tienes idea de quién era?.

Morty puso mala cara.

—No sabría decirlo.

Le di vueltas al asunto.

—Este pueblo sí que sabe cómo dar una fiesta de bienvenida.

Morty ladeó la cabeza.

—Tú no eres como los demás.

—¿Gracias?

—No, lo digo en serio. Tienes esa mirada de "he pasado por muchas cosas, pero sigo en pie". La mayoría de los Merlín vienen como si estuvieran aquí para un ascenso. Tú pareces estar aquí para una pelea.

Suspiré.

—Y parece que me he metido en una.

Él se rio entre dientes y flotó hacia atrás.

—No te preocupes. Te cubro las espaldas…. más o menos. Soy más bien un fantasma de apoyo verbal.

—Tomaré nota.

—Ah— añadió, girando en el aire —. Quizá quieras echar un vistazo al estudio antes de acostarte. Siempre estaba garabateando notas en los márgenes de sus libros de hechizos. Y no uses el jabón morado del baño de arriba. Está maldito. Es una larga historia.

Desapareció con un silbido y un ligero aroma a menta y… ¿humo de cigarro?

Me quedé mirando la pared por la que se había desvanecido.

Oh, sí. Este caso iba a matarme.

6

Me desperté con una migraña infernal, pero tras tomarme dos Tylenol, me obligué a levantarme.

El sueño había sido un pequeño cabrón escurridizo. Cuando por fin conseguí quedarme dormida, a mi subconsciente le pareció divertidísimo inventarse un sueño en el que yo estaba desnuda ante el Consejo de la Puerta de la Horca mientras ellos me señalaban, se reían y dictaban sentencia. El único que no se reía era Eryk. No, él simplemente se quedaba de pie en las sombras, mirándome con esos irritantes ojos dorados que de alguna manera lograban parecer a la vez furiosos y... ¿sexy?

Sí. Ese sueño no me ayudó en nada.

Tampoco ayudó que, antes de acostarme, hubiera seguido el consejo de Morty y husmeado en la antigua oficina. Al parecer, el antiguo Merlín, Evander, la había utilizado como una mezcla de búnker de pánico y tablero de conspiraciones desorganizado. Los libros de hechizos estaban apilados junto a notas sueltas garabateadas con una letra frenética que parecía haber sido escrita en medio de un colapso nervioso.

Una nota decía: —El Velo se debilita. Empeora.

Otra: —Magia antigua. Más antigua que la Puerta.

Y la que me hizo retorcer el estómago: —No confíes en nadie.

¿Eran garabatos paranoicos o una auténtica petición mágica de ayuda? Ni idea. Todos los que hablaban de Evander lo describían de la misma manera. Era solitario, reservado, callado. El tipo de persona que no saludaba a los vecinos y probablemente miraba con malicia al cartero a través de las persianas.

Yo había hecho eso antes.

Pero el Velo se había debilitado, eso estaba claro. Algo había logrado atravesarlo o quizá había atraído algo hacia dentro y Evander había desaparecido: no había huido, ni se había retirado, simplemente se había esfumado. Si a eso le sumamos que alguien había ido a su casa por la noche y lo había amenazado, yo empezaba a tener la clara y profundamente desagradable sensación de que aquello que él había descubierto había venido a por él.

Gruñí, fui al baño, me lavé los dientes con la triste pasta de dientes de viaje que había metido a la fuerza en mi bolsa y me puse la ropa menos arrugada que pude encontrar.

—Si Evander no tiene café —refunfuñé, arrastrándome por las escaleras paso a paso como un zombi con dolor en las rodillas—, voy a matar a alguien.

—Sí que tiene —dijo una voz justo a mi lado.

Di un respingo, resbalé y estuve a punto de romperme el cuello. Me agarré a la barandilla, con el corazón latiéndome como un martillo neumático.

—Morty —espeté, a mitad de las escaleras—. Joder, avísame antes.

El fantasma en cuestión flotó por encima de la barandilla. Tenía un aspecto irritantemente alegre y elegante con su traje para alguien que llevaba muerto un siglo.

—Lo siento —dijo, aunque sonreía—. Me pareció que te vendría bien algo para animarte. Pensé en mencionarte lo del café antes de que mataras a un civil.

—Vale —dije. Luego lo señalé—. Aun así, hay límites, chico fantasma.

Morty se encogió de hombros con indiferencia y flotó hacia atrás, en dirección a la cocina.

—El café está por ahí. El segundo armario a la izquierda. La taza con la carita sonriente está más o menos limpia.

La cafetera funcionaba, gracias al caldero, y encontré unos granos de café recién molidos. Para mi sorpresa, el café estaba excelente. Mejor con leche, pero no había nada en la nevera y se me había olvidado hacer la compra.

—Tienes que hacer la compra, dijo Morty mientras me sentaba a la mesa, taza en mano, observando la pila de archivos y libros que había dejado allí tirados la noche anterior.

—Lo sé. Me distraje con todo ese asunto de que la ciudad amenazaba con estallar en violencia.

Morty flotó hasta la pared junto a la nevera, con los brazos cruzados como si se apoyara en algo sólido.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy, jefa bruja?

Arqueé una ceja.

—No me llames así. No soy tu jefa.

Él sonrió.

—Bien, entonces, la roja. ¿Qué otra cosa voy a hacer? ¿Flotar por las tuberías? ¿Vuelvo a aparecer en tu esponja de baño?

Ignoré eso.

—Voy a visitar a las familias. Por separado esta vez. Veré qué puedo sacarles cuando no estén intentando sacarse los ojos el uno al otro. Luego volveré a Gateburn y veré qué queda.

Quería ver si podía encontrar más pistas sobre los niños desaparecidos. Alguien tenía que haber visto algo. Sabía en lo más profundo de mis huesos de bruja que alguien sabía algo.

Morty silbó entre dientes.

—Te gusta el peligro, ¿eh?.

Di otro sorbo.

—Es solo un efecto secundario de mi encantadora personalidad.

Él se rio entre dientes, en voz baja y con naturalidad, y luego caminó —no, flotó— hasta la mesa y se dejó caer en la silla más cercana como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Mis labios se entreabrieron por la sorpresa.

—¿Puedes sentarte?

Nunca había visto ni oído hablar de un fantasma capaz de hacer eso. Parecía que Morty era único.

Me dedicó una sonrisita de satisfacción.

—Requiere concentración y años de práctica, pero sí. Sentarme es uno de mis muchos talentos infravalorados.

—Vaya, que sorpresa.

Me reí, mirando la silla como si fuera a derrumbarse bajo el peso de un hombre medio muerto.

—Aun así, ¿cómo es posible?.

El fantasma se encogió de hombros.

—Tengo tiempo de sobra y soy un poco terco. Cuando llevas mucho tiempo atrapado en un sitio, descubres cómo hacer que las cosas sucedan. Y eso es lo que he hecho.

Un fantasma capaz de interactuar con el mundo físico. Eso podría ser realmente útil, o aterrador. Dependiendo de lo extraña que se volviera mi semana.

Me incliné hacia delante.

—Ese desconocido que vino a la Casa antes de que Evander desapareciera… ¿Recuerdas algo más de él? ¿Su voz? ¿Su acento? ¿Algo que me sirva para distinguirlo?.

Morty negó con la cabeza.

—Esa es la cuestión. No presté atención. Era tarde, ya había dado por terminada la jornada, por así decirlo.

—Claro —dije, abriendo un expediente y echando un vistazo a las notas que Evander había garabateado con una letra que parecía haber sido alimentada a base de cafeína hasta la saciedad.

—Oye, estoy muerto, no lo sé todo— golpeó la mesa con un dedo, algo también muy inusual en un fantasma—. Aunque… hay algo raro en ti.

Levanté la vista.

—Vaya, gracias.

—Me refiero a tu magia —dijo—. Se siente… diferente. Más fuerte que la del último Merlín. Más salvaje, también. Pero… más fría en algunos aspectos. Como hielo envuelto en fuego.

Me puse tensa.

—¿Puedes sentir eso?

Primero puede sentarse, levantar objetos, dar golpecitos con los dedos sobre superficies duras, ¿y ahora puede sentir mi tipo de magia? No estaba segura de cómo me hacía sentir eso. ¿Nerviosa? ¿Inquieta?

—Claro —dijo Morty, con voz más pensativa ahora—. Es lo que tiene el cargo. No siempre fui un pobre desgraciado haciendo sonar cadenas en el ático. De hecho, nunca he hecho eso. Pero llevo atado a este lugar casi un siglo, he visto pasar por aquí todo tipo de magia: brujas, brujos, magos. Incluso un par de nigromantes. Pero la tuya…

Se llevó una mano, pálida como la de un fantasma y casi sólida, al costado de la cabeza.

—La tuya se siente diferente. No es que sea primitiva, pero… más antigua. Como si recordara algo que el resto del mundo ha olvidado.

Era la conversación matutina más extraña que había tenido nunca, y nada menos que con un fantasma.

Bajó un poco el tono de voz.

—Me vibra en los huesos, y ni siquiera tengo huesos ya. Hay algo… ancestral en ella.

Me quedé mirando mi café, debatiéndome entre decirlo o no, pero entonces se me escapó, quizá porque era un fantasma y, de alguna manera, eso lo hacía más fácil.

—Soy una hechicera arcana nacida de un antiguo linaje. Supongo que eso es lo que estás percibiendo.

—Ah —Morty asintió lentamente—. Eso explica en parte lo que pasa. Una vez conocí a un hechicero arcano. Se llamaba Elías Morven.

Le miré fijamente.

—Era mi tío abuelo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No me digas.

Sí, tenía la sensación de que ya lo sabía.

—Murió antes de que yo naciera. Mi madre nunca hablaba de él. Solo decía que había sido poderoso… y peligroso.

—No te equivocas —dijo Morty—. Casi hace volar por los aires la mitad de East Hollow intentando purificar una línea ley. Consiguió que lo expulsaran de dos aquelarres, aunque era un tipo encantador. Llevaba chalecos muy llamativos.

Eso me hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—Me lo puedo imaginar.

—Así que ese es tu linaje —. Morty me observó un instante—. Eso explica la tormenta en tu aura.

Me froté las sienes.

—Esa tormenta me ha estado siguiendo desde que nací.

No era una metáfora. No para mí. La presión en el aire, la aguda estática que a veces sentía bajo la piel, como si algo antiguo y enfadado se hubiera colado en mi ADN y no me soltara. No le mencioné esa parte a Morty, ni el hecho de que la tormenta no era solo una sensación, sino El Legado: una consecuencia de lo que mi familia había hecho incluso antes de que yo naciera.

Podría haber dicho más, pero mi boca se cerró de golpe antes de que las palabras se me escaparan. Puede que fuera un fantasma y quizá no la peor compañía que había tenido, pero ¿confianza? Eso no era algo que repartiera entre cafés y presentaciones incómodas en la bañera. Ya no.

¿Pero un asistente de Merlín, uno no oficial con privilegios para aparecer y olfato para los problemas? Con eso, podría trabajar.

Le lancé una mirada.

—Entonces, déjame entender bien cuál es tu papel aquí… estás para ayudarme. ¿Verdad? ¿Con los casos y cualquier otra cosa que pueda necesitar?

Esbozó una sonrisa baja y torcida.

—Por supuesto, roja. Luego, como si fuera lo más natural del mundo, se inclinó hacia atrás y sacó un delgado estuche plateado de su abrigo. ¿Un abrigo de fantasma? Todavía no estaba segura de cómo funcionaba todo esto. Lo abrió, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con un viejo mechero dorado.

La llama se avivó y capté un breve destello en sus ojos, nostalgia, tal vez. O costumbre. Luego exhaló una perezosa voluta de humo que se enroscó en el aire, pero no olía tan fuerte como el

humo de un cigarrillo normal. Su ligero aroma era como si alguien hubiera fumado allí hacía un par de días y el olor aún persistiera.

Esto era una locura. Una locura total. Y, al parecer, mi vida ahora.

—¿Puedes fumar? ¿Tú? ¿Un fantasma?.

Se encogió de hombros con un lado, con una leve mueca en la comisura de los labios. —No como antes. Ya no siento el efecto de la nicotina, pero la memoria muscular es algo increíble. El cuerpo de fantasma sigue ansiando el ritual.

Observé cómo el humo se elevaba hacia el techo.

—¿No te gusta? —preguntó, divertido.

—Al contrario—dije lentamente—. Creo que ahora me gustas más.

Él sonrió de oreja a oreja y dio otra calada —si es que se le podía llamar así— y se inclinó hacia delante, todo sombra y encanto.

—Bueno. ¿Qué necesitas, jefa?.

Me quedé mirando mi taza medio vacía. La cafeína había ayudado, pero seguía sintiendo como si todo el pueblo se sentara sobre mi pecho, con aire de superioridad y juzgándome.

Exhalé un largo suspiro mientras lo miraba a los ojos.

—Mientras estoy fuera, ¿puedes revisar otra vez los libros de Evander? A ver si se me ha pasado algo por alto. Anoche estaba al límite de mis fuerzas y mi cerebro no funcionaba precisamente a pleno rendimiento.

Lo que no dije fue que la presión iba en aumento. Ahora todo el mundo en el pueblo sabía que este era mi primer caso, y estaba claro que no les hacía ninguna gracia.

—¿Qué te pasa? —preguntó Morty, observándome—. Pareces... tensa.

Negué con la cabeza.

—No es nada.

Morty exhaló una voluta de humo que se desvaneció a mitad de la mesa.

—Claro. Nada. Bueno, ya que sales, ¿quieres que yo también vaya a espiar? El pueblo tiene oídos por todas partes. Más vale que ponga los míos a trabajar.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro. La gente habla cuando cree que nadie la escucha. Y yo tengo mucha práctica en ser invisible. Pasan por delante de la Casa y te sorprendería lo fácil que se oyen sus voces.

—De acuerdo, entonces.

Dudé un momento y luego añadí:

—¿Qué sabes del tipo llamado Eryk Drakmir? ¿El que vive a las afueras de Gallows Gate?

Si el fantasma llevaba mucho tiempo allí, quizá supiera más sobre ese desconocido que nadie.

Morty sacudió la ceniza que no caía.

—¿El guapo y melancólico de los ojos dorados?.

Le lancé una mirada.

—¿Sabes algo de él?.

Morty se rio entre dientes, dio una calada al cigarrillo fantasma y añadió:

—Depende. ¿Qué quieres saber?.

—Todo. Todo lo que sepas de él.

Morty dio una calada a su cigarrillo.

—¿Es sospechoso?.

—Todo el mundo es sospechoso hasta que averigüe quién es el responsable y encuentre a esos chicos.

Morty expulsó bocanadas de humo por la nariz.

—Bueno, Eryk es de esos tipos que se mantienen al margen. Tiene un círculo de amigos muy unido, la mayoría de los cuales ya ni siquiera viven por aquí. Es dueño de un bar local, echa una mano cuando hay que arreglar algo o a alguien. No causa problemas. Es un tipo muy tranquilo.

Me recosté en la silla y lo miré.

—Así que la típica rutina del buen ciudadano.

Morty soltó un bufido seco.

—Lo dices como si fuera sospechoso.

—Lo es. Nadie es tan impecable.

—Yo no diría que es impecable— añadió Morty—. Es más bien del tipo que se mantiene en su sitio. Es reservado, sin dramas, nunca se ha casado y no tiene hijos. Solo él y esa casa enorme y lúgubre que tiene en la colina. Lleva allí mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?.

Morty se encogió de hombros, apoyando sus brazos translúcidos sobre la mesa como si fuera lo más natural del mundo.

—Bueno, ya estaba por aquí cuando yo morí. Así que… más de un siglo. Se le ve bien para ser un anciano. ¿No te parece?.

Parpadeé.

—¿Me estás diciendo que ese hombre lleva aquí más de cien años?.

—Más o menos. Algunas personas simplemente envejecen mejor que otras. No le tengo envidia— volvió a dar una calada—. Bueno, no tanta.

Me froté las sienes.

—Entonces, ¿no crees que esté involucrado?.

Morty se inclinó un poco hacia mí, con un tono de seriedad que se colaba en su voz.

—No. Eryk no es de ese tipo. Si alguien amenazara al pueblo, él sería el primero en ponerse delante para protegerlo, aunque a él no le cayera bien.

No me convencía.

—Se mostró frío cuando lo conocí. No solo callado, quiero decir... glacial. Como si yo fuera el enemigo.

Esa ira en sus ojos, detrás de sus ojos, era algo que no podía olvidar fácilmente.

Morty arqueó ligeramente las cejas.

—¿Y por eso crees que es culpable? ¿Porque no te ofreció galletas ni te dio la bienvenida con una taza de té?.

—Creo que la gente se pone rara cuando esconde algo. Y esa mirada que me lanzó... era como si supiera quién era yo incluso antes de que hablara. Y parecía que me detestaba, incluso antes de que abriera la boca.

Morty exhaló una bocanada de humo que se enroscó hacia el techo.

—Eso es porque *sí* sabía quién eras. O al menos lo que eres. Los Merlín tienen un aroma característico y los puedes oler, especialmente si uno de ellos trató de incinerarte.

Me quedé paralizada.

—¿Incinerarlo?

Morty asintió.

—Otro Merlín, hace años, intentó matarlo.

Lo miré fijamente.

—¿Qué?

Vaya, las cosas empezaban a tener más sentido.

—No lo consiguió, obviamente. Pero sí. Digamos que no fue un buen momento para ser Eryk. Y cuando alguien ha intentado matarte una vez, tiendes a ponerte a la defensiva cuando otro viene a llamar a tu puerta.

—Fantástico, murmuré, desplomándome en la silla. —Así que me odia por principio.

—Más bien… es cauteloso. Si le demuestras que no eres como el último, puede que deje de mirarte como si le hubieras rayado el coche.

—Lo intentaré.

Se me ocurrió algo.

—Si llevas muerto desde los años veinte, ¿cómo es que hablas la jerga moderna?

El fantasma me dedicó una sonrisa.

—La televisión, nena.

Si, claro. Supongo que tuvo mucho tiempo para ver la tele.

—No te lo tomes como algo personal —dijo Morty, exhalando anillos de humo—. A él también le caía mal Evander.

—Maravilloso.

Pero, de alguna manera, saber que un Merlín como yo había intentado matarlo en el pasado solo hacía que esa mirada gélida tuviera más sentido y pareciera menos reconfortante.

Ahora tenía un caso de asesinato, un Merlín desaparecido, un fantasma en la cocina y un bombón centenario que probablemente pensaba que yo era una amenaza andante.

Morty sonrió.

—Bienvenida a Gallows Gate. Sacó su estuche. —¿Quieres un cigarrillo?.

Hice un gesto con la mano para que no se preocupara.

—No fumo.

No es que sus cigarrillos fantasmas fueran a servirme de nada, pero agradecí el gesto de todos modos.

Morty ladeó la cabeza.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué te enviaron aquí? Este lugar es inestable. Todo el mundo está al límite, esperando a que algo salga mal.

Porque quieren que fracase.

—Nadie más quería el trabajo— dije en su lugar, lo cual era en parte cierto.

De repente, se oyó un golpeteo procedente de la oficina.

Morty levantó la vista y luego me miró.

—Tienes correo.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Eso no tiene gracia.

Se encogió de hombros.

—No he dicho que la tuviera.

Me levanté y crucé la habitación hacia la oficina, olvidándome del café. El repiqueteo rítmico de la vieja máquina de escribir resonaba desde detrás de la puerta entreabierta. Cuando empujé la puerta para abrirla del todo, la máquina ya estaba terminando la última línea.

Una hoja de papel nueva yacía enrollada en el rodillo de la máquina, con una frase impresa en caracteres nítidos y urgentes.

—Del consejo, dijo Morty asomándose por encima de mi hombro.

CUERPO ENCONTRADO. AIDAN BLACKMANE. ARROYO CERCA DEL LÍMITE SUR DEL BOSQUE

—GWEN, SECRETARIA DEL AYUNTAMIENTO DE GALLOWS GATE

—Maldita sea.

Tragué saliva con dificultad, con el sabor del café y la bilis impregnando mi lengua.

Aidan Blackmane, el hijo del magister principal, estaba muerto.

Mierda.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí de pie, con el corazón latiéndome con fuerza y el cerebro tratando de dar sentido a algo que no quería creer. Apenas había empezado y ya uno de los chicos había aparecido muerto.

Las cosas no pintaban bien para mí.

La voz de Morty volvió a oírse, esta vez en un tono bajo.

—Será mejor que te des prisa, jefe.

No respondí. Solo cogí mi abrigo.

Porque con el primer cadáver, la verdadera caza estaba a punto de comenzar.

7

Me arrodillé junto al cadáver.

Las marcas de garras habían desgarrado la suave carne de la garganta del chico, profundas y dentadas. Su camisa había quedado hecha trizas como papel de seda, dejando al descubierto más cortes que le atravesaban el estómago y las costillas. Un brazo colgaba flácido sobre la orilla, con los dedos rozando el agua como si estuviera tratando de alcanzar algo. Ayuda, tal vez. Pero la ayuda nunca había llegado.

El arroyo era poco profundo en ese punto, lento y frío, y la sangre del chico se había extendido en espirales rojas. Parecían casi delicadas, como tinta en el agua. Hermosas, si no pensabas demasiado en su origen.

No había heridas en su rostro. Ni siquiera un rasguño. Extraño. Casi se podría pensar que fue intencionado.

Pero ahora incluso yo podía identificarlo claramente, solo con la copia impresa de mi máquina de escribir. El rostro era el mismo.

Lo miré fijamente, tratando de contener las náuseas que me invadían. Había visto cadáveres antes. De hecho, había visto cosas peores, pero este me parecía diferente.

Porque este era mi primer "hijo de alguien". El primer adolescente muerto.

Aidan Blackmane, el único hijo de Torren. No era un fugitivo ni un rebelde. Simplemente... era un joven inquieto.

Respiré lenta y controladamente y me abrí a la tormenta interior.

Mi magia arcana era aguda, volátil, viva. No la lanzaba, negociaba con ella. Llevaba aprendiendo a canalizarla desde que era niña, pero a veces todavía me parecía como encender una cerilla dentro de una fuga de gas.

No susurré nada en voz alta, solo dejé que el poder se acumulara detrás de mis ojos y en mi pecho antes de lanzarlo como una red.

El mundo a mi alrededor se atenuó mientras los sonidos se amortiguaban. Hilos rojos —finos y centelleantes— se desplegaron desde mis dedos y se entrelazaron sobre el cuerpo del chico. No eran físicos, pero eran reales de todos modos. Mi poder bailaba sobre su piel, sintiendo, buscando.

Ahí. Un destello. Un residuo. Apenas un rastro, pero estaba ahí. Otra bruja lo habría pasado por alto; demonios, la mayoría de las brujas ni siquiera habrían sabido dónde buscar. Pero yo lo sentí como una astilla bajo la piel.

Alguien había usado magia recientemente, y no del tipo sutil.

No lo suficiente como para ser la causa de la muerte. Las heridas por sí solas habrían sido mortales, pero esto no era solo un ataque animal cualquiera.

—¿Y bien? ¿Quién lo mató? —dijo una voz áspera a mis espaldas.

Me giré y vi a Brunika mirándome con ira, con los brazos cruzados y el rostro, duro como el granito, torcido en una expresión de acusación. Sí, esta me odiaba.

Me levanté lentamente, sacudiéndome el polvo de los vaqueros más por costumbre que por necesidad. Mis ojos la ignoraron y se dirigieron a los demás. Maeva estaba justo detrás de ella, tranquila, pero observándome con atención. Cassian también estaba allí, impenetrable como siempre. Esos vampiros sabían cómo ocultar sus emociones. Thalen se cernía como un cuadro que cobrara vida, demasiado elegante para esta escena. Y Torren…

Torren parecía una bomba a punto de estallar. Tenía los puños apretados a los costados, el rostro enrojecido por la rabia y el dolor.

Sentí su dolor como una bofetada en el pecho. Si hubiera sido mi hijo...

No me permití pensar en eso. Tenía que concentrarme.

Y luego estaba Eryk.

Inmóvil como una estatua, se mantenía apartado a un lado, bajo un grupo de árboles, con sus ojos dorados clavados en mí. No se había movido, no había dicho ni una palabra. Me observaba. Me estudiaba.

No con la misma furia que ayer. No con esa mirada como si quisiera tirarme por un precipicio. Esta era más fría, distante. Como si yo fuera un rompecabezas cuya forma no le gustaba.

Sí. Él también me odiaba.

Mantuve su mirada un momento más de lo que debí y luego volví a mirar al chico.

—Apártate. Necesito espacio —dije, arrodillándome de nuevo, con la voz firme a pesar del zumbido de tensión en el aire—. Esto no fue casual. Lo que sea que haya hecho esto, quienquiera que lo haya hecho, usó magia. Pero no mucha.

Brunika gruñó, claramente poco impresionada, pero se apartó.

Concentrándome, volví a recurrir a mi magia. Esta vez, me adentré más en la corriente arcana bajo mi piel, dejando que los filamentos se retorcieran hacia fuera. No solo quería las huellas. Quería la historia, la huella de lo que había sucedido aquí. A veces, los muertos recordaban más de lo que debían. Esta era una parte de mi magia que nadie conocía, en parte debido a mi linaje, a nuestra maldición. Me permitía acceder a la memoria mágica de las víctimas, utilizando sangre. Mi madre lo llamaba conjuro del eco de la memoria, o resonancia sanguínea.

A veces funcionaba. A veces no. Gracias, maldición.

Bajé la mano hacia el suelo manchado de sangre y la hundí en él, absorbiendo la energía a través de mis venas. Mi magia respondió, nítida y decidida, mientras invocaba lo que quedaba en la tierra.

Muéstrame.

Mi visión parpadeó. La luz cambió.

Y entonces...

Dolor. Pánico. Una carrera. Aidan jadeó, su último aliento siseando entre sus labios. Algo lo perseguía. Primero vi la silueta borrosa. Extremidades demasiado largas, ojos blancos y brillantes que ardían en un rostro esquelético. No pertenecía a este mundo. Se movía como el humo: rápido, fluido, extraño.

Luego, un destello de dientes. Gritos. Los del chico y los de la criatura.

La sangre salpicó los árboles como cintas oscuras. La magia latía, no de forma salvaje ni accidental, sino dirigida. Controlada. Como si alguien estuviera manejando a esta cosa desde detrás del Velo.

Volví en mí con un jadeo, con la mano apoyada en el hombro frío del chico. Me dolían las rodillas de estar arrodillada tanto tiempo, y el corazón me latía con fuerza como si fuera yo la perseguida.

—¿Y bien? —La voz áspera como grava de Brunika atravesó la neblina—. ¿Has averiguado algo útil o solo nos estás haciendo perder el tiempo?

Me sequé la frente con el dorso de la mano y me puse de pie, con las piernas temblando ligeramente.

—Algo lo atacó. Algo grande y antinatural. No mencioné lo del control, lo de la magia que parecía demasiado precisa, demasiado dirigida. Esa parte se quedó encerrada entre mis dientes.

El rostro de Brunika no se suavizó.

—Eso no es una respuesta. Es una suposición. Cualquiera de los que estamos aquí podría hacer una suposición.

—No es una suposición, dije, con un tono más cortante de lo que pretendía —. Lo vi. Ojos blancos brillantes, velocidad sobrehumana. Fuera lo que fuera… no era de aquí.

Un instante de silencio.

Entonces Cassian, frío e impecable incluso rodeado de muerte hasta las rodillas, levantó ligeramente una mano enguantada.

—¿Lo viste?

Su tono no era de curiosidad. Era de incredulidad.

—¿Cómo?.

Thalen ladeó la cabeza, impasible e indescifrable.

—No lo entiendo. El chico está muerto, su recuerdo no perdura en el viento. ¿Cómo has podido ver nada?.

—A menos que hables con fantasmas, añadió Cassian, seco como el polvo. —¿Puedes hablar con fantasmas? ¿Es eso lo que hacen ahora los Merlínes?.

Todas las miradas se posaron en mí. Incluso la de Eryk, especialmente la de Eryk.

Me enderecé, sintiendo un escalofrío en la espalda bajo el peso de tanto escrutinio.

—No hablé con nadie, dije con voz firme—. Lo vi.

El silencio que siguió cayó como una bofetada.

—¿Lo *viste*?— repitió Cassian, levantando una ceja como si acabara de afirmar que podía echar a volar. Lo cual, sinceramente, me hubiera encantado hacer en ese momento.

Detrás de él, la expresión de Thalen se torció con duda, y alguien se burló: Lucien, por supuesto. Pero no los miré.

Miré a Eryk.

Su mirada ya estaba fija en mí, concentrada y sin pestañear. Algo brilló en sus ojos, como sorpresa o reconocimiento. Esta vez no era repugnancia, pero tampoco era alivio. Era algo más agudo. Como si estuviera tratando de descifrarme, como si hubiera dicho algo que cambiara por completo el tablero de ajedrez en su cabeza.

Fuera lo que fuera, me inquietó más de lo que quería admitir, porque esa mirada no provenía de un desconocido. Esa mirada provenía de alguien que sabía más de lo que decía.

Volví a centrar mi atención en el grupo.

—Sí. Lo vi. Es parte de mi magia. Puedo... leer lo que queda atrás... a veces.

Cassian me miró.

—¿Y qué *es* exactamente tu magia, Merlín?.

—Es… como un hilo que puedo seguir, intenté explicar.

—A veces los lugares recuerdan cosas, ecos de lo que pasó— me encogí de hombros a medias —. La sangre recuerda.

Cassian entrecerró los ojos. Thalen no dijo nada, pero las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo, como si hubiera probado algo amargo.

Seguí hablando antes de que nadie pudiera interrumpirme.

—Aquí había magia en juego, oscura y concentrada. No fue un accidente, y tampoco fue una criatura rebelde que se había alejado demasiado de su hogar.

—Pero esta magia —dijo Cassian lentamente—, ¿la... sentiste a través de la sangre?

Lo miré sin comprender.

—¿No es eso lo que acabo de decir?.

La voz de Thalen era suave, pero cortante.

—¿Es eso parte del entrenamiento estándar de Merlín?.

No, respondí. Pero tampoco lo era acabar en un pueblo maldito con tres niños desaparecidos y un grupo de concejales furiosos.

Durante un momento, nadie dijo nada. Luego, los murmullos comenzaron de nuevo, bajos y desconfiados. No me creían. No de verdad. O peor aún, *sí* me *creían*, y estaban tratando de averiguar qué más no les había dicho.

Y yo no estaba dispuesta a darles más. Todavía no.

—No tiene experiencia— Lucien dio un paso al frente, con una voz como miel mezclada con veneno—. Es obvio. No tiene ni idea de lo que es esto.

—¿Y qué es lo que ha sucedido, Lucien? —preguntó Brunika , con expresión escéptica—. ¿Qué crees que ha pasado aquí?

—Es claramente un problema de la manada —continuó el brujo —. El chico era un hombre lobo. Asesinado por lo que parece un ataque de hombres lobo. Quizá tu manada no esté tan unida como creías, Torren.

El ambiente cambió.

En un segundo, Lucien estaba engreído. Al siguiente, lo levantaron del suelo agarrándolo por el cuello.

El brazo de Torren era un borrón. Sus dedos se cerraron alrededor del cuello de Lucien, con los dientes al descubierto y las garras extendidas.

—Vuelve a decir eso— gruñó —y acabaré contigo.

Joder. Ni siquiera le había visto moverse. Si no estuviera ya metida hasta las rodillas en una escena del crimen, quizá me habría impresionado.

Recurrí a mi magia, dispuesta a intervenir, pero alguien se me adelantó.

Eryk.

Se movió como un borrón. Una mano agarró la muñeca de Torren y, con un solo giro, rompió el agarre y separó a ambos hombres como si no pesaran nada.

Torren trastabilló hacia atrás justo cuando Lucien tosió y se dobló por las rodillas, con una mano en el cuello. Su mirada fulminante no encajaba con el moratón que se le estaba formando.

Eryk no dijo nada. Ni siquiera me miró.

Pero yo no podía dejar de mirarlo. Porque quienquiera que fuera ese hombre… fuera lo que fuera, era lo suficientemente fuerte como para detener en seco a un hombre lobo furioso y *gigantesco*. Y yo empezaba a darme cuenta de que quizá no era a él a quien debía estar observando.

Quizá él era el único que mantenía a raya a algo peor.

—¡Hijo de puta! —gruñó Lucien, aun agarrándose la garganta—. ¿Estás loco?

Las garras de Torren seguían desplegadas, sus ojos brillaban con el característico tono dorado de un lobo apenas controlado.

—No vuelvas a amenazar a mi manada.

Lucien no se echó atrás

. —No he amenazado a nadie. Solo he hecho una observación. Está perdiendo el control, Gran Magister. Uno de los suyos ha muerto, su manada está dispersa y e , esto… — extendió un brazo hacia el arroyo manchado de sangre —es un mensaje. Está perdiendo el control, y todo el mundo lo sabe.

Torren volvió a avanzar con un gruñido, pero Eryk se interpuso entre ellos, tranquilo e impasible.

—Ya basta —dijo Eryk, con voz baja pero firme, como si la autoridad le fuera innata. El consejo no respondía ante él, no oficialmente. Pero en ese momento, nadie discutió.

— Esto no ayuda a nadie.

No se equivocaba.

Torren resopló por la nariz, pero dio un paso atrás, paseándose como una bestia acorralada.

Lucien se enderezó lentamente, sacudiéndose un polvo imaginario del abrigo como si no acabara de estar a punto de ser estrangulado.

—¿Ves? Un ejemplo claro.

Fue entonces cuando Eryk finalmente se volvió hacia mí.

—Tiene razón— dijo simplemente.

Parpadeé, un poco sorprendida.

—¿Qué?.

Su mirada dorada se fijó en la línea de árboles.

—Hay algo ahí fuera. Yo también lo he sentido. Algo anda mal.

Vaya… eso… no era lo que esperaba.

Todas las cabezas se giraron. Incluso Torren dejó de dar vueltas.

—¿Lo has sentido? —preguntó Cassian, arqueando una ceja oscura—. Entonces, ¿por qué no has dicho nada?

—Lo hice— respondió Eryk con frialdad— a quienes importaba.

¿Qué demonios significaba eso? Lo miré fijamente. El hombre que hasta ahora apenas me había mirado sin rencor, que había irradiado desprecio como si fuera colonia… ¿ahora me respaldaba?

—¿Qué has sentido exactamente? —pregunté con curiosidad.

Me miró a los ojos.

—Un cambio en los encantamientos, en la tierra. Magia antigua moviéndose bajo la superficie. Algo antinatural.

Brunika cruzó los brazos, con el rostro impenetrable.

—Entonces, ¿por qué no se ha manifestado hasta ahora?.

La mirada de Eryk volvió a posarse en el bosque.

—Quizá lo haya hecho.

La sangre de Aidan aún corría por el arroyo a mis espaldas, y mi magia seguía vibrando en mis huesos como una campana de alarma que no dejaba de sonar. Sabía que lo que fuera que lo hubiera matado seguía ahí fuera. Y ahora, el único aliado que podía tener en todo este maldito pueblo era el hombre del que estaba segura de que quería verme muerta.

Sí, esto se estaba complicando.

Unos pasos crujieron entre la maleza, pesados y decididos.

Me giré y vi a un grupo de hombres moviéndose entre los árboles, con los hombros anchos y tranquilos, erguidos como

soldados. Hombres lobo, por lo que parecían. La manada de Torren. Llevaban una camilla entre ellos.

La voz de Torren cortó el aire.

—Envuélvanlo.

La manada dudó durante medio segundo, pero luego obedeció. Uno de los hombres se agachó, sacó un paño negro de su cinturón y lo colocó con cuidado sobre el cuerpo de Aidan, empezando por la cara.

La expresión de Torren no se alteró.

—Su madre no necesita verlo así.

Las palabras impactaron más que si hubiera gritado. Uno de los hombres se estremeció. Nadie habló.

Los vi levantar a Aidan con reverencia, sin movimientos innecesarios, y luego llevarlo hacia los árboles. El sonido de sus botas se desvaneció hasta que ya no pude oírlos.

Entonces Thalen, el representante de los fae, dio un paso al frente, con la mirada fija en mí.

—¿Qué vas a hacer con esta cosa? ¿Con esta criatura?— preguntó con brusquedad—¿Por qué solo va a por los hijos del consejo?

Muy buena pregunta. Se me hizo un nudo en el estómago.

—No lo sé.

Thalen entrecerró los ojos, con el iris parpadeando con luz de hada.

—¿Dónde están los otros niños? ¿Qué les ha pasado?.

—Tampoco lo sé— dije —. Todavía no.

Sí, esto iba de maravilla.

Brunika se burló y levantó sus enormes manos.

—Ya está, voy a llamar a la Junta de Merlín y solicitar un sustituto. Está claro que esto la supera. Nos dijo que no tenía experiencia, y necesitamos un Merlín con experiencia *real* y de verdad. Quizás uno que no pierda a un niño en veinticuatro horas.

Sentí cómo me subía el calor, pero lo contuve con fuerza. Apreté los puños a los costados y me obligué a respirar, lenta y uniformemente.

—No he perdido a nadie —dije entre dientes.

—Me habrías engañado —espetó Brunika, y luego hizo un gesto con su mano robusta hacia el espacio vacío donde acababan de llevarse el cuerpo de Aidan.

Como si necesitara que me lo recordaran.

El ardor en mi pecho se intensificó. Todavía podía ver su sangre en el arroyo y la olía en el aire. Todavía sentía la huella cruda y palpitante de cualquier cosa monstruosa que lo hubiera destrozado.

Había llegado demasiado tarde, y ahora todos me miraban como si yo lo hubiera matado.

—No has respondido a la pregunta, Merlín— acusó Cassian, con una voz suave como el cristal—. ¿Por qué solo nuestros hijos? ¿Por qué los herederos del consejo?.

Tragué el nudo que se me formaba en la garganta.

—No lo sé.

Me salió más bajo de lo que quería. No débil, sino cansado e incluso atormentado.

—Sin embargo, te enviaron aquí —añadió—. Curioso, ¿no crees?

Algo en su tono —curioso y distante— me golpeó más fuerte que los gritos de Brunika.

Apreté la lengua contra el paladar y no respondí de inmediato, porque la verdad era que me habían enviado aquí para fracasar. Yo lo sabía, el Grupo Merlín lo sabía y ahora parecía que los miembros del consejo también lo sabían.

Genial.

Aparté la mirada, y mis ojos, esos malditos ojos obstinados, se fijaron en Eryk.

Seguía de pie entre Torren y Lucien, como un muro de piedra y sombra, su cuerpo era una barrera que ninguno se atrevía a poner a prueba de nuevo. Tenía una mano descansando a un lado, relajada pero lista, y la otra aún medio levantada, como si no hubiera decidido del todo si esta pelea había terminado.

Sin embargo, ya no los miraba a ellos. Me miraba a mí.

No me veía con ira ni con hostilidad. Solo… concentrado. Como si pudiera ver a través de las capas que mantenía firmemente unidas y supiera lo cerca que estaba de derrumbarme y evaluara en silencio lo que quedaría cuando lo hiciera.

¿Lo peor de todo? Odiaba cómo eso me hacía doler el pecho.

Porque no estaba allí buscando compasión. Ni apoyo. Ni que nadie viera las grietas. Pero su mirada, firme e indescifrable, se posó en algo vulnerable dentro de mí que no tenía intención de mostrar.

Y, por el caldero, no aparté la mirada, porque se suponía que no me tenía que importar lo que pensaran. No estaba aquí para caer bien. Estaba aquí para hacer un trabajo, pero cada mirada fulminante, cada acusación, cada susurro de que no era suficiente iba minando la parte de mí que aún fingía serlo.

Aidan estaba muerto, los demás niños seguían desaparecidos y ahora, cada segundo que pasaba aquí, siendo juzgada por gente que nunca me daría una oportunidad justa, era un segundo que no dedicaba a encontrarlos con vida.

Ya basta de esta mierda.

Enderecé la espalda, me limpié las manos en el abrigo y metí la culpa, el dolor y el pánico en una caja cerrada con llave, en lo más profundo de mi ser.

Que duden de mí. Que se burlen, me señalen y cuchicheen a mis espaldas. Me habían rechazado e ignorado toda mi maldita vida, pero nunca había dejado de luchar.

Y desde luego que no iba a empezar ahora.

Lucien soltó una tos seca y ronca detrás del grupo.

—Son un atajo de necios si creen lo que dice —dijo, con voz ronca y burlona—. No sabe nada. Está jugando a ser Merlín porque tuvo suerte de sacar una placa y un título. Eso es todo.

Apreté la mandíbula. No le hice caso, pero la tormenta en mi sangre se agitó.

—Todavía no— le dije*—. Todavía no.*

Uno a uno, los miembros del consejo se dieron la vuelta. Torren caminó detrás de la camilla en la que yacía su hijo y Cassian se alejó en un borrón de terciopelo negro. El rostro de Thalen era indescifrable, su postura rígida, llena de orgullo fae. Brunika no dijo ni una palabra más, pero su mirada lo decía todo. Incluso Eryk se dio la vuelta en último lugar, desvaneciéndose entre los árboles como humo.

Y yo me quedé allí.

Sola.

El viento se enroscó alrededor de mi abrigo. El aroma a pino, sangre y algo más oscuro flotaba en el aire.

No me importaba si confiaban en mí. No me importaba si querían que me fuera.

Iba a encontrar al resto de esos chicos, vivos o muertos.

Y cuando lo hiciera… todo este maldito pueblo vería exactamente con quién estaban tratando.

8

El sol se desvanecía en rayos de color naranja sangre sobre los árboles cuando aparqué junto al camino principal y apagué el motor.

El aire estaba en calma. Ni un pájaro, ni una brisa. Solo el zumbido sordo de algo bajo mi piel que no había dejado de vibrar desde que salí del arroyo hacía horas.

Todos los demás se habían ido a casa lamentándose y acusando, se habían marchado.

Pero yo no había terminado.

Salí de la camioneta mientras mis botas crujían sobre las ramitas y hojas secas, y me dirigí de nuevo hacia el lugar donde el cuerpo de Aidan Blackmane se había desangrado en el agua. El suelo estaba más oscuro ahora, las sombras más profundas.

Pero antes de esto, antes de volver aquí de nuevo, había dado un rodeo.

Después de que todos se marcharan de la escena del crimen, conduje por las sinuosas carreteras de Gallows Gate para visitar a los padres de los dos niños desaparecidos, uno tras otro, porque necesitaba respuestas y porque yo era Merlín y, me gustara o no, formaba parte de mi trabajo.

La mansión de Cassian Thorne se alzaba en lo alto de Raven Hill, una finca de ladrillo negro con verjas de hierro y gárgolas

encaramadas en los pilares de piedra. Ese tipo de lugar desprendía un aire de riqueza ancestral y secretos aún más antiguos. Apenas había puesto un pie en el escalón de la entrada cuando se abrió la puerta y la esposa de Cassian (supuse), alta, severa y vestida como si hubiera salido de un catálogo de ropa de funeral, me miró de arriba abajo con los ojos enrojecidos.

—Soy Rhea Morven, la nueva Mer...

Me cerró la puerta en las narices antes de que pudiera terminar.

—Buena charla. Claro. Un estupendo comienzo.

Thalen Virelith vivía al otro lado del valle en una monstruosidad de cristal y mármol. Se alzaba sobre el bosque como si odiara la naturaleza y quisiera dominarla. Los árboles que la rodeaban eran demasiado perfectos, sus hojas plateadas susurraban con ese murmullo demasiado armonioso que solo provenía del Glamour de las hadas. La magia zumbaba a lo largo del perímetro como estática en la piel, sutil pero innegable, advirtiendo a los intrusos.

A mí.

Apenas toqué el timbre cuando la puerta se abrió de golpe.

Thalen estaba allí, todavía con el mismo abrigo a medida de esa mañana, pero ahora lo llevaba abierto, holgado, como si hubiera dejado de preocuparse por su aspecto. Tenía el cuello arrugado y la barba sin afeitar, pero lo que más me impactó fueron sus ojos.

Infundados. Huecos. El tipo de dolor que no solo se sentaba detrás de las costillas, sino que las partía en dos.

No dijo ni una palabra antes de que su esposa apareciera detrás de él, con pasos ligeros pero una presencia aguda. Estaba impresionante, con el pelo largo trenzado con cintas doradas y el maquillaje corrido bajo los ojos por el llanto. Le temblaban las manos, no por miedo, sino por el tipo de rabia que surge de la impotencia.

—Tú —susurró, con la voz quebrada—. Se suponía que debías encontrarlos.

—Yo...

—¡Tenías que protegerlos! —gritó, y los encantamientos que rodeaban la casa temblaron, reaccionando a su dolor—. ¡Y ahora Aidan está muerto! ¡Muerto! ¡Y mi hija sigue desaparecida!

Thalen no dijo nada durante un largo rato.

—No entiendes lo que es oír gritar a tu hija en un sueño y despertarte sin saber si fue real.

—Lo sé. Lo siento. Solo quiero ayudar.

—Te pavoneas por aquí con un título como si significara algo —espetó su esposa—. Si Kaylee no vuelve a casa, me aseguraré de que lo único que recuerden de ti en los registros de Merlín sea cómo fallaste en tu primera misión.

—Fracasaste estrepitosamente, añadió Thalen, no con rencor, sino con algo peor. Resignación.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, dije, aunque incluso a mí me sonó a falso.

—No, no lo estás —dijo su mujer—. Si lo estuvieras, mi hija estaría aquí. Si no la traes de vuelta, juro por todos los dioses y todas las sombras olvidadas que te maldeciré hasta tu último aliento.

Bueno, eso no iba a funcionarle porque yo ya estaba maldita.

La puerta se cerró de un portazo tan fuerte que la magia se propagó por el aire como un puñetazo en el pecho.

Me quedé allí de pie, dejando que el peso de todo aquello se asentara bajo mis costillas, donde la culpa ya había echado raíces. Mis manos no dejaban de temblar. Rabia, dolor, presión… No sabía dónde terminaba una y empezaban las otras.

Lo único que sabía era que dos adolescentes seguían desaparecidos y, si no los encontraba con vida, no necesitaría una maldición que me persiguiera. Ya me encargaría de eso perfectamente por mi cuenta.

Ahora estaba de vuelta en la escena.

Porque cuando los vivos no hablaban, los muertos suelen tener algo que decir, o su sangre y el rastro que dejaron.

Saqué la linterna que había metido en el bolsillo y la encendí. No era una de esas brujas blancas sofisticadas que podían conjurar un par de esferas de luz mágica. No. Tenía que usar una buena linterna de las de toda la vida para ver en la oscuridad.

El día había empezado como un desastre, y yo simplemente había seguido adelante. Los padres de los niños desaparecidos —ahora uno muerto— habían pensado que era una broma durante la

reunión del consejo de la noche anterior, ¿y ahora? Pensaban que era una mentirosa. Inútil. Peligrosa, incluso.

Y estaba bastante segura de que Brunika había cumplido su palabra y había llamado al Grupo Merlín en cuanto llegó a casa. Probablemente habló directamente con Lysandra Sorell. Casi podía oír su voz en mi cabeza, melosa y llena de falsa preocupación.

—Ay, querida. ¿Sigue en pie?

Una petición para que me despidieran o me sustituyeran no solo sería aceptada. Sería aprobada con entusiasmo.

Pero cuando me pasé por la Estación Merlín a primera hora de la tarde, la máquina de escribir poseída había estado callada. Ni mensajes, ni advertencias, ni órdenes. Y tampoco nada en mi teléfono. Ni mensajes de texto ni de voz.

Quizá me despedirían mañana.

Podría vivir con eso. Con lo que no podría vivir era con más niños desaparecidos.

Iba a encontrarlos vivos, costara lo que costara.

El peso de la desconfianza del pueblo me oprimía la espalda, pero me negué a dejar que me doblegara. Gallows Gate se había vuelto contra mí rápidamente. Quizá fuera por mi linaje, o quizá no necesitaran una razón. Quizá yo fuera simplemente la forastera a la que podían culpar.

¿Mis aliados? Un fantasma con adicción al tabaco y encanto a la antigua usanza… y tal vez una bruja de lengua afilada y un vampiro para quien la seducción parecía algo natural. Tal vez. Era demasiado pronto para saber si estaban ahí por mí o simplemente atraídos por el caos.

Y luego… estaba Eryk.

El recuerdo de esta mañana se coló en mi mente, sin ser invitado. La forma en que se había movido: silencioso, preciso y lo suficientemente fuerte como para separar a un hombre lobo furioso de una bruja Oscura como si nada. Sin hechizos. Sin transformaciones. Solo poder puro y control.

No era humano, pero era precioso… e increíblemente atractivo.

No me gustaba cómo se asentaba ese pensamiento en mi pecho. No podía dejar que mis hormonas se interpusieran. No ahora. Y,

sobre todo, no me gustaba esa parte de mí que quería saber más. ¿Qué era él? ¿Qué ocultaba tras esa mirada taciturna y ese silencio despectivo?

¿Era él el monstruo del bosque? Quizás, pero quizás no. En cualquier caso, iba a averiguarlo.

La idea de que esos dos adolescentes siguieran ahí fuera —quizá heridos, quizá aterrorizados, quizá algo peor— me hacía sentir náuseas. Pero las preguntas seguían dando vueltas encima de mí, como buitres.

¿Cuál era el motivo detrás de todo esto? Si había un monstruo y alguien lo estaba invocando... ¿por qué? ¿Por qué apuntar a los herederos del consejo? ¿Por qué ahora?

Esto no fue al azar. Lo sentía en mis huesos de bruja. Alguien lo había planeado cuidadosa y deliberadamente, con intención.

Pero ¿qué tipo de intención hacía falta para asesinar a un niño? ¿Para desatar a una criatura lo suficientemente poderosa como para destrozar a alguien de esa manera? No era solo brutalidad. Era una locura, algo repugnante y un mensaje.

Y si ese mensaje iba dirigido al consejo… ¿qué representaban los niños desaparecidos? ¿Moneda de cambio? ¿Sacrificios?

No. No, no podía ser eso. Me negaba a creer que ya estuvieran muertos.

Los hilos arcanos de mi propia magia se agitaron contra mi piel de nuevo, reactivos, inquietos. Estaba enfadada, molesta, y en algún lugar bajo todo eso, ardiendo como brasas, estaba esa tormenta en mi sangre, resurgiendo de nuevo. Hambrienta.

No me importaba quién estuviera detrás de todo aquello. Iba a encontrar a esos niños, y quienquiera que se los hubiera llevado iba a aprender lo que significaba cabrear a una hechicera arcana.

El arroyo estaba justo donde lo había dejado, pero el agua ahora parecía negra, como sangre oscura.

Me arrodillé sobre una rodilla, pasando una mano por el borde de la orilla donde su sangre se había mezclado con la corriente. Mi magia se agitó, inquieta y aguda. La energía en mis venas no se había calmado. Si acaso, ahora era más fuerte, como si supiera que estaba cerca de algo.

Respiré hondo y dejé que la corriente se deslizara desde mi piel. Lentos y exploradores hilos rojos se enroscaban en la tierra como humo. Esta vez no buscaba ecos, estaba cazando.

Algo respondió con un latido, allí, escondido entre las raíces de un viejo árbol a la orilla del agua, medio oculto por el musgo y el barro. Excavé con cuidado con ambas manos, mis dedos raspando la corteza y la tierra húmeda hasta que lo saqué.

Un libro.

—Bueno, qué sorpresa.

Le di la vuelta. Estaba encuadernado en piel y deformado por el agua y el fango; sus bordes estaban chamuscados, quemados con un patrón que parecía más intencionado que accidental. La cubierta estaba marcada con sigilos, runas y algunos glifos antiguos que no reconocí. Brillaban tenuemente, como si el libro no llevara mucho tiempo enterrado. Como si no *quisiera* estar enterrado.

Lo sostuve con delicadeza, limpiándole una mancha de suciedad. Una descarga de electricidad estática me recorrió los brazos: magia, pura y enroscada como un ser vivo. No se trataba de un grimorio encantado cualquiera. Era más antiguo y salvaje. Una mezcla de escuelas que nunca había visto unidas como un mosaico. Las líneas de energía me resultaban desconocidas… pero no del todo ajenas.

—¿Qué demonios hace esto aquí?.

Pasé unas cuantas páginas. La tinta se había corrido por el daño causado por el agua, pero debajo, grabados entre las líneas con una letra fina, casi invisible, había otros símbolos ocultos. Se había intercalado un lenguaje secreto entre los hechizos. Fuera lo que fuera, había sido copiado, protegido y camuflado, lo que significaba que no solo era peligroso, era prohibido.

Maldita sea.

No creía en las coincidencias, no en un lugar como Gallows Gate, donde uno de los tres adolescentes que desaparecen aparece muerto, y un libro de magia antigua medio quemado se pudre casualmente bajo un árbol maldito como una reliquia olvidada cerca de la escena del crimen.

No. Este libro tenía algo que ver con la criatura, con las desapariciones… con todo.

La pregunta era: ¿quién lo llevaba consigo? ¿Aidan? Era un hombre lobo. Su magia era física, instintiva. No era de los que se ponían a hojear tomos antiguos y a trastear con hechizos.

¿Kaylee, tal vez? Ella era un hada, y ellos tenían sus propias reglas, su propio tipo de magia brillante y escurridiza. Pero esto… esto era más antiguo. Más oscuro. El tipo de cosa con la que no te topabas por casualidad. El tipo de cosa que susurraba.

Incluso si ella lo hubiera encontrado… ¿entendería una adolescente siquiera lo que decía? El texto estaba en un dialecto que apenas reconocía, y yo estaba entrenado en esta mierda.

Fijé la mirada en el libro, que aún latía débilmente contra mis dedos como un corazón medio muerto. Alguien había intentado esconderlo, o tal vez lo habían dejado caer presa del pánico. En cualquier caso… era la primera pista real que tenía…

Me enderecé, con el corazón latiendo con fuerza mientras todos mis nervios se ponían de repente en alerta máxima. Se me erizó el vello de la nuca.

Sentí que algo se movía: no era un sonido ni un movimiento, solo una presencia, una tensión en el ambiente como una respiración contenida. Como si algo ahí fuera acabara de verme. Estaba segura de ello.

Cerré el libro de golpe y me puse de pie, con mi magia ya surgiendo como una marea bajo mi piel. Escudriñé el bosque, con todos mis sentidos en alerta máxima.

Algo me estaba observando, de eso estaba segura.

Una rama crujió.

Mierda. Me quedé paralizada.

Otro crujido. Más cerca. Más rápido.

El aire se espesó. Los árboles se balancearon, no por el viento, sino por el peso. Había algo ahí.

—Muéstrate— dije, con voz monótona, pero con el corazón latiendo como una maldita batería en mi pecho.

Entonces los vi… unos ojos brillando en blanco desde las sombras al otro lado del arroyo.

No respiré. No me moví.

Entonces llegó el gruñido, grave y entrecortado, como mil voces gritando de dolor. Antinatural y espeluznante como el demonio.

No era el Merlín con más experiencia, pero tampoco era suicida.

Corrí. Con todas mis fuerzas, rápido y sin mirar atrás.

9

Corrí y corrí tan rápido como me lo permitían las piernas. Pero cuando atraviesas el bosque de noche como un animal aterrorizado, las cosas no te salen precisamente bien.

Una rama baja me golpeó en la frente. Antes de que pudiera siquiera maldecir, mi bota se enganchó en una raíz y caí de bruces. Me estrellé contra el fango, con las manos hundiéndose en hojas frías y tierra húmeda, y el libro de hechizos salió volando de las manos.

Genial. En lo que va de noche, una caída de bruces, una emboscada de demonios y una probable vacuna contra el tétanos. Viviendo el sueño del nuevo hogar.

Gemí, parpadeando para quitarme el barro de los ojos.

Fue entonces cuando los vi.

Cuatro pares de ojos blancos y brillantes. Inmóviles y muy inhumanos.

Me quedé paralizada. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas mientras mi magia se agitaba en señal de protesta, una descarga de calor tormentoso lamiendo mis dedos.

Demonios. Porque, claro, tenían que ser demonios.

A continuación, me golpeó el hedor, rancio y húmedo, como un animal atropellado hinchado al sol. Si, puede que mi nariz nunca me perdone después de esto. Mientras se me llenaban los ojos de

lágrimas, la linterna que se me había caído iluminó a uno de ellos de lleno en el pecho.

Piel fina y estirada del color del musgo podrido. Delgado y largo como un rottweiler esquelético, solo que peor, con huesos que sobresalían de las heridas abiertas y supuraban un lodo anaranjado. Los gusanos se retorcían sobre los músculos expuestos.

Qué delicia. Y yo aquí, preocupada por haber perdido el apetito.

Sus ojos eran brillantes y huecos, con bocas que se abrían al unísono para desatar un coro de chillidos de otro mundo. Rabia. Hambre. Odio. Miraron más allá de mí, hacia las sombras que había detrás, y luego volvieron a mirarme. Como si yo fuera lo único que importara ahora.

Y entonces uno se me abalanzó.

Mierda.

Rodé para esquivar el zarpazo de las garras negras, pero no lo suficientemente rápido. El dolor me recorrió el muslo, ardiente y punzante. Me puse en pie a trompicones, con la sangre chorreando por debajo de mis vaqueros.

Vamos, Rhea. Piensa.

Cerré los ojos durante medio segundo, incluso mientras otro demonio se arrastraba por el suelo del bosque con la baba cayéndole de la boca. Busqué el tejido —mi tejido—, la red invisible de magia que latía bajo mi piel como un cable con corriente.

No era bonita ni limpia como la magia de los libros de texto.

Era salvaje, roja y furiosa.

Y entonces extendí las manos.

Se extendió desde mis dedos en zarcillos, buscando puntos de anclaje. Tiré con fuerza, y un muro de magia arcana entretejida se cerró entre el demonio y yo.

La criatura chocó con la barrera y retrocedió con un aullido. Mi escudo de hilos arcanos tembló bajo la fuerza, deshilachándose bajo la presión.

Apreté con más fuerza. Reforcé los entrelazados con ira y miedo puros y aguantaron, pero quedaban tres criaturas más.

Otro demonio se abalanzó desde un lado. Rápido. Demasiado rápido.

Dejé caer la barrera y cambié de forma, entretejiendo la energía en una ráfaga cinética. Los tentáculos rojos se extendieron hacia fuera como un látigo, azotando a la cosa en el abdomen.

La cosa gritó y cayó de costado entre la maleza, lo que me dio unos dos segundos.

Mi magia giraba ahora más rápido, respondiendo a mi pulso, a mi pánico, entrelazándose en defensa y ataque sin palabras, solo con voluntad.

Dos demonios me rodeaban. Uno chasqueaba los dientes mientras el otro se arrastraba por el suelo, acechando desde un lado.

—*No* te vas a comerme —siseé.

¿Convertirme en comida para demonios en mi primera misión? No era el Legado que yo buscaba.

Lancé otro tejido, este más apretado, más fino, como un hilo alrededor de mis dedos. Atrapó al de la izquierda en una red roja, inmovilizándole las extremidades. Chilló, agitándose, pero giré la mano y los hilos se apretaron como una trampa.

Uno menos. Quedan dos.

Pero el último ya estaba en pleno salto.

No pensé, no respiré. Solo giré y levanté ambas manos, con el instinto dirigiendo ahora la magia. Los hilos arcanos brotaron hacia fuera, no solo rojos, sino veteados de oro en un último pulso de desesperación.

Los filamentos se estrellaron contra el demonio en pleno vuelo y explotó hacia atrás como si lo hubiera atropellado un camión.

Jadeé en busca de aire, con el pecho ardiendo, y luego miré hacia abajo. Lodo de demonio en mis botas nuevas. Perfecto.

Uno de los demonios aún se retorcía, envuelto en hilos arcanos, mientras se disolvía lentamente. Me dolían las extremidades y la piel me hormigueaba por el exceso de energía. No estaba acostumbrada a canalizar tanta magia de golpe. Todavía no. Los hilos arcanos me quemaban bajo la piel como si hubiera estado demasiado tiempo bajo el sol.

Y entonces me di cuenta. Un único pensamiento atravesó la neblina.

Alguien había enviado a esas cosas.

No solo tenían hambre. Esas cosas estaban cazando y no creía que me hubieran encontrado por casualidad.

Giré lentamente en círculo, con el hilo rojo aún pegado a mis dedos como seda de araña.

La muerte de Aidan. las desapariciones de Kaylee y Luke y ahora los demonios. Todo estaba conectado, solo que no sabía cómo… todavía.

No se trataba de unas criaturas rebeldes sueltas por el bosque. Esto era intencionado, calculado. Lo sentía en las entrañas.

Me tambaleé, mientras la adrenalina empezaba a remitir. Me latía el muslo por donde el demonio me había cortado. No creía que fuera una herida profunda, pero los vaqueros seguían pegados al corte, empapados. Todo apestaba a podredumbre y a quemado.

Seguía sin tener ni idea de quién demonios estaba detrás de todo esto. Mi magia parpadeaba débilmente, aún sensible al mundo que me rodeaba.

Mi atención volvió de golpe al último demonio, que se había puesto en pie. Le goteaba sangre negra por el costado. Gruñó, con los ojos clavados en mí, pero no se abalanzó. Me acechaba.

Bueno, por lo menos el cabrón era listo.

Retrocedí, mi talón golpeó una roca y resbalé. El demonio vio su oportunidad.

Me lancé hacia la izquierda, pero no lo suficientemente rápido.

El dolor me atravesó la espalda cuando unas garras me desgarraron el hombro. Grité, caí y choqué con la base de un árbol.

El demonio se cernió sobre mí.

Mi magia volvió a brotar, brillante y ardiente, pero no fue suficiente. Esta vez busqué más profundo, más allá de los hilos arcanos que aún zumbaban a lo largo de mi piel, hasta la médula de mi sangre, hasta lo antiguo, lo ancestral.

Me enderecé.

—Vamos, siseé entre dientes apretados.

Los hilos llegaron, lentos y renuentes, pero llegaron.

Se enroscaron a mi alrededor, formando una barrera tupida que vibraba contra mi piel. El aire se tensó con magia mientras el tejido

se fijaba en su sitio como un escudo y el demonio se estrelló contra mi pecho y rebotó.

Me tambaleé, mis botas resbalaron sobre las hojas resbaladizas de sangre, pero me mantuve en pie.

Por un pelo.

Me mantuve de pie, con las costillas doloridas, mientras la magia parpadeaba en los límites de mi visión. El sudor me goteaba por la espalda y las sienes. Me temblaban las manos, y los hilos se contraían como alambres deshilachados.

—¿Ves? Todavía no me has devorado —le espeté, con la voz temblorosa.

El demonio siseó y luego cargó contra mí.

Lancé mi magia. Cuerdas punzantes de fuerza arcana azotaron su cara, enrollé un hilo alrededor de su cráneo alargado y tiré con fuerza, pero fue demasiado pronto. El hilo falló el blanco y no atrapó más que aire.

—Mierda.

En la fracción de segundo que tardé en recuperarme, la cosa ya estaba sobre mí.

Los dientes brillaron y las garras me agarraron del brazo y me arrastraron hacia abajo.

El dolor me estalló en el hombro al golpear el suelo con tanta fuerza que me sacudió el cráneo. Los tentáculos a mi alrededor parpadearon. Demasiado delgados y demasiado tarde. Mi magia se había agotado: se había consumido antes y ahora apenas mantenía su forma.

El demonio se irguió sobre mí, con sus ojos blancos brillando con ese hambre espantosa e inteligente. Abrió sus fauces y su aliento pútrido se enroscó sobre mi rostro como una niebla de podredumbre y muerte.

Intenté tirar de un último hilo, pero se rompió entre mis dedos.

Mierda. Se acabó.

Me preparé para la mordedura, pero entonces el aire se movió —rápido y en silencio— y algo enorme se estrelló contra el demonio, apartándolo de mí como si no pesara nada.

Jadeé, con los pulmones oprimidos mientras aspiraba aire.

El demonio cayó al suelo con un aullido de rabia.

Y de pie sobre mí, entre la muerte y yo, estaba Eryk.

Una sombra con ojos dorados que no dijo nada. No se inmutó. Simplemente estaba allí.

La criatura se abalanzó.

Eryk se movió, más rápido de lo que jamás había visto. No era una velocidad mágica ni un hechizo hábil. Solo era poder puro y aterrador. Su mano se extendió, agarró al demonio en el aire por el cuello y lo estrelló contra el suelo con tanta fuerza que hizo temblar la tierra bajo mis pies.

La bestia chilló y arañó salvajemente. Una garra le alcanzó el hombro a Eryk y la sangre salpicó. Pero él no se detuvo. Ni siquiera parpadeó.

Un sonido retumbó en su pecho, profundo y no humano.

El aire titilaba a su alrededor, deformándose por el calor. Alcancé a ver algo que no era exactamente piel a lo largo de sus brazos. Bronce, iridiscente. Escamas brillando tenuemente bajo su carne como fuego a través del cristal.

El demonio volvió a chillar y se abalanzó sobre su pecho.

Gran error.

Eryk agarró a la criatura por las mandíbulas con las manos desnudas contra hueso podrido y tiró con fuerza, flexionando los músculos bajo la tela rasgada y con el vapor elevándose de su piel. El demonio se retorció, arañándole las costillas con una garra. Más sangre.

Aun así, no se detuvo.

Con un último gruñido, le rompió el cuello con un giro brutal y decisivo.

El demonio cayó. Un peso muerto. Y nunca volvió a moverse.

Se hizo el silencio, y lo único que podía oír era mi propia respiración entrecortada y el chisporroteo del calor que emanaba de los brazos de Eryk. El olor metálico de su sangre flotaba en el aire.

Se volvió hacia mí. No jadeaba ni cojeaba, pero sangraba. Mucho.

Me miró directamente a los ojos.

Esta vez sus ojos no eran fríos ni amables. Solo… claros. Como si estuviera evaluándome, mis heridas, mi miedo, la forma en que seguía tirada en el suelo del bosque como una marioneta rota.

Y yo no tenía ni idea de qué era.

El hombre que apenas me había mirado sin fruncir el ceño, que irradiaba vibraciones de líder y una contención de acero, acababa de arriesgar su propia vida para salvar la mía. Literalmente. Estaba sangrando y quemado, con la camisa hecha jirones, y, sin embargo, de alguna manera, seguía manteniendo la compostura.

Mi cerebro no podía procesarlo. No solo la parte de que me había salvado la vida, sino el hecho de que no hubiera dudado.

Ni por un segundo.

Podría haber dejado que ese demonio me devorara y nadie le habría culpado por ello. Pero, en lugar de eso, salió corriendo del bosque como un vengador mítico envuelto en sombras y fuerza.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando se acercó y se agachó, con la mano extendida hacia mí.

Y fue entonces cuando me di cuenta.

Era… precioso —incluso sangrando, incluso gruñendo, incluso cubierto de restos de demonio. Especialmente en ese momento. Había algo incómodamente primitivo en su forma de moverse —algo animal que encendía las peores partes de mi cerebro como una advertencia y un desafío.

Lo cual estaba bien. Totalmente bien.

Excepto por la parte en la que mi cerebro gritaba peligro y mi cuerpo susurraba *quizá solo una vez.*

Lo miré parpadeando, con la voz entrecortada.

—Tú… ¿Estás bien?.

Muy sutil, Rhea. Muy sutil.

Su mano seguía extendida, aun esperando.

De cerca, sus ojos brillaban aún más. Oro líquido rodeado de sombras. Y el calor que desprendía no era metafórico, era real. Como estar junto a un maldito horno con forma humana.

—He pasado por cosas peores— dijo. Su voz era grave y firme, demasiado tranquila para alguien que acababa de luchar contra un demonio como si fuera un pequeño mapache con rabia.

Dudé. Algo en el hecho de tenderle la mano me parecía… importante. Qué tontería. Un demonio casi me había destripado. No era momento de darle demasiadas vueltas a lo de cogerle la mano.

Pero, aun así, mis dedos se cernían en el espacio entre nosotros como si supieran algo que yo no sabía.

Entonces extendí la mano.

Su mano se cerró alrededor de la mía y un calor se extendió por mi piel. No era solo calor normal del tipo que proviene de la adrenalina o del aire frío. Era calor de verdad, como una piedra calentada por el sol o algo vivo y ardiente bajo la piel.

Sus callos me sorprendieron, más ásperos de lo que esperaba. Desde luego, no eran las manos suaves de un político o de un mimado favorito del consejo. No, estas eran manos que habían luchado, que habían roto cosas y habían guardado secretos, pero que no se disculpaban por nada de ello.

Me levantó como si no pesara nada, como si estuviera hecha de hilos arcanos y humo. Eso le hizo de todo a mi ego.

¿Quizá no necesitaba perder esos cinco kilos de más?

Me temblaban las rodillas y las piernas se me doblaron como fideos demasiado cocidos.

Él no me soltó.

Esa mano, que seguía entrelazada con la mía, era lo único que me mantenía en pie. No sabía qué me impactaba más: la fuerza, el calor o ese estúpido y traicionero cosquilleo en el estómago que me decía: Esto está bien. Muy, muy bien.

Levanté la vista hacia él.

Su rostro era indescifrable: ni cruel ni preocupado, sino firme y observador.

Y, aun así, no me soltaba.

El calor de su piel se deslizaba ahora por mi brazo, vibrando como si tuviera su propio pulso. Algo primitivo se agitó en lo más profundo de mi columna vertebral, y odié lo rápido que mi cerebro abandonó la lógica para imaginar cómo se sentiría el resto de su cuerpo…

No. No voy a ir por ahí.

Retiré la mano, probablemente demasiado rápido, fingiendo que necesitaba mantener el equilibrio y no que su tacto me había convertido en un cable con corriente de cosquilleos y pensamientos extremadamente inapropiados. *Muy* inapropiados.

—Gracias —dije, con la respiración entrecortada—. Ya... estoy bien.

No lo estaba. No de verdad.

Pero no estaba muerta, así que, pequeñas victorias.

Lo miré de nuevo, atónita.

—¿Por qué me ayudaste?.

Un músculo se le crispó en la mandíbula.

—No me gustaban las probabilidades. Parecía que necesitabas ayuda.

Abrí la boca para decir algo ingenioso, pero no me salió nada.

Ya no sabía qué estaba pasando. Se suponía que debía odiarme, evitarme y mirarme de reojo hasta que desapareciera, no salvarme de la muerte a manos de un demonio y mirarme como si no fuera una completa decepción.

Lo peor era que no estaba segura de si estaba más confundida… o atraída.

Fantástico.

Añádelo a la lista de problemas que no tenía capacidad para procesar.

¿Ataque de un demonio? Sí.

¿Casi muerta? Doblemente comprobado.

¿Ahora me he enamorado de un misterioso desconocido con ojos dorados que podrían derretir bragas?

Que el caldero me ayude.

—¿Estás bien? —preguntó. Su voz no encajaba con la violencia que acababa de desatar. Era tranquila, firme.

Lo miré fijamente.

—Yo… sí. Creo que sí.

Solo entonces vi la herida a lo largo de sus costillas: profunda y aun sangrando profusamente. Su camisa estaba hecha jirones, manchada de sangre y chamuscada por los bordes, donde su piel se había incendiado.

—Tienes que limpiarte eso, le dije, pasando ya al piloto automático. Ven conmigo a la estación Merlín. Puedo curártelo.

Era totalmente cierto. Había aprobado los fundamentos de primeros auxilios durante el entrenamiento y sabía dar unos puntos de primera.

Y sí, yo también tenía algunos cortes y moratones, pero nada comparado con los suyos. Los míos ya habían dejado de sangrar. Los suyos parecían estar aun decidiendo si mantenerlo con vida o no.

No respondió de inmediato. Se limitó a mirarme, como si estuviera decidiendo si confiar en mí o no.

Me parecía bien. Yo estaba haciendo más o menos lo mismo.

Finalmente, asintió.

—De acuerdo.

Y con eso, cogí el libro de hechizos y empezamos a caminar, yo cojeando, él de alguna manera perfectamente sereno a pesar de la sangre que le chorreaba por el costado.

Y mientras avanzábamos entre los árboles, le eché otra mirada furtiva.

Los monstruos estaban muertos. Eso estaba claro.

Pero Eryk… Eryk no era uno de ellos.

Al menos, yo no creía que lo fuera.

Simplemente no estaba segura de qué *era*: solo sabía que lo que fuera que hubiera usado para acabar con esos demonios con sus propias manos no era solo fuerza bruta.

Era otra cosa.

Algo más antiguo.

Algo que aún ahora dejaba un extraño calor vibrando en mi piel, y tenía la inquietante sensación de que aquello por lo que acababa de ser salvada… podría ser tan peligroso como lo que intentó matarme.

10

—¿Y lo encontraste cerca del chico? —preguntó Marla, hojeando lentamente las páginas del libro de hechizos, con el ceño fruncido en señal de concentración.

—Sí —dije, pasando un paño húmedo por los abdominales de Eryk; sí, unos abdominales muy marcados, para limpiar el corte que se extendía a lo largo de sus costillas.

—A solo unos metros de distancia. Puede que lo llevara encima.

Me di cuenta de que me miraba fijamente, y juraría que vi una pequeña sonrisa en esos labios tan bonitos que tenía.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea.

—Pero ¿qué querría un cachorro de hombre lobo con la magia? —Selene se cernía justo sobre mi hombro como una sombra envuelta en seda, con la mirada fija no en el libro de hechizos, sino en Eryk. Como si quisiera beber su sangre o llevárselo a dar una vuelta. Probablemente ambas cosas.

Los dos nos habían visto cojeando a mí y sangrando a Eryk al salir de mi camioneta, así que se habían apresurado a acercarse, con las preguntas ya en boca. No los conocía bien y aún no sabía si estaban realmente de mi lado o si solo disfrutaban del drama. Pero después de esta noche, necesitaba aliados más de lo que necesitaba una confianza total. El hecho era que el Grupo Merlín me había arrojado a Gallows Gate como cordero sacrificial. Si esperaban que

fracasara, iba a hacer todo lo que pudiera para demostrarles que se equivocaban, y eso significaba confiar en los recursos que tenía. Aunque uno de esos recursos tuviera colmillos y otro prefiriera el sarcasmo a la sinceridad.

Empecé a enhebrar la aguja, tratando de evitar la mirada de Eryk, pero podía sentirla como una fuente de calor, constante e implacable. Y para empeorar las cosas, me temblaba la mano como a una novata. Genial.

—No lo sé —dije, y era la verdad—. Pero sé que tiene algo que ver con el motivo por el que lo mataron.

Era solo una teoría, pero era plausible. Y me la creí.

—¿Y entonces te atacaron los demonios? —preguntó Marla, sin dejar de pasar las páginas, con la nariz casi tocando los bordes del papel. Sus ojos claros se veían agrandados por las gafas de lectura.

Suspiré, clavándole la aguja en la piel con toda la suavidad que pude.

—Si no hubiera sido por Eryk, yo también estaría muerta.

—¿De verdad?— ronroneó Selene, con la voz rebosante de intriga —. Qué maravilloso.

Eryk no se inmutó ante la puntada. Ni siquiera parpadeó.

—Los sentí —dijo de repente, con voz grave y áspera— en el momento en que cruzaron a mi territorio. Sentí su vil presencia.

Me quedé paralizada.

—¿En serio? ¿Podías sentir a los demonios?

Claro, la mayoría de los paranormales podían percibir el hedor de un demonio —azufre quemado, carne en descomposición, la pesadilla olfativa habitual—, pero ¿sentir realmente su aura? Eso era más bien cosa de brujos. Y Eryk definitivamente no era un brujo.

Entonces me miró. Me miró de verdad.

—El bosque se transformó. Todo se quedó en silencio y el aire cambió.

Su voz era grave, profunda, elocuente y agradable.

—Sentí la misma atracción la noche en que desaparecieron esos chicos. El viento cambió de dirección. Todos mis instintos me decían que algo iba mal, que no era natural ni de este mundo. No sabía lo

que iba a encontrar— añadió, con la mirada clavada en la mía, firme y sin pestañear—, pero sabía que algo no estaba bien. Tenía que ir.

Había un peso en su tono. Tenía el tipo de voz que te hacía seguirla y no discutir, a menos que tuvieras ganas de morir.

Mis dedos se detuvieron a mitad de la puntada y la habitación se desvaneció. Levanté la vista hacia su rostro, estudiando las sombras que se dibujaban a lo largo de su mandíbula, las motas doradas enterradas en lo profundo de sus iris. Había algo en él que era antiguo, algo primitivo y elemental.

Él no solo oía el bosque.

Lo *entendía*.

—Y entonces viniste por mí, dije en voz baja.

Asintió una vez.

—Sentí que estabas en apuros.

Eso me provocó una sensación extraña en las entrañas. Se había jugado el pellejo, literalmente, para salvarme. No sabía por qué, y eso me tenía completamente desconcertada. Aquel hombre me había mirado con un desprecio capaz de cuajar el vino, y ahora estaba sangrando sobre mi mesa después de partir a un demonio por la mitad con sus propias manos.

Y no solo con las manos, sino con algo más. Lo había visto. La forma en que el calor se reflejaba en él, el destello de escamas en su brazo. La fuerza antinatural y la calma que le llegaba hasta los huesos mientras le rompía el cuello a esa cosa como si fuera leña.

—Tu piel —dije antes de poder contenerme—. Ha cambiado.

No dijo nada.

Marla levantó la cabeza de golpe.

—Espera… ¿Qué ha cambiado?

Se oyeron pasos resonando en el pasillo antes de que pudiera responder, lo cual era extraño. Los fantasmas no solían *hacer eco*. Pero Morty era diferente.

Apareció en la puerta, pero luego se detuvo. Su forma translúcida parpadeó una vez… y luego se solidificó por completo. Eso explicaba los pasos. Me había demostrado que a veces podía hacer eso, volverse más real. *Estar* más *presente*.

—Oh —dijo, con la voz quebrada—. Tienes compañía.

Selene volvió su mirada lenta y deliberada hacia él. ´

—Cariño, tú debes de ser el fantasma. Y un fantasma muy bonito.

—Yo… eh. Sí. Morty— dijo, y se enderezó las mangas de la chaqueta. Luego, inmediatamente, se las volvió a desarreglar.

— Encantado de conocerte. Quiero decir, te he visto antes. No de una forma espeluznante. Solo… eh, ya sabes. Caminando por la calle.

Fruncí el ceño, observando al fantasma más de cerca. Estaba actuando de forma extraña, como si estuviera nervioso o algo así. Espera. ¿Morty se estaba… sonrojando? ¿Era eso siquiera posible?

Se acercó, no, más bien flotó torpemente hacia la esquina de la habitación, con las manos inquietas y una postura que no pegaba nada con el fantasma engreído que yo recordaba.

Oh, sí. Estaba locamente enamorado de Selene.

Si tuviera pulso, estoy bastante segura de que le latiría con fuerza, como me pasó a mí antes, cuando Eryk le arrancó la columna vertebral a un demonio con sus propias manos.

Intentando no sonreír, volví a centrar mi atención en Marla.

—Bueno, ¿qué me puedes contar sobre el libro?

Marla no respondió de inmediato. Seguía hojeando las frágiles páginas como si cada una fuera a morderla. Frunció profundamente el ceño y sus dedos recorrieron un glifo dibujado con algo demasiado oscuro y de color óxido como para ser otra cosa que sangre.

—Esto es malo— murmuró—. Muy malo.

La observé.

—Define *malo*.

Ella levantó la vista.

—Esto no es solo un grimorio sospechoso que alguien sacó del fondo de una tienda de antigüedades de una bruja oscura. Esto… — dijo, y levantó el lomo, agrietado y chamuscado — proviene de los Archivos de la Bóveda de la Puerta de la Horca.

Abrí la boca.

—Me imaginaba que el libro era especial. ¿Y qué es esa bóveda?.

—La cámara restringida —aclaró Selene, con voz sedosa pero teñida de un tono más agudo—. Un archivo sellado de hechizos prohibidos con siglos de antigüedad. Oculto bajo el antiguo juzgado, si no recuerdo mal.

Marla asintió.

—Sigue activo. Sigue protegido. Pero solo pueden acceder a él los miembros aprobados por el consejo con una llave de acceso y un sello de juramento. E incluso así, solo una entrada a la vez, bajo vigilancia mágica.

—Entonces, ¿qué demonios hacía enterrado bajo la raíz de un árbol en el bosque?— pregunté.

Marla se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero sé que esos hechizos estaban guardados bajo llave por una razón. Son demasiado peligrosos e inestables. Algunos fueron prohibidos después de que enteras congregaciones se desintegraran al intentar usarlos.

Era un pensamiento horrible. Me quedé mirando el libro. ¿Por qué lo encontraron cerca del cuerpo de Aidan? Eso era lo que quería saber.

Morty, que seguía rondando demasiado cerca de Selene, se asomó por encima del hombro de Marla.

—Eh. Eso me resulta familiar.

Me volví hacia él, arqueando las cejas.

—¿Lo has visto antes?.

Se rascó la nuca.

—Evander, tu predecesor, tenía algunos textos de la bóveda en su estudio. Decía que estaba vigilando lo que no debería estar en el mundo. Ese….—señaló con un dedo translúcido una runa medio carbonizada— es un marcador de portal basado en sangre. Abre cosas que no deberían abrirse.

Marla asintió con un gruñido y pasó otra página, con la mirada recorriendo la enredada escritura rúnica.

—El espectro tiene razón.

Morty frunció el ceño ante el término, pero no dijo nada.

—Mira —continuó Marla—, este de aquí. Se trata de un ritual para atravesar el Velo. Está diseñado para debilitar la barrera entre

los reinos. Si se lleva a cabo cerca de una línea ley, no solo abriría una grieta. Abriría *un agujero*.

—¿En serio?

Miré a Eryk y vi la preocupación en su expresión. Yo también la compartía.

— Entonces, si una línea ley cruza cerca del arroyo, ¿alguien podría haber hecho este hechizo o ritual? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Habrían aprovechado el poder de la línea ley para obtener de alguna manera un impulso mágico?

Marla levantó la vista bruscamente.

—Entonces no solo invocaron a unos cuantos demonios. Abrieron una puerta.

—¿Podrían tres adolescentes lanzar algo así?—preguntó Eryk.

Exactamente lo mismo que yo pensaba. Por lo que sabía sobre fisuras, el Velo y portales, eso era magia de alto nivel, del tipo que requería años de entrenamiento, concentración y un profundo conocimiento mágico. No era precisamente algo que tres chicos pudieran… llevar a cabo en un fin de semana.

Marla negó con la cabeza.

—No sin orientación o una gran cantidad de poder. Esto no es magia para principiantes. Este tipo de magia te quema por dentro si no sabes exactamente lo que estás haciendo.

—Suena espantoso— dijo Selene, echándose un largo mechón de pelo oscuro y brillante por encima del hombro con la elegancia de alguien que conoce el efecto que causa.

Morty se quedó paralizado en un rincón como si hubiera olvidado cómo ser un fantasma. La miraba como si fuera la última mujer en la Tierra y acabara de recordar que antes estaba vivo.

Si hubiera tenido pulmones, estoy bastante segura de que habrían dejado de funcionar. En su lugar, metió la mano a tientas en el bolsillo interior de su traje fantasmal a rayas y sacó un cigarrillo, con las manos temblorosas. Se lo colocó entre los labios, lo encendió con un destello de llama etérea y le dio una larga calada.

Selene giró ligeramente la cabeza, deslizando la mirada hacia él, y solo una mínima mueca en sus labios delató que se había dado cuenta. Y, oh, sí... lo estaba disfrutando muchísimo.

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó dulcemente, con una voz aterciopelada que ocultaba colmillos.

Morty tosió. Se suponía que los fantasmas no tosían.

—No —dijo, aunque su voz se le quebró de todos modos—. Es solo que… hay mucho humo aquí dentro.

Dio una calada más fuerte al cigarrillo, como si eso fuera a salvarlo de arder por completo.

Me mordí los labios para contener una sonrisa y tomé nota mentalmente. Los fantasmas podían morir dos veces, aunque solo fuera de pura vergüenza.

—Entonces no pudieron haberlo robado —dije en voz baja, bajando la mirada hacia el libro. Sus esquinas manchadas de sangre y bordes arañados—. Ni siquiera creo que supieran lo que era.

Los ojos de Selene brillaron.

—Entonces, ¿quién lo hizo?.

Crucé la mirada con la suya y luego miré a Marla y, por último, a Eryk, que seguía observándome como si pudiera ver las preguntas formándose antes incluso de que las formulase.

—Quizá alguien se lo *dio* y luego les enseñó cómo hacer el ritual —respondí en voz baja.

Tenía mucho más sentido. Quienquiera que hubiera hecho esto se había asegurado de que esos chicos tuvieran todas las herramientas necesarias para el hechizo.

Un silencio se extendió por la habitación, denso e inquietante. Porque si yo tenía razón, si alguien les había dado deliberadamente ese libro a los chicos, esto no era solo un trágico accidente mágico.

Esto fue premeditado, planeado, y quienquiera que lo hubiera puesto en marcha aún no había terminado.

—También creo que los demonios estaban siendo controlados— dije, con una voz más baja de lo que esperaba. Sentí la mirada de Eryk antes de verla, intensa y fija.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, irradiando de nuevo ese mismo calor en sutiles oleadas.

No podía decirle la respuesta real, que lo sentía en las entrañas. Que mi magia me lo gritó en el momento en que cargaron contra mí.

—Simplemente lo supe— dije en su lugar. —La misma persona que les dio ese libro a los niños envió a esos demonios a por mí. Estoy segura de ello.

Selene emitió un sonido grave y encantado que podría haber sido una risa.

—Alguien está montando todo un espectáculo. Toda esta charla sobre la muerte me está dando hambre— añadió, deslizándose en una silla junto a la mesa—. Necesito un trago.

Morty, que se mantenía torpemente cerca de la puerta de la oficina, dio otra calada al mismo cigarrillo que llevaba fumando desde hacía media hora. Su mirada no dejaba de desviarse hacia Selene, como si su cerebro fantasmal entrara en cortocircuito cada vez que ella se movía en la silla. El pobre parecía estar haciendo todo lo posible por no estallar en ese mismo instante.

Selene se dio cuenta, por supuesto. Le lanzó una mirada pícara de reojo y cruzó una pierna sobre la otra como si fuera una actuación. Morty dejó caer el cigarrillo directamente a través de las tablas del suelo.

Contuve una sonrisa y volví a centrar mi atención en el pecho de Eryk, su pecho tan bonito y ridículamente esculpido. Cada vez que mis dedos rozaban su piel, esta irradiaba calor, como si acabara de salir de una sauna o de un volcán muy sexy. Hubiera jurado que veía salir vapor. Fantástico. Ahora estaba alucinando con la sed.

—¿Por qué? —preguntó Eryk, con tono más severo—. ¿Por qué atacar a los niños? ¿Qué sentido tiene?

Nadie respondió, porque ninguno de nosotros lo sabía.

La idea de que alguien quisiera hacer daño a esos niños, de que alguien los sacrificara para un hechizo, no solo era inconcebible. Era malvada.

Marla cerró el libro con cuidado y lo dejó sobre la mesa.

—Esto tiene que permanecer bajo llave, sellado, hasta que averigüemos quién lo hizo y por qué. Es un arma. Y quienquiera que lo haya usado la primera vez podría volver a intentarlo.

—Hay un armario secreto que solía usar Evander —se ofreció Morty, hinchando un poco el pecho—. Yo se lo conté. De hecho, ahí es donde todos los Merlín guardan sus objetos de valor.

Asentí.

—De acuerdo. Con el tiempo, el libro tendría que volver a esa cámara acorazada, pero aún no.

Di la última puntada a Eryk y me limpié las manos. No había emitido ni un solo sonido en todo el rato. Ni una mueca de dolor, ni un solo estremecimiento. Se limitó a observarme, inmóvil y concentrado, como si yo fuera un rompecabezas que aún no había logrado descifrar.

—Deberías descansar, le dije, con más suavidad de la que pretendía.

—No puedo. No mientras pueda haber más de esos demonios.

Se puso de pie, y la silla crujió al empujarla hacia atrás.

—Me quedaré cerca— dijo—. Si algo se mueve ahí fuera, me daré cuenta.

—Claro —dije, intentando no fijarme en cómo ahora la camisa le colgaba de un hombro, dejando al descubierto más de esa piel dorada marcada por cicatrices que brillaba levemente en lugares donde no creía que la piel debiera brillar.

—Gracias de nuevo por salvarme el culo.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, hice un gesto de disgusto. *¿Por qué había dicho culo?*

Se detuvo en el umbral.

—De nada.

Y antes de que pudiera entender qué significaba *eso*, o por qué mi estómago dio una pequeña vuelta extraña, ya había salido por la puerta principal y se había ido.

El silencio se apoderó de la cocina como el humo. Selene dejó escapar un suspiro bajo.

—Es… especial.

—Sí— dije, sin apartar la mirada de la puerta—. Especial.

Pero esta vez, mi mente no estaba en Eryk sino en los chicos.

Tres adolescentes desaparecidos y uno de ellos ya muerto.

Un libro prohibido, un Velo rasgado y demonios que se cuelan por las grietas de nuestro mundo.

Y todo ello vinculado a una cámara acorazada a la que, según Marla y Selene, no se podía acceder sin la aprobación oficial del

consejo de Gallows Gate.

Pero alguien lo hizo.

Ese mismo alguien había tirado de la cuerda equivocada y las cosas empezaban a desmoronarse.

No sabía dónde iba a parar todo esto, pero sabía dónde había empezado.

Los Archivos de la Cámara Acorazada.

Y esta noche, íbamos a entrar a la fuerza.

11

Si hubiera sido un Merlín respetable y de los que siguen las reglas, quizá habría esperado hasta la mañana siguiente para que los funcionarios de los Archivos de la Bóveda de la Puerta de la Horca abrieran el lugar como es debido.

Pero yo no era ese tipo de Merlín, y no fingía serlo.

Había vidas en juego y niños desaparecidos. Y si ese libro procedía realmente de donde yo sospechaba… el tiempo era un lujo que no me podía permitir.

—Sabes, robar es una de mis muchas especialidades —dijo Morty, paseándose cerca de la ventana delantera mientras yo me ataba las botas—. Si no estuviera atado a esta vieja casa polvorienta, yo mismo entraría en esa cámara acorazada y tendría todo lo que necesitaras para la hora del desayuno.

No dudaba de él. Morty tenía el aire de alguien que en su día había tomado decisiones cuestionables vestido con trajes muy caros.

—Ojalá pudieras— le dije, metiéndome un cuchillo en el cinturón. Un fantasma con un pasado criminal y sin ningún respeto por los límites habría sido realmente útil en ese momento.

—No te pongas tan triste —ronroneó Selene, que estaba apoyada en el marco de la puerta como una modelo gótica de revista y miraba a Morty como si fuera un postre—. Estoy segura de que tienes otros... talentos penetrantes.

Morty se puso tenso. Se dio la vuelta rápidamente, jugueteando con los botones de su chaleco como si pudieran rescatarlo.

Marla resopló.

—Ya puedes dejar el vudú de vampiros. No tiene sangre que chuparle.

Selene ladeó la cabeza con ese aire inquietante y elegante que la caracterizaba.

—Qué pena. Apuesto sangre a que unas venas tan antiguas y encantadoras habrían sabido a seda y a secretos.

Morty emitió un pequeño sonido ahogado. No estaba segura de si estaba horrorizado o simplemente muy halagado. ¿Podían excitarse los fantasmas?

Me colgué la bolsa al hombro y me dirigí a la camioneta antes de que alguien sugiriera que probáramos la teoría.

Así que ahí estábamos. Medianoche y de vuelta en el juzgado.

No había ningún otro vehículo en el aparcamiento. Apagué el motor y salí, ajustándome la chaqueta. La noche parecía más pesada de lo habitual, y se me hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que estábamos a punto de hacer.

Cogí mi linterna.

—Ya puedes guardar ese palo humano —dijo Marla, rozándome al pasar con su cárdigan extragrande y sus botas militares. Sacó de su bolso un pequeño globo de cristal y susurró: —Lumen da.

La esfera cobró vida brillando sobre su palma y luego se elevó en el aire como una luciérnaga y se quedó suspendida, proyectando una cálida luz dorada sobre los escalones agrietados del juzgado.

—Ya estamos listas— dijo, y se dirigió hacia la puerta como si fuera a un desayuno de amigas, y no a una cámara acorazada de magia prohibida.

Selene la siguió taconeando sus zapatos y luciendo sus labios rojos como la sangre. Yo cerraba la marcha, preguntándome en qué se había convertido mi vida para que esto se considerara una noche normal.

Marla llegó a las puertas del juzgado. Casi esperaba que estuvieran cerradas con llave, pero tiró de una de ellas y se abrió con un chirrido y sin dificultad.

Dentro, el juzgado estaba en silencio. Vacío. El tipo de silencio que te hace repiquetear los dientes.

No nos molestamos en coger el ascensor. Marla nos condujo a una escalera de servicio escondida detrás de una máquina expendedora estropeada.

—Sé el código— dijo, y presionó la palma de la mano contra un panel oculto tras una placa suelta en la pared.

Las escaleras crujieron. La lámpara de globo parpadeó.

Las seguí bajando los escalones, cada vez más abajo, hasta que el aire se volvió fresco y húmedo. Nos detuvimos al pie de la escalera frente a lo que parecía una puerta blindada de acero, cubierta de símbolos grabados que latían débilmente como venas.

—Ya hemos llegado —dijo Marla, con la voz ahora un poco más baja—. Los Archivos de la Bóveda de la Puerta de la Horca.

Selene arqueó una ceja.

—¿Protegida?

—Triple —dijo Marla—. Rúnico, sellado con sangre y con juramento. Solo los archiveros oficiales y los poseedores de llaves verificados por el consejo pueden abrirla.

Frunció el ceño mientras levantaba las palmas de las manos sobre la puerta.

—Yo puedo hacerlo, pero me llevará unas horas.

Di un paso adelante. Los hilos arcanos tiraron de mis dedos inmediatamente, ansiosos y vivos.

—Yo me encargo, dije y puse ambas manos sobre los símbolos de protección. Cerré los ojos, mi respiración se ralentizó y el tejido llegó a mí, no apresurado, sino constante. Tiré de ellos con cuidado, adaptándome a la sensación de los sellos, identificando el patrón y desenredando su entramado con silenciosa precisión.

Uno. Dos. Tres. Los símbolos se atenuaron y el sello se rompió con un leve clic.

La puerta de la cámara se abrió con un silbido.

Detrás de mí, Marla dejó escapar un silbido bajo.

—Eso ha sido impresionante.

Incluso Selene parecía ligeramente impresionada.

—Eres más útil de lo que pareces.

—Vaya —dije, sacudiéndome el polvo de las palmas—, gracias.

La pesada puerta se abrió con un chirrido, dejando al descubierto un pasillo iluminado por viejos apliques que se encendieron en cuanto entramos. Las paredes de piedra albergaban hileras de armarios metálicos, cofres cerrados con llave, pergaminos y cajas antiguas selladas con runas de hierro.

Olía a polvo, a historia y a algo un poco… extraño.

Entré primero y mis botas resonaron. El aire estaba cargado con el olor a papel viejo, moho, polvo y algo vagamente mágico, como hechizos olvidados que se habían echado a perder.

Los tacones de Selene resonaron suavemente a mi lado mientras bajábamos la última escalera.

—Bueno —dijo, sacudiéndose una mota inexistente de su chaqueta de cuero negro—, ¿qué es exactamente lo que buscamos en esta pequeña y encantadora cripta?

—Cualquier cosa que ayude con el caso —respondí, ajustándome la correa del bolso—. Libros de cuentas, registros, cualquiera que tuviera acceso a este lugar. Algo.

Marla giró a la izquierda, con su orbe brillante flotando obedientemente sobre su cabeza como una luciérnaga hechizada.

—Debería estar por aquí— dijo, señalando hacia un escritorio de madera tallada en la esquina. Parecía que no se había usado desde los primeros juicios de brujas.

—Si aún conservan los antiguos registros de acceso, estarán en el libro mayor.

La seguí, con mis botas crujiendo sobre el suelo de piedra arenosa. Mientras Marla rebuscaba en los cajones, me adentré por uno de los estrechos pasillos entre las pilas polvorientas. Las estanterías se extendían del suelo al techo, venciéndose bajo el peso de antiguos expedientes, pergaminos quebradizos y tomos arcanos encuadernados en cuero agrietado. La cámara vibraba débilmente con magia protectora, hechizos de protección lanzados hace siglos para mantener los secretos a salvo.

Deslicé los dedos por una pila de expedientes sin etiquetar. Algo me atrajo —no físicamente, sino ese zumbido sordo otra vez, ese tirón detrás de las costillas. ¿Extraño?

Lo seguí hasta llegar a una caja. Era vieja, más que las demás. La madera estaba deformada, el broche deslustrado y no tenía nombre ni etiqueta.

La abrí a la fuerza.

Dentro había notas desordenadas del caso escritas a mano en una cursiva ondulada. La mayor parte de la tinta se había desvanecido, pero un nombre saltaba de la página como si tuviera garras.

Morwenna Morven. Reconocí el nombre. Mi madre había hablado de ella brevemente.

Se me paró el corazón. Ella había sido una Merlín en su día, una hechicera arcana de mi linaje. Según las notas, había sido poderosa, brillante, temida. Hasta que dejó de serlo. El expediente decía que se había vuelto loca, había abierto un portal, matado a una docena de personas y luego desaparecido antes de que pudiera ser juzgada.

Tragué saliva con dificultad y pasé a la página siguiente, solo para sentir una descarga de electricidad estática recorrerme el brazo.

Un sello. Magia encerrada en el pergamino.

Y no era un cierre cualquiera, sino un tejido de protección, antiguo y sofisticado. Quienquiera que lo hubiera creado no quería que nadie leyera lo que había debajo, lo que solo hizo que yo quisiera leerlo aún más.

Esa punzada detrás de las costillas se hizo más intensa. Esta vez, no dudé.

Llamé a los hilos hacia mí, en silencio, instintivamente. Mis dedos se deslizaron sobre el sello, agarrando el tejido y deshilachándolo. Una luz roja brilló entre mis dedos, cálida y viva, delicada como el aliento. Tiré, retorcí, hice un lazo… y el hechizo se deshizo como seda bajo una cuchilla.

El sello se disolvió con un suave silbido.

Mis dedos se detuvieron en el borde quebradizo de la página. La tinta se había corrido por las esquinas, envejecida hasta adquirir un tono marrón rojizo, pero las palabras seguían siendo legibles.

Morwenna Morven. Nacida en 1213. Practicante de la magia arcana con un talento innato considerable. Destaca por la

transferencia voluntaria de la firma del alma a cambio de una capacidad mágica amplificada.

Se me hizo un nudo en la garganta. La siguiente línea me golpeó con más fuerza.

No hay constancia de ninguna petición de ayuda. No hay constancia de amenazas ni de desesperación. El sujeto firmó el pacto de forma voluntaria. Motivación: ascensión sin límites en el poder arcano.

Parpadeé. Una vez. Dos veces. Las palabras no cambiaron.

El linaje resultante mantiene un vínculo residual con el originador del pacto. Todos los descendientes muestran inestabilidad en el control mágico, alta mortalidad antes de la madurez mágica plena y están sujetos a corrupción mágica.

Mierda.

Tragué la bilis que se me subía por la garganta y pasé la página, hojeando más rápido ahora. Quería una verdad diferente. Una mejor. Cualquier cosa.

Pero el resto no hizo más que confirmarlo. Testimonio sellado de un magister principal, notas de un intento de purificación que fracasó, advertencias sobre el linaje —mi linaje— por ser demasiado volátil, maldito y peligroso como para servir jamás en ningún sitio.

Morwenna no había hecho un pacto para salvar a un niño o poner fin a una guerra. Lo había hecho por poder, pura ambición sin límites.

Y había condenado a todos los que vinimos después.

Ese era mi Legado. No la protección ni el sacrificio. Solo la codicia.

El suelo se movió bajo mis pies, o tal vez solo era mi estómago. Me temblaban los dedos al volver a dejar la página sobre la mesa. De repente, el papel pesaba demasiado, tenía los bordes demasiado afilados, como si pudiera cortar directamente a través del hueso.

—Vaya, maldita sea —susurré, con la voz seca pero quebrada en los bordes. Levanté la vista.

Selene estaba recostada cerca, con los brazos cruzados como una reina que inspecciona su reino. Marla estaba inclinada sobre el

libro de cuentas, pasando las páginas, con los labios apretados en señal de concentración.

Habían venido voluntariamente a ayudarme esa noche, no porque tuvieran que hacerlo, sino porque habían elegido hacerlo.

Pero no lo sabían. No la verdad.

Si realmente supieran lo que corría por mis venas, si supieran que era la heredera de un pacto de sangre hecho no por desesperación, ni siquiera por amor o dolor, sino por un poder crudo y repugnante, no creo que estuvieran aquí. No solo estaba maldita, era el producto de una ambición podrida, una señal de alarma arcana andante y parlante.

Y esto… esto era por lo que siempre acababa igual.

Por qué los amigos nunca se quedaban.

Por qué los compañeros de equipo se echaban atrás en cuanto veían lo que mi magia era capaz de hacer realmente. Por qué la gente en la que intentaba confiar siempre se marchaba. Porque en cuanto se filtraba la verdad sobre mi familia, sobre *mí,* huían. O peor aún, se volvían contra mí.

Siempre. Sin excepción.

Y sí, había aprendido a llevar ese rechazo como si fuera una armadura. A convertirlo en una broma y fingir que me daba igual.

Pero seguía doliendo.

Cerré el expediente y presioné los dedos contra la cubierta agrietada mientras exhalaba lentamente.

Esta maldición era parte de mí, claro, entrelazada en cada hechizo que lanzaba, en cada decisión que tomaba. Pero no iba a definirme. Yo era más que el Legado de Morwenna. Tenía que serlo. De lo contrario, ¿qué sentido tenía todo esto?

No iba a dejar que ella ganara. No a través de mí. No esta noche. Nunca.

—Bueno —dijo Selene, con una voz que prácticamente rezumaba pecado—, ¿qué pasa entre tú y el alto, moreno y taciturno? Porque puede que no tenga olfato de sabueso, pero incluso yo pude oler el calor que desprendíais los dos en la casa.

Me quedé paralizada mientras pasaba la página. Mis ojos se posaron en los suyos. Su sonrisa burlona era puro problema.

—Nada —dije demasiado rápido.

Selene arqueó las cejas como si me hubiera pillado comiendo a escondidas después de medianoche.

—Mmm. Ese "*nada*" sonaba mucho a *"todo*"— dijo, dando vueltas alrededor de la mesa como un tiburón con tacones—. Estás sonrojada, tu pulso está acelerado y, a menos que de repente hayas desarrollado una alergia a que te miren, diría que alguien te ha calado hondo.

—No sé de qué estás hablando —murmuré, intentando, sin conseguirlo, no imaginarme los ojos dorados de Eryk ni cómo se había sentido su mano rodeando la mía. Ni toda esa escena de lucha sobrenatural, salvadora de vidas y llena de músculos en tensión. Maldita sea.

Selene se inclinó hacia mí, con voz baja y sedosa.

—Sigue fingiendo que no hay nada entre ustedes dos y te va a dar una hemorragia nasal.

—No sé a qué te refieres —dije, frotándome la cara con una mano—. No hay nada. De verdad.

Ella solo sonrió.

—Tu cuerpo dice lo contrario, cariño.

Y no se equivocaba.

La verdad era que… no lo sabía. No de verdad.

Había algo en Eryk que me volvía loca. En un momento quería darle un puñetazo en la garganta y, al siguiente, me preguntaba a qué sabría su boca. Eso no podía ser sano.

Volví a fijar la mirada en el expediente que tenía delante.

—¿Podemos volver a hablar de la antigua conspiración mágica en lugar de mi inexistente vida amorosa?

Selene soltó un suspiro dramático.

—De acuerdo. Pero si vuelve a aparecer sin camiseta, me voy a quedar mirando.

Por supuesto que lo haría.

—¿Rhea? —llamó Marla—. Creo que deberías ver esto.

Me limpié las manos en los vaqueros y volví al escritorio, tratando de ocultar la vergüenza que me subía por la garganta.

Marla sostenía un libro de contabilidad abierto. Sus ojos se encontraron con los míos, y su voz sonó cautelosa.

—La última persona que accedió a la cámara acorazada fue Vivienne Elowen .

—¿Quién? —pregunté—. No creo recordar ese nombre.

—Era miembro del consejo— dijo Marla, con la luz de bruja aun revoloteando sobre su cabeza como una luciérnaga obediente y de gran tamaño. —Representante de las brujas. La destituyeron unos meses antes de que tú llegaras.

Selene arqueó una ceja.

—*Exiliada*, en realidad. Puso incómodo a alguien de alto rango.

—¿No es eso precisamente lo que hace el consejo?, dije. —¿Molestar a la gente?

Marla esbozó una sonrisa seca, pero no la desmintió.

—Vivienne no era como los demás. Era ruidosa, tenía opiniones firmes. Abogaba por la transparencia en torno a los Archivos de la Bóveda y presionaba para que hubiera una representación equitativa entre los seres sobrenaturales. Intentaba evitar que el consejo sacrificara a los jóvenes magos cada vez que metían la pata.

Parpadeé.

—Suena como alguien que podría caerme bien.

—Lo era, dijo Marla en voz baja—. Me caía bien.

—¿Y qué pasó?, pregunté.

—La acusaron de manipular hechizos restringidos. De utilizar los recursos del consejo para sus propios experimentos mágicos y de presionar para que se llevaran a cabo reformas que habrían limitado el poder del consejo.

Selene dejó escapar un leve murmullo divertido.

—Traducción: pisó demasiados callos y alguien la hizo desaparecer.

Marla volvió a bajar la vista hacia el libro de cuentas.

—Hubo rumores. Nunca se demostró nada, pero desapareció de la vida pública tras su destitución. Nadie la ha visto desde entonces.

—Genial —suspiré—. Así que la última persona que accedió a la cámara acorazada fue una bruja políticamente incómoda con fama de agitar el caldero.

Selene se estiró, perezosa y divertida.

—Bueno. Esto se pone interesante.

Me quedé mirando el libro de cuentas, el nombre garabateado como si se hubiera grabado a fuego en la página: *Vivienne Elowen*. La última en la cámara acorazada. Una antigua bruja del consejo a la que habían echado antes de que yo llegara aquí. ¿Por qué? ¿Por hacer demasiadas preguntas? ¿Por agitar las aguas?

—La acusaron de usar magia restringida, añadió Marla, con los labios apretados—. Cosas experimentales y peligrosas. Siempre caminaba por la cuerda floja.

Selene hizo un ruido como si estuviera disfrutando de esto demasiado.

—Y cuando caminas por esa línea el tiempo suficiente, al final alguien te empuja.

—La exiliaron —dije.

La sensación de ser condenada al ostracismo me resultaba tan familiar como respirar. Humillada, expulsada. Prácticamente podía ver cómo encajaban las piezas.

—Eso es un motivo.

Marla asintió lentamente.

—Si se sintió traicionada por el consejo…

—Querría venganza, terminé.

¿Y qué mejor manera de golpear al consejo donde más le duele que a través de sus hijos?

Tres adolescentes.

Uno ya muerto.

Apreté la mandíbula, con el corazón latiéndome en el pecho como una campana de alarma.

—Esto no tenía que ver con el poder, dije. —Era algo personal.

Selene esbozó una sonrisa.

—La venganza siempre lo es.

Miré el documento que tenía entre las manos, aquel con el sello que acababa de desentrañar con mi magia. Las líneas de hilos arcanos aún brillaban tenuemente sobre la página, los últimos vestigios de un hechizo destinado a mantener alejadas a las brujas entrometidas como yo, pero no había funcionado. Ahora tenía la

verdad ante mí, en blanco y negro. El registro del pacto, el origen de la maldición de mi familia. La razón por la que yo también fui exiliada. Siempre había sabido lo de la maldición —demonios, la había vivido y había visto cómo consumía a las personas que amaba —, pero de alguna manera, verla escrita así hacía que pareciera definitiva. Hacía que pareciera real.

—Quiero encontrarla —dije en voz baja—. A Vivienne Elowen. Si sigue viva, si tuvo algo que ver con esto...

—Entonces tendrá respuestas —dijo Marla, asintiendo.

O mentiras. En cualquier caso, era una pista. Y en ese momento, las pistas escaseaban.

Selene se estiró, arqueando la espalda como un gato.

—Vaya. Esto se pone interesante. Me encantan los buenos escándalos.

Por supuesto que sí.

Y así, de repente, teníamos un nombre y una pista: una bruja con motivo, medios y un rencor lo suficientemente grande como para invocar demonios y rasgar el Velo.

Vivienne Elowen.

Quería venganza.

Y aún no había terminado.

12

Me desperté a la mañana siguiente con la boca como si hubiera estado masticando tiza y la clara sensación de que alguien me estaba observando.

No era esa mirada inquietante y atractiva de Eryk, con sus ojos dorados y su mirada ardiente. No. Esta era más bien una mirada de —acosador.

Abrí los ojos de par en par y grité al instante.

—*¡Ah!* —grité.

—*¡Ah!*, gritó la cara que se cernía a cinco centímetros de la mía.

Di un respingo hacia atrás, agitando los miembros como si me hubieran dado una descarga eléctrica mientras dormía.

—¡Qué demonios, Morty!.

El fantasma parpadeó mirándome, sin mostrar ningún arrepentimiento. Su traje oscuro seguía, de alguna manera, impecable, con el pelo engominado como un cantante de jazz y una expresión de satisfacción total.

—Roncas— dijo, con total naturalidad. Como un troll haciendo gárgaras con canicas—. Estaba… preocupado. Pensé que te estabas ahogando.

Aparté la manta de un empujón y lo miré con ira a través de una melena revuelta.

—Yo no ronco.

Morty arqueó una ceja y me lanzó una mirada que parecía decir que tenía testigos y grabaciones de audio.

—También has babeado un poco.

—Problemas de sinusitis —espeté, incorporándome—. Goteo posnasal. Y no tienes por qué estar ahí acechándome mientras duermo solo porque estés muerto y te aburras.

Él sonrió con aire burlón y se acercó —sí, se acercó— al borde de la cama.

—Pensé que te gustaría saber que Marla pasó por aquí hace un rato. Trajo magdalenas.

Mi cerebro, a pesar de la niebla propia de una resaca, se puso en alerta.

—¿Magdalenas?.

Me lanzó una mirada de reojo.

—De plátano. Todavía están calientes.

Jadeé.

—La adoro.

—Y Selene estaba con ella, añadió, con demasiada naturalidad.

—¿En serio?, intenté no sonreír. —¿Por eso de repente estás rondando mi cama en lugar de la estantería de whisky de abajo?

Morty se tapó la boca con la mano para toser y desvió la mirada con aire burlón.

—Tiene un aire muy majestuoso.

—Te has enamorado de una vampiresa.

Era totalmente cierto y resultaba realmente adorable.

—No es verdad.

—Claro que sí.

Desapareció por la puerta envuelto en una nube de humo de cigarrillo.

—Estaré abajo.

Fantasmas. Simplemente no podían soportar la verdad.

Con la mente puesta en las magdalenas y la curiosidad tirándome de la columna, me arrastré fuera de la cama, me duché y me cepillé los enredos del pelo. Eché un vistazo al soporte para tubos que colgaba de la bañera con patas (en serio, ¿eso era un viejo gancho para carne?) y decidí no preguntarme nada esta

mañana. Limpia y medio humana de nuevo, me puse el último par de vaqueros limpios que tenía y una camiseta que en su día había sido negra, pero que ahora era de un gris decente.

Abajo, el aroma del café recién hecho me atrajo como a un sabueso siguiendo un rastro.

—He hecho café —dijo Morty, sentado a la mesa de la cocina y dando caladas a su cigarrillo como si fuera un puro de calidad—. Está en el manual del asistente. Página doce.

—¿Tienes un manual del asistente?

Se encogió de hombros. —Estoy trabajando en uno.

Fijé la mirada en la cesta de magdalenas que descansaba como un regalo del cielo en medio de la mesa.

—Dios existe.

Cogí el más grande, le arranqué la parte de arriba, me lo metí en la boca e hice un sonido que estaba a medio camino entre un gemido y una plegaria. Todavía estaba caliente, la corteza espolvoreada con azúcar perfectamente crujiente, y el sabor a plátano tenía el equilibrio perfecto entre dulce y —Dios mío, esto no es de tienda. Había una tarjetita pegada en el lateral de la cesta, así que la saqué.

Disfruta de los muffins. No te preocupes. No están malditos.
Llámame si necesitas algo
—Marla

En el reverso estaba su número de teléfono. Metí la tarjeta en el bolsillo de mis vaqueros.

—Tú también comes como un troll —dijo Morty alegremente, viéndome devorar la mitad del muffin como si fuera lo único que me mantuviera con vida.

—Cállate —murmuré entre migas—. Ayer casi muero. Me merezco carbohidratos. Montones y montones de carbohidratos.

Su expresión se suavizó ligeramente.

—Sí… lo sé. Me alegro de que no murieras, porque si lo hubieras hecho, quizá estarías atrapada aquí conmigo.

Se rio, solo una vez, un sonido hueco que no llegó a sus ojos.

Luego se quedó en silencio. Muy en silencio.

Su mirada se desvió hacia la pared del fondo, sin fijarse en nada en concreto, simplemente… mirando fijamente, como si pudiera ver a través de ella. Quizá, por un instante, estaba recordando lo que se sentía al poder salir por la puerta principal, respirar aire de verdad, sentir el sol sin quemarse, sentir el tacto de la mujer a la que amaba…

El humo de su cigarrillo se arremolinaba hacia arriba, lento y fantasmal, reflejando la luz mientras flotaba hacia el techo.

Mastiqué más despacio; de repente, el muffin se me secó en la boca.

No me había dado cuenta antes de lo atrapado que debía sentirse. Lo asfixiante que debía de ser vivir en las mismas pocas habitaciones durante décadas, viendo a la gente ir y venir, ayudándola, perdiéndola.

Siempre el que ayuda. Nunca el que se escapa.

—Morty… —comencé.

Parpadeó, salió de su ensimismamiento y esbozó su habitual sonrisa burlona.

—En fin. Ese café no se va a beber solo y tú tienes que localizar a una bruja rebelde. ¿No es así, roja?

Así, sin más, el momento pasó. Pero se me quedó grabado porque, por primera vez, me di cuenta de que la actitud de listillo de Morty no era solo su personalidad.

Era una armadura, y él la llevaba como una segunda piel.

—¿Conocías a Vivienne Elowen?— pregunté en su lugar, acompañando un bocado de magdalena con un sorbo de café.

Morty exhaló una larga bocanada de humo y se recostó en su silla, con la mirada perdida en la lejanía.

—Sí. La conocía. Una bruja perspicaz e inteligente que no seguía las reglas, pero por eso le caía bien a la gente. Hasta que dejó de ser así.

—Hasta que la expulsaron del consejo.

El fantasma asintió.

—La versión oficial fue mala conducta mágica, manipular hechizos restringidos, poner en peligro a otros con su investigación, lo que se te ocurra. ¿Pero la verdadera razón?. Sacudió la ceniza en el platillo fantasmal que tenía al lado.

«Se ganó enemigos. Enemigos poderosos. Empezó a presionar por cosas que al consejo no le gustaban : transparencia, igualdad de representación para todas las razas y proteger a los jóvenes magos de las manos codiciosas del consejo. La llamaron un lastre y puf, la desaparecieron.

Me recosté, con la taza de café en ambas manos, mirando fijamente los viejos azulejos de la cocina.

Si Vivienne había sido exiliada por rebelarse contra el sistema… ¿se había tomado ahora ese exilio como algo personal y estaba rebelándose de la forma más sangrienta posible?

Eso convertiría todo esto en algo personal, político y peligroso.

Y tenía que encontrarla antes de que muriera alguien más.

—Tengo que encontrarla, le dije a Morty en voz baja. —No puedo permitir que muera otro niño. No, porque uno ya era demasiado.

Asintió con la cabeza, ahora con aire solemne.

—Si sigue por aquí, estará en esa torre de vigilancia en ruinas que hay al borde del parque de Sablewood. Solía refugiarse allí cuando creía que iba a cambiar el mundo.

—Bien, gracias. Echaré un vistazo.

—Solo… ten cuidado, roja.

Asentí con la cabeza, me levanté y cogí otra magdalena para el camino… bueno, dos. Me colgué la mochila al hombro y me dirigí hacia la puerta.

Era hora de localizar a una bruja exiliada que podría estar detrás de un asesinato, un libro de hechizos desaparecido, una emboscada de demonios… y quién sabe qué más.

Sin presión.

¿Y por dónde se empieza cuando se busca a un miembro del consejo expulsado con un posible rencor y acceso a la magia negra?

Vas a la fuente.

Y así fue como acabé, una vez más, aparcada justo delante del juzgado.

Pero lo que no esperaba era que todos los miembros del consejo estuvieran fuera. Excepto Torren. No se le veía por ningún lado.

Levantaban las manos, daban vueltas en círculos, y sus voces se alzaban como la versión mágica de una pelea de bar, pero sin cerveza ni dientes rotos.

—¿Quién habría entrado en la cámara acorazada? —espetó Brunika, la representante del consejo de los trolls, con sus gruesos brazos cruzados sobre un pecho aún más ancho—. Dijiste que estaba sellada.

—Lo está. No se llevaron nada —dijo Thalen, echándose hacia atrás su cabello plateado. Las palabras del hada sonaban tranquilas, pero la tensión en su mandíbula decía lo contrario.

—Que tú sepas —replicó Brunika—. ¿Y cómo superaron los encantos? Creía que eran impenetrables. ¿O es que tus habilidades mágicas son insuficientes?

Sus ojos se posaron con dureza en Lucien.

El brujo Oscuro se limitó a encogerse de hombros, con pereza y elegancia, como alguien a quien no se le estuviera acusando de incompetencia mágica.

—Lo eran. O se suponía que lo eran.

Maldita sea.

Hice una mueca de dolor detrás del volante. Me había olvidado de volver a activar los hechizos protectores antes de salir. Un descuido. Un descuido de novato. Una bruja con experiencia real, y tal vez ocho horas de sueño, no habría pasado eso por alto. Había metido la pata, pero ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Apagué el motor, enderecé los hombros y salí de la camioneta como si no acabara de escuchar a escondidas a través de la ventana.

En cuanto me vieron, cinco pares de ojos se clavaron en mí.

—Merlín Morven —retumbó Brunika. Sus fosas nasales se dilataron y apretó los puños a los costados—. Más te vale tener una explicación.

—¿Por qué? —pregunté, con cara de seriedad—. ¿Ha pasado algo?

Maeva entrecerró los ojos y olfateó cuando me acerqué, como si sus habilidades de gato lobo le permitieran detectar las mentiras.

—No te hagas la tonta. Anoche hubo un allanamiento en los Archivos de la Bóveda. Las protecciones estaban desactivadas.

Puse cara de total inocencia. No es fácil cuando acabas de cometer el delito.

—Eso es terrible— dije—. Acabo de enterarme.

Cassian dio un paso al frente, con elegancia y letalidad.

—Entonces qué oportuno que aparezcas justo ahora.

—Ah, ¿sí?, eché un vistazo a mi alrededor. —Me parece que están todos aquí fuera gritando. Es difícil no darse cuenta.

Lucien soltó una risita entre dientes. Nadie más lo hizo.

Brunika gruñó.

—Los hechizos de protección fueron tejidos por el consejo. No deberían haberse violado.

—Lo sé —dije—. Y lo investigaré.

Maeva entrecerró aún más los ojos. Me sorprendía que aún pudiera ver.

—¿Lo investigarás?, repitió, con una voz tan fría que podría causar congelación.

—Ese es, literalmente, mi trabajo— dije con una sonrisa forzada —. A menos que alguien de ustedes quiera hacerlo por mí.

Unos cuantos murmullos. Nadie se ofreció. Era de esperar.

—¿Dónde está Torren?, pregunté sin dirigirme a nadie en particular.

—En casa —respondió Brunika—. La muerte de su hijo le ha afectado mucho. Necesita pasar tiempo con su familia.

Asentí. Yo tampoco creía que pudiera funcionar tras la pérdida de mi hijo. Hice una pausa, dejando que la tensión se asentara como ceniza.

—Hay algo más— dije con naturalidad —.Necesito información sobre Vivienne Elowen.

Silencio. Nadie habló durante un instante demasiado largo. Thalen parpadeó, Brunika dejó de dar vueltas y Maeva frunció el

ceño como si acabara de decir que un demonio me había preparado el desayuno.

—¿Por qué? —preguntó Cassian con tono seco—. ¿Es sospechosa?

—Quizá —mantuve un tono tranquilo y sereno—. Solo es una pista.

Maeva se burló.

—A Vivienne la apartaron por una razón. Manipuló los hechizos y puso en peligro el equilibrio.

—Eso he oído —dije—. Aun así, necesito más.

—No pierdas el tiempo —dijo Brunika—. Esa bruja era imprudente. Creía que podía cambiar el mundo. Qué tontería.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir? —pregunté—. ¿Ya está?

Y justo cuando pensaba que esto no tenía sentido, Lucien se apartó del pilar contra el que se había estado apoyando y se acercó a mí con paso suave y tranquilo.

—Merlín Morven —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo—. Tienes la costumbre de aparecer cuando el fuego ya se ha desatado.

Lo miré fijamente.

—Yo no provoqué el incendio. Los problemas simplemente me envían una invitación personal y una cesta de bienvenida.

Inclinó la cabeza, divertido.

—No, supongo que no. Solo remueves las cenizas.

Me acerqué.

—Háblame de Vivienne Elowen.

Levantó una ceja como si le hubiera preguntado si creía en el polvo de hadas.

—Vivienne siempre creyó que podía arreglar lo que estaba roto, pero nunca entendió el precio.

Eso me hizo detenerme.

—¿Y qué estaba roto exactamente?— pregunté, con la voz afilada como una cuchilla.

Suspiró, como si me estuviera haciendo un favor.

—Todo. El sistema de bóvedas, la jerarquía del consejo, el Velo entre los mundos. Ella pensaba que, si trabajaba lo suficientemente

duro, gritaba lo suficientemente fuerte, conjuraba lo suficientemente profundo… podría remodelarlo.

—Suena noble.

Los ojos de Lucien brillaron.

—No fue así. Era peligroso, jugó con un poder que no comprendía. Se creía muy lista. Pero siempre hay un precio que pagar. ¿No es así?.

Crucé los brazos.

—Así que la echaron.

—Hicieron algo peor— dijo —. La humillaron. Y la humillación hace que la gente… se vuelva imprudente.

Apreté la mandíbula. Todo encajaba demasiado bien.

—¿Crees que es capaz de vengarse?

Se encogió de hombros.

—Cualquiera es capaz de vengarse cuando lo ha perdido todo.

Eché un vistazo a los demás, que seguían discutiendo en el patio, y luego volví a mirar a Lucien.

—¿Algo más?.

—¿Has investigado a Eryk?, preguntó Lucien, y eso me desconcertó un poco.

Se me tensó la espalda.

—¿Qué pasa con él?

Intenté fingir que no era nada. Como si no acabara de morder el anzuelo.

Los labios de Lucien se curvaron lenta y deliberadamente.

—Ah. El misterioso terrateniente.

Crucé los brazos, sobre todo para ocultar el repentino nudo de inquietud que se me hacía en el estómago.

—¿Lo conoces bien?.

—No lo suficiente como para considerarlo peligroso. Hizo una pausa para crear efecto, con la mirada brillante—. Pero tampoco lo suficiente como para decir que no lo es.

Ese cosquilleo en la nuca, al que solía achacar a los nervios, cobró vida. Arqueé una ceja, pero no dije ni una palabra.

Lucien dio un paso hacia mí. Bajó la voz lo justo para que sonara como un secreto. —Curioso, ¿verdad? Es dueño de las tierras donde

se rompió el Velo… donde se derramó la sangre. Siempre hay que tener cuidado con los más callados.

—No siempre— dije. Pero a mi voz le faltaba fuerza. Sonaba… rara, incluso para mí.

La sonrisa de Lucien se hizo más amplia.

—¿Hablas por experiencia?

No respondí, pero tampoco aparté la mirada. Porque algo ya se estaba desmoronando en mi cabeza: una cadena de dudas de la que no había querido tirar, no de verdad.

Eryk había aparecido de la nada la noche del ataque. En medio del bosque y justo cuando los sabuesos demoníacos me tenían acorralada.

¿Me había seguido? ¿Sabía que estarían allí? No. Eso era paranoia. Casi una locura.

Pero la semilla ya estaba plantada, y Lucien sabía exactamente dónde dejarla caer.

Se quedó allí con esa calma paciente, casi paternal, como si acabara de regalarme un pedacito de verdad para el que no estaba preparada.

Lo odié un poco por ello. Y me odié aún más a mí misma por pensar que quizá tuviera razón.

—He visto lo que ocurre cuando el poder cae en manos equivocadas, Merlín Morven —dijo, con una voz que se volvió sedosa y seria—. Y tú también lo has visto ahora. ¿No es así?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Sigue indagando —añadió, con la mirada aguda—. Pero ten cuidado de no desenterrar algo que no puedas volver a enterrar.

No le di las gracias, ni asentí con la cabeza. Simplemente me di media vuelta, con todos los nervios a flor de piel. Era como caminar entre la niebla, donde todas las señales apuntaban al maldito camino equivocado.

Vivienne podría haber tenido un motivo. ¿Pero Eryk? La tierra, la proximidad, el silencio…

Las piezas no encajaban excepto cuando lo hacían. Y ese era el problema.

No quería sospechar de él, lo que probablemente significaba que debía hacerlo.

Lucien se quedó un momento más y luego se dio la vuelta y se alejó, con el abrigo ondeando al viento.

Me quedé clavada en el sitio, con el pulso latiéndome en la garganta.

¿Era Eryk solo un tipo taciturno y callado con un buen gancho de derecha y un timing perfecto?

¿O era algo completamente diferente?

No lo sabía.

Y eso me asustaba más de lo que quería admitir.

13

Después de decidir seguir la sugerencia de Morty sobre Sablewood, paré en la única gasolinera de este lado de Gallows Gate, acertadamente llamada *Colmillo y gasolina*. Allí, llamé la atención de una mujer bajita y regordeta con un impermeable morado y pantalones de licra de leopardo, que podría haber sido o no una mutante lagarto.

Y no lo digo a la ligera. Su piel tenía un tenue brillo verde al sol, en un momento dado sus ojos parpadearon de reojo y estoy bastante segura de que vi cómo sacaba la lengua para saborear el aire cuando mencioné a Vivienne.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó, lo suficientemente alto como para alertar a todo el condado—. Allí arriba no hay más que árboles, mosquitos y mala energía.

—Estoy buscando la vieja atalaya, la de Sablewood— intenté sonar despreocupada, como si no estuviera persiguiendo a una exbruja del consejo, posiblemente asesina, con mi última camisa limpia.

Ella entrecerró los ojos.

—Ohhh. Te refieres a la colina de Spook.

Eso... no era muy alentador.

Aun así, me dio indicaciones —en realidad, me las gritó— gesticulando frenéticamente con unas manos cuyos nudillos

presentaban una sospechosa descamación.

Cinco minutos más tarde, estaba de vuelta en mi camioneta con las ventanillas subidas y oficialmente en camino. La carretera asfaltada terminaba abruptamente, dando paso a grava, seguida de tierra y luego a algo que solo podía describirse como el esbozo de un sendero.

Aparqué en el callejón sin salida y me quedé mirando la pared de árboles que tenía delante.

Perfecto. Hora de caminar.

Lo cual estaba bien. De verdad. Necesitaba hacer ejercicio y despejar la mente.

Lucien había hecho un trabajo de lo más bueno metiéndose ahí, y ahora no podía dejar de pensar —no en el asesinato, el libro o la cámara acorazada, sino en Eryk.

¿Y si Lucien tenía razón? ¿Y si estaba bajando la guardia con alguien a quien apenas conocía solo porque tenía unos misteriosos ojos dorados y un sentido de la oportunidad heroico? Ah, y era sexy como el demonio. No podía olvidar eso.

Pero eso no era inteligente. Era una tontería de instituto.

Vamos, en serio. Había aparecido justo a tiempo para salvarme de esos demonios. ¿No era demasiado conveniente? ¿Cómo sabía siquiera que estaba allí? ¿Me estaba observando? ¿Rastreándome? ¿Poniéndome a prueba? Posiblemente.

¿Y por qué estaba siempre tan tranquilo, como si nada le afectara?

Fruncí el ceño y aparté una rama de mi camino, tratando de concentrarme. Se acabaron las espirales mentales. Tenía un trabajo que hacer.

Pero mi cerebro tenía otros planes, sacando a relucir cosas que yo no había pedido, como mi última relación. Esa no terminó muy bien. Y por —no muy bien—, me refiero a que entré en mi apartamento después de una larga noche en las pruebas de selección de aprendices del Grupo Merlín, solo para encontrar a Dominic, mi encantador novio lanzador de hechizos, metido hasta las pelotas con Cristy.

Sí, *esa* Cristy: la bruja que se entrenaba a mi lado, almorzaba conmigo, me ayudaba a estudiar los hechizos de protección y me pasaba bebidas energéticas cuando parecía que iba a caerme de bruces durante los ejercicios de encantamiento. Pensaba que éramos amigas.

Resulta que las amigas no se acuestan con tu novio.

—¿Rhea? —Dominic parpadeó, como si *yo* fuera la intrusa. Intentó cubrirse la entrepierna con la manta, sin éxito, ya que ciertas partes de su cuerpo seguían erguidas con orgullo—. Volviste temprano.

—No me digas —dije con tono seco, aunque me ardían los ojos como el fuego del infierno.

No había llorado. Que el Caldero me ayudara, no me permití llorar. No entonces. No delante de ellos. Me quedé allí de pie como una estatua mientras Cristy se apresuraba a ponerse el sujetador y tenía el descaro de evitar mi mirada como si *yo* fuera la vergüenza de la sala.

No era solo la traición. Era la humillación. El dolor profundo y punzante de saber que habías dejado entrar a alguien, a *dos* personas, y que no se lo pensaron dos veces antes de destrozarlo todo.

Eso había sucedido hacía ya un año.

¿Y desde entonces? Cerré de un portazo el cajón de las relaciones. Lo cerré de un golpe, lo clavé con clavos, quizá incluso le eché un maleficio por si acaso.

Así que no, no estaba de humor para enamorarme de un misterioso hombre de ojos dorados con complejo de salvador, aunque su voz hiciera que mi estómago sintiera ese molesto cosquilleo y no dejara de preguntarme cómo sería deslizar mis dedos por su pecho.

No. No iba a caer en eso. No podía caer en eso. Tenía problemas más importantes que el regreso de mi libido, como localizar a un posible asesino en un bosque infestado de demonios.

Tenía prioridades. Más o menos.

Concentrándome, pensé en Vivienne Elowen, la bruja exiliada y antigua representante del consejo acusada de experimentar con

hechizos prohibidos y de posiblemente alimentar toda una investigación de asesinato con su rencor personal contra el círculo íntimo de Gallows Gate.

Si ella estaba detrás de esto, necesitaba pruebas. Si no lo estaba… bueno, volvería al punto de partida con un libro medio quemado, un niño muerto y un montón de preguntas sin respuesta.

Pero, hasta el momento, ella era la única con un motivo. La venganza era algo horrible: retorcida, paciente y lo consumía todo. Conocía ese sabor. Podía arder más que el aliento de un demonio y parecer igual de justificada.

Y tal vez, solo tal vez, si resolvía esto, si descubría la verdad y traía de vuelta a los niños desaparecidos, por fin obtendría algo más que miradas de reojo e insultos velados por parte del consejo. Tal vez sería algo más que el maldito Merlín enviado aquí para fracasar. Tal vez por fin me ganaría una pizca de maldito respeto.

Pero primero, tenía que encontrarla.

Y si Vivienne tenía a los niños, iba a hablar, de una forma u otra.

Si intentaba mentirme, la descubriría, y si intentaba huir, la perseguiría.

Y si intentaba hacerse la lista con la magia, bueno… estaba claro que aún no me conocía.

No iba a salir de aquel bosque hasta tener respuestas.

Con renovada determinación, seguí caminando, subiendo más alto y adentrándome más en el bosque, con mis botas crujiendo entre la maleza y las hojas. Un sendero estrecho y medio cubierto por la vegetación se curvaba más adelante, apenas visible, como si el bosque hubiera intentado reclamarlo, pero hubiera desistido a mitad de camino. Lo seguí, agachándome bajo las ramas y pasando por encima de raíces retorcidas que parecían trampas de la naturaleza.

Sablewood estaba en silencio: ni pájaros, ni viento, ni siquiera el habitual susurro del bosque. Solo yo, mis pensamientos intrusivos y el zumbido de algo que no iba bien, recorriendo mi piel como estática.

La mujer que se transformaba lo había bautizado como —*Spook Hill* —muy sutil, gracias— y no se equivocaba. Los árboles se

acercaban demasiado, y estaba segura al noventa y nueve por ciento de haber visto cómo uno de ellos movía una rama en mi dirección. No me gustaría estar aquí sola por la noche.

Tampoco es que me hiciera mucha gracia estar aquí durante el día.

Y entonces la vi. Escondida entre los árboles, envuelta en hiedra trepadora y sombras, se alzaba una torre de piedra antigua. Parecía como si la hubieran arrancado de la propia tierra, era rugosa, picada y desgastada por el tiempo, con musgo trepando por sus lados como una infección lenta y paciente.

La estructura no era alta, tal vez tres pisos como mucho, pero de alguna manera parecía más alta, por la forma en que se aferraba al cielo como si tuviera algo que demostrar. Ventanas estrechas salpicaban las paredes, la mayoría de ellas rotas o desaparecidas por completo, con fragmentos irregulares como dientes podridos que aún se aferraban a los marcos. El techo estaba parcialmente hundido, y una esquina del piso superior parecía vencerse bajo el peso del tiempo, o tal vez de la culpa.

Una única puerta de madera, torcida en sus bisagras, estaba entreabierta, como si me retara a entrar.

No estaba segura de si alguien pudiera vivir realmente allí. Quizá Vivienne no estaba aquí y este fuera solo el lugar al que acudía para remover su caldero de magia prohibida y urdir su venganza: un escondite, un taller, una guarida. Porque eso es lo que parecía, no un hogar, sino una guarida.

Exhalé un suspiro y dije:

—Allá vamos— y me dirigí hacia ella.

Las ramas arañaban mi abrigo como si el bosque intentara atraparme de nuevo, pero me agaché bajo la última rama que colgaba y entré en el claro. De cerca, la torre tenía peor pinta. Las piedras estaban húmedas de líquenes desmoronándose por los bordes, como si todo el conjunto apenas se mantuviera en pie.

Me detuve en la puerta y dejé fluir mis sentidos de bruja. No había protecciones ni zumbido mágico, ni cosquilleo en la piel, ni resistencia que se opusiera a mi aura como debería. Joder, hasta la

Estación Merlín tenía un tejido de protección básico, y ese lugar tenía un fantasma residente que fumaba en el interior. Pero ¿esto?

Nada.

Fruncí el ceño y apoyé una mano en el marco de la puerta. Fría. Normal. Algo no cuadraba.

Se suponía que Vivienne Elowen era alguien importante: una bruja poderosa, de esas que pueden silenciar una sala con una sola mirada y convertirte en rana antes del postre. Entonces, ¿dónde demonios estaba su seguridad? A menos que no la necesitara. O que llevara mucho tiempo fuera.

Sentí un nudo en el estómago, pero invoqué mi magia de todos modos —finos hilos rojos parpadeando entre mis dedos como nervios arrancados de la luz del fuego— y crucé el umbral.

Dentro, el aire estaba en calma. No solo en silencio, sino muerto. El polvo flotaba en la luz que se filtraba por las ventanas rotas, tan espeso que casi se podía saborear. El lugar olía a moho, a hierbas quemadas y a tiempo: un tiempo largo y podrido.

Mis botas resonaban contra la piedra mientras avanzaba por lo que solía ser la planta principal. No había nada aquí salvo muebles viejos y desgastados y un par de restos de velas derretidas. No había señales de lucha y tampoco había señales de Vivienne.

La escalera serpenteaba hacia la derecha, una estrecha espiral de peldaños de piedra carcomidos en las esquinas por años de humedad. Murmuré algo poco halagador y empecé a subir. Cuanto más subía, más sentía que algo me observaba, pero seguía sin haber magia allí. Solo el frío del espacio vacío.

La planta superior daba a una habitación que me hizo detenerme en seco.

Era eso.

El taller de una auténtica bruja. La sala estaba llena de largas mesas, abarrotadas de velas a medio quemar, libros abiertos, notas amarillentas sujetas con dagas oxidadas y frascos de cristal llenos de… cosas flotantes sin etiquetar. Inquietantes. Las estanterías cubrían la pared del fondo, vencidas bajo el peso de antiguos tomos y cera derretida. Un gran caldero viejo y frío descansaba en una esquina, junto a un círculo de tiza agrietado en el suelo.

El lugar parecía desierto, pero no abandonado. Ella había estado allí y no hacía tanto tiempo.

Avancé un poco más, con mis botas crujiendo sobre las tablas del suelo. Me picaban los dedos por recurrir a mi magia, por si acaso. El aire aquí arriba tenía una tensión que se me metía bajo la piel como un susurro que no lograba captar del todo.

Y entonces me di cuenta. Una de las mesas largas estaba volcada, con su contenido esparcido por el suelo como si alguien hubiera barrido con el brazo un ritual en curso. Un frasco roto derramaba algo oscuro y pegajoso sobre las tablas del suelo, una silla yacía de costado, con una pata completamente rota y los libros se habían caído de las estanterías, algunos de ellos rasgados por la mitad.

Bueno… así que quizá no se trataba solo de un espacio de trabajo un poco lúgubre, después de todo. Las brujas no dejaban las cosas así a menos que las hubieran interrumpido o estuvieran muy, muy enojadas.

Me giré, echando otro vistazo lento a mi alrededor y fue entonces cuando me di cuenta.

El olor.

Me quedé paralizada.

Al principio era débil, enmascarado por la brisa que se colaba por las ventanas rotas, un aroma ocasional traído por la corriente de aire. Pero ahora que había removido el aire al moverme…

Pudrición. Carne que llevaba demasiado tiempo al aire libre, y muerte. Ese toque agrio y metálico.

Me subí el cuello de la camisa hasta la nariz, lamentando ya todo lo relacionado con mi vida, y seguí el rastro del olor.

El rincón trasero de la habitación estaba más oscuro, envuelto en sombras donde la luz no llegaba del todo. Una pesada estantería había sido empujada torcidamente a un lado, dejando al descubierto un nicho o quizá un rincón de almacenamiento medio hundido en la pared.

Mis botas crujieron sobre cristales rotos.

Unos pasos más.

Ahí.

Enroscado en las sombras como un abrigo olvidado, salvo que no era un abrigo.

Era un cuerpo.

Un rostro medio podrido, hundido hacia dentro por la descomposición. La piel como papel amarillento y las manos apretadas contra el pecho, como si sintiera dolor. El olor era insoportable, arañándome la garganta y provocándome náuseas.

Giré la cabeza, tragando saliva con dificultad.

—Maldita sea. Qué asco…

Pero al mirar el cuerpo, el ancho de los hombros, el rostro, aunque estuviera podrido, aún podía distinguir que era un hombre. No era Vivienne.

Parecía haber sido alto, todavía llevaba botas gruesas en los pies y tenía una pierna retorcida debajo de él. Su abrigo estaba hecho jirones y rígido por la sangre seca. Tenía la boca abierta, los labios retraídos dejando al descubierto los dientes ennegrecidos. No era una experta, pero incluso así sabía que llevaba muerto un tiempo. A juzgar por el grado de descomposición, al menos unos días, quizá incluso una semana.

Alguien lo había abandonado allí y lo había dejado pudrirse. O lo había matado allí.

En cualquier caso… esto ya no era solo la torre de un ermitaño.

Era la escena de un crimen.

Saqué mi teléfono, no porque pensara que tendría cobertura aquí arriba, sino porque cuando estás solo en la torre de una bruja asesina con un cadáver derritiéndose en el suelo, empiezas a aferrarte a cualquier cosa que te parezca normal, como enviar un mensaje o llamar a alguien que no piense que te has vuelto completamente loco.

Para mi sorpresa, tenía tres barras. Bueno, tres y media, pero no iba a ponerme exigente con los dioses de la señal.

Genial. Ahora… ¿a quién demonios llamo?

No es que el Grupo Merlín me hubiera proporcionado precisamente mucho apoyo. Ni ayudantes, ni equipo forense. Ni siquiera un becario mágico con una carpeta y una actitud decente.

Solo yo, mi magia de cojones y una lista cada vez mayor de horrores con los que, al parecer, nadie más se estaba enfrentando.

¿Y los lugareños? Sí. El Grupo Merlín básicamente me había dicho que esperara resistencia.

Incluso Torren, que se había ofrecido a ayudarme si lo necesitaba, estaba sumido en el dolor en ese momento. Acababan de encontrar a su hijo muerto, destrozado por algún tipo de demonio. No iba a meterlo en esto a menos que fuera absolutamente necesario.

Lo que me dejaba… una opción.

Metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros y rebusqué hasta que mis dedos tocaron el borde liso de una tarjeta plastificada: Marla. Su nombre estaba garabateado con tinta morada brillante en la parte superior, con su número escrito dos veces (la segunda por si —la magia se come la primera, según ella).

Además, como forense del pueblo, era la única que sabría qué hacer con un cadáver como este.

Volví la mirada hacia el cadáver, con la bilis amenazando con subir de nuevo. ¿Quién demonios era? ¿Y por qué estaba su cuerpo en la torre de Vivienne?

Solo faltaba un hombre de Gallows Gate que aún no había aparecido: Evander.

El último Merlín asignado a este puesto. Mi predecesor.

No tenía ninguna foto suya. No había ningún cartel útil de "¿Ha visto a este mago?" por ahí. La altura y la complexión coincidían con las de un hombre mayor. Tenía que ser él.

¿Había venido hasta aquí y descubierto algo sobre ella? ¿Sobre lo que planeaba hacer con los niños desaparecidos y por eso lo mató?

Por supuesto que sí.

El pulso me retumbaba en los oídos. Di unos pasos hacia delante, con la esperanza de conseguir un mejor ángulo para la señal, quizá una foto más nítida que enviar a Marla...

Y fue entonces cuando lo vi.

Escrito en el suelo junto al cadáver había unas letras desordenadas, irregulares, de color marrón rojizo, grabadas en un rastro de sangre seca y descascarillada.

Me agaché, y las tablas crujieron bajo mi peso. La escritura era irregular, como si la hubiera escrito una mano moribunda. La frase se extendía a lo largo de tres tablones combados como un último aliento.

LA BRUJA MINTIÓ

El aliento que había estado conteniendo se me escapó de golpe.

Bueno, mierda.

Me quedé mirando el mensaje, con el corazón latiéndome con fuerza detrás de las costillas y mil pensamientos chocando entre sí en mi cabeza.

Vivienne no había escrito esto. Lo había hecho Evander. Sus dedos aún estaban manchados de sangre, la suya propia. La misma sangre que había usado para escribir el mensaje antes de morir.

Pero si había muerto aquí, y esta era su advertencia…

Me levanté lentamente, con un escalofrío calándome hasta los huesos que no tenía nada que ver con la fría piedra que me rodeaba.

Quizá Vivienne siguiera siendo la villana de todo esto. Tenía motivos: el rencor, el secretismo, el aislamiento, la torre… y ahora había matado a dos personas.

Apreté el teléfono con más fuerza entre los dedos. Tenía que resolver esto. Tenía que encontrar a los niños desaparecidos.

Vivienne Elowen, voy a por ti.

14

—Sí, sin duda es Evander —dijo Marla, agachándose junto al cadáver, con una mano sujetando un pañuelo de flores sobre la nariz, como si eso fuera a alejar el hedor de la muerte.

—Pobre desgraciado. Parece que se defendió con uñas y dientes.

Extendió la mano y pasó los dedos con suavidad por la tela carbonizada de su pecho.

— ¿Ves esas marcas? Bordes quemados, cortes curvos. Eso no es fuego normal. Es mágico.

Me incliné a su lado, con cuidado de no respirar demasiado profundamente. Tenía razón. Las marcas no eran aleatorias, seguían la forma de algo que cortaba a través de la energía. Crudas, controladas y muy intencionadas. El hechizo que le había alcanzado no solo le había hecho daño, lo había tallado.

Y quienquiera que lo hubiera lanzado, había tenido la intención de matar.

Se me hizo un nudo en la garganta y tragué saliva para contener la bilis que me subía.

—Gracias por venir —dije, manteniendo la voz firme—. No sabía a quién más llamar.

Marla asintió, con la mirada fija en el cadáver.

—Hiciste lo correcto. Evander se merecía algo mejor que esto.

—Sí. Ni que lo digas.

—Uf. Ese cadáver está *en estado de descomposición* —dijo Selene desde su puesto junto a la ventana, con los brazos cruzados y la nariz arrugada. Había llegado con Marla hacía unos minutos y, sinceramente, me alegré. Necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir, aunque en ese momento Selene pareciera más interesada en proteger sus botas de diseño que en ayudar con el cadáver.

—Olía fatal cuando estaba vivo— añadió, arrugando la nariz —. Por regla general, nunca bebo la sangre de un hombre que apesta, porque si el hombre huele mal, créeme, su sangre también lo hará.

Qué asco.

—¿Pero esto? —continuó Selene—. Esto es de otro nivel.

Sí, tampoco se equivocaba. El olor era pútrido. Me quedé mirando el cadáver.

—¿Crees que Vivienne es capaz de algo así? ¿De matar a otro brujo?

Con esfuerzo, Marla se incorporó, sacudiéndose el polvo de las rodillas.

—No estoy segura. La gente es capaz de cometer los crímenes más atroces, pero si me preguntas si tenía el poder para matar a un Merlín... Sí. Creo que sí. Era una bruja dotada, extremadamente poderosa.

—Y por eso tenía un puesto en el consejo antes de que la echaran— dije. Me quedé de pie junto al cadáver, con los brazos cruzados mientras miraba lo que quedaba de Evander. Mi predecesor. Mi compañero Merlín. Y, al parecer, víctima de un asesinato.

Después de llamar a Marla, me tomé un minuto —bueno, más bien unos diez— para dar vueltas por la torre, tratando de tranquilizarme. Me temblaban las manos, me faltaba el aire y mi mente se había sumido en el mismo maldito túnel de siempre: *No estás preparada para esto, no deberías estar aquí, no eres una Merlín de verdad.*

Excepto que sí lo estaba. Tenía la insignia, la maldición, al encantador tipo muerto como asistente y tenía algo más que la mayoría de los Merlín no tenían. Algo antiguo y sangriento que dejaba cicatrices cuando lo usaba.

—Ojalá supiera qué ha pasado aquí —dijo Marla, mirando a su alrededor.

En eso… yo podía ayudar.

—Puedo ayudarte con eso.

Me arremangué, me arrodillé junto al cadáver y me abrí a él.

Una de las cosas que conllevaba ser una hechicera arcana era la capacidad de manipular la resonancia sanguínea, o el conjuro del eco: acceder a los ecos persistentes en la sangre. No aparecía exactamente en el manual de entrenamiento de Merlín. No se enseñaba, es más, ni siquiera se reconocía. Probablemente porque implicaba canalizar magia a través de la sangre de los muertos. Sucio, tabú y un poco desquiciado.

Un poco como yo.

Me agaché y toqué la tenue mancha seca de sangre cerca de su costado. No era mucha, pero bastaba. El eco se agitó bajo mis dedos, sutil pero presente. La magia dejaba huellas y la sangre recordaba.

Cerré los ojos.

El mundo se inclinó y lo vi.

Un destello de luz. Cegador. El sonido de unos pies rozando la piedra. Una voz —la de Evander— tensa, entrecortada, furiosa.

—¡Morirás por esto!.

La magia se desató, chocando con las paredes y destellando como un rayo atrapado en una botella. Se movieron unas siluetas. Borrosas. Había alguien más en la habitación con él, envuelto en sombras. Su rostro estaba oculto, pero su magia llenaba la habitación como veneno. Fría y podrida.

Crack.

Un grito. Y luego, nada. Solo oscuridad.

Volví en mí con un grito ahogado, a punto de derribar un taburete de madera desvencijado que tenía detrás. Me sudaban las palmas de las manos y el corazón me latía con fuerza.

No había visto mucho, no lo suficiente como para identificar a su asesino. Llevaba muerto demasiado tiempo, su sangre estaba seca, y eso era todo lo que podía ver.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —preguntó Selene, con los brazos cruzados, mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza—. Parecía que te habías ido a algún sitio, y no de la forma divertida.

Marla se acercó.

—¿Rhea? ¿Has visto algo?

Asentí con la cabeza, mientras me limpiaba las manos en los pantalones.

—Algunos de sus últimos momentos. Solo destellos. No es suficiente.

Selene arqueó una ceja.

—¿Me estás diciendo que puedes *leer la sangre*?.

—Se llama resonancia sanguínea— dije, aun recuperando el aliento. —Magia arcana. Es poco común.

La expresión de Marla cambió ligeramente, como si una pieza acabara de encajar en su mente.

—He leído sobre eso. La mayoría de los que lo intentan acaban con el cerebro hecho papilla. No mencionaste que pudieras hacer esto.

Me encogí de hombros.

—Ahora ya lo sabes.

Ella asintió lentamente, evaluándome.

—Bueno. Eso explica algunas cosas.

No estaba segura de qué quería decir con eso.

Selene, que seguía mirándome, descruzó los brazos e inclinó la cabeza.

—Genial. Eres la esponja psíquica de la escena del crimen. Eso no es nada inquietante.

—Tú bebes sangre para el brunch, le respondí.

—Sí, dijo ella, sonriendo —, pero lo hago con estilo.

—Cuéntanos lo que viste— pidió Marla, claramente intrigada por mi habilidad.

—Vi partes de un duelo mágico y su muerte, más o menos —dije en voz alta, aunque más que nada para mí misma—. Fuera lo que fuera lo que Vivienne estaba haciendo, Evander debía de saberlo. Se

estaba acercando y ella lo silenció antes de que pudiera contárselo a nadie.

Era la explicación más lógica. Él la había descubierto y ella lo mató para mantenerlo callado.

—Parece probable, murmuró Marla, echando un vistazo a las marcas de quemaduras que cubrían el suelo.

Selene, aún junto a la ventana, estiró su mano para apreciar sus uñas recién pintadas.

—Qué dramático. Sinceramente, si sabía algo importante, podría haberlo escrito en algún lugar menos… cercano a un cadáver.

—Lo hizo— señalé el suelo. —Lo intentó justo antes de desangrarse. Es su propia sangre.

Selene arqueó una ceja.

—Muy gótico. Me gusta.

Marla se arrodilló junto al mensaje ensangrentado y leyó en voz alta:

—La bruja mintió— puso cara de asco —. Bueno, eso no nos dice mucho. ¿Verdad?.

Crucé los brazos y me quedé mirando el cadáver.

—No. Solo que Vivienne era una mentirosa. ¿Quizá lo engañó? ¿Lo coaccionó? ¿Y si él había estado colaborando con ella y las cosas se torcieron de forma inesperada?

Sí, era un pensamiento horrible. Pero ¿por qué se habría unido un Merlín a ella en esta locura? A menos que ella le pagara. El dinero era un incentivo, y el caldero sabía que los Merlín no ganábamos una fortuna.

Marla se encogió de hombros con escepticismo.

—Puede que no signifique nada. Se estaba desangrando, estaba muriendo. La gente garabatea cosas raras cuando está a punto de encontrarse con su creador.

—Creo que tenían una aventura, anunció Selene, totalmente seria.

Me volví para mirarla.

—¿Qué?.

Marla se giró para mirarla.

—Por todos los calderos, no. No empieces.

Selene hizo un gesto elegante con una mano bien cuidada.

—Mira el drama, la sangre, la traición. Es el romance trágico de manual. ¿Murió aquí, llamándola mentirosa? Típico de un amante despechado. Probablemente tuvieron sexo justo donde estás tú y allí, sobre la mesa. Y allí, en el alféizar de la ventana. Y, por supuesto, en esa mesa larga.

Marla negó con la cabeza.

—Estás loca.

—Soy observadora— replicó Selene. —Y, para que conste, ya he visto esa mirada antes, en brujos a los que las brujas han dejado plantados. Siempre acaba en lágrimas y en llamas.

—No hubo ninguna aventura— dijo Marla con rotundidad. —Vivienne estaba demasiado centrada en sus hechizos y sus disputas en el consejo como para coquetear con nadie. Y menos aún con un Merlín.

—Quizá eso es lo que lo hacía tan apasionante— dijo Selene, con los ojos brillantes de diversión—. Amor prohibido. Desequilibrio de poder. Conjuros peligrosos susurrados en la oscuridad…

—Bien— interrumpí, levantando una mano—. Voy a poner fin de una vez por todas a lo que sea que se esté convirtiendo esto. Porque eso no es lo que me dijo mi magia. Bueno, lo poco que pudo.

No había habido sentimientos románticos de ningún tipo que yo pudiera percibir. La pelea había sido brutal. No quedaban emociones persistentes. Nada. Esto no era una pelea de enamorados, era algo completamente distinto.

Marla señaló a Selene con el dedo.

—Has vuelto a ver esas telenovelas de vampiros. ¿Verdad?.

—Son fieles a la historia —resopló Selene, cruzándose de brazos —. Algunas de ellas.

Suspiré y volví a mirar el mensaje. *La bruja mintió*. Mi instinto me decía que eso significaba algo más y que Evander había descubierto algo y eso le había costado la vida. Quizá se enteró del libro y de lo que ella iba a hacer con los niños. Quizá descubrió su plan de abrir un agujero en el Velo, y ella lo mató antes de que pudiera detenerla.

Suspiré, frotándome la cara con una mano.

—Tenemos que sacarlo de aquí.

Cuanto antes trasladáramos el cadáver, mejor. Con este calor, estábamos a un paso de que se pudriera por completo, y una vez que el cadáver se hubiera ido, podría volver y evaluar este lugar como es debido. Ya sabes, sin el aroma de la descomposición.

Marla asintió con firmeza, sacudiéndose ya las manos como si nos estuviéramos preparando para una cirugía.

—Sí. Llevémoslo a mi laboratorio. Le haré un examen completo: mágico, físico y espectral si es necesario.

Miró hacia el cadáver con ese gesto de desaprobación tajante que suele reservarse para el papeleo sin archivar.

—La causa de la muerte parece clara, pero prefiero confirmar la maldición o el hechizo exactos que se utilizaron. Por cuestiones de profesionalidad y todo eso.

Impresionante. Y un poco aterrador.

—Suena como un plan.

Selene pasó con delicadeza por encima de un montón de velas derretidas y olfateó.

—Siempre que no tenga que levantar nada que gotee, me apunto.

Sí, era un momento muy incómodo, pero agradecía tener a estas dos mujeres conmigo.

Pasamos los siguientes cinco minutos registrando la torre en busca de cualquier cosa que se pareciera remotamente a una bolsa para cadáveres, pero no encontramos nada, a menos que contáramos una colcha enmohecida, una capa apolillada o una alfombra con manchas sospechosas que sin duda había visto siglos mejores.

—Yo voto por usar la alfombra— dijo Selene, con los ojos brillantes. —Tiene estilo.

La miré fijamente.

—También tiene pulgas y garrapatas. Creo que se mueve sola.

—No somos matones de la mafia enrollando un cadáver en una alfombra —espetó Marla—. Era un Merlín. Se merece respeto.

Pero cinco minutos después…

—Somos, *sin duda alguna*, matones de la mafia enrollando un cadáver en una alfombra —siseé mientras envolvíamos al pobre

Evander como si fuera una especie de burrito humano.

Hice una mueca, haciendo todo lo posible por no tocar la sangre seca ni la sustancia viscosa post mortem porque sí, los cadáveres sueltan cosas después de morir.

Cuando mis dedos resbalaron sobre algo blando, esponjoso y dudosamente húmedo, supe que estaba perdido.

—Maravilloso— gemí.

Marla hizo un ruido con la garganta.

—Por favor, dime que era la alfombra y no él.

—No. No es la alfombra— dije, con los dientes apretados.

Selene, sin inmutarse lo más mínimo, se miró las uñas.

—Si te hace sentir mejor, cariño, esa sustancia probablemente sea al menos un setenta por ciento de agua.

¿Cómo es que ella sabría eso?

Me dieron náuseas.

—Eso *no* me hace sentir mejor.

—Sinceramente— continuó Selene, ladeando la cabeza. —Evander siempre ha sido de los que rezuman. Incluso cuando estaba vivo. La falta de higiene mata, literalmente.

—¿Podemos concentrarnos, por favor?— espeté, tratando de evitar que mis dedos resbalaran de nuevo. —Ya voy a necesitar terapia después de esto. Y jabón. Jabón industrial. De hecho, me voy a bañar en lejía.

—Acabemos de una vez con esto— dijo Marla, haciendo una mueca mientras levitaba un extremo mientras yo gruñía y levantaba el otro.

Selene supervisaba como si estuviera juzgando un concurso de repostería para jóvenes. No me hacía mucha gracia que no estuviera echando una mano.

—Esto es indigno— resopló Marla.

—Está muerto. Dudo que nos esté calificando— dije, ajustando mi agarre sobre el burrito de alfombra —. Bien, ahora las escaleras.

—Oh, dulce sangre de la diosa—murmuró Selene desde detrás de nosotras, con un tono que parecía a la vez divertido y horrorizado —. Esto va a estar divertido.

—Respira por la boca —ordenó Marla con brusquedad—. Es una de las primeras cosas que aprendes como forense.

—No— jadeé —. Es peor. Puedo saborearlo.

Era difícil de explicar, pero sí. Ese sabor persistente a cadáver en mi lengua, ese era Evander. Me había marcado de por vida.

Marla soltó un sonido ahogado.

—¿Por qué dirías eso?.

—Porque estoy sufriendo y me niego a sufrir sola.

Marla gruñó.

—¿Podemos bajarlo sin que se nos caiga...?

Estábamos a mitad de camino cuando mi bota resbaló en un borde cubierto de musgo, mi extremo de la alfombra se inclinó y se tambaleó.

—Oh, mierda.

Y entonces, lo perdimos.

El cuerpo de Evander, envuelto en un burrito, dio vueltas, rebotó, *golpeó* y giró por los escalones restantes como un Slinky enloquecido. Un Slinky mojado, lleno de gelatina y en rigor mortis.

Se oyó un fuerte *golpe* al llegar al fondo, seguido de un breve silencio resonante.

Entonces Selene tosió delicadamente.

—Bueno. Eso fue… húmedo.

Marla gimió.

—Nos vamos a ir al infierno.

Suspiré y las seguí.

—Pues más vale que lo aprovechemos bien.

Si crees que enrollar a un tipo muerto que llevaba días pudriéndose en la torre como una lasaña de carne dejada en una olla de cocción lenta y *luego* arrastrarlo por unas escaleras cubiertas de musgo envuelto en una manta mohosa fue asqueroso y traumático…

¿Intentar recoger lo que ahora era un cadáver aplastado, parecido a un pastel, medio desangrado y vagamente doblado, y meterlo a la fuerza en la parte trasera de una camioneta oxidada?

Mucho peor.

—¿Lista?— preguntó Marla sujetando un extremo de la alfombra con dos dedos y con una expresión como si estuviera reprimiendo las ganas de vomitar *y* de realizar un exorcismo al mismo tiempo.

Antes, había visto un elegante SUV BMW blanco al pie de la colina, que Selene admitió con total naturalidad que era suyo. Había tomado otro camino, una ruta trasera oculta justo al otro lado de la cresta para llegar hasta aquí.

—Un atajo— había dicho con un guiño y un encogimiento de hombros—. Para quienes no disfrutamos del cardio.

A mí *no* me gustaba el cardio.

Así que, después de que ella me señalara el camino alternativo, había bajado por la larga ruta, cogido la camioneta, seguido las engreídas instrucciones de su GPS vampírico y ahora la tenía aparcada justo en la entrada derruida de la vieja torre de vigilancia.

Porque si íbamos a dedicarnos de lleno al contrabando de cadáveres, no íbamos a cargar con él todo el camino como un par de brujas campesinas.

Ahora, Selene, que seguía luciendo impecable porque, claro, así era, frunció la nariz y señaló hacia la hierba.

—Ay, Dios mío. Creo que una de sus piernas está por ahí.

—¿Qué?

Me giré y, sí, allí estaba. Una extremidad desprendida... ¿o tal vez era un brazo? Sinceramente, era difícil distinguirlo a través de la... *humedad.* Y la *curvatura.*

—Las piernas no se doblan así, murmuré.

Marla ni siquiera pestañeó.

—No, no lo hacen.

—Debes de ver muchos cadáveres como forense del pueblo— señalé.

—Sí, y normalmente prefiero examinar cadáveres en mesas limpias con las herramientas adecuadas, no recoger extremidades desprendidas como si fueran las sobras de ayer.

Entrecerré los ojos para mirar esa cosa que parecía una mezcla de pierna y brazo.

—¿Crees que, si le doy un empujón con un palo, rodará más cerca?.

Marla arqueó una ceja.

—Por supuesto, Sherlock. Avísame si te muerde.

Selene, ya aburrida, se relamió las uñas perfectamente cuidadas.

—Ustedes dos son adorables. ¿Llamo a alguien con un poco de carácter para que nos ayude?

—Estamos bien— gruñí, agarrando de nuevo el extremo de la alfombra y tirando de ella. Sentí nauseas. Era un Merlín, maldita sea. Tenía que terminar el trabajo. Llevaría el cadáver al depósito, aunque fuera lo último que hiciera.

Marla entrecerró los ojos al fijarse en algo que había en el suelo.

—¿Es eso…? ¿Era su bazo?

—¡No digas *"bazo*"!— le espeté, sintiendo cómo se me subía la bilis por la garganta —. Simplemente… no digas nada.

Con un esfuerzo heroico conseguimos meter los restos empapados de Evander en la caja de la camioneta.

Me limpié las manos en la hierba.

—Esto no es lo que pensaba que sería ser un Merlín.

Marla se subió al asiento del copiloto, ajustándose las gafas con la calma de alguien que recita el código fiscal.

—La próxima vez me quedaré en mi laboratorio, donde los cadáveres llegan limpios, etiquetados y sin rodeos pintorescos por las escaleras. Esto ha sido innecesariamente atlético.

Selene se apoyó contra su todoterreno con una sonrisa soñadora.

—Me encanta cuando las chicas cometen delitos juntas.

Hice todo lo posible por quitarme a Evander de las manos —en sentido figurado y literal— y luego me subí al asiento del conductor, giré la llave y salí a toda velocidad de aquel claro abandonado por los dioses. El lujoso todoterreno de Selene se deslizó detrás de mí como la sombra engreída de un vampiro.

No era así como esperaba que se desarrollara mi mañana. ¿Cadáveres enrollados como burritos? ¿Extremidades que explotan? ¿Una torre rebelde llena de podredumbre y traición?

Pero bajo el hedor de la muerte y el trauma, había aprendido algo.

Evander no se había limitado a desaparecer. Había muerto de forma violenta, mágica y, muy probablemente, intentando detener a

alguien.

Y si mi magia no me fallaba, había sido Vivienne. Lo había eliminado en un duelo: limpio, frío y despiadado, probablemente para callarlo antes de que pudiera delatarla ante el consejo.

Lo que significaba que él había descubierto algo. Algo grande.

Y ahora yo seguía la misma pista, lo que significaba que yo era la siguiente.

Así que, sí. No era lo ideal.

Pero aquí está la cuestión. Si Vivienne pensaba que me echaría atrás, no me conocía en absoluto. Puede que hubiera engañado al consejo, burlado a la ciudad y borrado a Merlín sin pestañear, pero aún no se había enfrentado a mí.

Iba a encontrarla.

Y cuando lo hiciera, pagaría por lo que había hecho.

Giré el volante y pisé el acelerador, con las ruedas levantando polvo.

Que comience el juego.

15

Dejamos el cadáver de Evander en la morgue de Gallows Gate, en el Hospital de la Universidad de Virginia, un edificio sombrío y sin encanto con un exterior de ladrillo gris.

Gracias al caldero, Marla contaba con dos ayudantes. Ed, un viejo tejón metamorfo gruñón que gruñía más de lo que hablaba, y Darren, un adolescente brujo desgarbado con una desafortunada constelación de granos y un talento especial para parecer que iba a desmayarse en cualquier momento. Aun así, se llevaron el cadáver sin protestar, metiéndolo en una camilla mientras intentaban no vomitar. Marla supervisaba todo con su habitual mezcla de severa competencia y leve repugnancia.

—¿Dónde está ese pub del que es dueño Eryk? —pregunté, quitándome de los vaqueros un trozo de sustancia beige, medio coagulada, del cadáver. ¿La textura? Algo entre puré de plátano y yema de huevo.

—El Black Lantern —respondió Marla, que ya estaba tomando notas en un portapapeles—. No está lejos. Justo al final de la calle. No te lo puedes perder, tiene un cartel grande con una tipografía horrible.

Selene, de pie a su lado y con aspecto de haber salido del baño de vapor y sin inmutarse, ladeó la cabeza.

—Tendrás que asearte si alguna vez quieres volver a tener sexo— señaló con una uña bien cuidada mi camiseta salpicada de masa viscosa—. Los hombres tienen límites, cariño. Y yo también.

—Claro —dije secamente, todavía resentida porque la vampiresa no se había manchado ni una gota de Evander. Lo cual tenía sentido. En realidad, ella no había ayudado a llevar el cadáver, solo había hecho comentarios y juzgado la situación.

—Te diré lo que descubra —gritó Marla mientras desaparecían en la morgue, con Selene quejándose ya del olor a formaldehído.

No estaba segura de por qué la vampiresa se había ido con ella, pero en ese momento tenía preocupaciones más urgentes, como aclarar mis ideas y averiguar si Eryk formaba parte de este lío, o si solo era el sospechoso más conveniente en la historia de Gallows Gate.

De vuelta en la camioneta, hice un giro en U ilegal (no se lo digan a la Junta de Merlín) y conduje hacia el bar que Marla había mencionado. Unas cuantas manzanas más adelante, lo divisé. Un letrero de hierro colgando de un poste grueso: *The Black Lantern*. Muy sombrío. Muy del estilo —tengo una espada ancha y escucho música triste.

Aparqué justo enfrente, apagué el motor y cometí el error de mirar por el retrovisor.

—Rhea, tienes un aspecto horrible, le murmuré a mi reflejo.

Y así era. Mi pelo rojo parecía como si hubiera estado luchando con una banshee en un túnel de viento. Tenía ojeras y mi camiseta tenía tres manchas muy desafortunadas que no quería identificar.

Me alisé el pelo con las manos (sin suerte), me olí las axilas (todavía aguantaban) y luego me detuve.

Sí. Muerte. Olía a muerte.

No de forma abrumadora. Solo un indicio, como un perfume maldito, pero era demasiado tarde para ducharme y cambiarme. Y, de todos modos, no estaba allí en una cita. Estaba trabajando.

Cogí mi bolso, salté de la camioneta y me dirigí a la puerta del bar, lista para enfrentarme a un hombre que podría ser el único que me ayudara… o aquel a quien debería haber estado vigilando todo este tiempo.

Abrí la puerta de The Black Lantern y entré en un lugar que olía a una encantadora mezcla de cerveza, sudor, pis y el vago regusto a vómito de alguien. Añádele un toque penetrante de azufre y magia paranormal, y voilà: el típico pub de Gallows Gate.

A mi izquierda se extendía una larga barra de madera, con la superficie tallada con demonios y mestizos enzarzados en combate. Aquello no era un antro para humanos. La mayoría de los clientes eran seres paranormales, apiñados alrededor de las mesas o desplomados sobre sus copas. Un joven brujo hacía flotar una botella de whisky sobre su cabeza, tratando de impresionar a una chica delgada que aplaudía como si él hubiera reescrito la gravedad. En un rincón, un grupo de brujas ancianas se sentaba envueltas en capas y con expresiones agrias.

Bordeé una mesa de hombres lobo que estaban a medio gruñir y evité mirarlos a los ojos. Uno me olisqueó y frunció la nariz.

—Sí, sé que huelo a cadáver, murmuré —. A eso se le llama trabajar duro.

Un grupo de trolls se estaba bebiendo cervezas más grandes que sus cabezas, mientras que algunas hadas cuchicheaban tomando Martini y señalándome con sus dedos delgados. Los ignoré.

Unos cuantos vampiros merodeaban entre las sombras, indiferentes. Lo cual, sinceramente, fue la respuesta más respetuosa que había recibido en todo el día.

Detrás de la barra había un hombre, ancho como una nevera, con la piel rugosa como si hubiera crecido de un árbol, y probablemente capaz de levantar un Buick en press de banca sin sudar ni una gota. Definitivamente no era el tipo al que se le debía contestar antes de tomar el café. Definitivamente un troll.

Me acerqué a él, esquivando a un sátiro desmayado que yacía sobre un taburete como un pretzel derretido.

—Hola. Estoy buscando a Eryk. ¿Lo has visto?.

El camarero me echó un largo vistazo de arriba abajo, dilatando las fosas nasales. Probablemente estaba percibiendo el persistente aroma a cadáver que se aferraba a mis vaqueros.

—¿Por qué?— preguntó, con una voz tan ronca que podría exfoliar.

Suspiré.

—Porque necesito hacerle algunas preguntas.

Cruzó sus brazos, que parecían troncos de árbol, y entrecerró un ojo.

—No te conozco. No confío en los desconocidos.

Ah, la paranoia de los pueblos pequeños. Me encanta.

—Escucha— dije, enderezándome —. Soy la nueva Merlín de Gallows Gate y realmente necesito hablar con él. Es importante. Una cuestión de vida o muerte. Quizás incluso algo cercano al apocalipsis.

El troll levantó una ceja tupida.

—¿Tienes identificación?.

Por un segundo pensé en hacerle un corte de mangas. Luego recordé que estaba intentando que un troll, que probablemente podría usarme como baqueta de tambor, *no* me echara de un bar.

En lugar de eso, metí la mano en el bolso, saqué la cartera y le entregué mi placa de Merlín. La cogió, entrecerró los ojos y articuló las palabras mientras leía.

—Rhea Morven— dijo lentamente. —Eres la nueva Merlín.

—Eso es lo que he dicho.

Sin decir nada más, me devolvió la placa.

—En la trastienda— gruñó, señalando con el pulgar hacia una puerta detrás de la barra.

—Gracias, dije, pasando de largo antes de que pudiera pedirme una muestra de ADN.

Seguí la dirección que me indicó el troll, empujando una puerta agrietada con el letrero —Solo personal. El pasillo que había más allá era estrecho y lúgubre, iluminado por una bombilla parpadeante que zumbaba como si estuviera a punto de dejar de funcionar.

Al acercarme a la oficina al final del pasillo, reduje el paso; mis botas no hacían ruido sobre las tablas desgastadas del suelo.

Voces. Bajas y urgentes.

Me quedé paralizada justo fuera de la puerta entreabierta.

—…la contención se mantiene— dijo una mujer. Su voz era tranquila, seca, profesional.

—Pero muy poco— respondió una voz que reconocí al instante: la de Eryk. Excepto que este no era el tipo taciturno que cargaba con brujas heridas y daba respuestas crípticas. Este era de acero y grava. Autoritario.

—La brecha de la semana pasada comprometió uno de los sellos inferiores. Estamos redirigiendo recursos según los protocolos del Legado.

¿Protocolos del Legado? ¿Qué demonios era eso?

Me incliné un poco más hacia delante, con cuidado de no respirar demasiado fuerte. Mi corazón latía con fuerza.

La mujer volvió a hablar.

—El Consejo Gris querrá una actualización. Especialmente después de lo que pasó en la Zona Nueve.

¿Zona qué?

Se unió otra voz masculina. Más mayor, profunda y fría.

—¿Y qué hay del cadáver?.

Una pausa.

Eryk:

—Ya nos hemos encargado de ello sin implicación de mortales. No ha quedado rastro alguno.

El hombre mayor volvió a intervenir.

—Excepto que el Velo se está adelgazando. Se nota. Los lugareños también lo notan. Habrá más.

La mujer murmuró algo en un idioma que no entendí: sílabas agudas y sibilantes entremezcladas con magia antigua.

—Seguimos el protocolo— dijo Eryk con tono tenso. —Nadie ajeno al grupo del Legado se involucra. Todavía no. Sin exposición, din interferencias.

¿Grupo del Legado?

No tenía ni idea de qué estaban hablando ni de qué era ese grupo del Legado. Pero sabía que me había metido en algo serio y ya había oído suficiente.

Con un movimiento de dedos, llamé a la puerta lo suficientemente fuerte como para que sonara casual, pero lo suficientemente suave como para no gritar: —He estado escuchando a escondidas. Luego empujé la puerta para abrirla.

Eryk estaba sentado detrás de un escritorio ancho y destartalado, cubierto de papeles, extraños glifos y lo que parecían sospechosamente viejos mapas dibujados a mano, posiblemente arrancados de un grimorio o del diario maldito de algún pirata. Una mujer con una chaqueta negra entallada estaba de pie frente a él, de espaldas, como si estuviera a punto de marcharse. Llevaba el pelo oscuro y liso recogido con fuerza, pero no pude percibir ningún aroma. Ningún destello de aura. ¿Una bruja? Quizás. ¿Una asesina a sueldo? También podría ser. Posiblemente ambas cosas.

A su lado había un hombre al que no había visto antes. Mayor. De unos cincuenta y tantos, quizá, aunque tenía ese aire atemporal. Cabello canoso cortado al ras, una barba corta a juego y hombros como los de un defensa de fútbol americano que bebiera batidos de proteínas mezclados con piedras de montaña trituradas. Su largo abrigo se balanceó ligeramente cuando se volvió hacia mí, y sí, sus ojos. Dorados. Antiguos. Demasiado antiguos para un cambiaformas o un hada normales.

Dejé que mi magia se extendiera sutilmente, alcanzándolos como dedos invisibles. No era un hombre lobo, no era un vampiro, ni siquiera un hada. Pero… me resultaba familiar. Como Eryk. La misma corriente subyacente, la misma extraña forma en que su aura no zumbaba como lo hacía la mayoría de la magia, sino que retumbaba: grave, profunda, poderosa. Sangre antigua y peligrosa, igual que Eryk.

¿Había más de uno como él?

Ambos se volvieron hacia mí.

El rostro de Eryk cambió más rápido que un hechizo de Glamour. En un segundo, estaba en modo comandante serio, con mirada de acero. Al siguiente, una media sonrisa torcida se deslizó en su lugar como si no acabara de pillarlo hablando de operaciones secretas y encubrimientos de cadáveres.

—Rhea —dijo, con total naturalidad.

Me apoyé en el marco de la puerta.

—Espero no interrumpir. Estaba por el barrio y pensé en pasarme. Ya sabes, como una acosadora.

La mujer me echó un vistazo rápido y penetrante: fría, desdeñosa y poco impresionada. Sus ojos dorados, iguales a los de Eryk, me recorrieron sin una pizca de calidez. Luego se dio la vuelta y se alejó, con el taconeo de sus zapatos resonando con silenciosa precisión.

Sí. Me odiaba.

El hombre mayor asintió una vez a Eryk y luego la siguió, deteniéndose brevemente al llegar a la puerta. Sus ojos se encontraron con los míos —no hostiles, pero tampoco amistosos, más bien evaluadores— y luego se marchó.

Exhalé y entré en la oficina, con el pulso aun retumbando en mis oídos.

Arqueé una ceja hacia Eryk.

—¿Son amigos tuyos?

—Compañeros de trabajo —dijo con naturalidad—. De fuera de la ciudad.

—Claro —dije, alargando la palabra mientras entraba en la habitación—. Y yo que pensaba que solo eras el dueño de un bar.

Eryk se inclinó, cogió el mapa y los documentos esparcidos, y los metió en el cajón del escritorio como si yo no acabara de verlo tramar una estrategia de contención mágica con alguien capaz de matar solo con su chaqueta. Entonces, sus ojos se posaron en mí.

—Huele raro.

Mierda. Podía olerlo.

Eché un vistazo a mis vaqueros, donde una mancha beige y costrosa se había endurecido como avena maldita. La misma porquería se había secado bajo mis uñas, y estaba casi al noventa por ciento segura de que mi pelo había absorbido el aroma de agua de carne en descomposición.

Demasiado tarde para hacer algo al respecto, así que simplemente seguí adelante.

—Riesgos del oficio.

Levantó una ceja.

—¿Llevas un cadáver en el bolsillo?.

—Ahora mismo no.

Me olí. Gran error.

—Pero gracias por señalar que huelo a basura caliente.

Me lanzó un parpadeo lento y divertido, como si no estuviera seguro de si hablaba en serio o estaba delirando por los vapores del cadáver. ¿Sinceramente? Un poco de ambas cosas.

—No te acerques demasiado— añadí, señalando la nube invisible de hedor que me rodeaba—. Estoy bastante segura de que sigo siendo radiactiva por el jugo de cadáver. Si lo hueles una sola vez, ¡bum! Te condenarán a citas horribles eternas y a tener hongos en las uñas de los pies.

No se rio, pero noté un tic en la comisura de su boca.

Victoria. Más o menos.

Porque seguía oliendo como si hubiera salido a rastras de un ataúd lleno de mortadela caducada.

—¿Querías algo?— preguntó, con esa voz perezosa y grave de siempre.

Crucé los brazos.

—Sí. Solo me preguntaba… ¿cuándo se convirtió *"legado"* en la nueva palabra para "culto mágico secreto"? ¿Es un código para herencia familiar o algo así?.

Su mandíbula se tensó, solo un poco.

Lo había descubierto. Sabía que me había topado con algo importante, pero no tenía ni idea de qué era. Era otra cosa que añadía a la lista. Eryk estaba lleno de secretos, y no creía que fueran del tipo divertido.

—Bueno —intenté en su lugar—, ¿conoces a Vivienne Elowen?

Lo observé de cerca, escudriñando su rostro para ver si iba a responder con sinceridad o a mentir. No es que pudiera saberlo, la verdad, pero el lenguaje corporal era algo real.

Asintió y se recostó en la silla.

—Por supuesto que sí. Formaba parte del consejo.

—Hasta que la echaron —dije, odiando cómo mis ojos no dejaban de desviarse hacia su pecho, donde la tela se tensaba y se movía bajo su camisa como si estuviera esculpida para el pecado.

Concéntrate, Rhea.

Se encogió de hombros.

—Política. Quemó a sus contactos.

Di un paso más hacia el interior de la habitación.

—¿Los quemó? ¿O les echó una maldición y bailó sobre las cenizas?.

Levantó ligeramente una ceja.

—¿A dónde quieres llegar?

Crucé los brazos.

—Encontré a Evander. Ya sabes, ¿el Merlín anterior a mí? Ese tipo.

Eso lo dejó sin palabras. Todo su cuerpo se quedó inmóvil. No era el tipo de inmovilidad que delataba culpa, sino más bien el tipo que succionaba el oxígeno de la habitación.

—Encontrado en el sentido de…

Fruncí los labios.

—Muerto. Y por el estado del cuerpo… lleva muerto un buen rato.

—¿Dónde?

—En la antigua torre de vigilancia. En Sablewood Park. El escondite de Vivienne.

Eryk apretó los labios con fuerza.

—¿Cómo?.

El recuerdo de la batalla de Evander que había presenciado se proyectó en mi mente. —Parecía un duelo mágico. No lo sabré con certeza hasta que Marla termine la autopsia, pero fue violento. Dejaron que su cuerpo se pudriera. ¿No lo sabías?.

Sacudió la cabeza una vez.

—No. No lo sabía. ¿Por qué iba a saberlo?.

Y… le creí. Maldita sea. Parecía genuinamente desconcertado y molesto. No conmigo, con la situación. Esa emoción parecía real.

—Entonces —dije, entrecerrando los ojos—, Vivienne. ¿Alguna vez... trabajaron juntos?

Parpadeó.

—No. Ella era del consejo. Yo no me meto en sus asuntos.

—Eso suena muy a "no es asunto mío, agente"— murmuré—. Porque ella tenía muchos secretos, eso está claro. Y, *al parecer,* mató a un Merlín. Me gustaría mucho saber si alguien la ayudó.

—Yo no —dijo con firmeza.

No estaba segura de si me sentía aliviada o simplemente más confundida. Aun así, había algo más que me daba vueltas en la cabeza como una canica en una lata.

—¿Cuál es El Legado?.

Sus ojos parpadearon. La máscara volvió a mostrarse tranquila, indescifrable.

—No es nada de lo que tengas que preocuparte.

Di un paso hacia él.

—¿Ves? Justo eso. Ese tipo de respuesta vaga y evasiva es lo que me preocupa aún más.

No se inmutó.

—Estoy ocupado, Rhea. A menos que tengas algo más, tengo trabajo que terminar.

Despachada. Así, sin más.

Lo miré fijamente durante otro largo momento y luego asentí.

—Claro. No dejes que interrumpa los protocolos de tu club misterioso y supersecreto o lo que sea.

Me di la vuelta y salí, dejando que la puerta se cerrara detrás de mí con más fuerza de la necesaria. ¿Por qué estaba tan enfadada?

Afuera, el aire parecía más frío. O tal vez solo era yo.

Ahora tenía más preguntas que nunca y mucha menos gente en quien confiar para responderlas.

16

Después de darme cuenta de que necesitaba comer antes de que mis órganos empezaran a rebelarse, paré en el Greasy Cauldron y pedí un club sándwich con una ración de patatas fritas y un refresco extragrande porque mi alma necesitaba grasa, sal y gas. El sándwich vino en una de esas cajas de papel arrugado con un palillo sujetándolo como si apenas sobreviviera al trauma de ser delicioso.

Llevé la comida de vuelta a la estación Merlin como si fuera un tesoro. Pero antes de poder siquiera darle un mordisco, giré bruscamente a la izquierda, subí las escaleras y me metí en la ducha, porque la... porquería de Evander (no había otra palabra mejor para describirlo) todavía se me pegaba como un mal recuerdo. Me desnudé, me froté, me lavé el pelo dos veces, me cepillé los dientes con tanta fuerza que me sangraron las encías y me eché un poco de enjuague bucal en la boca (tres veces) por si acaso. Luego quemé mis viejos vaqueros en la hoguera del patio trasero. No de verdad, pero lo pensé.

Vestida con unos pantalones de yoga limpios y una camiseta extragrande que decía *—Hechizos primero, preguntas después*, bajé las escaleras descalza, siguiendo el aroma de las patatas fritas como una mujer poseída.

Morty ya estaba esperando en la cocina como un mapache fantasmal olfateando la bolsa.

—¿Me has traído algo?—preguntó, como si estuviera dispuesto a volverse corpóreo solo para robar una patata frita.

Dejé la comida sobre la mesa, saqué el sándwich y le di un glorioso mordisco.

—No— murmuré entre bocados de tocino y pollo —, pero te he traído trauma, si es eso lo que te apetece.

Morty se acercó con su espeluznante forma de fantasma casi sólido.

—¿Encontraste algo en la torre?

Tragué saliva. Con dificultad.

—Sí. A Evander.

Morty se quedó quieto. La chispa juguetona de sus ojos se apagó.

—¿Es decir… que estaba allí?.

—Es decir que… se estaba pudriendo en el último piso como carne de charcutería caducada— dije, ahora en voz más baja.

Me limpié las manos con una servilleta, de repente con menos hambre.

—La torre de Vivienne. Parecía que llevaba muerto unos días. Había señales de un duelo mágico, marcas de quemaduras, muebles volcados. No se fue en silencio.

No quería compartir con él mi capacidad de vislumbrar el pasado gracias a mi magia. Al menos, todavía no.

Morty frunció el ceño.

—¿Y crees que fue Vivienne?.

Asentí.

—Estoy bastante segura. Había un mensaje escrito con su sangre. “La bruja mintió”.

—Ominoso —murmuró Morty, frotándose la nuca—. ¿Sobre qué mentía?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar— dije, abriendo uno de los diarios de Evander. Su letra era irregular y furiosa en algunos pasajes, como si alguien escribiera mientras gritaba.

—Pero creo que se estaba acercando a algo grande. Quizás descubrió su plan. Quizás ella se lo contó y él intentó advertir al consejo y entonces ella lo mató antes de que pudiera hacerlo.

Morty se inclinó sobre la mesa, mirando los archivos como si fueran a morderle.

—¿Crees que es venganza?.

Levanté la vista hacia él.

—A Vivienne la echaron del consejo, la humillaron y probablemente la culparon de todo lo imaginable. Ha tenido meses para rumiarlo. Esto no es solo una simple rencilla. Mató a un niño y secuestró a los demás, y mató a un Merlín. Eso es ser una psicópata de las de verdad.

Morty asintió lentamente.

—Y ahora tú eres la nueva Merlín.

—Sí —dije, cogiendo otra patata frita—. Acabo de heredar dos asesinatos y secuestros. Bienvenida al trabajo.

Él silbó por lo bajo.

—Mejor que comas rápido. Parece que vas a necesitar la energía.

—Créeme— dije, pasando a otra página—. Apenas acabo de empezar.

No ayudaba que tanto el Grupo Merlín como esta ciudad esperaran… *quisieran* que fracasara. Tenía dos cadáveres entre manos sin pruebas reales, salvo un viejo libro de hechizos y un mensaje escrito con sangre. No era mucho, y no lo suficiente para detener a nadie, pero quizá lo justo para detener a Vivienne e interrogarla a fondo.

—Tengo que contarle al Grupo Merlín lo de Evander —dije, masticando. Cogí otra patata frita—. Probablemente me culparán por eso.

—No pueden —dijo Morty—. Ni siquiera estabas aquí cuando lo mataron.

Tragué saliva.

—Es verdad.

El fantasma señaló con la mano hacia la oficina.

—Usa la máquina de escribir. Es un enlace directo con el Grupo Merlín.

Me lo imaginaba.

—De acuerdo, más vale acabar de una vez.

Eché la silla hacia atrás y caminé hasta la oficina hasta que me quedé de pie frente a la máquina de escribir. Me quedé mirándola como si fuera a sacarle los dientes y morderme.

¿Qué demonios se supone que tengo que escribir?

—¿Piensas seducirla con esa mirada, o…?

—¡Ah!. Me sobresalté y me di la vuelta.

Morty estaba allí con esa sonrisa engreída y fantasmal, con los brazos cruzados, apoyado en el marco de la puerta.

—Maldita sea— me llevé las manos al pecho. —¿Puedes dejar de aparecer en una habitación así, por favor?.

Se encogió de hombros.

—Técnicamente, siempre aparezco así. Es lo que tiene el más allá. ¿Vas a hablar con él o solo vas a mirarlo fijamente hasta que te escriba una carta de renuncia?.

Entrecerré los ojos y luego suspiré.

—Está bien.

Acerqué la silla, me senté y apoyé los dedos sobre las teclas. Estaban frías. Quién lo diría. Empecé a escribir:

INFORME DE MERLIN RHEA MORVEN:

EVANDER FENWICK, ANTIGUO Merlín DESTINADO EN GALLOWS GATE, HALLADO MUERTO. SE ESTIMA QUE LLEVA MUERTO VARIOS DÍAS. A LA ESPERA DEL INFORME OFICIAL DE LA FORENSE MARLA BRENNAN. AIDAN BLACKMANE, UN HOMBRE LOBO ADOLESCENTE, TAMBIÉN HABÍA SIDO ENCONTRADO MUERTO EN EL BOSQUE. DOS ADOLESCENTES, KAYLEE VIRELITH (FAE) Y LUKE THORNE (VAMPIRO), SEGUÍAN DESAPARECIDOS EN E . LA INVESTIGACIÓN CONTINÚA.

La máquina de escribir zumbó. Una pausa. Luego, las teclas se sacudieron y comenzaron a repiquetear, con fuerza y rapidez:

CENTRAL DE DESPACHOS DEL GRUPO Merlín — CORRESPONDENCIA OFICIAL

A: AGENTE DE CAMPO RHEA MORVEN (EN PERÍODO DE PRUEBA)

INFORME RECIBIDO. El grupo Merlín está decepcionado por este desarrollo. La pérdida de vidas, especialmente las de los hijos del Consejo, es inaceptable.

QUEDARÁ CONSTADO EN SU EXPEDIENTE ACTIVO.

SE REQUIEREN MÁS INFORMACIONES EN UN PLAZO DE CUARENTA Y OCHO HORAS.

Me quedé mirando las palabras, con la mandíbula bloqueada.

Morty apareció por encima de mi hombro.

—Vaya. Eso es... frialdad burocrática con un toque de "es culpa tuya".

Me levanté, empujé la silla con más fuerza de la necesaria para volver a colocarla en su sitio y me di media vuelta.

—Ni siquiera fingen mostrarse comprensivos— dije, sintiendo cómo el calor me subía a la cara..

Morty me siguió, con las manos a la espalda.

—Pero sigues comiendo como un troll. Eso ya es algo.

—Ja, ja.

Me dejé caer en mi asiento, tiré del sándwich hacia mí y le di un mordisco muy poco femenino.

—No he tenido tiempo para la etiqueta, Morty. He estado metida hasta los codos en el trabajo de los burritos de cadáveres y la política sobrenatural.

Él se rio entre dientes.

—Estoy de acuerdo.

Sacó su pitillera plateada, se metió un cigarrillo en la boca y lo encendió.

Cogí otra patata frita.

—¿Has oído hablar alguna vez de algo llamado el grupo del Legado?

Supuse que, como llevaba tanto tiempo en esta ciudad, quizá sabía algo.

Morty exhaló una bocanada de humo.

—He oído rumores— dijo con cautela, acomodándose en el brazo de la silla.

—Rumores. Fragmentos de conversación a lo largo de los años. Nada concreto. Siempre pensé que se trataba de una pandilla

espeluznante de tipos poderosos a los que les gustaban más los secretos que los resultados. ¿Por qué?.

Mastiqué más despacio, con la mirada fija en la pared.

—Lo oí en The Black Lantern. Eryk y otros dos hablaban de "protocolos del Legado", "brechas de contención" y algo sobre el Consejo Gris.

Morty dejó escapar un silbido bajo.

—Eso suena por encima de mi nivel de pago de fantasma.

—Y del mío también.

Pero eso no impidió que mi mente se pusiera a mil por hora. Protocolos del Legado, Contención, El Consejo Gris. Ninguna de esas palabras encajaba en la charla habitual de un viernes por la noche en el bar, a menos que tu viernes por la noche incluyera operaciones secretas de limpieza mágica y, tal vez, algún que otro encubrimiento sobrenatural.

¿Era eso lo que Lucien había querido decir? ¿Que Eryk estaba involucrado en algo más grande, oscuro y peligroso de lo que yo pensaba?

Por el caldero, ¿*sabía* Lucien que Eryk formaba parte de alguna camarilla secreta? Porque si lo sabía, sin duda soltó esa bomba con la delicadeza de un político, lo justo para despertar la paranoia, pero no lo suficiente como para darme datos concretos. Típico.

Di unos golpecitos en el lateral de mi envase de patatas fritas, viendo cómo la grasa empapaba el papel. No quería creer que Eryk estuviera metido en algo turbio, pero había enmascarado su actitud en cuanto me vio. Eso no era nada bueno.

Y ahora este "grupo de legado" estaba oficialmente en mi punto de mira.

Tenía que averiguar qué era, quién lo dirigía y financiaba y quién formaba parte de él.

Y si tenía *algo* que ver con Vivienne... o con los niños.

Porque si el grupo del Legado estaba de alguna manera vinculado a ella, si todo esto estaba conectado —el libro, la sangre, los asesinatos—, ya no estaba persiguiendo solo a una bruja renegada del antiguo consejo.

Estaba a punto de dar una patada al avispero de algún club de élite de poderes mágicos.

Genial.

Justo lo que toda nueva Merlín quería con su sándwich: una guarnición de conspiración.

Levanté la vista hacia Morty.

—Tengo que encontrar a esa Vivienne. Hace tiempo que no está en esa torre, no con el cadáver de Evander pudriéndose hasta convertirse en guiso. ¿Tenía una casa en la ciudad? ¿Un apartamento? ¿Un sótano espeluznante para asesinar?

El fantasma se encogió de hombros, arrastrando una silla como si fuéramos a jugar las pistas mágicas. Dio una calada a su omnipresente cigarrillo fantasma, que de alguna manera seguía desprendiendo ese leve aroma a tabaco añejo.

—Ni idea. Solo sabía lo de la torre.

—Claro.

Exhalé un suspiro, con las tripas revueltas. Seguía muerta de hambre. La grasa, la sal y los carbohidratos me llamaban, pero la imagen de esos niños no dejaba de darme un puñetazo en el estómago. Llevaban desaparecidos demasiado tiempo. Cada minuto que pasaba, la esperanza de encontrarlos con vida se desvanecía como un hombre de nieve en el inframundo.

¿Dónde los tendría? ¿Dónde demonios se estaría escondiendo Vivienne?

Entonces caí en la cuenta.

—Debe de haber estado vigilando a esos niños— dije lentamente, mientras mi cerebro empezaba a armar el horrible rompecabezas— ¿Verdad?

Morty asintió, observándome atentamente.

—Tenía que estar cerca cuando lanzaron el hechizo, el que rompió el Velo. No se arriesgaría a estar lejos por si las cosas salían mal. Y cuando Evander se enteró y amenazó con delatarla... lo eliminó. ¿Pero Aidan? Eso fue para controlar los daños. No contaba con que él escondiera el libro de hechizos antes de matarlo.

Morty entrecerró los ojos.

—¿En qué estás pensando?.

—Que no puede estar arrastrando a tres adolescentes por la ciudad sin que nadie se dé cuenta. Este lugar puede estar lleno de seres paranormales, pero sigue siendo un pueblo pequeño. Alguien habría visto algo. No se puede meter a un trío de adolescentes hormonales y malhumorados en un armario de escobas y pasar desapercibida.

—Cierto— asintió Morty, recostándose como si se tratara del drama de fantasmas más jugoso que hubiera visto en décadas.

—Entonces eso significa que nunca se los llevó muy lejos —dije, con voz más aguda—. Sigue en el bosque. Tiene que haber algún tipo de refugio oculto: una cabaña, un sótano, algo que se nos haya pasado por alto.

Morty asintió lentamente.

—Eso explicaría por qué nadie la ha visto. Ni a los niños.

—Exacto.

Noté cómo las piezas empezaban a encajar, y eso me provocó una descarga de adrenalina sombría.

—Se está escondiendo en el bosque: observando, esperando, quizá utilizando encantamientos y Glamours para mantenerse fuera del radar mágico.

Tenía sentido... demasiado sentido. Y fue entonces cuando encajó el siguiente detalle desagradable.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Solo hay una persona que vive tan cerca del bosque.

Morty no dijo nada. No hacía falta.

—Eryk —susurré.

No quería que fuera verdad. Me *caía* bien, me gustaban sus sonrisas burlonas, sus advertencias crípticas y la forma en que su voz bajaba de tono cuando decía mi nombre, como si significara algo. Pero...

Todo encajaba demasiado bien.

Vivía en el límite del bosque, donde el Velo se hacía más fino. Había percibido la grieta. Había estado allí cuando los demonios atacaron. Y ahora, usaba palabras como "brecha de contención" y "protocolos heredados" como si formaran parte de sus afirmaciones matutinas.

No quería pensar que estuviera involucrado, pero yo no estaba en el negocio de los cuentos de hadas y los finales felices. Estaba en el negocio del asesinato, la magia y las verdades complicadas.

—Tengo que ir a casa de Eryk —dije, apartando mis patatas fritas, ya frías, y dándome cuenta de que ese era mi siguiente paso.

Morty se enderezó.

—¿Crees que está involucrado?

Me levanté, apretando la mandíbula.

—Creo que no puedo permitirme descartar a nadie. Ni siquiera a él.

Silbó en voz baja.

—Bueno, eso acaba de subir la apuesta.

—Oh, ya había mucho en juego —respondí—. Ahora es algo personal.

—Necesitas refuerzos —dijo el fantasma—. Al igual que tú, Evander lo hizo todo por su cuenta, y mira lo que le pasó.

—Lo entiendo— le dije, dando golpecitos con los dedos sobre la mesa. —Pero, al igual que él, estoy sola. Me enviaron a mí, no a un ejército de Merlínes. Además, trabajo mejor así.

—¿Y si te pasa algo?— dijo Morty, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo, que se desvaneció antes de tocar el suelo—. ¿Entonces qué?.

Suspiré.

—Entonces, al menos, sabrás adónde fui. Podrás decírselo al Grupo Merlín, si alguna vez preguntan.

—Sabes— comenzó Morty—. En mis tiempos solía ser un brujo bastante decente. Habría sido un aliado valioso.

Sentí un nudo en el pecho.

—Estoy segura de que lo eras.

Me di cuenta de lo mucho que quería venir.

—¿Hay… ha intentado alguien alguna vez ayudarte a romper los lazos que te mantienen aquí dentro?

Llevaba mucho tiempo atrapado en esa Casa. Tenía sentido que quizá algún amigo suyo, o incluso él mismo, lo hubiera intentado.

Morty no respondió de inmediato. Se quedó mirando la pared y luego volvió a dar una calada al cigarrillo fantasma —aunque era

más un tic nervioso que un hábito real— y soltó una risita ahogada que no llegó a llegar a sus ojos.

—Algunos lo intentaron— dijo por fin, con una voz más débil de lo habitual. —Merlínes anteriores a ti. Uno incluso probó con una runa de sangre. Acabó provocando un cortocircuito en las tuberías durante una semana. Otro trajo a un experto en banshees de Irlanda. Ese gritó hasta que se despegó el papel tapiz.

Parpadeé.

—Eso suena... útil.

—No lo fue. Gritó que estaba condenado a permanecer aquí y luego se desmayó sobre mi alfombra favorita.

Sacudió la cabeza, con el cigarrillo balanceándose entre sus dedos.

—Después del décimo intento, dejé de tener esperanzas. Pensé que quizá esta casa es mi prisión. Quizá también sea mi penitencia. Ni idea.

Eso me impactó más de lo que esperaba. Me recosté en la silla, mirando las migas de mi plato como si tuvieran todas las respuestas.

—Lo siento— dije en voz baja.

Hizo un gesto con la mano.

—No es culpa tuya. Morí aquí. Eso suele bastar para mantener atado a un fantasma. Pero esto... esto es diferente. No solo estoy atrapado, estoy maldito.

Levanté la vista. Me miraba con algo demasiado parecido a la comprensión.

—Y tú también. ¿No es así?.

Las palabras fueron suaves, no un golpe, solo la verdad, al descubierto como huesos a la luz de la luna.

Se me hizo un nudo en la garganta. No quería hablar de eso, no ahora. Nunca, si pudiera evitarlo. Pero Morty acababa de compartir algo crudo y doloroso, y por primera vez en... quizá en toda mi vida, no me sentía tan completamente sola con mi extraña y enredada magia.

Así que dije:

—Sí. Lo estoy. Mi familia…. — conseguí mantener la voz firme— hizo un pacto hace unas cuantas generaciones. Uno realmente malo.

No por la salvación de nadie.

Hice una pausa, eligiendo las palabras con cuidado.

—Sino por poder. Así de simple.

Morty no me interrumpió. Se limitó a seguir mirándome.

—Por eso la gente se mantiene a distancia. Por eso mi magia arde con demasiada intensidad y siempre siento como si anduviera por ahí con algo enroscado en las entrañas, a punto de explotar.

Morty me estudió, en silencio y quieto por una vez.

—¿Alguna vez has intentado romperlo?— preguntó tras un momento.

Solté una risa hueca.

—De todas las formas que se me ocurrieron. Un tutor de Merlín me dijo una vez que mi poder era como manejar nitroglicerina en una taza de té. Bonito, inestable y a un mal día de crear un cráter donde antes estaba tu casa.

—Vaya, eso es dramático— dijo Morty, con una media sonrisa.

—Sí— murmuré—. Díselo al cráter que hay detrás de la casa donde crecí.

Su rostro se crispó, no por diversión, sino por reconocimiento.

—No bromeas.

—Quizá.

Durante un segundo, nos quedamos sentados en el silencioso murmullo de la vieja casa. Afuera, algo crujió entre los árboles. Adentro, mis papas fritas a medio comer yacían junto a una carpeta llena de muerte.

Me froté la nuca.

—Mira, te ayudaré con la maldición. Quiero decir, quizá no hoy, pero lo haré. No te mereces quedarte atrapado aquí, Morty.

Sus ojos se encontraron con los míos, un poco más brillantes que antes.

—Cuidado, roja. Si sigues hablando así, podría empezar a pensar que somos amigos.

Sonreí, con un gesto suave y cansado.

—Sí, bueno. No se lo digas a nadie. Tengo una reputación que cuidar.

Morty sacudió la ceniza fantasma de su cigarrillo con una sonrisa burlona. Este fantasma empezaba a caerme bien.

Me quedé allí sentada un momento más, dejando que la quietud me envolviera. Luego, tras tomar una decisión, me levanté. Cualquier calidez que me hubiera proporcionado ese breve momento de conexión se evaporó en el instante en que cogí mi chaqueta y mi bolso.

Puede que Eryk no fuera el enemigo, pero sin duda ocultaba algo. ¿Y Vivienne? Si aún estaba viva —y apostaba a que lo estaba —, no había ido muy lejos.

El bosque aún no había terminado conmigo.

Y si la acogedora casita de Eryk en el bosque, o dondequiera que viviera, tenía respuestas... era hora de que dejara de llamar a la puerta y la derribara de una patada.

17

No me costó nada encontrar la dirección de Eryk. Hojeé uno de los libros de cuentas de Evander, ese que parecía una mezcla entre un grimorio maldito y el delirio febril de un contable, y allí estaba. Eryk Drakmir.

Su nombre estaba garabateado con la letra ordenada e inclinada de Evander, con un subrayado marcado y un único y siniestro signo de interrogación al lado. Lo cual, ya sabes, gritaba a las claras —tipo de fiar. Debajo había unas cuantas notas garabateadas:

Acuerdo antiguo. Vinculado a Gallows Gate por el destino o la sangre.

Y luego, en mayúsculas, como si lo hubieran gritado sobre el papel:

El Legado.

Exhalé. Así que Evander también había estado investigando a Eryk. Eso no me tranquilizó precisamente. Si acaso, hizo que el hielo se asentara aún más en mis entrañas, pero al menos significaba que no estaba completamente paranoica sino solo un poco, y posiblemente cayendo en una trampa.

Según otra página del libro de cuentas, un mapa viejo y arrugado con tinta descolorida, la casa de Eryk se encontraba en algún lugar de la extensa y frondosa zona de Gateburn. Más de cien acres de

bosque, prados y sombras lo suficientemente densas como para ocultar un asesinato. Ya sabes. Lo de siempre.

Gateburn rodeaba el extremo este de la ciudad. Ya había estado allí antes —dos veces, de hecho— siguiendo el rastro de los problemas y encontrando exactamente eso. Pero no había visto ninguna cabaña, ningún edificio, ni siquiera un retrete exterior sospechosamente cubierto de musgo.

Sin embargo, según el mapa de Evander, había dos formas de entrar. Birch Hill Road —la que ya había tomado en mis viajes anteriores— y Windcrest Road, un ramal apenas señalizado que terminaba en lo que parecía un claro.

Callejón sin salida. Genial. No hay nada siniestro en eso.

Mis botas resonaban contra el suelo mientras me dirigía hacia la puerta, con la tensión enroscándose en mi columna vertebral como un resorte tensado.

Si Eryk estaba metido en este lío, si El Legado no era solo una nota al pie de página sino la raíz de todo, tenía que saberlo. Y si Vivienne se había estado escondiendo en algún lugar cercano…

Entonces esto no era solo una visita a domicilio. Era una caza.

Apenas había salido a mi camioneta (en realidad no era mi camioneta, pero ya te haces una idea) cuando oí voces detrás de mí.

—¡Rhea! ¡Espera!

Me giré, con mis botas crujiendo sobre la grava, y vi a Marla caminando a paso ligero con ese aire digno y serio que la caracterizaba. Selene caminaba detrás de ella, toda sonrisas y contoneos, saludando con el dedo de forma perezosa a alguien que estaba detrás de mí.

Me volví hacia la ventana y, efectivamente, allí estaba Morty en el cristal delantero, como un adorno de casa encantada, fingiendo que no estaba mirando embelesado a Selene. Juro que el fantasma se estaba arreglando el pelo.

—Ya tengo los resultados de la autopsia —dijo Marla cuando llegó a mi lado. Se ajustó el cárdigan como si estuviera a punto de dar una conferencia en una universidad mágica muy exclusiva.

—¡Qué rápido!

Marla resopló.

—Por favor. He visto casos más rápidos. El hombre llevaba muerto varios días, no necesitaba una semana ni un análisis de sangre para detectar los indicios.

Me entregó una carpeta delgada.

—La causa de la muerte fue mágica. No hay duda. Pero no cualquier tipo de magia. Estamos hablando de magia avanzada, extremadamente oscura e ilegal. Y el golpe mortal… —dudó, y por un segundo pensé que estaba buscando una palabra más suave para decir *asesinado por magia*. No era así—. Fue un Mors Tenebris.

Parpadeé.

—Eso es... latín para "muerte oscura". ¿Verdad? Sutil.

—Mucho— Marla cruzó los brazos—. No es un maleficio. Ni siquiera es una maldición en el sentido convencional. Es un hechizo diseñado para aniquilar por completo la fuerza vital del objetivo sin dolor ni rastros. Simplemente... desaparecido. El equivalente mágico a arrancar el alma por el ombligo y prenderle fuego.

—Menudo truco de fiesta— dijo Selene, con admiración reflejada en su rostro perfecto.

Miré a Marla.

—¿Lo has visto alguna vez?.

Ella negó ligeramente con la cabeza.

—Solo lo he leído. He oído hablar de una víctima que murió a causa de ello: un hada muy conocida de Praga. Es tan raro que la mayoría no cree que sea real.

—¿Y Vivienne?— pregunté, adivinando ya la respuesta, pero necesitando oírla en voz alta. —¿Es capaz de ese tipo de poder?.

Marla vaciló de nuevo y luego se encogió de hombros.

—¿Por sí sola? No. Pero estaba experimentando. Y no con la magia elemental de toda la vida. Creo que hizo un pacto, uno malo. Posiblemente con algo que no es de este plano. Mi suposición sería un señor o rey de los demonios.

Me puse tensa y un escalofrío que no tenía nada que ver con la brisa que atravesaba la calle me recorrió la espalda. Un pacto con algo que no es de este plano.

Mi familia había hecho lo mismo, más o menos por poder, no por protección. Ese era el Legado que habíamos heredado. Un linaje

construido sobre la ambición y sus consecuencias. No me resultaban ajenas las decisiones que Vivienne podría haber tomado, simplemente me gustaba pensar que yo intentaba tomar otras mejores. Hasta ahora, aún no se sabía.

—Y bien, ¿adónde vas? —preguntó Selene, con voz demasiado despreocupada. Arqueó una elegante ceja como si ya supiera la respuesta y solo estuviera haciéndolo para verme retorcerme.

Suspiré.

—A casa de Eryk.

Ambas arquearon las cejas, aunque en el caso de Marla se trataba más bien de un fruncimiento de preocupación, mientras que en el de Selene era puro deleite, como si estuviera burlándose de mí.

—No es por eso —espeté.

Selene hizo pucheros.

—Qué pena.

—Encontré algo en los archivos de Evander —continué—. Un mapa. Notas garabateadas sobre un antiguo acuerdo, cosas del Legado. El nombre de Eryk estaba marcado con un círculo y en mayúsculas. Una segunda carretera se adentra más en Gateburn, vive cerca de donde encontraron a Aidan y creo que Vivienne podría estar cerca. Quizás en algún tipo de vivienda o cabaña escondida que aún no hemos encontrado.

O tal vez Eryk la estaba escondiendo en su casa.

—Así que te vas de caza —dijo Selene, cruzándose de brazos—. A mí también me toca cazar. Preferiblemente alguien alto, moreno y guapo, con sangre que sepa a miel.

Claro.

—Voy a *buscar*— la corregí—. Hay una gran diferencia. Sin armas, solo instinto y sospecha.

—¿Sola?— señaló Marla.

—Sí— respondí, subiéndome a la camioneta—. No me mires así. Si no vuelvo, el Grupo Merlín enviará un sustituto.

Selene me guiñó un ojo.

—Lo dudo. Eres lo mejor que tienen.

—Ten cuidado— dijo Marla, sin dejar de fruncir el ceño.

—Lo haré. Nos vemos luego.

Giré la llave y el motor rugió al arrancar. Me alejé de la estación Merlín con la grava chirriando bajo las ruedas. Ante mí se extendía un bosque, una bruja y dos niños desaparecidos y un hombre taciturno con demasiados secretos.

Era hora de ver cuál de ellos estaba dispuesto a hablar.

Me desvié de la carretera principal y giré a la derecha hacia Birch Hill, avanzando lentamente con la camioneta. Eran poco más de las cuatro de la tarde y el sol seguía brillando con toda su intensidad. No quería perderme nada.

Birch Hill era el tipo de carretera que debería aparecer en un folleto turístico. Árboles imponentes flanqueaban ambos lados como centinelas, con sus frondosas ramas arqueándose hacia el camino formando un dosel protector y tranquilo. Más allá de los árboles se extendían prados abiertos sobre suaves colinas salpicados de flores silvestres de color rosa y amarillo, como si un niño pequeño se hubiera vuelto loco pintando con los dedos.

Era estúpidamente bonito.

Si no estuviera metida hasta las rodillas en investigaciones de asesinatos, conspiraciones mágicas y lo que sospechaba que podría ser un culto sobrenatural secreto, habría aparcado la camioneta, me habría quitado las botas y habría caminado descalza por la hierba. Pero no. Hoy no. Hoy estaba siguiendo a un posible asesino.

Conduje unos minutos más y, al coronar una colina, lo vi.

—Vaya.

Reduje la velocidad hasta detenerme.

Esperaba una cabaña de madera o quizá una granja en ruinas. Eryk me daba la impresión de ser del tipo solitario y taciturno, así que una choza con ventanas rotas y una hamaca en la parte trasera no me habría sorprendido.

¿Qué me encontré en su lugar?

Un maldito castillo.

No era una fortaleza medieval a gran escala, pero aun así tenía muros de piedra gris, torretas en miniatura, ventanas altas y estrechas, y un tejado de pizarra de gran inclinación que

probablemente costara más que mi sueldo anual. No era enorme, pero sí lo suficientemente grande como para causar impresión.

Me quedé mirándolo, sin saber muy bien si estaba impresionada o recelosa. Probablemente ambas cosas.

Entonces algo parpadeó en mi visión periférica. Un movimiento entre los árboles, justo a la derecha. Dirigí la mirada hacia el borde del bosque, con el pulso acelerado.

Ahí. Una figura alta, medio oculta por los árboles, deslizándose entre los troncos como si ese fuera su lugar. Eryk. Reconocería esa silueta de hombros anchos en cualquier parte. No miró atrás, no me oyó. Simplemente siguió adentrándose en el bosque como si tuviera que ir a algún sitio importante y no quisiera que nadie lo supiera.

Apagué el motor de la camioneta y me quedé sentada en el silencio repentino.

Bueno, qué diantres.

Supongo que al final no iba a llamar a la puerta de su elegante castillo.

Salí sigilosamente de la camioneta cerrando la puerta suavemente tras de mí. La grava crujía bajo mis botas mientras me arrastraba hacia la línea de árboles. Los pájaros gorjeaban y una ardilla pasó corriendo.

Me adentré en el bosque, dejando que las sombras me envolvieran. El aire se volvió más fresco bajo el dosel, con la luz filtrándose a través de las hojas en parches irregulares. Avancé lentamente, con cuidado de no romper ninguna rama, porque el sigilo era clave y yo seguía intentando mantener la ilusión de que no había perdido completamente la cabeza.

Más adelante, Eryk caminaba con determinación. Sin prisas, sin escabullirse. Simplemente avanzando a zancadas como un hombre al que le pertenecía el maldito bosque. Bueno, en cierto modo era así.

Pero así era como moría la gente en las películas de terror.

Estaba siguiendo a un hombre alto y misterioso hacia un bosque denso y aislado, y nadie sabía que estaba allí. Cero cobertura móvil. Cero refuerzos. Ni siquiera un animal parlante que me advirtiera del peligro. Así era como mi cuerpo acabaría colgado de un árbol en algún lugar.

—La vieron por última vez siguiendo a un tipo alto al bosque como una completa idiota. Todavía no sabemos por qué. Quizá los bíceps del tipo eran demasiado poderosos.

No fue muy inteligente.

Eryk se agachó para pasar por debajo de una rama baja y yo lo seguí, agachándome lo justo para evitar que las agujas de pino me golpearan en la cara. Mi corazón latía más rápido con cada paso. No era exactamente por miedo. Más bien por… la adrenalina y los demasiados escenarios que se reproducían en mi cabeza.

¿Y si esto era el final? ¿Y si Eryk realmente formaba parte de alguna secta subterránea espeluznante? ¿Y si ni siquiera era el dueño de un bar de lo paranormal con una excelente estructura ósea, sino algún antiguo monstruo del bosque disfrazado? ¿Y si...?

¿Y si estuviera a punto de matarme, enterrar mi cuerpo bajo un tocón cubierto de musgo y luego volver a su espeluznante castillito para comer sopa y escuchar discos como si nada hubiera pasado?

Fruncí el ceño y aparté ese pensamiento de mi mente.

No. Hoy no, asesino en serie. No había atravesado magia de la muerte y burocracia para morir en un trozo de musgo. Si esto acababa conmigo boca abajo en la tierra, iba a perseguirlo hasta el fin de los tiempos al estilo Poltergeist.

Se giró ligeramente, desviándose a la izquierda de lo que yo había llamado optimistamente un sendero y adentrándose en una maleza más espesa. Lo seguí a distancia, agachándome y permaneciendo en silencio. Sus zancadas eran largas y seguras, como si no fuera la primera vez que tomaba esa ruta, lo cual significaba que conducía a algún sitio.

Una cabaña. ¿Una cueva secreta donde se cometían asesinatos?

Mis botas crujían suavemente sobre el suelo del bosque mientras me acercaba sigilosamente, con los pelos de los brazos erizados. Lo seguí entre los árboles, rozando los helechos y agachándome para esquivar las ramas bajas, hasta que el bosque se aclaró lo suficiente como para revelar un pequeño claro entre la vegetación.

Ahí estaba.

Una cabaña.

Por supuesto que había una cabaña.

Era exactamente como me había imaginado que sería su hogar antes del giro del castillo: modesta, desgastada por el tiempo y escondida entre dos rocas cubiertas de musgo como un secreto del bosque. La chimenea de piedra, el techo inclinado y las ventanas estrechas decían: —Definitivamente estoy escondiendo algo dentro, pero gracias por pasar.

Me agaché detrás de un arce frondoso, con la mirada fija en la ancha espalda de Eryk mientras se acercaba a la puerta. No se dispuso a tirar del pomo de inmediato. Se detuvo, ladeando ligeramente la cabeza como si hubiera oído algo o intuyera que alguien lo seguía por el bosque.

Mierda.

Me dejé caer de bruces justo sobre la tierra, el musgo y algo que en su día podría haber sido una seta. Si el bosque quería un sacrificio, ahora tenía mi dignidad.

Me quedé quieta, apenas respirando. Mi corazón latía tan fuerte que estaba convencida de que se había rebelado y pronto saldría vibrando hacia la maleza.

Tras un largo segundo, espié a través del Velo de ramitas. La puerta de la cabaña estaba abierta y Eryk se había ido.

Me levanté lentamente, sacudiéndome las hojas de la camisa, y avancé a gatas, con todos los sentidos en alerta máxima. Llegué al porche, y mis botas hicieron un leve crujido sobre la vieja madera. Dentro, la luz era tenue, con apenas suficiente sol entrando por las estrechas ventanas como para dibujar suaves rayas doradas sobre las tablas del suelo.

—¿Eryk? —llamé en voz baja. No hubo respuesta.

Entré.

El aire estaba cargado de algo metálico. La magia aún perduraba, deshilachada, perturbada, como el humo tras un incendio.

Y allí estaba.

Eryk estaba de pie al otro extremo de la habitación, de espaldas a mí, inmóvil. Tenía las manos a los lados, cerradas en un puño, y el cuerpo rígido.

Me acerqué poco a poco, con el pulso firme, pero con los dedos ansiosos por recurrir a mi magia si las cosas se ponían feas.

Entonces vi lo que él estaba mirando.

Un cuerpo, de mujer por lo que parecía, tumbado en el suelo, con el cuello abierto de par en par. No desgarrado. No arañado. Cortado. La sangre empapaba las tablas que había debajo de ella, densa y oscura, y aún lo suficientemente húmeda como para reflejar la luz.

La magia era reciente.

La energía residual aún zumbaba débilmente sobre su piel, como estática aferrada a la muerte.

Se me cortó la respiración.

Vivienne. Tenía que ser ella. Incluso en la muerte, su magia se aferraba a la habitación como humo, desvanecida, amarga y llena de venganza inconclusa. Fuera cual fuera el juego al que hubiera estado jugando, terminaba aquí.

Levanté la vista hacia Eryk. Se quedó allí de pie, con la mandíbula apretada y los ojos clavados en el cadáver, como si intentara hacer que desapareciera con la fuerza de su voluntad.

Y durante un segundo en el que se me cortó la respiración, no supe si acababa de toparme con la escena de un asesinato…

O con el asesino.

La única persona de la que necesitaba respuestas estaba muerta y el otro miraba el cadáver como si supiera exactamente cómo se había hecho esa herida en la garganta.

Puede que haya seguido a un asesino al bosque.

Joder.

18

—Tú la mataste —dije, con una voz más dura de lo que esperaba. Probablemente porque estaba demasiado ocupada concentrando mi magia y dejándola enredarse con fuerza en mi pecho, por si acaso él decidía que yo era la siguiente. Defensa propia y todo eso. Di un paso atrás, como si nada. Excepto que nada de esto era como si nada.

—No he sido yo —dijo Eryk, con gran frustración en la voz. Sus ojos permanecían clavados en el cadáver, como si, con mirarlo lo suficiente, este fuera a levantarse y dar explicaciones.

—A mí no me lo parece —dije, calculando ya las vías de escape, ninguna de las cuales terminaba con mi cabeza aún unida al cuerpo —. Parece que tú y Vivienne, porque esa es ella, ¿verdad? tuvieron una pelea. Un desacuerdo mágico. Ya sabes, un pequeño asesinato entre colegas.

—No sabes nada.

La irritación me ardió bajo la piel.

—Pues sé que te he encontrado aquí, en la escena del crimen y de pie junto al cadáver.

Por fin se volvió para mirarme, con sus ojos dorados brillando, y una sombra de algo indescifrable cruzó su rostro.

—¿Crees que no sabía que me seguías? El sigilo no es tu fuerte. Hasta los muertos podían oír esos pasos pesados. Vi tu camioneta.

¿Acababa de llamarme *gorda*? Si, no es que fuera precisamente silenciosa como una ninja, pero no tenía por qué mostrarse tan engreído al respecto.

—Sin embargo, aquí estamos—, dije. —Entonces, ¿por qué has venido aquí, si sabías que te seguía? ¿Por qué me has traído a la escena de un asesinato?

Volvió a apartar la mirada, y sus ojos se posaron de nuevo en el cadáver. Vivienne, o lo que quedaba de ella, yacía tendida cerca de la chimenea, con residuos mágicos que se arremolinaban como humo sobre su piel. Los bordes de la habitación brillaban con restos de poder: muerte y algo peor.

—¿Crees que soy tan estúpido como para matar a alguien y dejar el cadáver en mi propia propiedad?

Punto para él. Aunque seguía sin responder a la pregunta.

—No he dicho que seas estúpido —dije lentamente—. Solo que quizá estés emocionalmente afectado o mágicamente inestable. O poseído. No serías el primero.

—Sentí una perturbación —dijo.

—¿En la Fuerza? —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Genial. Ahora estaba citando *Star Wars* en una cabaña perdida en el medio del bosque con una muerta en el piso. Muy propio de mí.

Eryk me lanzó una mirada. No estaba enfadado, ni le hacía gracia. Solo… estaba inexpresivo. Lo cual, de alguna manera, era peor.

Se adentró más en la habitación, rodeando el cadáver con una especie de distante cautela.

—Parece que lleva un tiempo escondida aquí.

Seguí su mirada. Un montón de platos en el fregadero, una cama plegable en la esquina con una manta de lana áspera medio doblada sobre ella. El aire apestaba a hechizos antiguos y humedad. Quienquiera que viviera aquí no lo hacía por comodidad.

—Ha estado ocupando la casa —murmuré—. ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

—Porque este lugar está escondido —dijo él—. Incluso de gente como tú.

Gente como yo. Claro. Hechiceras arcanas con magia para detectar asesinatos y malos instintos cuando se trataba de hombres altos y taciturnos con ojos ardientes y pasados secretos.

—Aún no me has explicado cómo sabías que estaba aquí —dije —. Ni qué hacías antes en el bosque, ni por qué ahora está muerta. Empiezo a ver un patrón, Eryk.

Me lanzó una mirada penetrante.

—Si quisiera verte muerta, Rhea, no estaríamos teniendo esta conversación.

¿Era eso una amenaza?

—Oh, bueno, ahora me siento mucho más segura —dije, cruzando los brazos y esperando que no pudiera ver cómo se me erizaba el vello de la nuca.

Se agachó junto al cadáver y extendió la mano, pero no lo tocó. Su expresión cambió, solo por un segundo. ¿Dolor? ¿Culpa? ¿O algo más?

—La conocías.

—Sabía de ella.

No me lo creí. No por la forma en que la miraba. No por cómo bajó la voz.

—¿Y qué? ¿Vino aquí a esconderse y alguien la encontró primero? ¿Esa es tu versión de los hechos?.

Apretó la mandíbula.

—Sí.

—¿Y se supone que tengo que creerme eso? ¿Sin motivo, sin testigos, solo por una corazonada?

—Cree lo que quieras— dijo —, pero ella no era tu enemiga. Tampoco era la mía.

—Lo tendré en cuenta —dije, acercándome un poco más, con hilos arcanos aun vibrando en mis dedos.

—Fuera lo que fuera lo que estuviera haciendo, le costó la vida.

—No me digas.

Lo miré fijamente, tratando de descifrarlo. No ayudaba que su atractivo y su físico perfecto me distrajeran tanto.

Cada vez que creía haber descifrado a Eryk, él daba un giro inesperado. No sabía si abofetearlo, confiar en él o salir corriendo a

toda velocidad.

Probablemente las tres cosas.

—Mira —dije, bajando la voz—, si estás protegiendo a alguien, tienes que decírmelo. Si me estás ocultando algo...

—No es así —dijo, demasiado rápido.

Lo cual significaba que sí lo estaba haciendo. Obviamente.

—Necesito saber quién la mató —dije, con voz más dura ahora—. Y si no fuiste tú, ayúdame a averiguar quién lo hizo.

Eryk se puso de pie lentamente.

—No confías en mí.

—¿Debería?

No respondió, lo cual, una vez más, no me tranquilizaba.

Mantuve la mirada fija en él, con mi magia lista para estallar como un látigo, porque todos mis instintos de bruja me decían que era peligroso.

—Si descubro que me estás mintiendo, no lo dudaré.

—Lo sé —dijo él, con voz baja y tranquila—. Por eso no lo hago.

No le creí, pero una pequeña y traicionera parte de mí aún *quería* creerle. Esa parte que, estúpidamente, se fijaba en cómo su camisa se ceñía a su pecho al respirar, o en cómo su voz podía envolver una frase como el terciopelo y hacer que incluso las medias verdades más vagas sonaran nobles.

Me sacudí esa sensación.

—¿Esto tiene algo que ver con El Legado? ¿O lo que sea que sea eso?— le exigí—. Porque no voy a dejarlo pasar. No después de cómo se asustó tu pequeño club críptico cuando aparecí en tu bar. Y sobre todo no después de que Evander lo mencionara en sus notas, justo antes de que alguien lo matara.

Eso llamó su atención.

Un destello rápido. Apareció y desapareció, pero lo vi.

No respondió. Por supuesto que no. Simplemente miró más allá de mí, como si, tal vez, si me ignoraba el tiempo suficiente, yo me rindiera y fuera a prepararme un té o algo así. No lo haría.

—Eryk.

Seguía sin decir nada.

—Te juro que, si me dices que no responderás una vez más, te haré desaparecer las cejas de la cara con un hechizo.

No podía hacer desaparecer nada. Mi magia no funcionaba así, pero él no lo sabía.

Eso provocó una reacción. Una comisura de su boca se crispó. No era exactamente una sonrisa, sino más bien una revelación involuntaria de su estado de ánimo.

—No puedo hablar de eso —dijo por fin, y su voz sonaba tan precavida, como si cada palabra hubiera sido sopesada, medida y considerada solo moderadamente explosiva.

—¿No puedes? —repetí—. ¿O *no quieres*?

Tampoco respondió a eso.

Suspiré, no es que pensara que fuera a responder.

—Te das cuenta de que cuanto más te callas, cuanto más mantienes en secreto, más culpable pareces. ¿Verdad?.

—No lo entiendes— dijo en voz baja.

—Pues explícamelo. Porque desde mi punto de vista, toda esta situación no pinta bien para ti.

Me miró fijamente, sin pestañear.

—Es más grande de lo que crees.

—¿Tú crees? —espeté—. Tiene un nombre como *El Legado*. Eso grita sociedad secreta/conspiración mágica. No le das ese nombre a algo a menos que quieras que suene como un problema centenario envuelto en un enigma y empapado de ego.

—No soy yo quien te tiene que dar respuestas —dijo finalmente, en voz baja.

Apreté los dientes.

—No. Las necesito de Evander y Vivienne, pero ¿sabes qué? Los dos están muertos. Y tengo un hijo muerto y dos que siguen desaparecidos.

—No sé nada de eso, dijo Eryk, con la tensión aumentando en su voz.

—Claro.

Estaba claro que no me diría nada sobre ese asunto del Legado, pero eso no significaba que fuera a abandonar mi búsqueda. Ni hablar. Solo hacía que quisiera descubrirlo aún más.

Me froté las sienes, con la tensión perforándome detrás de los ojos.

—Bien. Volvamos a tu castillo, entonces. ¿Cómo es posible que un tipo que regenta un antro de mala muerte también pueda permitirse una mansión como esa?. Claro, los bares podían dar beneficios, pero una vez que pagabas al personal, abastecías el alcohol y cubrías los gastos generales, esos beneficios se esfumaban más rápido que un hechizo al que le faltara un glifo. La única forma de ganar lo suficiente para una propiedad así era teniendo trabajos extra. De esos que pagan a lo grande. Y que no se declaran en la declaración de la renta.

Eryk parpadeó, como si por fin hubiera cambiado de tema a algo tolerable.

—No es una mansión.

—Si, una mansión fastuosa. Una fortaleza de secretos. No sé en qué categoría urbanística se clasifica esa monstruosidad, pero desde luego no es precisamente una vivienda para principiantes.

—Es la finca de mi familia —dijo simplemente.

Parpadeé.

—Espera. La finca de tu familia.

Eso fue… inesperado. No dio más detalles, solo se quedó allí como si eso lo explicara todo. Porque, evidentemente, todo el mundo y su maldito pie izquierdo tenían una mansión ancestral en medio del bosque con antiguos amuletos y suelos que brillaban como obsidiana pulida.

—Y esto ¿qué es?— pregunté, señalando la cabaña.—. ¿La despensa del mayordomo?.

Eryk me miró.

—Algo así.

—Así que heredaste el lugar.

—En cierto modo.

Vago. Fantástico. Mi tipo de respuesta favorita.

Entrecerré los ojos.

—¿Y dónde está el resto de la familia ahora? La finca es bastante grande para un solitario melancólico con problemas de confianza. ¿Estás celebrando cenas con fantasmas de las que yo no sé nada?

Levantó la mirada hacia mí y algo cambió en ella. Durante una fracción de segundo, lo vi: *rabia*. No del tipo ardiente y violenta. Del tipo antiguo, el que hierve a fuego lento bajo siglos de contención y se manifiesta apretando la mandíbula y en el destello de unos ojos de oro fundido.

Luego desapareció, como si nunca hubiera estado allí.

—Se han ido —dijo—. Todos ellos.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Se han ido. ¿Se han mudado? ¿Se han distanciado? ¿O…

—Soy el último —añadió, con voz baja y monótona. Definitiva.

Ese tono me dejó helada. No porque fuera dramático, porque no lo era. No había nada de actuación en ello. Solo… pérdida.

No supe qué decir ante eso. Y cuando yo me quedaba sin palabras era porque la cosa se ponía complicada.

—Selene dijo que eras mayor— solté. Muy sutil. *Muy* sutil.

Eryk no se inmutó.

—Si, ella lo sabe.

Lo estudié. No *parecía* viejo. Parecía alguien capaz de atravesar de un puñetazo una puerta de acero y marcharse sin ni siquiera arañarse las botas, pero había algo en su porte. Algo pesado. Como si el tiempo lo hubiera agobiado capa tras capa.

—No eres un vampiro, y desde luego no eres un hada —dije lentamente—. Entonces, ¿qué eres?

Inclinó ligeramente la cabeza.

—Ya has decidido que soy algo.

—Bueno, sí —dije—. Porque la gente normal no tiene a los miembros del consejo cuchicheando sobre ella como si fuera un ejemplo de lo que no se debe hacer. Y la gente normal no reacciona ante las brechas mágicas con frases como protocolo de legado y equipo de contención.

De nuevo, ese destello apenas perceptible que desapareció antes de que pudiera captarlo.

—No me lo vas a decir. ¿Verdad?

—No.

Genial. Fantástico. Una comunicación de sobresaliente.

Crucé los brazos y me apoyé contra la pared más cercana, mirándolo con ira como si eso fuera a obligarlo a darme respuestas.

—Está bien. Guárdate tus secretos. Pero algún día voy a descubrir qué eres, y cuando lo haga, no esperes que finja que no es raro que hayas sido tan misterioso al respecto.

Se extendió un silencio entre nosotros. No negó nada, pero tampoco lo confirmó.

Sin embargo, me di cuenta de que sus hombros se habían tensado, solo un poco, como una cuerda tirada con demasiada fuerza. ¿Y ese brillo dorado en sus ojos? No parecía humano. No del todo.

No era la primera vez que tenía la inquietante sensación de que *no* tenía ni la más remota *idea* de a qué me enfrentaba.

Y que lo que fuera que Eryk estuviera ocultando... era algo grande.

Volví a mirar el cadáver.

—Bueno, solo hay una forma de averiguar si estás diciendo la verdad.

Me acerqué y me arrodillé junto al cadáver de Vivienne, con cuidado de mantener mi lado izquierdo en ángulo hacia Eryk. Por si acaso todo su discurso de *yo no la maté* resultaba ser menos verdad y más ficción creativa.

—¿Qué estás haciendo?— preguntó el hombre alto y amenazador que podría ser un asesino.

—Yo tengo mis secretos y tú tienes los tuyos— murmuré, apartando un mechón de pelo enmarañado con sangre de la mejilla de Vivienne.

En su día había sido poderosa, peligrosa. Inestable, tal vez. Pero ni siquiera ella se merecía esto.

Apreté la mano contra el suelo, justo sobre la mancha pegajosa de sangre seca que se había filtrado entre las lamas. Fría. Vibrando débilmente con lo que quedaba de ella. Mis dedos temblaban mientras me adentraba en su interior, extrayendo la magia enroscada en mis venas, hilos arcanos de color rojo oscuro que se retorcían bajo mi piel.

Un zumbido agudo se formó en mi pecho. Mi visión se volvió borrosa por los bordes mientras tejía un vínculo entre mi magia y la suya, el pequeño eco que quedaba en la sangre. El suelo palpitaba bajo mi palma.

Vamos, Vivienne. Muéstrame lo que pasó. Una última vez.

Y entonces el mundo se derrumbó bajo mis pies.

Me golpeó como un puñetazo en las costillas: agudo, brutal e inmediato. Se me cortó la respiración cuando la visión se enfocó de repente.

Vivienne estaba de pie en esta misma cabaña, con las manos levantadas y el rostro enrojecido por la ira. Su voz se quebró mientras discutía con alguien en las sombras. Pero quienquiera que fueran… estaban ocultos. Enmascarados. Un destello donde debería haber un rostro. Una imagen borrosa, como si la memoria no pudiera —o no quisiera— retenerlos.

—¡Lo prometiste! —siseó Vivienne—. ¡Dijiste que estarían a salvo!

Una voz respondió, distorsionada, grave y repugnantemente tranquila.

—Lo estarán. Después.

Vivienne se estremeció como si le hubieran dado una bofetada.

—Mataste a Evander. Eres un monstruo.

—Soy una necesidad.

La magia brillaba a su alrededor, vibrando con presión. La figura envuelta en el manto dio un paso adelante. Vivienne levantó la mano para lanzar un hechizo, pero ya era demasiado tarde.

Una ola fría de poder brotó de la palma de la figura, golpeándola de lleno. Se quedó paralizada. No en sentido figurado, sino literalmente. Su piel se volvió grisácea, solidificándose como piedra. La magia la envolvió como cadenas, paralizando cada centímetro de su cuerpo.

Intentó gritar.

No pudo.

Entonces llegó el segundo hechizo. Una espada mágica, afilada y silenciosa.

Un corte limpio.

Su garganta se abrió. La sangre brotó. Cayó.

Y luego, oscuridad.

Pero la visión no terminó.

Había más.

Un destello, en algún lugar bajo el suelo. No, bajo la Casa.

Dos figuras jóvenes aterrorizadas. Un chico y una chica, acurrucados detrás de una barrera luminosa en lo que parecía una mazmorra o un sótano. Paredes de piedra, cadenas y manchas de sangre. El aire se sentía extraño. Estaba demasiado quieto, como si no respirara. Como si el tiempo se hubiera detenido.

La chica agarraba la mano del chico, con los nudillos blancos como el hueso.

Los reconocí. Kaylee Virelith y Luke Thorne.

Aún vivos, pero atrapados.

Jadeé y me arranqué de la visión como si saliera a respirar después de ahogarme. Mi mano resbaló sobre las tablas del suelo cuando mis rodillas se doblaron.

Retrocedí tambaleándome y me apoyé contra la pared, la madera áspera clavándose en mi palma.

Eryk dio un paso adelante.

—¿Rhea?.

No respondí. No podía.

Todavía no.

El corazón me latía con fuerza en los oídos, el estómago se me retorcía y la garganta me ardía con el regusto a cobre de la magia residual. Todos mis instintos gritaban, en una maraña de alivio, rabia y pánico puro.

—Están vivos —susurré.

19

Después de ver los últimos recuerdos de Vivienne, supe dos cosas. Una: los niños seguían vivos. Y dos: Eryk no la había matado.

Seguía sin poder verle la cara, pero lo que *sentía* era diferente a todo lo que había sentido antes con Eryk. El tipo —sí, sin duda era un hombre— era más delgado y bajo. Aunque la imagen estuviera borrosa y distorsionada, sabía que no era él.

Eso no significaba que Eryk no estuviera involucrado de alguna manera. Ese maldito tipo seguía teniendo más capas que una cebolla, pero mis instintos de bruja empezaban a alejarse de él. Sí, seguía estando todo ese asunto del Legado, pero no parecía estar directamente relacionado con las muertes ni con los niños desaparecidos.

No es que pudiera entender nada de eso en ese momento.

Por eso dejé que Eryk envolviera el cuerpo de Vivienne y la llevara hasta mi camioneta. La trató con delicadeza, y eso me sorprendió muchísimo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó, con esos malditos ojos dorados clavados en mi rostro.

—Primero, tengo que llevarla a Marla —dije, caminando hacia el lado del conductor—. Después convocaré una reunión de

emergencia con el consejo. Tienen que escuchar lo que vi, saber lo que ha estado pasando.

—Tus visiones —dijo—, ¿no te dieron un rostro?

Parpadeé. No esperaba que me creyera que *podía* ver los últimos recuerdos de Vivienne.

—No —dije—. Mi magia solo me permite vislumbrar cosas. A veces veo caras, a veces solo destellos. Pero los niños están vivos. Eso sí lo *sé*.

Eryk me miró un instante más de lo necesario.

—Tu magia es… única.

Sonreí.

—Igual que mi pelo.

Eso me valió una mirada. No de enfado. Tampoco de diversión. Más bien de… intriga.

Lo cual era ligeramente exasperante.

Abrí la puerta del conductor y me subí, intentando no pensar demasiado en la forma en que Eryk había levantado el cuerpo de Vivienne. Con cuidado, con respeto, como si ella importara. Simplemente lo tomó como si fuera una carga que ya había llevado antes.

—Gracias —dije, mirándolo de reojo—. Por la ayuda y por no… por no convertirte en un asesino.

Él arqueó una ceja.

—Eso es extrañamente específico.

—Solo por cubrir todas las posibilidades.

Extendí la mano para arrancar el motor, pero me detuve cuando él se acercó, apoyando una mano en el borde de la caja de mi camioneta. No era amenazante, pero definitivamente estaba demasiado cerca para que mi cerebro funcionara correctamente.

—Hay algo más —dijo.

Lo miré fijamente, intentando centrarme en sus ojos y no en sus labios carnosos.

—¿Y ahora qué? ¿Más secretos? ¿Otro comentario críptico que suena importante pero que acaba en un silencio dramático?.

—No estás a salvo —dijo—. Ya no.

Exhalé lentamente, sin rastro de humor.

—Sí, lo sé. Perdí la seguridad en algún punto entre la emboscada de los demonios y los cadáveres.

Él no sonrió. Yo tampoco.

Su mirada se deslizó por mi rostro, tranquila y evaluadora, y por un momento no pensé en conspiraciones mágicas, barreras luminosas ni siquiera en el abismo del Velo.

Estaba pensando en lo alto y en lo increíblemente en forma que estaba. Y en cómo su camisa se ceñía a sus hombros y en cómo su voz no dejaba de bajar a ese registro grave y tranquilo que hacía que cada parte de mí quisiera, al mismo tiempo, darle un puñetazo y atraerlo hacia mí.

Maldita sea. No es el momento. No es el tipo.

Me aclaré la garganta e introduje la llave en el contacto.

—Te llamaré si encuentro algo —dije rápidamente y entonces me di cuenta de que no tenía su número de teléfono. Grandioso.

—No hará falta. Yo te encontraré.

Oh, genial. Eso no sonaba ni remotamente siniestro.

Arqueé una ceja.

—¿Porque me estás rastreando o porque volverás a acecharme dramáticamente en el bosque?

Una expresión fugaz pasó por su rostro. Quizá diversión o una advertencia. No pregunté. Ya tenía bastante con lo mío como para intentar descifrar cada microexpresión del propietario de bar más misterioso de Gallows Gate y posible arma de destrucción masiva.

Puse la camioneta en marcha.

—No estás tan sola como crees —dijo, dando un paso atrás.

Le lancé una mirada larga e inexpresiva. Ese comentario me sorprendió muchísimo, pero antes de que pudiera responder, se dio la vuelta y se adentró entre los árboles, y las sombras lo engulleron por completo como si nunca hubiera estado allí.

Entonces, puse la camioneta en marcha, di media vuelta y me alejé. Mi mente daba vueltas con las imágenes que acababa de ver sobre Vivienne y los niños.

No podía cambiar lo que le había pasado a Evander, ni a Vivienne, ni siquiera a Aidan.

Pero aún quedaban dos almas que *podía* salvar, y no pararía hasta conseguirlo.

El trayecto hasta la morgue fue silencioso, lo cual era extraño. Normalmente tenía música o cafeína o, al menos algún temor existencial que me hiciera compañía. Pero ahora mi cerebro reproducía en bucle los últimos momentos de Vivienne, tratando de encontrarle sentido al espacio donde los niños estaban atrapados.

Paredes de piedra, cadenas y magia más espesa que la sangre.

Parecía un sótano, pero *no era* un sótano.

No sabía cómo lo sabía. Simplemente... lo sabía.

Una cosa estaba clara: iba a necesitar ayuda. Lo que significaba que convocaría una reunión del consejo, les metería prisa a todos y, tal vez —solo tal vez— conseguiría algo de ayuda de verdad para encontrar a esos chicos antes de que se les acabara el tiempo.

Estaba tan absorto en mis propios pensamientos que ni siquiera me di cuenta de que había llegado a la morgue hasta que salió Marla, con su pelo gris recogido en un moño desordenado y una taza de café en una mano.

—Bueno —dijo, mirando el bulto envuelto en la parte trasera de mi camioneta—, ese no es el pedido del supermercado.

—Vivienne —dije con severidad—. Necesito que examines el cadáver.

—¿Se ha suicidado?

—Ni por asomo.

Sus ojos se posaron en los míos, agudos y perspicaces.

—¿Qué debo buscar?

—Rastros de cualquier tipo de magia que se haya utilizado con ella —dije, mientras ya buscaba mi teléfono—. Tengo que convocar al consejo.

Mientras marcaba, le conté a Marla la versión rápida y resumida: lo que había visto en la visión, la barrera, los niños, el espacio parecido a una mazmorra que no parecía estar del todo *aquí*. Su rostro palideció un poco y luego aún más.

—Al menos sabemos que están vivos —dijo en voz baja, mientras observaba a sus ayudantes —Ed y Darren, el de la cara llena de

granos—, salir arrastrando los pies por la puerta trasera con una camilla para recoger el cuerpo de Vivienne.

—No por mucho tiempo si no los encontramos— le dije, apretando el teléfono contra mi oreja.

Un tono.

—Consejo de Gallows Gate —dijo una voz femenina dolorosamente alegre—. ¿Con quién desea hablar?

—Necesito convocar una reunión de emergencia —dije, con tono seco y directo.

Una pausa.

—Lo siento, ¿quién habla?.

¿En serio?

—Soy la Merlín Rhea Morven— dije—, y estoy convocando una reunión de emergencia *ahora mismo*, así que coge tu bloc de notas y anótalo.

¿Fue grosero? Por supuesto. Pero tenía prisa y no podía gastar energía en ser educada. Tampoco tenía ni idea de si tenía autoridad para solicitar una reunión de emergencia, y en ese momento, no me importaba. Lo único que me importaba era salvar a esos niños.

Otro silencio. Un sonido amortiguado, como si alguien tapara el auricular. Luego volvió la voz, ahora menos alegre.

—Oh. Eh... sí, señorita Morven. Eh... todos los miembros del consejo se encuentran actualmente en el juzgado. Están terminando la sesión de hoy. Les diré que va de camino.

—Bien —dije, ya en marcha—. Hazlo rápido, y diles que no se muevan. Voy para allá.

Colgué y tiré el teléfono al asiento del copiloto.

—Ve a sacudir la cripta —dijo Marla, mientras sus ayudantes llevaban el cuerpo de Vivienne al interior del edificio.

Sonreí a mi pesar.

—Con mucho gusto.

Di marcha atrás con la camioneta, salí a la calle y me alejé. Unos minutos y tres señales de alto cada vez más ilegales más tarde, entré en el aparcamiento del juzgado. La grava crujió bajo mis neumáticos mientras me metía en una plaza, apagué el motor y me

quedé allí sentada mientras me llenaba los pulmones de aire, con los dedos aún apretados sobre el volante.

—Van a pensar que estoy loca— me dije a mí misma, agarrando el volante con más fuerza. Esa era la reacción habitual cuando mencionaba mis visiones: cejas arqueadas, asentimientos corteses y una silenciosa nota mental para evitarme en callejones oscuros.

Mi corazón dio un fuerte latido. Durante un segundo, me quedé mirando fijamente al juzgado como si fuera a tragarme entera. El miedo se apoderó de mí, susurrándome todas las viejas dudas. Que estaba equivocada, que no me escucharían y que perdería la poca credibilidad que me quedaba.

Pero ya no era esa bruja.

Respiré hondo, con fuerza y firmeza, y luego aparté el miedo al lugar donde debía estar. Podía gritar todo lo que quisiera. Yo seguiría cruzando esas puertas.

Salí, di un portazo a la camioneta y me dirigí hacia el edificio, con mis botas resonando contra el pavimento.

No me importaba que pensaran que era una idiota sin experiencia. Iban a oírme, y esta vez, iban a escucharme.

Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho cuando llegué a las puertas. Las empujé con tanta fuerza que golpearon contra las paredes de piedra con un estruendo satisfactorio, el tipo de entrada que hacía que la gente se quedara a medio decir una frase. Vale, quizá fue un poco exagerado, pero tenía prisa por salvar vidas, y la exageración estaba totalmente justificada en ese momento.

Las cabezas se giraron hacia mí: seis miembros del consejo sentados alrededor de una mesa al frente de la sala.

Lucien, con su inmaculada túnica negra, sonrió en cuanto me vio.

—Merlín Morven —dijo con una voz que sonaba como la seda—. Menuda... sorpresa.

—Es una emergencia —dije, avanzando ya hacia el centro de la sala, con mis botas resonando contra el suelo pulido. Eryk tenía razón, mis pasos se escuchaban fuerte.

—Lo que significa que no tengo tiempo para sus habituales juegos políticos pasivo-agresivos.

Eso me valió algunas miradas de extrañeza.

Torren estaba sentado en el centro, con su enorme corpulencia encorvada hacia delante, mirándome con una intensidad que rayaba en lo depredador. Parecía que el hombre lobo que llevaba dentro nunca se mantenía muy por debajo de la superficie últimamente, no desde que mataron a su hijo. No lo culpaba. Tenía los ojos inyectados en sangre y su rostro estaba demacrado en lugares que antes rebosaban fuerza. Parecía que llevaba semanas sin dormir. Eso es lo que hace perder a un hijo. Te vacía por dentro y deja algo más en el alma, algo crudo.

Me enfrenté a todos ellos, con el corazón latiéndome con fuerza.

—He convocado esta reunión porque tengo nueva información sobre los adolescentes desaparecidos— respiré hondo, me armé de valor y dije—: Kaylee y Luke están vivos. Los vi en una visión. Están asustados y atrapados. Pero *vivos*.

Ya estaba, lo había dicho. Ahora solo me quedaba esperar.

Una onda de sorpresa recorrió la sala. Thalen, el padre de Kaylee, se quedó rígido. Su espalda se enderezó de golpe, como si alguien le hubiera echado un cubo de agua helada por encima.

Y los ojos de Cassian, el padre de Luke, se encendieron, oscuros y penetrantes. Se agarró al borde de la mesa, con una postura rígida y controlada. Cada línea de su cuerpo irradiaba tensión.

El sonido de una silla rozando el suelo resonó por toda la sala cuando Torren se puso de pie, con los puños apretados sobre la mesa.

—¿Los viste? ¿Dónde?.

Allá vamos.

—No lo sé exactamente, admití—, pero parecía una especie de mazmorra o espacio subterráneo. ¿Un sótano, tal vez? Había sangre y cadenas y una barrera mágica a su alrededor. Es un recuerdo. El último recuerdo de Vivienne antes de que la mataran.

Eso hizo callar a todo el mundo, pero solo por un segundo.

—Qué severa afirmación— dijo Torren por fin, con un tono aún tranquilo, pero con los nudillos blanqueados sobre el borde de su escritorio—. ¿Y en qué te basas para decir eso? ¿En una alucinación mágica?.

—Es la resonancia sanguínea —le expliqué—. Imagínatelo como un eco mágico que me permite ver los últimos momentos de una persona. Solo unas pocas brujas tienen esta habilidad. No son muchas, y yo soy una de ellas.

Torren me miró fijamente durante un instante.

—He *oído* hablar de ello. No sé hasta qué punto es fiable.

—Es lo suficientemente fiable como para que me creas.

Dirigí mi mirada a los rostros reunidos alrededor de la mesa.

Brunika gruñó, cambiando de postura en la silla que parecía haber sido reforzada para resistir un asedio.

—Yo también he oído hablar de ello de las mismas brujas que se quedan mirando piedras brillantes y dan la vuelta a cartas, como si eso significara algo. Siempre es una estafa, siempre es vago. Podrías haber sacado todo eso de un espejo empañado.

Entrecerré los ojos.

—Esto no es una lectura de tarot en una feria de lo paranormal. No lanzo predicciones vagas por cinco dólares y un palito de carne salada.

Ella emitió un gruñido sordo que podría haber sido una risa o un gruñido de advertencia. Es difícil saberlo con los trolls.

—No me lo creo.

—Pero ¿y si está diciendo la verdad?, dijo Maeva en voz baja.

Me giré justo a tiempo para captar el destello: sus pupilas se estrecharon como las de un gato lobo antes de volver a parpadear y recuperar su aspecto humano. Sí. Sin duda, un gato lobo.

—¿De verdad quieres correr ese riesgo?— continuó. —No tenemos ninguna otra pista. Ninguna otra información sobre estos niños. Escuchemos lo que tiene que decir.

Eh. Al menos tenía a una miembro del consejo de mi lado que no era una idiota. Lo tomé como una victoria.

—Vi lo que vi. La sangre no miente —dije, ahora con más firmeza —. Y tampoco lo hacen las cicatrices que deja.

Eso volvió a silenciar la sala, incluso a Brunika, que se recostó con un profundo suspiro, haciendo crujir ligeramente el reposabrazos bajo una de sus palmas.

—Encontré el cuerpo de Vivienne— continué, haciendo que mi voz resonara—. Se escondía en una cabaña abandonada. Alguien la encontró, la inmovilizó y le cortó el cuello. No fue algo aleatorio, y desde luego no fue un robo que salió mal. Creo que ella sabía lo que les había pasado a sus hijos e intentó detenerlo y la mataron por ello, igual que a Evander.

Torren apretó la mandíbula, con los ojos ardiendo de furia y algo peor.

—Sí, nos enteramos de lo de Evander. ¿Y tú también creías que estaba involucrado?.

Asentí con la cabeza.

—Lo suficiente como para que lo mataran. Sí.

—¿Estás seguro de que fueron Kaylee y Luke? —preguntó Torren de nuevo.

Percibí el quiebro en su voz, ese pequeño y desgarrador sonido de la esperanza convirtiéndose en cenizas. Había querido que mencionara el nombre de su hijo, pero Aidan estaba muerto.

—Apostaría mi vida a ello.

—¿Y estás seguro de que están vivos? —preguntó Cassian, que había permanecido en silencio hasta ese momento—. ¿Mi hijo está vivo?

Su voz se quebró lo justo para delatar la pulida máscara de vampiro.

—¿Y mi hija? —preguntó Thalen, con la esperanza reflejada en todo su rostro—. ¿Está bien?

—Los vi respirar —dije—. Se estaban sosteniendo de la mano. No están muertos. Aún no.

Lucien se puso de pie, cruzando las manos delante de él.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Movilizarnos? ¿Enviar rastreadores? ¿Basándonos en una ubicación imprecisa de una visión que te ha dado un cadáver?.

Me giré para mirarlo de frente.

—Sí. Eso es exactamente lo que quiero. Necesito ayuda: equipos que trabajen juntos, registrando cada sótano, cada bodega, cada escondite. Cualquier lugar subterráneo. Cualquier lugar donde puedan esconderse dos niños aterrorizados.

El brujo ladeó la cabeza.

—Así no es como funciona este consejo.

Me invadió la ira. Sabía que me iba a costar convencerlos, pero no iba a rendirme.

—Bueno, debería, especialmente ahora mismo, cuando hay niños desaparecidos y ahora asesinatos. No pido un despliegue total, solo apoyo. Equipos de rastreo, asistencia mágica. Yo misma lo dirigiré, no me importa. Pero tenemos una pequeña oportunidad, y no la voy a desperdiciar mientras ustedes discuten sobre los procedimientos del comité.

Brunika se burló, con un sonido fuerte y gutural.

—¿Y qué? ¿Vamos a irrumpir en todas las casas de Gallows Gate? ¿A derribar puertas? ¿A obligar a la gente a dejarnos entrar en sus casas? ¿Basándonos en una *visión*?.

—Un recuerdo —espeté—. Vi lo que Vivienne vio antes de morir.

Lucien bajó del estrado, con un tono de voz que rezumaba condescendencia.

—Supongamos que te creemos. Supongamos que tu pequeño truco de la muerte realmente funciona. Nos estás pidiendo que pongamos patas arriba todo el pueblo, que violemos los hechizos protectores, las medidas de privacidad y las propiedades vinculadas mágicamente… todo ello *basándonos en una corazonada*.

—No es una corazonada —espeté, cansada de repetirme—. Es la mejor pista que hemos tenido desde el día en que desaparecieron.

—Suponiendo que sigan vivos —murmuró Brunika.

Eso fue el colmo.

Thalen se puso de pie, con el rostro pálido y demacrado y la voz como una navaja bajo el terciopelo.

—Prefiero derribar esta ciudad ladrillo a ladrillo antes que quedarme sentado en esta habitación un día más sin hacer nada mientras mi hija podría seguir respirando.

—Yo lo secundo— dijo Cassian, mirando a Torren. —Si perdemos más tiempo, los perderemos. Así de simple.

Lucien parecía como si se hubiera tragado una botella de ácido.

—¿De verdad se están planteando esto en serio?

—Estamos haciendo más que planteárnoslo —dijo Torren. Su voz era grave, con un tono áspero en la garganta.

—Vamos a actuar.

Sus ojos ardían, aún enrojecidos y en carne viva, pero se había enderezado y su voz había recuperado su determinación.

—Llamaré a mi manada. Dividiremos Gallows Gate en sectores y comenzaremos la búsqueda en una hora.

Lucien se dispuso a objetar, pero Torren lo interrumpió con un gruñido que no era del todo humano.

—Ya he perdido a mi hijo. No dejaré que los demás corran la misma suerte. Este consejo ha permanecido inactivo el tiempo suficiente. Formaremos equipos y registraremos cada sótano, cada bodega, cada túnel, cada alcantarilla y cada hueco. Si hay una grieta en esta ciudad lo suficientemente grande como para esconder a un niño, la abriremos de par en par.

—Me alegro de oírlo— dije, sintiendo un gran alivio.

Por fin nos poníamos en marcha. Si los niños seguían en esta ciudad, estuvieran donde estuvieran, los íbamos a encontrar.

Aunque tuviéramos que derribar Gallows Gate hasta dejarla en los huesos, iba a encontrar a esos niños o moriría en el intento.

20

Después de que Torren y los demás miembros del consejo reunieran a sus grupos y revisaran el gigantesco mapa de Gallows Gate como si fuera un juego de mesa infernal, a mi equipo le asignaron el extremo sur de la ciudad, una zona conocida cariñosamente como el Barrio de Ashrow.

Que, por si te lo preguntabas, era la abreviatura de "pozo infernal donde los sueños van a morir".

Eran los barrios marginales. El rincón olvidado del distrito paranormal y el tipo de lugar al que ibas cuando querías desaparecer, armar una pelea, comprar algo ilegal o vender algo aún peor. Era donde las brujas intercambiaban objetos malditos en los callejones, donde los hombres lobo pagaban por pelear por diversión y por orgullo, y donde los vampiros de baja categoría merodeaban por las callejuelas en busca de un poco de sangre y de muchas malas decisiones.

En resumen: el lugar perfecto para esconder a dos niños desaparecidos.

Sinceramente, tenía sentido. La magia aquí se sentía diferente, turbia, como si algo antiguo hubiera sido arrastrado por el barro y dejado a fermentar. Pude sentirla vibrando en mis huesos en el momento en que cruzamos la línea de demarcación hacia el barrio.

—La última vez que estuve aquí fue hace seis meses —dijo Marla, esquivando con cuidado un charco oscuro en la acera que podía estar vivo o no—. Necesitaba la sangre de un fénix. Muy ilegal, pero necesaria para descongelar a una víctima paralizada por una maldición de inmovilidad. La encontré en un frasco junto a sudor de troll y lágrimas de banshee embotelladas. Pura poesía.

—Te tomaré la palabra— dije, ajustándome la chaqueta mientras una brisa agria nos envolvía, trayendo consigo el intenso aroma de basura, sudor y algo metálico que preferí no investigar.

Nos adentramos más en Ashrow, las calles se estrechaban y las farolas se espaciaban hasta que nos vimos bañados principalmente por letreros de neón, velas parpadeantes en las ventanas y algún que otro fuego mágico que flotaba sobre puertas torcidas.

Al igual que Torren había elegido su propio equipo, yo había hecho lo mismo, y elegí sabiamente.

A Marla, por su agudo ingenio y su cerebro enciclopédico repleto de conocimientos mágicos. Y a Selene, por sus instintos de vampiro, su habilidad para leer a las personas y el hecho de que incluso los asesinos solían coquetear con ella antes de intentar matarla.

—Así que me estás diciendo —dijo Selene, con sus tacones resonando como amenazas de muerte sobre el pavimento agrietado —, que fuiste a la casa de Eryk, pero no te le tiraste encima.

—Por tercera vez, sí.

Entrecerró los ojos.

—Eso es tan... antinatural.

—Déjala en paz —dijo Marla, apartando una piedrecita de la punta de su bota con irritación quirúrgica—. Ella no es como tú. Nadie es como tú.

Selene suspiró dramáticamente.

—Solo digo que fue a su casa y no se acostó con él. Eso es prácticamente una descortesía.

Resoplé, a pesar mío.

—No *fui* a su casa. Entré en su propiedad. Hay una gran diferencia. Esta es más una cabaña de asesinos que un piso de soltero.

Selene hizo un gesto con su mano manicurada.

—Semántica.

Mis botas resonaban contra el pavimento, firmes y tensas. Suspiré, tratando de sacudirme el pánico que se retorcía en mi estómago. Esta iba a ser una noche muy, muy larga.

Juntas, nos adentramos en el corazón de Ashrow. Las calles estaban resbaladizas y desiguales, cada esquina iluminada por faroles desiguales o encantamientos que se desvanecían. Las sombras eran densas allí, apretujadas entre puertas de metal oxidado y escaparates cerrados con persianas, cubiertos de grafitis mágicos —algunos de ellos en movimiento—.

Unos ojos nos seguían, y no eran amistosos.

Los tenderos se detuvieron en las puertas. Un hombre de dientes afilados y ojos apagados se apoyaba en un poste, fumando algo verde y brillante. Un troll encorvado murmuró algo entre dientes al pasar y un grupo de adolescentes, probablemente mitad cambiaformas y mitad problemáticos, susurraron y se dispersaron cuando Selene cruzó su mirada con la de ellos.

No pertenecíamos aquí, y ellos lo sabían.

El aire era cálido y pegajoso, impregnado de aromas entremezclados de sangre, sudor, café, gases de escape, alcohol barato, magia rancia y un ligero tufillo a azufre que se aferraba como el moho. En algún lugar cercano, alguien gritó, y en otro más lejano, alguien se rio como si ya lo hubiera oído todo antes.

Cuatro vampiros nos adelantaron por la acera de enfrente. Miraron a Selene con un hambre indudable y, sinceramente, no podía culparlos. Incluso vestida de cuero negro y con el ceño fruncido, parecía un sueño envuelto en asesinato y seda.

Por encima de nosotros, el cielo se extendía amplio y sin nubes, con estrellas brillantes salpicando la oscuridad. Debería haber sido hermoso y tranquilizador, pero no lo era.

Porque en algún lugar de esta ciudad, alguien estaba escondiendo a esos niños.

Caminé por la calle hacia una hilera de edificios desordenados y desiguales que parecían haber sido cosidos entre sí por un arquitecto borracho con problemas de compromiso. Cualquiera que fuera el diseño original que tuvieran, hacía tiempo que había

quedado enterrado bajo décadas de añadidos improvisados, como si el constructor hubiera perdido la cabeza a mitad de la obra y hubiera seguido adelante solo por despecho.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté, escudriñando las fachadas desmoronadas. Mi atención se centró, rozando instintivamente el límite de mi magia. No confiaba en este lugar. Ni un ápice.

—Aquí es —dijo Marla, señalando con la cabeza un monstruo de tres pisos de ladrillo marrón que quizá hubiera sido una tienda de comestibles en otra vida. La pintura se estaba descascarillando, las ventanas tenían rejas y el aire a su alrededor se sentía... extraño.

Un cartel oxidado colgaba torcido sobre la puerta con letras grandes y agresivas:

TIENDA DE MAGIA NEGRA DE YULA

Especialista en magia negra y oscura

—Sutil— murmuré.

—Es el único edificio de esta calle que tiene sótano— añadió Marla —. Los demás ni siquiera tienen un espacio bajo el suelo.

—Encantador— dijo Selene con una sonrisa burlona—. Deberíamos haber traído sangre y algo para picar.

Subí los escalones de cemento, con el eco de mis botas resonando en el silencio.

—Vamos a echar un vistazo.

Alargué la mano hacia el pomo y abrí la puerta. Una repentina oleada de magia me golpeó, fría y viscosa, deslizándose por mi piel como una sombra con garras. Se me erizó la piel de los brazos.

Sí. Definitivamente había alguien en casa.

Lo primero que me golpeó fue el olor, una mezcla de salvia quemada, cera derretida y algo vagamente mohoso. Unas pesadas cortinas cubrían las ventanas delanteras, sumiendo la tienda en un crepúsculo perpetuo. Las estanterías cubrían las paredes, repletas de frascos polvorientos llenos de cosas sospechosas que parecían haber sido conservadas en salmuera durante una luna de sangre. Las telarañas colgaban como oropel. El típico kit básico de ocultismo estaba presente: amuletos, tiza, velas negras, cuencos de

adivinación agrietados, una pila de tablas de espíritus desgastadas y más huesos de los que me apetecía contar.

Un armario exhibía una encantadora variedad de curiosidades inquietantes: cráneos agrietados (algunos humanos, otros no), una bandeja de ojos de cristal encantados y un estante forrado de terciopelo con cuchillos rituales con nombres como *—Atravesador de Almas* y *—Martha*. Porque claro, ¿por qué no?

Me acerqué a otra vitrina. Destacaban algunos artículos: un minikit de hechizos etiquetado como *Expulsiones básicas para principiantes*. Un frasco de color óxido de *Bálsamo para hacer desaparecer las verrugas de los trolls.* Frascos de *Elixir de Ámame nunca*, pequeños y con forma de corazón, naturalmente. Un frasco de *Gotas detox para limpiar maldiciones* con una etiqueta de advertencia con forma de calavera y un puñado de piedras negras brillantes etiquetadas como *Cuentas escudo instantáneo: protección que salta a la vista.*

Nunca había probado las cuentas. Podrían venirme bien. Me propuse mentalmente volver a pasar por la tienda más tarde… suponiendo que aún estuviera en la ciudad y que encontrara a esos chicos. Vivos.

Un fuerte susurro resonó desde detrás de una cortina de terciopelo burdeos oscuro, cerca del fondo de la tienda.

—¿Qué quieres?— preguntó una voz tan áspera que parecía haber sido lijada a lo largo de los siglos.

—Tenemos que revisar tu sótano, Yula —dijo Marla, avanzando como si fuera la dueña del lugar. Lo cual no era así, y a juzgar por la brusca bajada de temperatura, la verdadera dueña lo resentía profundamente.

—Ahí abajo no hay más que cajas y arañas —espetó la voz.

La cortina se abrió y Yula salió a la luz.

Y, por todos los calderos, parecía que hubiera nacido antes de que se inventara la tierra.

Era del tamaño de una bomba de incendios, quizá más baja. Prácticamente calva, con unos pocos mechones deshilachados aferrados a su cuero cabelludo como si hubieran olvidado que podían marcharse. Un único anteojo de cristales gruesos se posaba

sobre su ojo izquierdo, agrandándolo hasta que parecía caricaturescamente grande. Su ojo derecho entrecerraba con recelo tras un laberinto de arrugas.

Y si, tenía bigote. Varios pelos plateados y orgullosos emergían sobre su labio superior.

Llevaba túnicas negras en capas que se acumulaban a sus pies como tinta derramada, y cada paso que daba hacía que la habitación se sintiera un poco más pesada. Como si la gravedad le obedeciera a ella en lugar de al revés.

Yula no caminaba. Se deslizaba hacia delante como si no tuviera tiempo para la física.

Se detuvo frente a nosotros y me miró entrecerrando los ojos. Luego dio otro paso hacia delante y otro más. No retrocedí. Sobre todo, porque estaba demasiado atónita.

Y entonces *me olisqueó*.

Se inclinó por completo, levantó la barbilla e inhaló justo cerca de mi cintura.

Parpadeé.

—Eh... ¿Puedo ayudarte?.

—Hueles... a enredo —dijo con voz ronca—. A lo incorrecto y a lo correcto. Como hilo carbonizado y tormentas de medianoche.

—Probablemente sea solo mi champú— dije con tono neutro.

Me giré justo a tiempo para ver a Selene agachada junto a una caja baja de madera, levantando dos botellas polvorientas que parecían sospechosamente vino, pero yo sabía que no era así. El color era demasiado oscuro. Demasiado espeso. La etiqueta estaba descolorida, pero el sello de cera rojo sangre delataba en cierto modo el contenido.

Los ojos de Selene brillaron.

—De añada, murmuró, sosteniendo una a contraluz como un sumiller en una novela de misterio.

—Esas cuestan cien dólares la botella —dijo Yula con brusquedad, sin siquiera volverse.

Selene sonrió, mostrando colmillos y elegancia.

—No hay problema.

Se las metió bajo el brazo como si estuviera cogiendo unos refrescos en una gasolinera.

—¿De verdad estás de compras ahora mismo? —pregunté.

—¿Qué? —La vampiresa se encogió de hombros—. Solo porque estemos en una persecución no significa que no pueda abastecerme. Una chica tiene sus necesidades.

Marla resopló.

—Eres de lo peor.

Selene esbozó una sonrisa aún más amplia.

—Sí, pero mi piel se mantiene hidratada.

Marla carraspeó.

—Yula, solo necesitamos unos minutos abajo. Si no tienes nada que ocultar...

—Tengo *mucho* que ocultar —ladró Yula—. Pero nada de eso es asunto tuyo.

—No nos vamos a marchar hasta que echemos un vistazo a tu sótano— intervine, cruzando los brazos.

Yula me lanzó una mirada larga y recelosa, chasqueó la lengua y se dio la vuelta.

—Está bien, síganme, pero no toquen nada. Mi último visitante intentó robarme un frasco y desde entonces no ha vuelto a caminar derecho.

Seguimos a Yula a través de una puerta estrecha detrás de la cortina y bajamos por una escalera de caracol tallada en piedra oscura. Las paredes eran estrechas y estaban ligeramente húmedas, con olor a moho, hierbas viejas y a ese tipo de hechizos que contienen sangre.

Al final, la escalera daba a un amplio sótano abovedado, iluminado por luces de bruja flotantes que se balanceaban y revoloteaban como luciérnagas perezosas. Brillaban con un suave tono verde y azul, bañándolo todo en un matiz fantasmal.

Las estanterías cubrían las paredes, repletas de libros desmoronados, frascos agrietados, tubos de pergaminos, cajas de Dios sabe qué y cajones etiquetados con runas que no parecían querer ser leídas. Uno se movió cuando lo miré demasiado tiempo.

El suelo estaba abarrotado de pilas de cofres de madera, algunos atados con hierro, otros zumbando débilmente con encantamientos. El polvo lo cubría todo.

No había camas, ni mantas ni señales de niños.

Selene se escabulló hacia la esquina más alejada, escudriñando las sombras. Marla empezó a hurgar en una pila de cajas apiladas contra un viejo armario que olía a canela y a algo muerto.

Recorrí el perímetro con mis botas golpeando lentamente el suelo de piedra y mis sentidos en alerta.

Nada. Solo magia rancia, polvo y viejos secretos.

Yula se cernía detrás de mí como una sombra crítica.

—¿Qué esperabas encontrar? —preguntó con voz seca. Levantó la vista hacia mí—. ¿A los niños desaparecidos?

Abrí la boca para responder, pero ella me interrumpió.

—Ni siquiera me gusta la gente.

Suspiré.

—Si alguien está utilizando esta parte de la ciudad para esconder niños, tengo que revisar cada grieta.

—Hay sombras más profundas que la mía, Merlín, dijo, bajando el tono de voz —.Deberías buscar allí.

El hecho de que supiera que era una Merlín no me sorprendió. Gallows Gate no era una ciudad grande y, al parecer, los rumores se extendían aquí más rápido que el fuego. —Gracias por el consejo críptico. Me ayuda mucho a reducir las posibilidades.

Volvió a olfatear.

—Enredado— murmuró. —Como si te hubiera tocado algo que no debería tocarte.

Antes de que pudiera preguntar qué demonios significaba *eso*, se oyó la voz de Selene.

—Nada. Ni sangre, ni rastros de olor. Nada reciente.

Marla soltó un gruñido de confirmación.

—Lo mismo aquí.

Exhalé lentamente. Era un callejón sin salida.

Ni niños, ni sangre, ni señales de nada, salvo unos cuantos cientos de años de mal gusto en el almacén mágico.

Me volví hacia las escaleras.

—vámonos.

Marla no discutió. Selene echó un rápido vistazo de agradecimiento a sus botellas antes de seguirnos, tarareando entre dientes como si esto hubiera sido una divertida salida de compras y no una misión crítica para salvar a adolescentes desaparecidos.

Subimos por la escalera de caracol, Selene delante, Marla detrás de mí y Yula cerrando la marcha a una velocidad aproximada de la deriva continental. Cada pocos escalones murmuraba algo que sonaba como un maleficio o una queja. Posiblemente ambas cosas.

Cuando llegamos arriba, atravesó la cortina tras nosotros e inmediatamente espetó: —Paga, chupasangre.

Selene ni siquiera pestañeó. Sacó un grueso fajo de billetes de algún lugar dentro de su abrigo y desprendió diez billetes de veinte como si fueran calderilla.

—Toma. Ahora ve a lanzarte un maleficio bonito.

Yula arrebató los billetes y, sin ceremonias, se los metió en algún lugar de su túnica. En algún lugar que podría haber sido un bolsillo, un calcetín, su sujetador o que el caldero me ayude, sus propios calzones.

No pregunté, sobre todo, porque no quería saberlo.

Nos dirigimos hacia la puerta, con el intenso olor a polvo e incienso impregnado en mi abrigo. Pero justo cuando llegué al umbral, Yula me llamó por detrás.

—Morven.

Me detuve. Su voz era más suave ahora, no el ladrido ronco de antes. Tenía peso. Como si algo enterrado estuviera por fin saliendo a la luz.

Me volví y la vi mirándome fijamente, con ese único ojo agrandado brillando tras la lente.

—Esa magia corre por la sangre. *Nuestra* sangre —dijo.

—Espera... ¿qué?

Se me cortó la respiración y todo lo demás en la tienda se desvaneció: el polvo, la luz parpadeante de las velas, el leve aroma metálico a sangre e incienso. Lo único que podía oír era el sordo latido de mi corazón en mis oídos.

Yula no respondió. Se limitó a mirarme fijamente durante un segundo demasiado largo, como si estuviera memorizando mi rostro o tratando de decidir si maldecirme.

Luego se dio la vuelta y comenzó a arrastrar los pies hacia atrás, detrás de su cortina de terciopelo, murmurando algo entre dientes. Sus túnicas se arrastraban por el suelo como en una procesión fúnebre.

Se detuvo a mitad de camino tras la cortina.

—Estás buscando en el lugar equivocado —dijo con voz ronca sin volverse—. No están en un sótano. No de la forma que tú crees.

Di un paso lento hacia delante.

—¿Qué significa eso?.

—Lugares como este —dijo, señalando vagamente las paredes—, solo llegan hasta cierta profundidad. Algunos sótanos son más profundos, mucho más profundos, y solo llegas a ellos través de grietas en el mundo. Puertas que se han dejado abiertas demasiado tiempo.

Inclinó ligeramente la cabeza y vislumbré el esbozo de una sonrisa. No era amistosa.

—Hay otras capas, chica. Otras dimensiones. Ya las has tocado, solo que aún no lo sabes.

Y con eso, se deslizó a través de la cortina y desapareció, con el terciopelo ondeando tras ella como la última palabra de una discusión que ni siquiera sabía que estábamos teniendo.

La puerta se cerró con un chirrido a nuestras espaldas y los pesados cerrojos de la tienda encajaron en su sitio.

Me quedé allí, de pie en los escalones de cemento desmoronados, con el aroma de la magia aun revoloteando en mi nariz, y lo sentí...

El eco. No en el presente, sino en la visión. La resonancia.

El aire allí abajo no se sentía viciado como el de un sótano. Se sentía... extraño, inmóvil y vacío, como algo a medio camino.

Y entonces lo comprendí.

Me volví hacia Marla y Selene, con el pulso acelerado de repente.

—Sé dónde están.

21

En el camino de vuelta a Gateburn, tomé la curva de Birch Hill Road como si estuviéramos en una maldita carrera callejera y aceleré a fondo en la recta.

Mi mente no se callaba. No después de lo que dijo Yula. No después de que todo encajara como si por fin se hubiera roto el hechizo.

Los niños no estaban en un sótano.

No en el sentido *habitual*. No en este mundo.

Estaban en otro lugar, ocultos, aislados. Una burbuja de espacio atada a Gateburn, pero *no del todo* aquí. Por eso no los habíamos encontrado. No estábamos mirando a los lados, estábamos mirando hacia abajo.

Habían estado justo aquí. Tan cerca que podría haber caminado sobre su prisión y no haberme dado cuenta. Joder, probablemente lo *había hecho*. Maldita sea, esto era grave.

—¿Y estás seguro de que los chicos están en ese portal? —preguntó Selene, ajustando las botellas a sus pies.

—Es un reino de bolsillo —la corregí, con la vista fija en la carretera—. Una dimensión sellada. Por eso no hemos encontrado nada, porque no estamos buscando en el maldito lugar correcto.

—Si vamos un poco más rápido, vamos a volar —comentó Marla con ironía, agarrándose a la puerta del copiloto.

—¿Qué? Oh... mierda— dije, echando un vistazo al velocímetro y levantando el pie del acelerador. Si… iba a tres veces el límite legal. Ups.

La camioneta redujo la velocidad hasta algo que se acercaba a un delito menos grave.

—Explícame otra vez— pidió Marla, ajustándose el cinturón de seguridad, —dónde crees que están los niños.

—De acuerdo—suspiré—... ¿te acuerdas de aquel recuerdo? ¿El de Vivienne? ¿Cuando hice la resonancia sanguínea? *Vi* a Luke y Kaylee atrapados tras una barrera mágica. Parecía una mazmorra o un sótano, claro, pero no *daba* la sensación de ser un sótano. No uno de verdad. El aire no era el normal. Demasiado quieto, sin movimiento ni polvo o incluso tiempo.

—¿Se supone que eso debe decirme algo?— preguntó Selene a mi lado —, porque he tenido resacas que parecían de otras dimensiones.

La ignoré.

—Entonces Yula dijo algo sobre grietas en el mundo. Puertas que se habían dejado abiertas demasiado tiempo, lugares superpuestos entre aquí y... algún otro lugar, y lo comprendí. No están en un sótano, ni en un espacio bajo el suelo, ni en un apartamento mágico en el sótano. Están en un reino de bolsillo. Una dimensión sellada superpuesta sobre Gateburn. Oculta a plena vista.

Marla parpadeó.

—Así que crees que los chicos están en Gateburn... pero no *en* Gateburn.

—Exactamente— dije —.Están aquí pero no... aquí, aquí.

Sí, probablemente sonaba desquiciado. A la mayoría de la gente le habría parecido una locura, pero para mí tenía todo el sentido del mundo.

Los Merlins estaban entrenados para comprender el Velo y lo que había más allá de él, lo que *debía* permanecer más allá, y lo peligroso que era dejar que se rasgara como una cortina de ducha barata. Si haces suficientes agujeros, los monstruos se cuelan como agua de alcantarilla cósmica.

Pero lo que no me enseñaron, lo que aprendí por mi cuenta tras toda una vida de soledad y de leer más libros que socializar (introvertida total), fue que había algo más que simples portales a otros reinos. Hay *bolsillos*. Dimensiones de bolsillo.

No eran naturales. Estaban creadas, moldeadas, ocultas.

Una bruja, un mago o un hechicero habilidoso podía crear uno como una trampa, como una habitación secreta dentro del mundo que nadie más pudiera encontrar, a menos que *supieras* dónde buscar.

Y esta vez, alguien lo había hecho.

Solo que no la estaban usando para escapar. La estaban usando para esconder a dos niños.

Pero ¿por qué? Una dimensión de bolsillo no era solo un armario de escobas encantado por Glamour. Se necesitaba un gran poder para tejer una, y mucho más para mantenerla. Esto no era obra de una bruja callejera que intentara eludir una multa de aparcamiento mágica. No, esto estaba elaborado, tenía un propósito y era oscuro, el tipo de hechizo que no se aprende en un libro de instrucciones comprado en un mercadillo maldito.

¿Quién demonios construyó una prisión privada y metió allí a dos adolescentes?

¿Qué pudieron haber hecho Kaylee, Luke y Aidan para merecer eso? Eran niños. Estúpidos, tal vez. Rebeldes, sin duda. Pero ¿malvados?

No. No me lo creía.

Alguien quería que desaparecieran, fuera de su alcance, fuera de su vista, fuera del mapa. Pero ¿por qué motivo? ¿Para silenciarlos? ¿Para castigarlos? ¿Para utilizarlos?

Tenía demasiadas preguntas y pocas respuestas, y cuanto más lo pensaba, más me sentía como si estuviera a tientas en una habitación llena de cuchillos con las luces apagadas.

Pero si podía encontrar a esos chicos… si los sacaba con vida… quizá ellos podrían volver a encender las luces. Quizá habían visto u oído algo. Quizá me dirían lo que nadie más porque, en ese momento, no estaba ni un paso más cerca de descubrir quién había hecho esto.

Salvarlos era el primer paso.

Y yo era muy buena dando el primer paso.

Selene soltó un gemido.

—Una dimensión dentro de otra dimensión. He tenido bolsas de sangre que me han causado menos confusión.

—Sé que es difícil de entender —le dije, con el pulso acelerándose a medida que nos acercábamos a Gateburn—. Piensa en ello como… una pequeña burbuja bebé dentro de una burbuja más grande.

Ella me miró, parpadeando.

—¿Una burbuja *bebé*?.

—No tengo ni idea de por qué he dicho eso— confesé —, pero encaja más o menos. La burbuja exterior es nuestro mundo, el plano normal. Pero alguien, probablemente algún sádico ambicioso con demasiado tiempo libre y talento mágico, creó una burbuja más pequeña dentro de ella: invisible, autónoma, camuflada. Una realidad de bolsillo lo suficientemente grande como para esconder a tres niños que no quieren que encuentren.

Selene frunció la nariz.

—¿Y qué? ¿Es como una habitación segura mágica? ¿Sin aire acondicionado y sin salida?

—Exactamente.

Marla soltó un suspiro de cansancio.

—Que el caldero me ayude, las dos están locas.

Me lo tomé como un cumplido.

—Solo los lunes por la mañana.

Marla negó con la cabeza, con la mirada fija en la carretera.

—¿Cuánto tiempo puede vivir alguien en un lugar así? Esa… cosa de la dimensión de bolsillo. ¿Una semana? ¿Un año? ¿Para siempre?.

Reduje un poco la velocidad.

—No lo sé.

Marla giró bruscamente la cabeza hacia mí.

—Cuando dices que no lo sabes… ¿quieres decir que simplemente es un misterio, o que nos estamos adentrando en algo totalmente desconocido y potencialmente catastrófico?.

—Sí— dije.

Selene soltó un suspiro sordo.

—Bueno, he leído cosas sobre ellos —añadí—. Susurros en viejos grimorios, notas garabateadas por Merlins muertos que probablemente enloquecieron a mitad del hechizo. Pero nunca me había enfrentado a uno de verdad. Ninguno de nosotros está preparado para este tipo de cosas.

—Y quienquiera que haya creado esta dimensión de bolsillo construyó un maldito armario y metió a estos chicos dentro, dijo Marla.

No respondí porque, sí, esa era la parte que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza como un buitre.

¿Quién haría algo así? ¿Por qué ellos? No eran criminales de guerra ni hechiceros oscuros. Eran adolescentes: un vampiro, un hada y un hombre lobo. Quizá lo suficientemente tontos como para meterse con magia prohibida, claro, pero no tanto como para merecer esto.

Nadie se merecía esto.

—Tenemos que sacarlos de ahí— dije en voz baja— y pronto.

Porque si no lo hacíamos… no estaba segura de que quedara nada que salvar.

—Tú, cariño, necesitas un buen orgasmo y un cóctel de sangre —dijo Selene con un suspiro dramático, como si estuviera cansada de cargar con el peso de la represión sexual de todos.

La camioneta dio un bandazo. Giré bruscamente el volante, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

El comentario fue tan descabellado que por un momento pensé que quizá lo había imaginado.

La vampiresa se encogió de hombros.

—Estás más tensa que un corsé maldito. Sangre y sexo, Rhea. Los mejores relajantes mágicos del mercado. Te sugiero ambos, preferiblemente al mismo tiempo.

Solté una risita.

—Ahora mismo no estoy pensando en sexo. Tengo cosas más importantes en las que pensar, como encontrar a esos niños.

Selene chasqueó la lengua.

—No hay nada más importante que la sangre y el sexo, cariño. Solo digo que fuiste a la propiedad de Eryk, te pusiste toda melancólica por eso, no te abalanzaste sobre él y ahora estás alucinando con dimensiones extra. ¿Coincidencia? No lo creo.

Le lancé una mirada fulminante.

—No he alucinado. Esos chicos están atrapados en una prisión mágica y puede que se nos acabe el tiempo.

Selene me miró con una sonrisa que era todo colmillos y nada de remordimiento. Dio unos golpecitos a sus botellas y dijo:

—Bueno, ya sé lo que voy a hacer más tarde.

Gruñí y volví a centrar mi atención en la carretera.

—¿Qué tan bien conoces a Yula?

—No especialmente bien —respondió Marla—. Como cualquier otra persona. De vez en cuando le compro cosas, pero es solo por negocios. No es muy cariñosa. Es bastante reservada. ¿Por qué?

—Porque dijo: *Esa magia corre por la sangre. Nuestra sangre.* ¿Qué crees que quiso decir con eso?

Marla hizo un sonido de desdén con la garganta.

—Probablemente se refería a sangre de bruja. Ya sabes cómo son las viejas, crípticas y dramáticas. Como si formara parte de su plan de pensiones.

Selene soltó un bufido de asco y cruzó las piernas en el estrecho asiento corrido, dando un golpecito a mi palanca de cambios en el proceso.

—Lo único que corre por su sangre es agua de pantano y guano de murciélago. Esa mujer olía a cebollas malditas, y su sangre probablemente sabe tan mal como parecía ese bigote.

—Un bigote como ese debería clasificarse como criatura mágica — murmuré, pero mis dedos se tensaron sobre el volante. —No, no creo que estuviera hablando en sentido figurado.

«Había algo en la forma en que lo dijo y en que me miró, como si supiera algo. Como si me hubiera reconocido. Pero ¿cómo podría? Nunca la había visto antes. Me olisqueó, se inclinó hacia mí y *me olisqueó*. ¿Quién hace eso?.

—Las brujas desquiciadas— dijo Marla sin perder el ritmo—. Y mi tía Trudy, pero lleva muerta años. Se la comió un troll durante una

noche de citas rápidas.

Selene soltó una carcajada.

—Qué romántico.

—No te preocupes— dijo Marla—. Le estás dando demasiadas vueltas. No lo dijo en el sentido que tú crees.

No estaba convencida. Tenía su peso, y no podía quitarme de la cabeza la sensación de que Yula sabía algo sobre mí, sobre mi sangre. Quizá más de lo que yo sabía.

Apreté más el acelerador. Ya casi habíamos llegado a Gateburn, y justo cuando el camino de tierra terminaba abruptamente, me desvié hacia un lado y apagué el motor.

En cuanto salí de la camioneta, lo sentí. Magia.

Vibraba en el aire como un segundo latido, denso, extraño y antiguo. De esos que perduran y recuerdan.

—Este lugar huele a moho y a miedo —dijo Selene, con la mirada recorriendo los árboles—. Debería haber traído una bolsa de sangre... o mejor aún, haber encontrado a alguien a quien chuparle la sangre por el camino.

Marla dio un paso adelante y se encogió de hombros.

—Toma. Esto te servirá de ayuda.

Levantó la mano y lanzó una luz de bruja al aire. Un orbe resplandeciente cobró vida y se cernió sobre nosotros como una luciérnaga perezosa dopada con esteroides, parpadeando débilmente en una dirección.

—Manténganse alerta— les advertí—. Puede que haya demonios.

Ahora que lo pensaba, esos demonios, esas cosas que me atacaron, eran los guardianes de alguien.

No esperé a ver si me seguían. Simplemente me dirigí hacia el parpadeo, donde lo sentía más fuerte.

El bosque nos engulló casi de inmediato y la temperatura bajó como si hubiéramos cruzado una línea invisible. Los árboles se acercaron demasiado, con sus troncos retorcidos, ramas extendidas como garras, y gruesas raíces retorciéndose bajo la tierra como si todo el lugar tuviera indigestión.

—En serio —dijo Selene, pasando por encima de un grueso nudo de raíces—. Si estas botas se estropean, lo juro, voy a desangrar al

próximo idiota que vea. Lentamente.

—Son de tacón —dije—. ¿Por qué llevas tacones?

—Son Louboutins —espetó—. Quedan bien con todo, incluso con bosques encantados.

La luz de la bruja volvió a parpadear, esta vez más brillante, arrastrándonos más adentro del bosque. Sin rastro. Sin camino. Solo el débil zumbido de la magia bajo mi piel y el crujido constante de hojas y ramitas bajo nuestras botas.

Seguimos avanzando. Con cada paso, el zumbido se hacía más fuerte, la magia más densa. Se aferraba a mi piel como electricidad estática y hacía que mis dedos se crisparan. Había algo aquí… algo grande.

Un pulso agudo recorrió mi piel. Frío, agudo. Familiar de una forma que me hizo enderezar la espalda.

Seguí el pulso hasta llegar a su punto álgido, justo al lado del arroyo donde yacía el cuerpo de Aidan, donde había encontrado aquel libro de hechizos.

—Aquí —dije—. Aquí es donde está el desgarro en el Velo entre los reinos, la capa que protege nuestro mundo de los monstruos que quieren entrar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Selene con expresión de disgusto mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—¿Crees que los niños están ahí? —preguntó Marla con curiosidad—. ¿En ese agujero?

Lo pensé.

—No estoy segura, pero sí. La grieta es como una puerta que da a otra puerta.

—Suenas como una loca —dijo Selene.

—En mi trabajo, tengo que estarlo, le dije.

—¿Puedes llegar hasta ellos?— preguntó Marla. —¿Cómo podemos sacarlos de ahí?

Buena pregunta.

—Ni idea. Déjame intentarlo.

Me arrodillé y dejé que mis dedos rozaran la tierra: fresca, húmeda y vibrante de una magia antigua y olvidada. El zumbido en

el aire se había intensificado allí, agudo y rítmico, como un latido con demasiados ventrículos.

Cerré los ojos. El trenzado de hilos no era una cuestión de fuerza bruta, se trataba del tacto. De sentir. De escuchar lo que el mundo no quería decir en voz alta.

Me abrí a mi magia ancestral, a los hilos arcanos que discurrían bajo el bosque, por todas partes. Como siempre, llegaron lentamente, uno a uno, hebras rojas y centelleantes que se alzaban de la tierra como venas iluminadas desde dentro. Extendí mi mente y mis manos, entrelazándolas con cuidado y lentitud. Esto no era una maldición que desentrañar ni un hechizo que romper. Era algo más antiguo, más sigiloso. Alguien había enterrado este lugar bajo capas de magia, podredumbre y tiempo.

Un pulso golpeó mi palma. Frío. Familiar. Ahí.

Tejí más profundamente, tirando de un hilo y luego de otro, deslizándome en los espacios vacíos entre las capas de este mundo y el siguiente.

Ahí, lo sentí. Una costura oculta, apretada, cerrada por amuletos entretejidos como seda de araña, destinados a mantener las cosas fuera… o dentro.

Me concentré, mi magia brotando con un cosquilleo estático a través de mis costillas. Giré los hilos arcanos, uno en sentido antihorario, otro por encima y por debajo, y sentí que el cierre cedía.

El aire se rompió.

Solo por un segundo, el Velo se descorrió, y los vi.

Una cámara estrecha, suelos de piedra agrietados, un resplandor plateado rodeado de una espesa oscuridad que parpadeaba como el calor del asfalto. Y dentro, acurrucadas detrás de ese mismo escudo brillante que había visto en mi visión, había dos figuras —Kaylee y Luke— sentadas contra la pared, pálidas y apáticas. Ahora tenían peor aspecto que en el recuerdo de Vivienne. Su piel había perdido color, sus movimientos eran lentos. La cabeza de Luke se ladeaba hacia un lado, mientras Kaylee le agarraba la mano como si fuera lo único que lo mantuviera en pie.

Contuve el aliento y solté mi magia; los hilos arcanos se rompieron y se desvanecieron en el suelo como si nunca hubieran

existido.

—Están ahí —dije, con la voz temblorosa—. Los niños. Los he visto. Están en un reino paralelo, escondidos justo detrás del Velo. Joder. Tenía razón.

Marla dio un paso adelante, frunciendo el ceño.

—¿Estás segura?

—Tan segura como de que las botas de Selene cuestan más que mi alquiler.

—Así es —dijo Selene sin perder el ritmo.

Me levanté, limpiándome las manos en los vaqueros.

—Están en mal estado. Enfermos, quizá. No les queda mucho tiempo. Ese lugar los está agotando, como si se alimentara de ellos.

La voz de Marla se volvió apremiante mientras se frotaba las manos.

—Pues vamos. Tú encontraste la entrada, ábrela de nuevo y los sacaremos juntas.

Asentí con la cabeza, sintiendo ya cómo los filamentos volvían a ascender, la magia calentándose bajo mi piel...

—No deberías haber hecho eso —dijo una voz masculina detrás de nosotros.

Me di la vuelta.

Por un instante, pensé que era Eryk. Ese guapo cabrón tenía la costumbre de acercarse sigilosamente a mí, pero no, esta vez no.

Un hombre salió de entre los árboles como una sombra desprendiéndose de la corteza.

Entonces la luz de la bruja le iluminó el rostro, y yo solté un silbido entre dientes.

Su abrigo oscuro apenas se movió, su expresión era serena y tranquila, pero sus ojos ardían de ira.

No. No podía ser… pero lo era.

Y, de repente, todo empeoró muchísimo.

22

—¿Lucien? ¿Qué haces aquí? —preguntó Marla, claramente tan sorprendida como yo.

—Sí, a mí también me gustaría saberlo —dije, con la mirada fija en el brujo.

No sabía qué esperar. ¿Demonios? Claro. Quizás incluso más sangre. Quizás un susurro espeluznante a través del Velo. Pero ¿Lucien Vexley? ¿Un maldito miembro del consejo? No tanto.

Y desde luego no de pie exactamente en el mismo lugar donde acababa de encontrar la puerta que conducía a los niños desaparecidos.

Mi cerebro intentó procesarlo, atar cabos, trazar un círculo alrededor del porqué, pero estaba demasiado saturado de interferencias. El cuerpo sin vida de Aidan, Kaylee y Luke, enfermizos, pálidos, desvaneciéndose en algún rincón retorcido y distorsionado de la realidad.

¿Y Lucien? Lucien estaba aquí como si fuera su patio trasero.

Empuñé mis manos, mis hilos arcanos zumbaban y se retorcían justo debajo de mi piel como si estuvieran tan enfadados como yo.

Los labios del brujo se torcieron en un gruñido.

—Eres una zorra entrometida, Merlín.

Sonreí.

—Lo soy. Está bajo mi nombre en mis tarjetas de presentación.

—Igual que Vivienne y Evander —espetó—. No deberías haberte metido en esto.

Detrás de mí, Marla contuvo el aliento bruscamente.

—No— su voz se quebró por la incredulidad —¿Lucien? ¿Qué has hecho?

Sonrió, y, por todos los calderos, fue la sonrisa más zalamera y fría que jamás había visto.

—Lo que debo.

Y, de repente, la temperatura a nuestro alrededor bajó.

No fue una confesión completa, pero se acercaba bastante.

Antes de que pudiera abalanzarme sobre ese malvado bastardo, en un movimiento borroso —cuero negro, piernas largas y un silbido —, Selene se abalanzó de repente sobre él, con los colmillos al descubierto y los dedos como garras en su garganta.

Pero antes de que pudiera morder, Lucien levantó la mano y soltó una sola palabra: —¡Ditzebris!. Una ráfaga de magia invisible la golpeó como una bola de demolición.

Selene salió volando hacia atrás y se estrelló contra un grueso tronco de pino con un *crujido* que te revolvió las tripas.

—¡Selene! —grité.

Marla ya se había puesto en marcha, saltando por encima de raíces y matorrales mientras corría hacia su amiga.

Selene se desplomó hacia delante, con un tacón perdido, los ojos vidriosos y la mirada perdida.

—Ay —gimió—. Creo que me ha roto la columna… y la manicura.

—Sobrevivirás —dijo Marla, examinándola con manos rápidas y precisas—. Por desgracia para él.

Me volví hacia Lucien, con la mandíbula apretada y los hilos arcanos recorriendo mis brazos como venas de fuego rojo.

—No deberías haber sido capaz de hacer eso —dije con frialdad. Selene no era una vampira novata. Era más antigua que la mayoría de las catedrales, lo que significaba que era muy poderosa y fuerte. Tenía la edad suficiente para resistir la mayoría de los hechizos sin pestañear, así que para que un brujo pudiera afectarla, su magia tenía que ser precisa y extremadamente poderosa.

La expresión de Lucien no cambió. Si acaso, parecía… engreído.

—Estás extrayendo poder del Inframundo —dije, y esta vez ni siquiera tuve que adivinarlo. El destello en el borde de los árboles, ese destello enfermizo y distorsionado en el Velo, brillaba ahora débilmente. Casi palpitaba.

—Al fin y al cabo, no eres tan tonta —dijo él—. Sí. Los brujos oscuros tomamos prestada nuestra magia de la escoria de ese mundo, y cuando abres una puerta…

Extendió los brazos como un presentador de un concurso.

—El pozo es infinito— concluyó.

Marla se puso de pie, con el rostro tallado en piedra.

—Eres un necio— dijo en voz baja. —Un necio arrogante y miope.

Lucien se encogió de hombros.

—La historia la escriben los vencedores, y yo pienso ser uno de ellos.

Dejé que los hilos arcanos se me resbalaran entre los dedos, con mi magia ardiendo por liberarse.

—Entonces más te vale haber traído un buen bolígrafo.

La sonrisa burlona de Lucien permaneció pegada a su rostro como si el mal mismo la hubiera tatuado allí. Y tal vez así era.

—Realmente no lo entiendes, ¿verdad?— dijo, ladeando la cabeza y mirándome como un depredador que estudia a un animal más débil. —Te enviaron aquí para que fracasaras, Morven.

Se me tensó la espalda.

—Te equivocas.

Siempre supe que era cierto, pero me cabreó oírlo de sus labios.

Él dio un paso hacia delante. No me inmuté, pero los hilos que se extendían a lo largo de mis dedos se encendieron, listos para destrozar a ese cabrón si era necesario.

—Sabían lo de tu linaje— continuó. —Todos en el Grupo Merlín. Tu maldita familia y esa magia inestable que tienes. No te enviaron aquí para salvar a nadie, te enviaron para que te enterrara.

Marla se puso en pie, con los labios apretados.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Oh, pero sí lo sé —dijo Lucien con voz sedosa—.Pero ahora ya no importa. ¿Verdad? Todas van a morir, igual que su amiguita

Vivienne.

Se rio.

—Ella descubrió lo que estaba haciendo. Accedió a la cámara acorazada, sí. Pero no porque fuera ella quien la estuviera utilizando indebidamente. Fue a buscar pruebas. Descubrió que alguien había estado accediendo al archivo ilegalmente.

Me sonrió. Frío y triunfante.

—Ese alguien era yo.

Apreté la mandíbula.

—La incriminaste.

—Ella desempeñó su papel a la perfección— dijo encogiéndose de hombros con indiferencia. —Una miembro del consejo que se había vuelto rebelde. Eso los volvió paranoicos a todos. Los dividió, y los hizo desconfiar. Y una vez que la destituyeron… bueno, eso dejó un puesto vacante. Exactamente como había planeado.

—¿Por qué?— pregunté. Mi voz era baja, tranquila, pero podía sentir cómo el fuego me subía por la garganta. —¿Por qué pasar por todo esto? Los niños, Vivienne, Evander...

—Por el poder —espetó, y la palabra resonó como un latigazo—. Porque no iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que otro se hiciera con el puesto por el que he luchado. El cargo de magister supremo es mío. Una vez que estás ahí, no te limitas a hacer cumplir las leyes. Reformas el mundo.

—¿Así que pensaste en remodelarlo con una matanza? —espeté —. ¿Empezando por los niños?

Me miró fijamente.

—Ellos cumplieron su papel.

—¿Qué papel? —insistí, con los puños temblando—. ¿Eran solo…? ¿Daños colaterales?

Se rio suavemente, como si le hubiera preguntado si le gustaba el café con leche.

—Nunca se suponía que los encontraran— dijo—.Vivienne descubrió dónde estaban. Estaba buscando una forma de rescatarlos. Pero tardó demasiado, así que le hice una visita.

Selene gimió mientras se incorporaba, con el pelo revuelto y el pintalabios corrido, como si acabara de salir de un tornado.

—¿La mataste?.

Él se volvió hacia ella con una sonrisa condescendiente.

—Se interponía en mi camino.

—Estás loco —dijo la vampiresa, lamiéndose la sangre del labio —. Y me debes un par de botas nuevas y unas tres pintas de sangre.

Los ojos de Marla brillaron, pero no dijo nada. Era como si lo estuviera catalogando todo. Como un libro de cuentas en su cabeza, equilibrado y letal.

Di un paso adelante.

—¿Todo esto —dije— por un puesto en la mesa alta?

Este tipo estaba loco.

Lucien esbozó una sonrisa burlona.

—¿Has visto cómo está destrozado Torren por lo de su hijo? Ni siquiera puede funcionar. Ya no tardará mucho. El puesto de magister principal será mío ahora.

Fruncí los labios.

—Eres repugnante. Eres un auténtico cabrón enfermo. ¿Lo sabes?.

Levantó una ceja.

—Piensa lo que quieras, pero yo he trabajado para mi futuro, y ahora me dirijo al éxito. ¿Y tú?— Su sonrisa se torció en algo oscuro —Este es tu fin.

—No lo creo.

La furia me invadió como un reguero de pólvora. Mis hilos arcanos cobraron vida, enroscándose alrededor de mis dedos, mis muñecas y subiendo hasta mis codos en un resplandor de luz carmesí . Querían salir. Yo quería salir. Salir de este horror y de este enfermizo ajedrez que Lucien había estado jugando con las vidas de las personas.

—Deja que los niños se vayan— dije, con voz baja y letal.

Lucien se rio con la misma naturalidad con la que un hombre espanta una mosca.

—Ya se están muriendo. Déjalos. Así es más limpio, sin testigos. Sin que nadie haga preguntas.

—Son niños —dijo Marla. Su voz se quebró de horror—. Niños inocentes.

—¿Inocentes? —La risa de Lucien se volvió cruel—. Me quitaron ese libro de hechizos sabiendo perfectamente que era ilegal. Jugaron con magia que no entendían. Lanzaron el hechizo, abrieron la grieta. O al menos, eso creyeron.

Algo hizo clic en mi cabeza, tan fuerte como un hueso al romperse.

—Tú les diste el libro— dije lentamente —. Querías que lo lanzaran. Les hiciste creer que estaban haciendo algo poderoso, que era su elección, pero ya lo tenías todo preparado. El hechizo no abrió la dimensión paralela. Tú lo hiciste.

La sonrisa de Lucien se desvaneció.

—Lo entendiste más rápido que Evander.

Marla dio un grito ahogado y se llevó la mano a la boca.

Selene parecía a punto de vomitar… o de matar a alguien.

—Los engañaste —dije, con un ardor en la garganta—. Los atrajiste aquí como si fueran carnada. Sabías que intentarían el hechizo, te aseguraste de ello. Y cuando lo hicieron, cuando estaban llenos de adrenalina y rebeldía, los empujaste a través de la puerta que ya habías abierto.

—Necesitaba una prueba —dijo Lucien encogiéndose de hombros —. Demándame.

—Oh, pienso hacer algo más que demandarte —dije, con filamentos rojos bailando por mis brazos como serpientes enfurecidas—. Pienso enterrarte.

Marla se colocó a mi lado, con los ojos llenos de rabia.

—Manipulaste a unos niños para que se convirtieran en conejillos de indias de tu lucha por el poder.

Selene se crujió el cuello, con los ojos ahora llenos de vampirismo.

—¿Te das cuenta de cuánto tiempo hace que no chupo la sangre de alguien vivo? Quizá sea hora de refrescar mi paladar.

Lucien dio un lento paso atrás.

—Todas ustedes son muy dramáticas. Eran tres niños, no importaban.

—Para alguien eran importantes —gruñí—. Eran importantes para sus familias. Y ahora lo son para mí.

Lo sentí de nuevo, el mismo pulso en la tierra, el tirón de ese fino desgarro en el Velo detrás de nosotros. El resplandor de la dimensión paralela aún flotaba como una herida en la realidad. Los niños estaban allí dentro, aferrándose a la vida, y este cabrón se había reído mientras cerraba la puerta con llave.

No deseaba nada más en el mundo que freír a ese cabrón. Desmembrarle, hilo a hilo, hasta que no quedara más que una mancha de sangre en el suelo del bosque, pero no podía.

Todavía no.

Apreté los puños a los costados, mi magia se enroscaba con más fuerza, bullendo por ser liberada, pero un solo pensamiento atravesó la rabia como una estaca de hielo.

¿Y si no podía llegar hasta los niños sin él?

¿Y si tiraba demasiado fuerte del tejido y lo deshacía todo? ¿Y si esa dimensión paralela se cerraba de golpe con ellos todavía dentro? ¿Y si él, ese monstruo con túnica del consejo era el único que podía abrir la puerta y traerlos de vuelta sanos y salvos?

No podía correr ese riesgo. No podía poner en peligro sus vidas solo para acabar con la suya, aunque cada célula de mi cuerpo gritara por ello.

A mis espaldas, Selene siseó, con los colmillos aún fuera y los ojos prácticamente brillantes.

—Entonces acabemos con esto. Yo me encargo de las piernas, tú de la cabeza. Despacio y con dolor. Puntos extra si suplica.

—Yo ayudaré —dijo Marla, con voz de acero, como si se ofreciera a repartir notas de castigo en lugar de a asesinar—. Ningún jurado nos condenaría.

—Basta —dije, levantando una mano, con hilos arcanos rompiéndose en el aire como seda cargada de rayos—. Lo necesitamos. Es el único que sabe exactamente cómo se construyó el bolsillo, el hechizo y los puntos de anclaje. El sistema de seguridad. Si lo matamos… —Tragué saliva con dificultad—. Los niños podrían morir con él.

Selene maldijo entre dientes en un idioma que estaba seguro al noventa por ciento de que estaba extinto.

—Está bien. Pero si *se* le mueve un solo pelo, le arranco un trozo.

—Entendido —murmuré y luego me volví hacia Lucien, mirándolo fijamente a los ojos.

—Se acabó, Lucien —dije, con voz cortante pero teñida de una furia apenas contenida—. A la Ciudadela de Grimway le va a encantar tenerte. Esa prisión paranormal está llena de entes como tú, encajarás perfectamente.

Lucien esbozó una sonrisa tensa y sin humor y se ajustó las mangas de su túnica oscura como si estuviéramos hablando de moda, no de la cárcel.

—Eso nunca va a pasar.

—Oh, pero sí que lo hará —dije, con hilos arcanos saltando entre mis dedos.

—Primero, vas a devolver a esos niños. —Di un paso adelante—. Última oportunidad. Déjalos ir.

Lucien no se inmutó. No pestañeó. Ni siquiera fingió estar preocupado por el hecho de que tres mujeres poderosas estuvieran frente a él, una de las cuales tenía destellos de magia chispeando en sus manos como cables con corriente.

En cambio, sonrió, lenta y con confianza, como si ya hubiera ganado y nosotras solo estuviéramos representando el acto final para el espectáculo.

No me gustó.

—¿De verdad crees que tienes la ventaja?, preguntó, con una voz suave como la seda empapada en veneno. —No sabes a qué te enfrentas, Merlín. Estás jugando a las damas en un tablero de ajedrez empapado en sangre.

—Deja ir a los niños —dije, pronunciando cada palabra con fuerza—. Y le diré al Consejo Gris que cooperaste. Que cometiste un error y que tal vez aún te queda una pizca de humanidad.

Se rio. Se rio de verdad.

—No quiero piedad— dijo, y el aire a nuestro alrededor cambió, oscureciéndose como si una nube de tormenta estuviera a punto de partir el cielo. —¿Y tú? No tienes ni idea de lo que es el verdadero poder.

Detrás de él, el resplandor del Velo latía, duro y frío. Me atravesó como agua helada vertida directamente en mi torrente sanguíneo.

Marla se tensó a mi lado.

—Está volviendo a extraer energía de la grieta, o de algo que hay detrás de ella.

Selene mostró los dientes, con el labio curvado de una forma que prometía violencia. —Si está fanfarroneando, lo destriparé. Si no lo está...

—No creo que lo esté, murmuré.

Porque algo iba mal. Muy mal.

El Velo estaba reaccionando, y no como antes. Esta vez, la magia que emanaba de esa grieta en la realidad parecía… hambrienta. Como si algo al otro lado se hubiera despertado.

Y Lucien se quedó allí de pie, con las manos colgando a los lados, prácticamente vibrando de satisfacción.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, tratando de mantener la voz firme, pero preparándome ya para lanzar un escudo de hilos arcanos lo suficientemente amplio como para cubrirnos a los tres.

Lucien ladeó la cabeza, con esa misma expresión de suficiencia.

—Creo que ya es hora de que aprendan lo que pasa cuando meten las narices donde no les incumbe.

—Déjalos ir —dije de nuevo, esta vez con más firmeza—. Ahora mismo.

Sus ojos brillaron, llenos de malicia.

—No deberías haberte metido en esto, Rhea Morven. Ahora servirán de ejemplo.

Un profundo retumbar resonó en el claro, grave y antinatural.

Y, de repente, se me hizo un nudo en el estómago.

Fuera lo que fuera lo que estuviera haciendo, dibujando, no podía dejar que lo terminara.

Ni siquiera me di cuenta de que me había movido hasta que mis hilos arcanos azotaron el aire. Rojos, brillantes, rápidos.

Pero él levantó un escudo tan oscuro que absorbió la luz del oráculo de Marla.

Mierda. Eso no pinta bien.

Era ahora o nunca.

Una vez más, con el corazón latiéndome con fuerza, me acerqué a él. Marla, a mi izquierda, susurraba conjuros tan afilados que

podían cortar el cristal, mientras Selene se acercaba por mi derecha, con los colmillos a punto de salir. Levanté las manos, con la magia de los hilos arcanos ya enroscándose alrededor de mis dedos, mi poder arcano creciendo como una tormenta detrás de mis costillas.

Era hora de inmovilizar a ese cabrón.

Concentré mi voluntad, dando forma a la magia que necesitaba para sujetarlo, inmovilizarlo, quizá incluso sacarle algunos dientes engreídos de paso.

Y entonces Lucien abrió la boca y escupió un gruñido de palabras que no pertenecían a ningún reino que debiera existir.

—¡Teggham Di yurz tzebris har!

El aire se agrietó.

Y luego brilló.

El desgarro original en el Velo detrás de él, apenas visible antes como una delgada hendidura en el tejido de la realidad, brilló violentamente antes de estirarse. Una luz plateada se derramó de él como la luz de la luna filtrándose a través de un cristal roto.

El destello se expandió, ensanchándose hasta formar un óvalo irregular, y pulsó con una luz enfermiza que volvió pálidos como fantasmas a los árboles que lo rodeaban.

—Oh, no— susurré.

El desgarro no solo se estaba abriendo. Se estaba deshaciendo.

Una ráfaga gélida barrió el claro mientras el Velo se estiraba aún más, distorsionándose en los bordes hasta parecer un espejo deformado que se ondulaba con el viento.

Y entonces los vi.

Ojos, garras y dientes.

Cientos de siluetas se movían tras ese resplandor: espectros, demonios y seres retorcidos para los que ni siquiera tenía nombre. Las criaturas se arrastraban a cuatro patas, siseando y babeando, mientras que demonios altos y espinosos aparecían con un golpe sordo, como potros de tortura andantes.

Estaban apiñados tras el Velo, dando vueltas. Gruñendo. Arañando el límite como monstruos enjaulados esperando la luz verde.

El sonido que hacían era un rugido grave y gutural que iba en aumento, sacudiendo la tierra bajo mis botas.

Y entonces el Velo se abrió de par en par, el brillante límite se hizo añicos como cristal hilado y la pared de demonios se derrumbó.

23

—¿Qué demonios es esto?— gritó Selene, con los ojos volviéndose completamente negros mientras le brotaban afiladas garras de los dedos. Se había transformado en vampiro.

—Una pesadilla— grité yo—. Una pesadilla horrible, apestosa y mortal.

Los demonios se movieron hasta rodearnos: pesadillas de ojos negros y garras en las manos salidas directamente del conducto de basura del infierno. No había ningún sitio al que huir, ningún sitio donde respirar. Solo nosotros y una horda de cabrones risueños apestando a azufre, con demasiadas extremidades y muy poca moral.

La primera oleada nos golpeó, y no dudé.

—No se separen —ladré, con mi magia de trenzado de hilos ya enroscándose en mis brazos como llamas vivas—. Cuiden sus espaldas.

El hedor a podredumbre y bilis demoníaca me golpeó de lleno en la nariz.

—Que el Caldero nos ayude— murmuré, tratando de no vomitar —¿Acaso uno de ellos se ha comido un zorrillo y lo ha vomitado?.

Selene se movía a mil por hora a mi lado, con los colmillos afilados y los ojos brillantes. Se lanzó a la refriega con la gracia de una pantera y la ferocidad de una picadora de carne. Sus garras

destellaron, desgarrando al demonio de las sombras más cercano. Este soltó un chillido agudo antes de que ella lo decapitara de un zarpazo brutal. Ni siquiera se le encrespó el pelo.

—Uf —dijo, sacudiéndose la sangre de las garras—. Adiós a mi manicura de doscientos dólares.

Un ghoul se abalanzó. Giré y extendí la mano, con hilos arcanos al rojo vivo. Mis hebras arcanas se lanzaron hacia delante, enrollándose alrededor de sus piernas y apretándose con fuerza. El demonio cayó al suelo con fuerza, gruñendo y retorciéndose. Un movimiento más de mi muñeca, y las hebras se apretaron con fuerza. *Crujido*.

Marla estaba detrás de mí, murmurando una sucesión de antiguos conjuros con su voz seca y seria. Un latigazo de fuego al rojo vivo brotó de su palma y se estrelló contra un grupo de diablillos, provocando una barbacoa demoníaca. Uno de ellos logró arrastrarse humeando.

—¡Flanco izquierdo! —ladró, lanzando a continuación un chorro de agua resplandeciente, con su magia elemental crepitando en el aire como una tormenta que intenta salir. —¡Selene, a tu tres en punto!

—¡Lo veo! —gruñó Selene y se lanzó en picado. Oí un horrible crujido seguido de un chillido agudo que se cortó a mitad de un gorgoteo.

Impresionante. Si no estuviera yo misma metida en mi propia batalla, me habría tomado un momento para admirar su destreza.

Conjuré mis hilos arcanos en una barrera justo a tiempo para impedir que una bestia sombría con forma de gusano se abalanzara sobre mi garganta. Siseó, con los ojos brillando en un tono carmesí y una boca que parecía una ventosa sacada de tu peor pesadilla.

—Ni hablar.

Los hilos se deslizaron hacia delante, atrapándola en el aire y tirando de ella hacia el suelo como una trampa mágica para moscas. Mantuve el tejido firme y luego chasqueé los dedos. Una docena de pequeñas runas se iluminaron a lo largo de los filamentos, y el demonio explotó en ceniza negra. Uno menos, pero quedaban varias docenas.

Selene pasó como una exhalación a mi lado, arrastrando a un demonio chillón por la columna vertebral.

—De nada— gritó, lanzándolo a los árboles como si fuera ropa sucia.

—No te creas tan importante— le grité.

—Nací así— dijo, y luego volvió a desaparecer.

Otro demonio cargó contra mí. Este tenía patas de cabra, torso humano y una cara como si alguien hubiera derretido un muñeco de cera y le hubiera pegado unos cuernos. Gritó algo en lengua demoníaca, que estoy bastante seguro de que se traducía como —muere dolorosamente.

Envié una onda de magia de hilos arcanos directamente a su pecho. Los hilos se retorcieron, se clavaron y detonaron como una granada. *Boom*. Confeti de demonio.

El aire estaba ahora denso, asfixiante por la magia, la sangre y las cenizas. Retrocedí tambaleándome hacia Marla, jadeando.

—¿Estás bien?.

—No —dijo ella, y me fijé en un corte que le atravesaba la mejilla —. Solo quiero sobrevivir a esta noche para ver a mis nietos.

Ay. Ni siquiera sabía que tenía hijos. Si le pasaba algo a ella o a Selene, nunca me lo perdonaría. Sabía que podríamos enfrentarnos a un par de demonios, tres como mucho, no a una horda. Si morían, sería culpa mía.

Al otro lado del claro, el resplandor del Velo volvió a pulsar. Ahora era plateado, del tipo que gritaba peligro, como una hoja justo antes de clavarse en tus costillas.

Lucien no se había movido. Seguía tan engreído como siempre, erguido e irritantemente ileso, mientras que el resto de nosotros parecíamos como si nos hubieran metido en una licuadora llena de azufre.

Sonrió ante el caos, con los ojos ardiendo de triunfo.

—Esto es solo el principio, ahora lo saben. Se los advertí.

—Vete a la mierda —espeté, limpiándome las cenizas de demonio de la cara con el dorso de la manga.

Sus labios se curvaron en una mueca.

—Aún no ves el alcance de lo que se avecina. Este mundo, tu preciado Consejo Gris, caerá, todo él. Y yo estaré de pie sobre sus cenizas.

—Estás loco.

Sin duda lo estaba, pero mi corazón latía con fuerza ahora, no por la pelea, sino por la revelación que me golpeaba las costillas como un tambor de guerra.

No tenía intención alguna de traer de vuelta a los niños. Y si esperaba un momento más, esos niños iban a morir solos y en ese horrible lugar.

Eché un vistazo hacia atrás, a Selene y Marla, y les pedí que me cubrieran con voz baja pero firme. No esperé a que protestaran. Me arrodillé, con las palmas de las manos apoyadas en el suelo.

—Voy a entrar a buscar a los niños.

Marla se movió al instante, colocándose delante de mí.

—Más te vale que sepas lo que estás haciendo.

—No lo sé— respondí con un gruñido —, pero soy la única que puede intentarlo.

No estaba cien por cien segura de eso. Pero si Marla conocía algún hechizo para desbloquear dimensiones paralelas, no lo dijo. Dependía de mí.

Diosa, si estás ahí fuera, te necesito.

Selene se crujió el cuello.

—Si él hace un movimiento, le arranco algo.

Cerré los ojos, inspirando aire y magia. Mis hilos arcanos se encendieron alrededor de mis dedos, rojos y vivos, aferrándose al pulso del Velo como si acabara de enchufar un cable en una toma sobrecargada. Todo el maldito bosque vibró.

Llegué más profundo, entretejiendo mi tejido en el resplandor y encontrando los lugares donde la dimensión de bolsillo se mantenía unida como una pequeña y desagradable colcha cosida con hechizos, con costuras, runas y puntos de cierre. No solo estaba oculta, estaba anclada, y yo tenía que deshacerla.

Me concentré, tejiendo hilos contrarios en el patrón y desentrañándolo como un hechizo que nunca había visto pero que

de alguna manera *sentía*: un conocimiento que estaba en lo más profundo de mis huesos, ancestral.

Vamos. Vamos.

La magia brotó, el resplandor en el aire parpadeó y entonces los volví a ver. A Kaylee y a Luke, pálidos y débiles. Igual que antes, estaban acurrucados juntos sobre el suelo agrietado, con sus rostros fantasmales bajo el cielo distorsionado del mundo de bolsillo.

Extendí la mano hacia ellos...

Me ahogué en dolor cuando una sacudida me atravesó, como si alguien me hubiera enchufado a una tormenta eléctrica envuelta en alambre de púas. Grité, mi magia se disparó salvajemente y mis hilos arcanos se deshilacharon en todas direcciones.

Lucien se movía con la mano extendida, recitando con una voz grave y gutural que me heló la sangre.

—¡No!

Obligué a mis manos a permanecer quietas, apretando los dientes contra la oleada de magia oscura que arañaba mi tejido.

El resplandor se tambaleó y la imagen de los niños se desvaneció.

—¡Los tengo! —grité.

—¡No, ni lo sueñes! —ladró Lucien, lanzándome otra maldición.

Marla levantó ambos brazos, gritando un conjuro protector, y una luz blanca y ardiente crepitó formando una cúpula a mi alrededor.

—¡Rhea, acaba con él!.

Selene ya se abalanzaba sobre Lucien, con las garras relucientes.

—¡Intenta lanzar otro hechizo, imbécil!

Puse todo lo que tenía en el tejido: cada hilo arcano, cada chispa de mi sangre arcana. Era el momento. Ahora o nunca...

Un dolor abrasador me golpeó en el pecho y retrocedí tambaleándome. Sentí el sabor de la sangre en la boca.

Hijo de puta.

Me puse de rodillas. A través de la luz parpadeante del Velo que se deshilachaba, vi a Lucien erguido, con los brazos levantados como un sacerdote oscuro listo para jugar a ser Dios. Pero lo que me impactó no fue el hechizo, aunque eso ya era bastante malo, sino los tentáculos de sombra que se entrelazaban entre sus dedos, gruesos

como cuerdas, palpitando con una magia aceitosa que no era de este mundo.

No.

Eso no era solo magia oscura. Era un poder nacido del Inframundo.

—Te has vendido —jadeé, levantándome con esfuerzo.

Lucien esbozó una sonrisa burlona.

—Lo pedí prestado con prudencia.

Se me cortó la respiración. Ya había visto esto antes; una magia retorcida como esa no solo corrompía tus hechizos. Los *reescribía*, los convertía en monstruosos.

Me lanzó un rayo de magia negra.

Instintivamente, levanté un escudo de tejido, mis hilos arcanos arremolinándose en una barrera, pero el rayo impactó y *se extendió*, atravesando mi magia como el ácido la seda.

De repente, me encontré dentro de una jaula de sombras.

Sin luz. Sin aire. El olor me golpeó primero, a azufre y podredumbre, como pelo quemado y aliento de demonio. Mis pulmones se bloquearon y no podía respirar, ni pensar.

Y entonces, mi escudo explotó. La fuerza del impacto me lanzó hacia atrás, me estrelló contra el suelo con tanta fuerza que me castañearon los dientes.

—¿Eso es todo? —resonó la voz de Lucien—. Todo este tiempo, y la heredera Arcana no es más que una bengala glorificada.

Tosí, escupí sangre y parpadeé al mirar hacia los árboles que se arremolinaban sobre mí. Los hilos arcanos se deslizaron de mis dedos, mi conexión con la dimensión de bolsillo se deshilachaba rápidamente.

No.

Tenía que volver a levantarme. Tenía que llegar hasta los niños.

Me alcanzó un segundo hechizo, que me atravesó el hombro como una cuchilla al rojo vivo. Grité y volví a tirarme al suelo, con todo el cuerpo convulsionando mientras la maldición rugía por mis venas como hormigas rojas sumergidas en ácido.

No podía moverme.

La voz de Marla atravesó la neblina.

—¡Rhea!.

Y entonces Selene, salvaje y desquiciada, se abalanzó de nuevo sobre Lucien con un gruñido y un destello de garras negras.

Lucien hizo un gesto con la mano y la envió volando contra un árbol caído con un crujido espantoso.

—Quédate abajo, sanguijuela.

Rodé sobre un costado, temblando y jadeando. El dolor me aullaba en cada articulación, y mi hombro parecía haber sido vaciado con una cuchara al rojo vivo.

Lucien se acercó a mí lentamente, con toda su elegancia y regodeo.

—He esperado mucho tiempo para grabar tu nombre en los libros de historia. La última de los Morven, el Merlín fracasado. La bruja que no pudo salvar a nadie.

Cerré los dedos sobre la tierra. Mis hilos arcanos… ¿dónde estaban?

Desaparecidos. Deslizándose. Deshilachados.

Si no conseguía sacar a los niños del Velo pronto, morirían.

—Podrías haber sido alguien, Rhea— murmuró Lucien mientras levantaba la mano. —Pero, en cambio, serás una lección.

Y le creí.

Porque en ese momento, no podía sentir mi magia, ni hilos arcanos, ni tormenta. Solo silencio. Estaba vacía. Desnuda y agotada. Y supe, con una certeza que me revolvió las entrañas, que iba a morir. Los niños iban a morir. Marla, Selene, todo, desaparecido.

Pensé que podría salvarlos. Pensé que era lo suficientemente fuerte, pero me equivoqué.

Había fallado.

Lucien sonrió. Esa sonrisa engreída, condescendiente, de *yo gano y tú mueres*. Levantó la mano, y la magia se acumuló como una espada de pura malicia, apuntando directamente hacia mí.

Me preparé. Había llegado el momento. Al contrario de lo que dice la gente, mi vida no pasó ante mis ojos. No vi absolutamente nada.

Pero entonces vi una imagen borrosa.

Algo se estrelló contra mí, un movimiento tan rápido que no pude seguirlo con la vista. Me derribó y me lanzó de lado.

Por un instante, no pude respirar. El aire volvió a mis pulmones cuando golpeé el suelo con un suave gruñido, aún viva, de alguna manera. Parpadeé y levanté la vista.

—¿Eryk? —mi voz se quebró.

Se agachó sobre mí, con los ojos de un dorado ardiente y el rostro sombrío. Su mano rozó mi hombro, suave y protectora.

—Estás sangrando.

—No pasa nada. —Le miré parpadeando, todavía medio convencida de que estaba alucinando—. ¿Qué estás...? ¿Cómo has podido...?

No respondió. Se limitó a quedarse de pie y a quitarse la camiseta con un movimiento fluido y experto.

Puede que me quedara boquiabierta durante medio segundo, quizá más, pero estaba sangrando y apenas consciente, así que no cuenta.

Al otro lado del claro, Lucien soltó una risita de diversión.

—Oh, esto es adorable— dijo con tono burlón. —¿El camarero se cree ahora que es un héroe?.

La mirada de Eryk se centró en Lucien.

Lucien se rio aún más fuerte.

—Llegas demasiado tarde. Ella está destrozada, los niños están prácticamente muertos. Y tú… ¿Qué vas a hacer? ¿Servirme una copa? Voy a disfrutar matándote.

—Cállate —espeté. Ni siquiera estaba segura de a quién le hablaba: a Lucien, al universo, a mi maldita culpa.

Pero Eryk siguió avanzando, en silencio y concentrado, como si nada de eso importara. Llevó las manos al cinturón, sin apartar los ojos de Lucien. Sus botas tocaron el suelo, seguidas por el cinturón y los pantalones, que se bajó de un tirón y apartó de una patada.

Parpadeé como una idiota porque, vaya. El hombre era todo músculo duro, piel dorada y una espalda que parecía haber sido esculpida por los dioses.

Y, sí, vale, me quedé mirándolo. Aún no estaba muerta. Tenía ojos.

Se veía magnífico con la ropa puesta y aún más magnífico sin ella.

Incluso Marla y Selene se quedaban mirándolo. Lo esperaba de Selene, que parecía coleccionar hombres atractivos como si fueran vinos añejos. ¿Pero Marla? Marla lo miraba como si hubiera estado esperando toda su vida este momento exacto y ahora no aceptara a ningún otro candidato.

Y entonces, fue entonces cuando la realidad se dio de baja por enfermedad.

Porque la forma de Eryk se estremeció, no por miedo, sino más bien como si su cuerpo hubiera decidido que ya había terminado de fingir ser humano. Su columna vertebral crujió y se alargó. Su piel se onduló y luego se partió con un sonido como de seda rasgándose, revelando escamas debajo que brillaban en tonos dorados y negros, como bronce fundido prendiendo fuego.

Un destello de luz cegador brotó de él, seguido de una ráfaga de calor que abrasó el aire. Levanté un brazo para protegerme los ojos, tambaleándome hacia atrás mientras el suelo temblaba bajo mis botas.

De su espalda brotaron alas con un crujido húmedo y desgarrador que resonó entre los árboles y de su cráneo surgieron cuernos, elegantes y aterradores, y su mandíbula se estiró, ensanchándose hasta convertirse en algo antiguo y monstruoso.

Rugió. El tipo de sonido que hacía temblar los árboles.

Y entonces ya no era un hombre en absoluto. Solo una criatura enorme, reluciente y bañada por el fuego que se interponía entre Lucien y yo como un maldito dios de la guerra medieval.

Joder.

Eryk era un dragón.

24

Debería haber tenido miedo. Joder, debería haber estado paralizada de miedo, pero no lo estaba.

En cambio, solo pude quedarme boquiabierto ante la enorme bestia, marcada por el fuego, que tenía delante.

Eryk —porque, *por supuesto*, era Eryk— estaba a cuatro patas, con escamas de color negro bronce ondulando sobre un cuerpo esculpido a partir de pesadillas e historias de guerra. Sus alas se extendían ampliamente, proyectando sombras que cubrían la mitad del maldito bosque. Las llamas lamían los bordes de su garganta como si su ira tuviera dientes y su pecho subía y bajaba con el peso de una furia apenas contenida, y cada vez que exhalaba, podía sentir el calor pulsando contra mi piel como una advertencia viviente.

Se suponía que los dragones no eran reales, y desde luego no del tipo que parecían capaces de acabar con una horda de demonios, y aun así volver a tiempo para la última ronda.

Y entonces giró su enorme cabeza, con esos ojos dorados y ardientes fijos en mí. Los ojos de Eryk. Aún penetrantes y humanos. Aún él.

Lanzó un rugido que hizo temblar el suelo y mis huesos intentaron salírseme por la piel.

Di un paso atrás tambaleándome. Ustedes también lo habrían hecho. Pero ese rugido no era para mí, era un grito de guerra. Un rugido del tipo *espero que te hayas preparado porque esto va a ser apocalíptico*.

Giré la cabeza y vi a Marla y Selene paralizadas en el sitio, con los ojos muy abiertos y fijos en el dragón como si acabara de salir de una carta del tarot especialmente dramática.

—¿Lo sabías? —grité, más alto de lo que pretendía.

Marla no apartó la mirada de ese gigantesco *ser* alado *que era, en fin, ¿qué demonios*? Parpadeó una vez y luego giró lentamente la cabeza hacia mí.

—No— dijo —, pero eso lo explica todo.

No estaba segura de saber qué significaba eso.

Selene ladeó la cabeza, con la boca entreabierta.

—Sospechaba que tenía un secreto. Pensaba, no sé... una red clandestina de póquer. Quizá un gemelo maldito en un armario. ¿Pero *esto*?

Hizo un gesto vago hacia el enorme dragón que en ese momento estaba incinerando el concepto de normalidad.

—Es un poco exagerado.

Los miré a ambos, con el cerebro tratando de asimilarlo todo. Las palabras de Marla resonaban en mi cabeza —*lo explica* todo— y sí, ahora que lo pensaba… el mal humor constante, el misterio, la actitud de —no te acerques a mis tierras. El castillo gigantesco escondido en el bosque como un delirio gótico. No era dramático, estaba hecho para eso.

Un dragón no podía precisamente quedarse a dormir en una acogedora cabaña de madera con estufa y mantas de punto. Quemaría el lugar con solo respirar mientras dormía.

Y entonces me volví hacia Lucien.

Ohhh, dulce karma, cuánto aprecias ahora a este dragón gigante y aterrador.

El muy creído había dado un paso atrás. Su boca se abrió en una línea tensa y pálida. Y, por primera vez desde que empezó este lío, sus ojos no estaban llenos de desdén. Estaban llenos de *oh, mierda*.

Me hizo sentir toda cálida y mareada por dentro, como calcetines de felpa y venganza.

—¿Estás viendo esto? —pregunté, sin apartar la vista de Lucien —. Porque creo que puede que se haya meado un poco.

Marla resopló.

—No puedo culparlo. Si esa cosa me mirara así, fingiría mi propia muerte y huiría del continente.

Selene se cruzó de brazos.

—He tenido citas peores.

Por desgracia, el dragón gigante que escupía fuego no parecía detener los planes de Lucien.

Mientras se erguía como el cabrón engreído que era, Lucien torció la boca y contorsionó las manos con oscuras intenciones. Extendió una mano hacia la grieta.

—¡Z'uc mit xin tundir!.

El aire se partió, el Velo gritó y palpitó, y luego se agrandó.

Más demonios se precipitaron a través de él como ratas de un barco que se hunde, docenas al principio, seguidas de más. Brutos descomunales con alas deformadas y cuernos retorcidos. Diablillos escurridizos, encorvados y sonrientes. Sabuesos babosos y esqueléticos con ojos que brillaban como carbones.

Y todos y cada uno de ellos se pusieron firmes y atacaron. Solo que esta vez no venían a por nosotros. Se dirigieron directamente hacia el dragón.

Eryk rugió, un sonido que resquebrajó el cielo nocturno, y lanzó una llamarada tan brillante y ardiente que tuve que protegerme los ojos. Las llamas abrasaron el suelo del bosque, convirtiendo a la primera oleada de demonios en cenizas chillantes y derretidas.

Se abalanzó.

Sus enormes mandíbulas se cerraron sobre una bestia de las sombras y la partieron en dos. Otra quedó aplastada bajo una de sus patas delanteras como una tortita demoníaca y una tercera, que se abalanzó sobre su cara, fue lanzada contra un árbol con un movimiento de sus cuernos.

Vaya.

—Creo que me he enamorado— dije, y entonces me di cuenta, como una tonta, de que lo había dicho en voz alta.

Durante unos segundos gloriosos, pensé que quizá realmente ganaríamos.

Y entonces...

Se abalanzaron sobre él.

Extremidades con garras treparon por su lomo como si fuera una montaña viviente. Veinte, quizá más, clavándole los dientes y las garras, apuñalándole y desgarrándole las alas, los costados, la cola.

Él se debatía, sacudiéndose y rugiendo, con sus escamas negro-doradas brillando como una armadura fundida bajo la luz de la luna. Los lanzaba de a puñados, abrasando a algunos en el aire, pero seguían llegando como pulgas sobre una bestia hecha para la guerra.

Una carcajada rompió el estruendo de la batalla. Lucien, con los brazos bien abiertos y la túnica ondeando.

—¡Sí!, gritó. —¿Escuchan eso? ¡Es el sonido de un dios naciendo!

Sus ojos brillaban con locura.

—Seré yo quien mate a un dragón. ¡Yo! ¡Lucien Vexley! ¡Y nunca olvidarán mi nombre!

—Qué modesto eres, ¿no?— grité, pero no me oyó.

Porque los demonios nos habían vuelto a ver.

Uno olfateó el aire, dilatando sus enormes fosas nasales, y entonces, sus ojos negros se fijaron en mí y siseó.

—Maldita sea, suspiré.

Una manada se separó de la horda principal y se dirigió directamente hacia nosotros.

Selene siseó a su vez, mostrando los colmillos.

—Yo me encargo del feo.

Marla extendió una mano y una cinta de relámpagos blancos crepitantes explotó de sus dedos. Alcanzó a un demonio de lleno en el pecho, lanzándolo hacia atrás como a un muñeco de trapo.

—Si vas a salvar a esos niños, espetó, —*ahora* sería el momento.

Otro demonio se abalanzó sobre ella. Ni siquiera se inmutó, solo giró sobre sí misma y lanzó una bola de fuego que convirtió a la criatura en un chicharrón demoníaco.

El pulso me retumbaba en los oídos.

Ahora. Tenía que hacerlo ahora.

Corrí hacia el mismo lugar que antes, justo cuando una nueva oleada de adrenalina me recorría las venas. Tiré con fuerza de mi magia, sentí cómo los hilos arcanos se enroscaban y se tensaban alrededor de mis manos, y empecé a tejer, entrelazándolos hacia la dimensión de bolsillo como si pudiera volver a coser la realidad.

Y para cuando lo vi acercarse, ya era demasiado tarde.

Lucien dio una palmada.

Una ráfaga de pura oscuridad brotó de él, ondulando como un maremoto hecho de sombras y muerte.

—Oh, *no*...

Me golpeó.

El dolor me atravesó como si me hubiera electrocutado el fuego del infierno. Mi magia se hizo añicos, mi cuerpo se doblegó y todo se volvió oscuro.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, quizá unos segundos, pero me desperté ahogándome.

No podía respirar. Mis botas colgaban a unos centímetros del suelo, mi garganta aplastada por la mano de Lucien mientras me levantaba como a una muñeca de trapo. Su rostro se cernía demasiado cerca, con los ojos ardientes y una sonrisa que parecía un cuchillo helado.

Que el Caldero me ayude, él estaba disfrutando esto.

El pánico se apoderó de mí. Le arañé la muñeca, tirando, arañando, pero fue en vano. Su agarre era de hierro, sus dedos indestructibles. Mis fuerzas se agotaban rápidamente. Si volvía a desmayarme, se acabaría todo. Se acabaría el juego. Los niños estarían prácticamente muertos, y yo también.

El aliento de Lucien me rozó la cara, rancio y caliente.

—Estúpida bruja, murmuró, con aire de superioridad engreída y a menta rancia—¿De verdad creías que podías *vencerme*? ¿Creías que podías ganar?.

Gorgoteé algo que se suponía que era —*vete al carajo*, pero sonó más bien como el jadeo de un ganso moribundo.

Me atrajo hacia él hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—No eres nada, Rhea Morven. Solo otra maldita fracasada enviada a morir a este pozo—. Sus labios se curvaron en una sonrisa grotesca. —Pero no te preocupes. Aún serás útil, como ejemplo.

—Estás delirando —gruñí—. ¿Crees que esto te hace poderoso? ¿Crees que esto te hace imparable? La magia demoníaca siempre tiene su precio, imbécil. Y te va a destrozar.

Amplió la sonrisa, con los ojos brillando como carbones encendidos.

—Te equivocas.

Mi visión se volvió borrosa, el mundo daba vueltas y mi magia estaba fuera de mi alcance, como un salvavidas cortado. Lo único que podía sentir era el peso aplastante de su mano en mi garganta y la cruda y horrible certeza de que había fracasado.

Solo había una cosa que podía hacer.

Con todas las fuerzas que pude reunir, le di un cabezazo al cabrón con un crujido repugnante.

—¡Joder!— gritó, tambaleándose hacia atrás mientras la sangre brotaba de su cara.

Caí al suelo con fuerza, tosiendo y jadeando como si me estuviera ahogando.

—Sí —jadeé—, no te lo esperabas. ¿Verdad?

Antes de que pudiera recuperarse, tiré de mi trenzado de hilos. Mi poder —fracturado y salvaje— se puso en alerta. Filamentos rojos de relámpagos arcanos brotaron alrededor de mis brazos, abrasadores y furiosos.

Levanté la mano.

Un latigazo de relámpagos de hilos llameantes brotó de mi palma y se estrelló contra el pecho de Lucien.

Gritó. La fuerza lo lanzó hacia atrás, contra un montón de escombros, con el humo arremolinándose alrededor de sus túnicas. No se movió, pero no esperé a comprobar si estaba fuera de combate para siempre. No había tiempo.

El Velo palpitaba a mi espalda como una herida abierta en la realidad. Aún desgarrado, aun dejando escapar monstruos a este mundo.

Y en algún lugar más allá de él... *los niños*.

Caí de rodillas, con el corazón latiéndome con fuerza, y concentré toda mi atención en los hilos arcanos. En el desgarro. Los sonidos del caos resonaban a mis espaldas: demonios chillando, huesos crujiendo y el silbido del fuego, pero lo bloqueé todo.

El calor me abrasó el costado y levanté la vista. El dragón estaba a mi lado. El calor de su cuerpo me envolvía, su enorme cola se enroscaba protectora a mi alrededor. Eryk. Protegiéndome con fuego y colmillos mientras yo alcanzaba entre mundos.

—Gracias —dije, apenas audible por el zumbido en mis oídos.

Un movimiento borroso me llamó la atención. Miré justo a tiempo para ver a Marla caer de rodillas, jadeando con sangre chorreándole por la sien mientras lanzaba una ráfaga de fuego elemental contra un demonio que cargaba contra ella. Otro ya estaba detrás de ella, con las garras levantadas.

Pero entonces apareció Selene, con toda su furia de vampiro y atravesó al demonio con sus garras como si estuviera hecho de papel, con movimientos tan rápidos que apenas se percibían. Solo un borrón, un chillido y sangre. El demonio cayó, decapitado, antes incluso de tocar el suelo.

Marla la miró, parpadeando.

—Presumida —murmuró y luego se puso de pie de nuevo, con los hombros erguidos.

Sonreí levemente y volví a centrar mi atención en la dimensión de bolsillo.

Extendí mi tejido, dejando que los hilos que brillaban con un tono rojizo se desenredaran y atravesaran la rendija, a través del desgarro en el mundo. Pude ver a los niños de nuevo, borrosos y pálidos como fantasmas tras un cristal esmerilado. Kaylee tenía los labios azules y Luke apenas estaba consciente.

No tenía ni idea de cómo sacarlos de allí.

No tenía ningún hechizo, ni manual de instrucciones.

No había ningún entrenamiento de Merlín para *esto*, así que dejé de pensar e intentar controlarlo, y dejé que la magia me guiara.

La sangre maldita que corría por mis venas ardía como un incendio forestal, y los hilos arcanos respondieron, ahora no solo

rojos, sino también plateados. Un nuevo brillo. Un tipo de poder más profundo.

Entretejí los hilos a su alrededor, con suavidad, con cuidado, y luego tiré.

Con fuerza.

El desgarro chilló como un ser vivo y la magia se rompió.

Y de repente... estaban en mis brazos.

Los adolescentes me golpearon como un saco de patatas y nos tiraron a todos al suelo. Me quedé allí tumbada, parpadeando, mientras Kaylee y Luke gemían e intentaban incorporarse.

Estábamos todos en este lado del mundo, gracias al caldero.

Mis hilos arcanos crepitaban a nuestro alrededor como nervios a flor de piel. Miré a los adolescentes, sin aliento. Estaban pálidos, enfermos y confundidos, pero *vivos*.

—Ya están a salvo —dije, con el corazón en un puño.

Luke miró más allá de mí, con los ojos muy abiertos.

—Eh... ¿eso es un dragón?.

Seguí su mirada. Sí. Quince metros de bronce fundido, gruñendo a todo lo que se movía.

—Está de nuestro lado —dije, sin dejar de abrazarlos—. No lo miren a los ojos. O sí. No lo sé. Es nuevo.

No lo era, pero era nuevo para mí.

Kaylee solo gimió, así que la abracé con más fuerza.

Entonces, un grito furioso rasgó el aire.

Lucien.

El muy cabrón seguía vivo.

Se impulsó desde el suelo, con las túnicas humeantes y los ojos desorbitados por la furia. La mayoría de sus demonios habían desaparecido, reducidos a montones humeantes gracias a Eryk, pero ahora parecía más peligroso, con su magia envolviéndolo como una tormenta.

—¡Seré el magister supremo! —rugió, con la cara medio quemada y el pelo enmarañado y manchado de sangre—. ¡No pueden detener mi destino!

—Oh, joder —suspiré, arrastrando a los niños detrás de mí.

Levantó las manos, con la magia negra arremolinándose...

Entonces, en un *instante*, unos colmillos se le clavaron en la garganta.

El grito de Lucien atravesó el campo de batalla como el aullido de una banshee moribunda mientras Selene, elegante y aterradora con su atuendo de cuero y sangre, se aferraba a su cuello como una garrapata seductora.

Él se debatió, pero ella se mantuvo firme. Tras unos segundos, se quedó inerte.

Y entonces —con toda la gracia de una bailarina asesina— se apartó y lo empujó hacia atrás, justo a través del enorme agujero en el Velo.

Lucien cayó gritando en la grieta entre los mundos. No tenía ni idea de si tenía el poder de arrastrarse para salir, ni estaba segura de cómo funcionaba una vez que estabas en *ese* lado.

Selene se limpió la boca y se echó el pelo hacia atrás.

—De nada— dijo.

Respiré hondo una y otra vez. Me dolían las costillas. Sentía como si me hubieran exprimido la magia, pisoteado y, por si fuera poco, abofeteado. Pero no estaba muerta. Los niños estaban vivos, Lucien había sido desterrado y el agujero en el Velo seguía abierto como una herida plateada y brillante en el aire, palpitando con ese tipo de maldad que te hacía picar la piel.

—¿Puedes cerrar el desgarro? —preguntó Marla, pasando por encima de los restos destrozados de algo que tenía demasiadas patas para este plano de existencia.

Su voz era tranquila, pero sus manos aún estaban cubiertas de sangre y sus ojos, cansados.

—Puedo lanzar un hechizo, pero me llevará días. Y días significa que más de *esos seres* cruzarán a nuestro mundo.

Me tambaleé ligeramente, con el calor de la batalla aún en los huesos.

—Lo intentaré.

¿La verdad? No tenía ni idea de qué demonios estaba haciendo. Cerrar grietas no era algo para lo que me hubieran entrenado. No aparecía en ninguno de los manuales de Merlín, y estaba bastante

segura de que, si llamaba a la sede central, solo enviarían un memorándum burocrático y tal vez una cesta de frutas. Tal vez.

Pero yo tenía algo más.

A mí.

La extraña y maldita sangre de los Morven. Los hilos arcanos.

Me quedé mirando el desgarro en el Velo. Ahora brillaba en tonos plateados y negros, como si sangrara luz. El viento se agitaba a su alrededor, llevando consigo un leve zumbido, como mil susurros justo fuera de mi alcance. Parecía… cansado. Como si el mundo mismo estuviera suplicando por un kit de costura.

Así que le di uno.

Di un paso adelante, levantando la mano. Mis dedos temblaban, no solo por el agotamiento, sino por algo más. Algo antiguo y extraño despertó en lo más profundo de mi pecho, como si hubiera estado esperando esto.

De mis yemas brotaron hilos arcanos: finos filamentos rojos de luz arcana, llenos de vida y determinación. Se dirigieron hacia el desgarro, revoloteando ligeramente como si sintieran *curiosidad*.

—A ver qué pasa— murmuré, y tiré.

El primer hilo encontró un borde del desgarro y se aferró como una aguja que atrapa la tela. Otro se lanzó a través de la brecha y agarró el lado opuesto. El desgarro palpitó, resistiéndose, y luego se estremeció.

Y me dejó entrar.

No sé cómo supe qué hacer, pero lo hice. Tejí, una puntada y luego otra. Una cruz, una unión; trabajé rápido, guiada más por el instinto que por la habilidad, como si hubiera nacido para hacer esto y simplemente no me lo hubieran dicho.

Detrás de mí, oí a Marla contener el aliento. Selene murmuró algo que podría haber sido una mezcla entre quejido y admiración.

El desgarro tembló y la luz plateada brilló y luego se atenuó.

Hilo a hilo, fui cerrando el Velo. Cosí el mundo hasta dejarlo cerrado.

Y cuando el último hilo se hundió en el aire como el agua en la tela, el zumbido cesó. El aire se quedó quieto y la grieta desapareció.

Se hizo el silencio.

Entonces...

—Bueno —dijo Marla—. Eso estuvo épico.

Me giré, jadeando, con el sudor resbalándome por la sien.

—¿Ha funcionado?.

Selene me miró fijamente.

—Cariño, acabas de remendar el universo. Creo que funcionó.

—Bien—dije, asintiendo débilmente. —Muy bien.

Mis piernas habían dejado de funcionar hacía unos cinco minutos, pero mi orgullo acababa de darse cuenta.

Frente a mí, los adolescentes seguían paralizados, con los ojos muy abiertos y la boca abierta, mientras miraban al enorme dragón que se había quedado inmóvil como una estatua viviente entre los árboles. No les culpaba. Eryk era… bueno, majestuoso. Aterrador. Absurdamente hermoso.

Sus ojos dorados se encontraron con los míos, y algo caliente y eléctrico me atravesó, como si me hubieran metido un cable por la columna vertebral.

Que el Caldero me ayude.

Sí, estaba oficialmente en problemas. No solo problemas de apocalipsis mágico, sino problemas *de sentimientos*.

Entonces el dragón se agachó, tensando los músculos y extendiendo las alas. Un instante después, se lanzó al cielo.

El suelo tembló mientras sus alas lo elevaban más alto, la ráfaga lo suficientemente fuerte como para azotarme el pelo contra la cara. Lo vi ascender, atravesando las nubes oscuras como si nada, y entonces desapareció.

Selene escupió sangre al suelo, con toda su elegancia y amenazante.

—Necesito un trago— dijo, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Ese brujo me dejó un sabor amargo en la boca. Como a moho y mediocridad.

Marla, manchada de hollín y baba de demonio, se dejó caer a mi lado con un gruñido.

—Si un demonio más explota cerca de mí, me jubilo antes de tiempo.

Eché un vistazo a mi extraña y pequeña pandilla. Un dragón que escupía fuego, ahora desaparecido. Una bruja blanca que probablemente etiquetaba sus tupperwares con las tarjetas de identificación de cadáveres, una vampiresa que parecía sacada de un anuncio de perfume titulado *Peligro* y yo, una hechicera arcana con una maldición familiar y apenas energía suficiente para parpadear.

De alguna manera, habíamos sobrevivido.

Sí. Podríamos considerar que vivíamos buenos tiempos.

25

Me desperté al agradable olor del café recién hecho y alguien gritando desde abajo.

—¡Rhea! Tu máquina de escribir está haciendo esa cosa espeluznante otra vez —gritó Morty, resonando a través del suelo—. O te está escribiendo una carta de amor, o estamos todos condenados.

Gruñí, con los ojos arrugados como si hubiera dormido con pegamento en las pestañas. Abrí uno e hice una mueca ante la luz del sol que entraba a raudales por la ventana polvorienta.

Sin duda, estaba perdida.

Con la elegancia de una jirafa sedada, me levanté de la cama y me dirigí tambaleándome hacia el baño. Me crujían los tobillos, me dolían las rodillas y parecía que mi cabello había intentado escapar de mi cabeza durante la noche, desistiendo a medio camino.

Una ducha rápida me quitó la mayor parte de las cenizas demoníacas y el trauma del campo de batalla. Me lavé los dientes con una intensidad que sugería que estaba intentando borrar todo recuerdo de haber lamido el Velo del infierno la noche anterior.

Y entonces me di cuenta de que no me quedaba absolutamente nada de ropa limpia. Nada. Nada de nada.

—Maravilloso— murmuré, de pie, envuelta en una toalla y llena de remordimientos existenciales.

Recogí del suelo todo lo que en algún momento se había parecido a un conjunto y lo metí en la lavadora. Al parecer, encontrar el cesto de la ropa sucia había estado fuera de mi alcance durante la última semana. Por suerte para mí, Evander había hecho acopio de detergente como si se estuviera preparando para un apocalipsis. Quizá sabía que este trabajo se iba a complicar.

Una vez que la lavadora rugió al ponerse en marcha, hice lo único que podía hacer. Me puse la bata de Evander.

Era de color verde oscuro con un bordado de hombres a caballo persiguiendo zorros. Parecía pertenecer a alguien llamado Bartholomew que fumaba puros y juzgaba a la gente por usar el tenedor de ensalada equivocado.

Pero estaba limpia, y sinceramente, después de lo de anoche, me habría puesto una bolsa de basura mientras no oliera a tripas de demonio carbonizadas.

Me ajusté bien el cinturón y bajé las escaleras con paso pesado. Oye, al menos no estaba desnuda.

Morty estaba de pie, apoyado en la puerta de la oficina, con una pierna cruzada sobre la otra, sacudiendo la ceniza de un cigarrillo con ese aire desenfadado y elegante que solo los hombres muertos de los años veinte podían permitirse. Llevaba sus habituales tirantes, chaleco y el pelo peinado hacia atrás, como si acabara de salir de una película en blanco y negro y estuviera a punto de llamarme —muñeca.

Me echó un lento vistazo de arriba abajo.

—Tienes un aspecto horrible— dijo—. Pareces como si hubieras ido al infierno, te hubieras ganado algunos enemigos, hubieras besado algo que no debías y hubieras vuelto arrastrándote sin tu dignidad.

Lo miré con ira.

—No empieces.

Exhaló humo con un suspiro dramático.

—Demasiado tarde. ¿Qué demonios llevas puesto? ¿Es eso…? ¿Es la bata de Evander?

Gruñí.

—¿Dónde está mi café?.

Se río.

—En la cocina, querida.

Me siguió, sin dejar de soltar humo.

—Bueno… ¿cuál es el veredicto? ¿Vamos a morir todos hoy o solo estamos ligeramente malditos?

—Te lo diré en cuanto me tome el café. Abrí de un tirón la nevera en busca de leche, cogí el cartón y me dirigí a la cafetera, donde ya había una taza llena y humeante de café recién hecho.

—¿Has dormido?—preguntó el fantasma.

—Apenas.

Añadí un poco de leche a la taza. Porque después de sacar a rastras a dos adolescentes medio muertos de una dimensión paralela con nada más que instinto y pánico arcano, no es que precisamente llegara a casa y me dejara llevar por sueños tranquilos.

Tras la batalla, una vez sellado el Velo y convertidos los demonios en cenizas, llevamos a los chicos de vuelta con sus familias.

Apenas tuve tiempo de llamar a la puerta cuando estas se abrieron de golpe. Los gritos se convirtieron en exclamaciones de asombro. las madres se derrumbaron de rodillas, los padres abrazaron a sus hijos como si no pudieran creer que fueran reales. La madre de Kaylee lloraba tan fuerte que pensé que estaba a punto de desmayarse y Cassian, el padre de Luke simplemente abrazó a su hijo sin decir palabra, pero la expresión de su rostro me partió el corazón. Me costaba mirarlo sin sentir que me ardían los ojos y se me oprimía el pecho. Bueno, sí, se me escapó una lágrima, pero me la sequé antes de que nadie la viera.

Y, en medio de todo eso, lo único que los adolescentes podían decir era:

—Hemos visto un dragón.

Lo repetían una y otra vez, aturdidos, como si fuera lo único que recordaban con claridad. Un dragón... un maldito dragón que solo existe en los mitos o en la serie de televisión *Juego de Tronos*.

Pero sus padres apenas los escuchaban. Estaban demasiado ocupados agarrándose a ellos sin querer soltarlos.

Así que, sí. Estaba alucinando cuando volví a la estación Merlín.

Demasiada magia, demasiada emoción, demasiada energía del tipo *joder, hemos sobrevivido al apocalipsis* zumbando en mis venas.

Así que hice lo que cualquier otra bruja en mi lugar habría hecho.

Investigué a fondo sobre los dragones.

La base de datos de Merlín era una de las ventajas del trabajo, suponiendo que tu definición de ventaja incluyera niveles invasivos de vigilancia mágica y una contraseña que te impedía acceder a cualquier cosa divertida. Imagina un Google sobrenatural, pero malhumorado y crítico. Aun así, tenía sus utilidades. Podías consultar expedientes de casos, criaturas mágicas, convictos registrados, mágicos no registrados, patrones de maleficios o incluso cruzar referencias de maldiciones conocidas con calcetines desaparecidos. No es que lo hubiera intentado…. (Bueno sí, lo había hecho).

Como *técnicamente* todavía estaba en libertad condicional, mi acceso era limitado. Tenía un nombre de usuario, una contraseña y una tarjeta de identificación que decía *Merlín reducido, no se le deben confiar armas nucleares*.

Lo que significaba que no tenía acceso a lo bueno, como la información censurada por el consejo o los registros de criaturas mágicas de alto nivel. Pero supuse que los dragones eran lo suficientemente comunes como para tener una entrada o lo suficientemente raros como para que alguien hubiera escrito una entrada de blog paranoica sobre ellos.

Abrí mi portátil en la mesa de la cocina y escribí una palabra en la barra de búsqueda: *Dragón*.

Los resultados aparecieron rápidamente, pero… escasos. No había datos modernos. Nada reciente, ningún avistamiento en los últimos trescientos años.

Todas las menciones estaban archivadas, la mayoría marcadas como *Sin confirmar*, *Obsoleta* o mi favorita: *Especulación mítica*.

Al parecer, los dragones, si te creías la base de datos, se habían extinguido en algún momento después de la Segunda Guerra del Velo. Sin detalles ni causa de extinción. Solo *presuntamente extintos.*

Pero eso no era lo más extraño. No se les llamaba simplemente dragones. No oficialmente.

Dracónido. A veces, *cambiaformas dragón*.

No figuraban como bestias ni como cambiaformas, sino como una raza híbrida. En parte seres mágicos, en parte elementales y en parte algo más que había sido censurado con tanta fuerza que el párrafo literalmente desapareció de la pantalla.

Había referencias a magia de transmutación, algo tan primitivo que no seguía las leyes tradicionales. No era un hechizo ni una maldición. Era algo más antiguo. Algo… fusionado con el alma.

Un informe de campo borroso de hacía 312 años en las Tierras Altas de Escocia describía a una criatura de escamas doradas con alas de un negro fundido que arrasaba un puesto avanzado de las hadas y desaparecía en una tormenta.

Ese fue el último avistamiento. Sin nombre, sin fotos. Solo un boceto que resultaba inquietantemente familiar.

Me recosté en la silla.

Sí. Sin duda era mi taciturno dueño del bar.

Y como Morty estuvo acechándome por encima del hombro anoche, había leído lo que estaba buscando, así que le había hablado de Eryk. Le había contado todo, en realidad, sobre Lucien, lo que hizo y por qué.

El fantasma había guardado silencio durante un rato.

—¿Un dragón? Creía que se suponía que no existían.

—Yo también.

—Tienes que avisar al Grupo Merlín— había sugerido Morty.

—Tienen que saber que has resuelto este caso— sonrió. —Lo has conseguido, Rhea. Lo has resuelto y has encontrado a esos niños.

—Sí. Esa parte aún no me parecía real.

Entre rebuscar en investigaciones sobre dragones —no podía dejarlo pasar—, finalmente me acerqué a la máquina de escribir, me senté y me quedé mirando las teclas.

El repiqueteo de las primeras palabras me ayudó a volver a la realidad.

INFORME DEL CASO DE MERLIN RHEA MORVEN:

KAYLEE VIRELITH Y LUKE THORNE HAN SIDO RESCATADOS CON VIDA. AHORA ESTÁN A SALVO Y SE HAN REUNIDO CON SUS FAMILIAS.

FUERON ENCONTRADOS ATRAPADOS DENTRO DE UNA DIMENSIÓN PARALELA FUSIONADA CON EL VELO.

LUCIEN VEXLEY, REPRESENTANTE DEL CONSEJO, ORQUESTÓ EL INCIDENTE COMO PARTE DE UNA MANIOBRA POLÍTICA PARA HACERSE CON EL PUESTO DE MAGISTER PRINCIPAL.

TAMBIÉN ES RESPONSABLE DEL ASESINATO DEL MERLIN EVANDER FENWICK Y DE LA BRUJA VIVIENNE ELOWEN.

LUCIEN VEXLEY HA FALLECIDO. LAS PRUEBAS Y LOS TESTIGOS VIVOS ESTÁN DISPONIBLES PREVIA SOLICITUD.

Después de terminar de redactar el informe, esperé unos minutos para ver si el Grupo Merlín respondía.

No lo hicieron.

Típico.

Y tras unas cuantas horas más sumergiéndome en un agujero de investigación con forma de dragón y sin encontrar prácticamente nada, a menos que cuentes una ilustración granulada en blanco y negro titulada *Wyvern* como algo que valiera la pena, me rendí y me fui a la cama.

Pero ahora, la luz de la mañana se colaba por las persianas entreabiertas, y Morty había dicho que la máquina de escribir había escrito algo.

Di un gran trago de café, preparándome mentalmente para cualquier tipo de alegría burocrática que me esperara, y crucé la habitación hasta la máquina de escribir encantada. El papel seguía colocado, con una línea nueva y perfectamente mecanografiada en la parte superior.

Me incliné y leí:

CENTRAL DE DESPACHOS DEL GRUPO MERLÍN — CORRESPONDENCIA OFICIAL

A: AGENTE DE CAMPO RHEA MORVEN (EN PERÍODO DE PRUEBA)

ASUNTO: INCIDENTE DE GATEBURN — CASO CERRADO

A RAÍZ DEL INFORME QUE HA PRESENTADO, LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL INCIDENTE DE GATEBURN QUEDA CERRADA.

SE TOMA NOTA DE SU ÉXITO EN LA RECUPERACIÓN DE KAYLEE VIRELITH Y LUKE THORNE, ASÍ COMO DE LA CONTENCIÓN DE TODAS LAS AMENAZAS DEMONÍACAS DENTRO DE LA REGIÓN DE GATEBURN.

EL GRUPO MERLÍN RECONOCE SUS ESFUERZOS POR NEUTRALIZAR A LUCIEN VEXLEY, REPRESENTANTE DEL CONSEJO Y TRAIDOR, Y CONFIRMA QUE TODAS LAS ACCIONES EMPRENDIDAS ENTRAN DENTRO DE LA JURISDICCIÓN DE EMERGENCIA EN EL TERRENO.

SIN EMBARGO, DEBIDO A SU ACTUAL ESTATUS DE PERÍODO DE PRUEBA, NO SE AUTORIZAN MÁS ACCIONES DE CAMPO INDEPENDIENTES EN ESTE MOMENTO.

DEBERÁ PERMANECER DESTINADO EN GALLOWS GATE HASTA NUEVO AVISO. TODOS LOS INFORMES DEBERÁN PRESENTARSE SEMANALMENTE.

SU PERÍODO DE PRUEBA PERMANECE EN VIGOR A LA ESPERA DE LA REVISIÓN FINAL.

NO SE REQUIERE NINGUNA CORRESPONDENCIA ADICIONAL A MENOS QUE SURJA UNA NUEVA AMENAZA.

Parpadeé ante la página t luego la volví a leer.

—Eh —dije con tono monótono—. Casi mueres, detienes una invasión demoníaca, luchas contra un miembro renegado del consejo con magia de complejo de dios, y la nota de agradecimiento es básicamente: No te muevas.

Morty hizo un ruido detrás de mí.

—Ni siquiera te han regalado una cesta de frutas.

Me bebí de un trago lo que me quedaba de café.

—Sí, bueno. Al menos al final han dicho que lo resolví.

Levantó una ceja incorpórea.

—Técnicamente. Sigues en libertad condicional.

—Sigo en libertad condicional— repetí con un suspiro. *¿Qué demonios?*

Pero, por primera vez desde que llegué a esta ciudad, sentí que quizá, solo quizá, estaba exactamente donde tenía que estar, aunque el Grupo Merlín aún no lo viera así.

Yo sí.

No me habían elegido para esta misión porque creyeran en mí. No era la primera opción de nadie. Joder, ni siquiera estaba en la lista hasta que alguien necesitara un chivo expiatorio conveniente, pero lo había conseguido. Había resuelto el caso en el que esperaban que fracasara.

Evander no lo había hecho, y eso le había costado la vida.

Ese pensamiento me golpeó con fuerza. No era mejor que él, ni más inteligente, ni más fuerte. Simplemente seguía respirando. Pero quizá eso contara para algo. Quizá sobrevivir, aprender, seguir adelante cuando todo te decía que lo dejaras fuera era suficiente. Por ahora.

Porque la verdad era que aún no había terminado. Ni mucho menos.

La puerta principal se abrió de golpe con un estruendo.

—El desayuno está servido, amigos —dijo Marla, entrando como si fuera la dueña del lugar, con una gran cesta de mimbre colgada del brazo, rebosante de magdalenas y bollos aún calientes que hicieron que mi estómago rugiera como un perro del infierno.

Selene entró detrás de ella, vestida para matar, literalmente. Pantalones ajustados de cuero negro, una blusa de seda roja y bebiendo algo rojo sangre de un termo de cristal. Sí, definitivamente no era zumo de tomate.

Morty, que había estado dando vueltas al mismo cigarrillo fantasmal desde que empecé a leer el mensaje de la máquina de escribir, se puso firme. El cigarrillo desapareció, y con él, su capacidad para mantenerse erguido como una persona…fantasma normal. Se movió con torpeza, tirando de los puños de sus mangas e intentando apoyarse contra la pared de una forma que solo podía describirse como *una mezcla entre un salón de jazz embrujado y el pánico de un chaperón en un baile de graduación*.

Selene le lanzó una mirada capaz de derretir glaciares.

—Buenos días, chicos, ronroneó, con los labios curvados en una sonrisa que incluso a mí me puso un poco nervioso.

—B-buenos días— logró decir Morty, con la voz quebrada como si acabara de entrar en la pubertad. Otra vez.

Arqueé una ceja.

—¿Estás bien, Morty?.

Se aclaró la garganta e intentó adoptar una pose elegante.

—De maravilla.

Marla dejó la cesta sobre la isla de la cocina y se volvió hacia mí.

—He estado en la reunión del consejo esta mañana— dijo, levantando la tapa y pasándome una magdalena de arándanos del tamaño de mi cabeza.

—Estabas profundamente dormida, así que no me molesté en llamar a la puerta.

La miré fijamente.

—Espera… ¿qué reunión?.

—Lucien —dijo simplemente—. Su muerte fue un golpe terrible. Algunos de ellos aún no se lo creen. Pero a Selene y a mí nos llamaron como testigos y les contamos todo sobre la dimensión de bolsillo, los niños, los demonios, tu dragón…

Me quedé paralizada, justo cuando iba a darle un mordisco al muffin.

—¿Qué has dicho?

Marla levantó una mano.

—Tranquila. No he dicho *dragón*. Me preguntaron por los adolescentes que hablaban de haber visto un lagarto gigante con alas, pero les dije que quizá era un demonio. Fue una noche movida. Mucho humo y mucho trauma. Los recuerdos pueden ser engañosos.

Selene dio un sorbo a su bebida.

—Y, técnicamente, no es nuestro secreto como para contarlo.

Marla asintió.

—Exacto. Si Eryk está ocultando esa parte de sí mismo, hay una razón. Debería ser su decisión, no la nuestra.

Exhalé lentamente y asentí.

—Gracias. Estoy segura de que él lo agradecerá.

—¿Y los adolescentes?— añadió Marla. —No paraban de hablar de ello. Creo que Luke intentó hacer un dibujo. Parecía un murciélago borracho comiéndose un caballo.

Selene se rio.

—Sinceramente, no estaba muy lejos de la realidad.

Por fin le di un mordisco al muffin. Una delicia. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Ah— continuó Marla mientras desempaquetaba una bolsa de papel llena de croissants de canela —se supone que Torren pasará por aquí más tarde. Algo sobre darte las gracias formalmente. Así que quizá *no* quieras estar en bata.

Bajé la mirada. Sí, seguía con la vieja bata de caza de Evander.

—Mi ropa está en la lavadora— dije con un gemido—. Era lo único que no apestaba a tripas de demonio.

Selene levantó su copa.

—Tú la luces bien. Con tacones estaría aún mejor.

Me metí otro bocado en la boca y murmuré:

—Entonces… ¿qué pasa ahora? ¿Con el consejo?.

—Va a haber una votación— dijo Marla, sirviéndose café en una taza desde su termo como si fuera una mañana perfectamente normal—. Hay que nombrar a una nueva representante de las brujas.

—Deberías presentar tu candidatura— dijo Selene, mirándola por encima del borde de su vaso.

Marla resopló.

—Por favor. Ya tengo bastante con gestionar la morgue. Y prefiero no pasarme el día haciendo de niñera de egos ancestrales y luchas políticas internas.

—Tiene sentido— dije entre migas de magdalena.

Marla se apoyó en la barra.

—Sinceramente, no sé a quién elegirán. Pero Gallows Gate ya no volverá a ser lo mismo después de esto.

Tenía razón en eso. El pueblo se había resquebrajado, los secretos se habían desbordado y la confianza se había hecho añicos. La gente lo sentiría, aunque no tuvieran palabras para expresarlo. El miedo, el cambio, el peso de lo que casi había sucedido.

Persistiría, pero pueblos como este… comunidades paranormales… se doblaban antes de romperse. Llevaría tiempo, quizá mucho tiempo, pero al final, Gallows Gate volvería a la calma. No sería lo mismo. Nunca volvería a ser lo mismo. Pero volvería a la calma.

Llamaron a la puerta.

Morty se enderezó, con un aspecto extrañamente… sólido. Sus zapatos incluso hacían ruido al caminar sobre el suelo.

Lo miré parpadeando.

—¿Puedes abrir puertas?.

Me lanzó una mirada de satisfacción.

—Estoy lleno de sorpresas, roja.

Con un gesto dramático, se acercó al pomo y lo giró.

La puerta se abrió de par en par.

Me quedé boquiabierto.

Allí, de pie al otro lado, estaba Eryk con vaqueros y una camisa oscura ajustada que debería haber sido ilegal.

Su cabello negro y dorado aún estaba húmedo por la ducha, y sus ojos brillaban con ese ámbar fundido que siempre veía demasiado. Tranquilo, seguro de sí mismo, peligroso, guapísimo… era básicamente un imán de sed con alma.

Se me secó la boca. ¿Mi cerebro? Vacío. Ahora solo había música de ascensor ahí dentro.

—Oh —. Me ajusté el albornoz con fuerza, mortificada—. Eh. Hola.

Su mirada se posó en el albornoz y su sonrisa se torció.

—¿Cazadores a caballo?.

Me quería morir.

—No es mía.

—Me lo imaginaba.

Nos quedamos allí de pie, mirándonos el uno al otro.

El mundo se difuminó por los bordes. Había una especie de… calor. No era fuego. Tampoco lujuria exactamente. Solo algo profundo, algo denso que se arremolinaba en lo más bajo de mi estómago, como si todo mi cuerpo recordara algo que mi cerebro aún no había captado.

Él dio un paso adelante.

—He venido a ver cómo estabas.

—Oh, bien— dije demasiado rápido, como una idiota—. Totalmente bien. Todo está… normal. Ya sabes, el desayuno, los fantasmas, las magdalenas.

Detrás de mí, alguien resopló. Probablemente Selene.

Eryk ladeó la cabeza y me miró fijamente a la cara.

—Bien —dijo lentamente, pero no se movió—. Porque lo de anoche no fue precisamente… normal. Esos demonios en el bosque, lo que Lucien intentó hacerles a los niños… eso fue maldad de las de toda la vida. De las que te marcan para siempre.

Asentí. Tenía razón.

—Sí. De verdad que sí.

Me miró de nuevo, con algo indescifrable destellando tras esa mirada dorada.

—Luchaste bien para ser una bruja.

Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios, rápida y aguda.

—Tu magia es… diferente. Única. Me gusta.

Sentí un calor que me subía por el cuello. Me dije a mí misma que era adrenalina residual, pero todos sabemos que no lo era.

—Sí, bueno— dije, cruzando los brazos. —Tú tampoco lo hiciste tan mal para ser un tipo que escupe fuego con total naturalidad.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Ah. ¿Te has dado cuenta?.

—Todo el bosque se dio cuenta de eso y mucho más.

Sus ojos brillaron y maldije para mis adentros.

De todos los momentos en los que la atracción podía aparecer sin ser invitada, tenía que ser en mi salón, tras un casi apocalipsis, mientras llevaba una bata prestada de un tipo muerto.

Me aclaré la garganta; cuanto más tiempo permanecía allí frente a él, más calor me subía a la cara.

—No hemos… sobre lo del… dragón.

Sonaba como una adolescente tonta enamorada.

—No pasa nada— dijo. —Sabía que algún día saldría a la luz.

Se me cortó la respiración al oír cómo lo decía. Como si no tuviera miedo, como si llevara tanto tiempo cargando con ese secreto que liberarlo casi sonara a alivio.

Volvió a sonreír —esa sonrisa lenta y devastadora— y se dio la vuelta para marcharse.

—Espera— solté, y enseguida me arrepentí al no saber qué decir a continuación —. Yo… gracias. Por salvarme la vida.

Se detuvo en la puerta, de espaldas a mí, con los hombros fuertes y anchos, y con los que era demasiado fácil fantasear.

Y entonces se fue.

Me quedé allí, completamente estúpida, todavía sujetando mi magdalena como si fuera mi ancla a esta dimensión.

Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que los demás podían oírlo.

Selene, por supuesto, no me decepcionó. Me miró de arriba abajo una y luego otra vez. *Muy* hacia abajo.

—*Lo* he notado —dijo con tono seco, señalando mi entrepierna, cubierta por el albornoz.

Chillé.

—*¡Qué* asco!

Marla se limitó a murmurar:

—Que el caldero nos salve, y volvió a su café.

Morty, bendito sea su corazón fantasmal, me guiñó un ojo y encendió otro cigarrillo.

—Parece que alguien está *muy* enamorado.

Gemí y me cubrí la cara con las manos.

Sí. Estaba oficialmente condenada.

—Entonces, ¿te quedas?— preguntó Selene, bebiendo a sorbos con la pajita.

—Así es— asintió Marla. —Torren va a anunciar que ahora el consejo te reconoce como la Merlín oficial de Gallows Gate.

—Se queda— declaró Morty, con voz firme y nada tímida. —Sigue en período de prueba, pero se queda— añadió con un guiño.

—Ja, ja.

La verdad era que, en algún momento entre la sustancia demoníaca, la revelación del dragón y Selene mordiéndole el cuello a un tipo, yo había cambiado.

Quizá fue la batalla o el hecho de que, por una vez, no era la forastera que observaba desde fuera. Estaba dentro. De verdad, dentro.

Pero más que eso, me había quedado.

Y ellos también.

Marla no había recogido sus libros y murmurado algo sobre linajes inestables. Selene no se había echado atrás ni había desaparecido en una nube de humo vampírico y Eryk no me había mirado como si fuera peligrosa. Al menos, no de esa forma que te hace correr para salvar la vida.

No me tenían miedo. Estaban a mi lado, luchaban conmigo y habían elegido quedarse.

Era algo nuevo. Desconocido. No era el tipo de cosa en la que confiara fácilmente, pero me gustaba.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no solo estaba sobreviviendo a la misión.

Formaba parte de ella.

Esta casa, el consejo que no paraba de discutir, el fantasma sarcástico y un dragón cambiante que me miraba como si fuera alguien a quien valía la pena salvar.

No era perfecto, pero se acercaba bastante.

—Sí —dije—. Supongo que me quedo.

26

Habían pasado dos días desde la dramática zambullida de Lucien en el desgarro del Velo, cortesía de una vampiresa muy cabreada con un pelo excelente. No había nuevas desapariciones ni nuevos brotes de demonios. Ningún miembro del consejo montando rabietas mágicas en las calles… todavía.

Lo que significaba, naturalmente, que estaba esperando a que cayera el otro zapato.

Pero mientras tanto, había dos cosas que no podía quitarme de la cabeza. Dos pensamientos seguían dando vueltas, implacables y estridentes.

Uno: ¿Qué era exactamente ese misterioso Legado y qué demonios tenía que ver Eryk con todo eso? Porque hay cosas misteriosas, y luego están las cosas del tipo *chico que se convierte en un dragón dorado y habla en código militar secreto*.

Y dos: el críptico comentario de Yula seguía resonando en mi mente como una maldición a punto de eclosionar. *Esa magia corre por la sangre. Nuestra sangre.*

Nuestra sangre.

Porque lo que le encanta a toda hechicera arcana maldita es que le recuerden que su magia inestable no es más que una encantadora peculiaridad familiar. Claro. Totalmente conmovedor. Seguro que hace que las reuniones familiares sean súper divertidas.

En fin, no había visto a Eryk desde que se pasó por Merlín Station con aspecto de modelo de portada de novela fantástica andante y me dejó allí envuelta en una bata verde y sumida en la confusión sexual. Supuse que interrogarlo no serviría de mucho, sobre todo porque el hombre era claramente un cinturón negro en el antiguo arte de no decir absolutamente nada mientras sonreía con aire burlón.

Así que eso me dejó con la opción B: era hora de visitar a Yula, lo cual explicaba por qué me encontraba conduciendo de vuelta al barrio de Ashrow. Seguía siendo un lugar sospechoso. Seguía siendo un poco espeluznante, pero a la luz del sol parecía menos el plató de una película de terror y más una mala inversión inmobiliaria. Además, como bono, no había cultos demoníacos merodeando en las esquinas ni figuras encapuchadas vendiendo maleficios desde sus gabardinas. Al parecer, los tipos sospechosos solo salían por la noche. Como las cucarachas.

Pasé por delante de una casa de té medio derruida llamada *Infusiones místicas*, una casa de empeños que quizá vendía espejos malditos, y entonces allí estaba:

TIENDA DE MAGIA NEGRA DE YULA

Especialista en magia negra y oscura

Me detuve en la acera y apagué el motor, quedándome allí sentada más tiempo del necesario.

Porque, naturalmente, mi cerebro eligió ese momento para reproducir los grandes éxitos de los ojos dorados y ardientes de Eryk mirándome como si no fuera solo una bruja en libertad condicional con una bata prestada, sino algo más. Algo peligros, deseado. Una mujer por la que valdría la pena incendiar el mundo.

Uf. Me froté la cara como si eso fuera a borrar el recuerdo.

—No —murmuré—. No voy a caer en eso.

No tenía tiempo para pasiones, sentimientos ni dracónidos de ojos dorados que probablemente podían arrasar ciudades y besar como si fuera un arte divino. Ya tenía bastante con la magia maldita, los compañeros de piso fantasmales y desentrañar lo que podría ser una conspiración centenaria en la que estaba involucrado un grupo secreto llamado El Legado.

¿Salir con alguien? Eso no estaba en la lista de cosas por hacer. Ni por asomo.

O eso me repetía a mí misma constantemente.

Decidida, abrí la puerta, salí y la cerré de un portazo detrás de mí, como si pudiera encerrar mis hormonas en la camioneta. No funcionó.

Volví a mirar el cartel torcido. Seguía siendo raro. Seguía siendo siniestro. Seguía siendo muy… Yula.

Con un suspiro, me acerqué a la puerta y le di un empujón. Estaba abierta. Otra vez. O bien la vieja bruja no temía a los ladrones, o le había echado un maldito maleficio al pomo de la puerta.

—¿Yula? —llamé, entrando—. Soy Rhea Morven. ¿Te acuerdas de mí?

La tienda olía como si alguien hubiera intentado exorcizar el moho con incienso… y hubiera fracasado. Una luz tenue se filtraba a través de las gruesas cortinas, llenando la habitación de una atmósfera inquietante y tenebrosa que insinuaba brujería.

Estaba más tranquila que la última vez, menos caótica, pero seguía llena de frascos que parecían contener globos oculares y dedos. Al menos, creo que eran dedos. Podrían ser de los pies o algo en lo que no quería pensar.

Me adentré más, tratando de no tirar nada maldito. El sonido de algo pesado golpeando el suelo llegó desde el sótano, seguido de unos pasos lentos y deliberados que subían las escaleras.

Un momento después, apareció Yula.

—Sabía que volverías— dijo.

Su pequeña figura de apenas más de metro veinte se arrastró por la habitación, con su túnica negra en capas arrastrándose por el suelo tras ella. Seguía casi calva, con mechones de pelo blanco aferrándose obstinadamente a su cuero cabelludo y sus característicos bigotes plateados brillando sin complejos.

—¿De verdad?— la observé.

—Lo sé todo— dijo la vieja bruja, mirándome con un grueso monóculo colocado sobre un ojo, que lo magnificaba hasta un

tamaño inquietante, mientras el otro entrecerraba los párpados bajo el nido de arrugas.

Me reí, aunque no estaba segura de si bromeaba o hablaba en serio.

—Bueno —dije, llevándome las manos a las caderas—. Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Me señaló con un dedo torcido.

—Estás aquí porque te dije: *"Esa magia corre por la sangre. Nuestra sangre".*

Puse cara de asco.

—Cualquiera podría haberlo adivinado.

La vieja bruja resopló.

—Sigue diciéndote eso a ti misma.

Suspiré.

—Bueno, sí. Tienes razón. ¿Qué querías decir con eso? ¿Quién eres en realidad y por qué tengo la impresión de que sabes más de mí que yo misma?

Ya está. Lo dije. Ahora veamos qué tenía que decir la vieja bruja… y si acababa de perder el tiempo al venir a verla. Marla me había advertido de que Yula podría estar senil, o peor aún, simplemente tomándome el pelo para su propio entretenimiento. La mitad del pueblo pensaba que estaba desquiciada y la otra mitad la evitaba como si pudiera maldecir su futuro con solo estornudar en su dirección.

Pero vi algo en sus ojos, bajo la excentricidad y la suciedad, que no parecía locura. Parecía conocimiento: un conocimiento peligroso, centenario y afilado.

Aun así, por lo que yo sabía, esto podría ser otro callejón sin salida. Otra conversación ambigua sin respuestas, y solo más preguntas.

Yula se adentró arrastrando los pies en la habitación, con la túnica arrastrándose por el suelo y una expresión indescifrable.

—¿Quién soy?— repitió, como si la pregunta le molestara. —Soy la bruja que ha evitado que tu linaje fuera borrado del mapa más veces de las que puedo contar.

Arqueé las cejas.

— ¿De qué demonios estás hablando?.

Me ignoró.

—Me llamo Yula Morven. Hija de Gareth Morven. Tu abuelo. Madre diferente— añadió, mirándome con ese ojo agrandado como si fuera un insecto bajo un cristal. —Por eso la maldición me pasó de largo.

Me quedé mirándola, con los labios entreabiertos, mientras mi cerebro intentaba asimilar lo que acababa de decir.

—Espera un momento… ¿tú eres mi tía?.

—Técnicamente, media tía. Pero ¿a quién le importa?— dijo con una risita ahogada.

Di un paso hacia ella, cruzándome de brazos.

—Entonces, ¿por qué nadie me había hablado de ti?

Intenté recordar si mi madre me había dicho alguna vez que tenía una tía segunda que no estaba maldita, pero no lo hizo. La vieja bruja podría estar mintiendo. Quizá sabía de mi pasado, que no me quedaba familia, y pensó que podría usar eso para meterse en mi cabeza. Pero ¿por qué? ¿Qué ganaría ella con eso? Yo no tenía nada que valiera la pena llevarse. Solo una melena de pelo rojo y una maldición. Ella podía quedarse con la maldición y yo me quedaba con el pelo.

Yula me lanzó una mirada que decía que yo era la idiota en esta situación.

—Tu padre y yo no nos llevábamos precisamente bien. Él pensaba que yo era un peligro. Demasiado inmersa en la Oscuridad. Y quizá lo estaba, pero yo no pedí nacer con ese tipo de poder, igual que tú no pediste el tuyo.

—Así que has estado… ¿vigilándome?

Yula hizo un gesto con la mano como si la sola idea le aburriera.

—De vez en cuando. Estoy al tanto de la línea Morven, o de lo que queda de ella.

—Eso da miedo —murmuré, pero había algo extrañamente reconfortante en su franqueza. Era una de las pocas personas que no me miraba como si fuera a explotar si estornudaba demasiado fuerte.

—Has venido aquí porque no eres tonta —dijo, dándome la espalda y rebuscando en una estantería llena de botellas mugrientas —. Quieres respuestas. Quieres saber qué está cambiando en ti y quieres saber qué va a pasar después.

Hizo una pausa y me miró con ese ojo gigante.

— Y, por suerte para ti, soy la única que podría ayudarte.

Entrecerré los ojos. ¿Cómo podía saber ella que mi magia estaba cambiando, que había cambiado?

—¿En qué, exactamente, puedes ayudarme? Porque ahora mismo siento como si mis entrañas se estuvieran reconfigurando sin pedir permiso.

¿Podría ella ayudarme de verdad? ¿Me estaba diciendo la verdad? Aún no lo tenía claro.

Yula resopló.

—Eso es porque así es. La sangre arcana no permanece inactiva para siempre. La tuya simplemente se ha tomado su tiempo para despertar.

—¿Despertar? —repetí, frunciendo el ceño—. Más bien parece una toma de control hostil.

Pero, en el fondo, sabía que no se equivocaba. La forma en que había conseguido *coser* el desgarro del Velo de forma instintiva, como si fuera una memoria muscular para la que nunca me había entrenado, no era normal. Ni para mí, ni para ninguna bruja que conociera.

Mi magia estaba cambiando, evolucionando más rápido de lo que yo podía registrar. No pedía permiso. Simplemente… se movía, actuaba, reaccionaba. Como si hubiera estado esperando.

Y eso me aterrorizaba porque, si esto era solo el principio, no estaba segura de estar preparada para lo que vendría después.

—Bien. Significa que aún no estás muerta.

Se arrastró hasta una silla de madera antigua junto a una vitrina llena de frascos turbios en los que flotaban lo que parecían cerebros en miniatura y se sentó.

—La magia como la tuya no se desarrolla de forma ordenada. Se deshilacha y luego se vuelve a tejer. Si luchas contra ella, te devuelve el golpe. Si te rindes, te devora viva.

—Entonces… ¿las opciones son malas y peores? —pregunté. Maravilloso.

—Así es la vida, cariño—. Miró por encima del hombro. —Pero si aprendes a trabajar con ella, a controlarla antes de que ella te controle a ti, quizá sobrevivas el tiempo suficiente para dejar huella en este mundo en descomposición.

Arqueé una ceja.

—¿Me estás ofreciendo una escuela de magia en tu espeluznante sótano?.

Me dedicó una sonrisa pícara.

—No podrías soportar mi sótano. Pero *puedo* enseñarte a ver. A percibir lo que se filtra por las grietas. Ya lo has sentido. ¿Verdad? Ese tirón, la presión que se acumula en tus venas como si algo antiguo estuviera paseándose detrás de tus costillas.

Bueno, esa era una descripción bastante acertada.

Me moví, inquieta.

—Entonces, ¿qué...? ¿Vas a ayudarme? ¿A controlar mi magia como mi sensei personal?

—Te estoy ofreciendo ayudarte a no morir de forma horrible—dijo ella, encogiéndose de hombros— como tu madre y tu padre y el resto de tu familia.

Las palabras me golpearon con más fuerza de lo que esperaba.

Por un segundo, ya no estaba en la tienda abarrotada y en penumbra. Estaba de vuelta en esa estéril habitación de hospital blanca, de pie junto a la cama de mi madre mientras su cuerpo temblaba, con gotas de sudor en la frente, las manos retorciéndose mientras la maldición la devoraba desde dentro. No gritó, no lloró, solo me miró con ojos vacíos, de esos que ya han visto el final y lo han aceptado.

Y luego mi padre, un año después, tirado en el suelo de nuestra cocina, con la boca salpicada de sangre, agarrándose el pecho como si pudiera mantener el corazón a flote con la sola fuerza de su voluntad. No pudo. Yo lo intenté, la magia brotaba de mí en hilos arcanos salvajes e incontrolados que chisporroteaban y se rompían como cables rotos. Nada funcionó. Nada funcionaba nunca.

Parpadeé con fuerza y aparté esas imágenes de mi mente, pero algo en mi interior se resquebrajó. Solo un poco. No fue un sollozo, ni siquiera una lágrima. Pero la presión detrás de mi esternón era inconfundible. Como si el dolor se hubiera acurrucado en mi pecho y se negara a marcharse.

—Está bien —dije, con la voz monótona y quebradiza en los bordes.

En realidad, debería haber dado las gracias, pero no pude articular las palabras.

— ¿Qué quieres a cambio?

Yula no respondió de inmediato. Se limitó a mirarme, con una expresión indescifrable, como si lo hubiera visto: el destello de dolor que no había querido mostrar. Pero en lugar de compasión, su mirada se agudizó.

—No lo pidas como si estuvieras haciendo un pacto con el diablo, chica. No estoy aquí para poseerte. Estoy aquí porque soy la única que ha vivido lo suficiente como para ver lo que esta maldición hace realmente.

Su voz era más suave ahora. Aún firme.

—Y tal vez… tal vez no quiera que vuelva a ganar.

Exhalé. Sonó más como un suspiro, pero se sintió como una rendición.

—De acuerdo. Me apunto.

Ella esbozó una sonrisa burlona, de esas que me hacían pensar que ya había decidido mi futuro y que yo simplemente llegaba tarde a la reunión.

—Puede que no sea una hechicera arcana como tú, pero sé mucho más sobre esto.

No lo negué.

—Y ahora ¿qué sigue?

—Sigue haciendo lo que estás haciendo— dijo la vieja bruja. —Removiendo el caldero, hurgando en cosas que no se deben tocar, rompiendo reglas y sobreviviendo de todos modos.

—¿Ese es tu trato? ¿Ser rebelde y no morir?.

—Exactamente.

—Gracias— dije en voz baja.

—No me des las gracias todavía—. Se tocó el monóculo. —Aún estás en medio de la tormenta. Pero tienes raíces, poder, y tal vez… solo tal vez… seas la Morven que sobrevivirá a ella.

Tragué saliva y asentí.

—Entonces asegurémonos de que lo haga.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. Yula me había dado suficiente para tener la cabeza a mil durante días.

Afuera, el aire se sentía más fresco, más cortante. Normal. Pero ya nada me parecía normal. Me dirigí a mi camioneta y me quedé paralizada.

Allí, al otro lado de la calle, bajo el toldo de una vieja tienda de antigüedades, estaba Eryk.

Y no estaba solo. Dos figuras lo flanqueaban: una mujer con el pelo oscuro y liso recogido con un pasador y un hombre con el pelo corto y canoso. Eran los mismos dos con los que lo había visto la noche en que escuché por casualidad esa pequeña joya sobre la contención, la brecha y El Legado.

Ambos tenían esos ojos dorados. Ahora que lo pensaba… quizá ellos también eran dragones.

La mirada dorada de Eryk se cruzó con la mía, y sentí que se me aceleraba el pulso. Ni una sonrisa ni un gesto de asentimiento. Solo ese peso indescifrable detrás de sus ojos.

Les dijo algo a los demás y se dieron la vuelta para marcharse, pero él se quedó allí, mirándome.

Y, por el caldero, yo también lo miré.

Algo pasó entre nosotros, intenso e imposible de nombrar. Mi magia se agitó bajo mi piel, tirando hacia él como si supiera algo que yo no sabía.

Sus ojos no vacilaron, como si estuviera esperando algo.

Como si yo fuera eso.

Y aunque todos mis instintos gritaban que huyera…

no lo hice.

Esta vez no.

¡No te pierdas el próximo libro de la serie —Los misterios de Merin!



LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com